Colección O'Higgins

ARMANDO CARTES MONTORY ◆ GABRIEL CID RODRÍGUEZ

"Un pueblo libre"

Chile entre Chacabuco y Maipú

Universidad Bernardo O'Higgins | Centro de Estudios Históricos | UBO Ediciones

Armando Cartes M.

Doctor en Historia PUCV, abogado; Profesor Titular de la Universidad de Concepción. Director del Archivo Histórico de Concepción. Autor de numerosos trabajos sobre historia regional e historia política de Chile. Entre ellos, *Franceses en el país del Bío-Bío* (2004); *Los cazadores de Mocha Dick. Balleneros chilenos y norteamericanos al sur del Océano de Chile* (2009 y 2015); *Concepción contra "Chile". Consensos y tensiones regionales en la Patria Vieja (1808–1811)* (2010 y 2015); *Viajeros en tierras mapuches* (2013); *Bío-Bío: Bibliografía Histórica regional* (2014) y *"Un gobierno de los pueblos..." Relaciones provinciales en la Independencia de Chile* (2014 y 2018).

Gabriel Cid R.

Doctor en Historia por la Universidad del País Vasco y Académico Investigador del Instituto de Historia de la Universidad San Sebastián. Entre sus libros destacan *Pensar la revolución. Historia intelectual de la independencia chilena* (2019); *Revolución y república. Pensamiento político en la independencia chilena* (2018), los dos volúmenes de *Debates republicanos en Chile. Siglo XIX* (2012 y 2013, en coautoría con Ana María Stuven), *La Guerra contra la Confederación. Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno* (2011) y la coedición de *Nacionalismos e identidad nacional en Chile. Siglo XX* (2010), y *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX* (2009).

"Un pueblo libre". Chile entre Chacabuco y Maipú
Armando Cartes Montory
Gabriel Cid Rodríguez
2da Edición
Colección O'Higgins 2

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

UBO Ediciones
General Gana 1702, Santiago
Centro de Estudios Históricos
Fábrica 1865, Santiago
Universidad Bernardo O'Higgins

Registro Propiedad Intelectual N° 310.975
ISBN: 978-956-8664-30-5
Edición de 500 ejemplares

Imagen de portada: Héctor Robles Acuña
Diseño y producción: Gráfica Metropolitana

Impreso en Chile
2021

Proyectaron esta edición: Cristian Cornejo Gaete, Germán Morong Reyes y Claudia Vera Carimán.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, especialmente fotocopia. La infracción se encuentra sancionada como delito contra la propiedad intelectual por la Ley N° 17.336.

Colección O'Higgins

"Un pueblo libre..."

Chile entre Chacabuco y Maipú

ARMANDO CARTES MONTORY ◆ GABRIEL CID RODRÍGUEZ

2021

Universidad Bernardo O'Higgins | Centro de Estudios Históricos | UBO Ediciones

Un Pueblo libre

PROCLAMACIÓN DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE (EXTRACTO)

"…hemos tenido a bien en ejercicio del poder extraordinario con que para esta caso particular nos han autorizado los Pueblos, declarar solemnemente a nombre de ellos en presencia del Altísimo, y hacer saber a la gran confederación del género humano que el territorio continental de Chile y sus Islas adyacentes forman de hecho y de derecho un Estado libre Independiente y Soberano, y quedan para siempre separados de la Monarquía de España, con plena aptitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga a sus intereses. Y para que esta declaración tenga toda la fuerza y solidez que debe caracterizar la primera Acta de ***Un Pueblo libre****, la afianzamos con el honor, la vida, las fortunas y todas las relaciones sociales de los habitantes de este nuevo Estado: comprometemos nuestra palabra, la dignidad de nuestro empleo, y el decoro de las armas de la PATRIA; y mandamos que con los libros del gran registro se deposite la Acta original en el archivo de la Municipalidad de Santiago, y se circule a todos los Pueblos, Ejércitos y Corporaciones para que inmediatamente se jure y quede sellada para siempre la emancipación de Chile. Dada en el Palacio Directorial de Concepción a 1 de Enero de 1818, firmada de nuestra mano, signada con el de la Nación y refrendada por nuestros Ministros y Secretarios de Estado, en los Departamentos de Gobierno, Hacienda y Guerra."*

Bernardo O'Higgins
Miguel Zañartu • Hipólito de Villegas
José Ignacio Zenteno

Presentación

En mi calidad de rector de la Universidad Bernardo O'Higgins, me es grato presentar esta obra compilatoria que, bajo el título editorial Colección O'Higgins, viene a contribuir significativamente en la revalorización historiográfica sobre la labor, contexto y pensamiento de nuestro patronímico, vinculando estos ámbitos de gravitancia al contexto histórico general de las independencias americanas y la formación de la república en los albores del siglo xix. La compilación que presentamos incluye cuatro obras, de destacados historiadores y académicos nacionales, que siguen un trayecto diacrónico y que capturan un arco temporal que discurre entre 1817 (Mendoza) y los últimos años de vida del prócer, antes de su muerte en Lima en 1842. Se trata de una Colección que permite al lector seguir un trayecto histórico, bajo distintos parámetros analíticos, para conocer uno de los períodos fundantes de la historia republicana de Chile. Esperamos que esta contribución historiográfica permita ponderar nuevamente la importancia de Bernardo O'Higgins en la construcción del estado nacional, misión que desde ya varios años nuestra universidad ha considerado un esfuerzo serio y sistemático.

Dr. Claudio Ruff Escobar
Rector
Universidad Bernardo O'Higgins.
Santiago, otoño de 2021.

ÍNDICE

Introducción 15

CAPÍTULO I
De Mendoza a Chacabuco 23

El Plan 25
La formación del Ejército de los Andes 35
El Cruce 38

CAPÍTULO II
La formación de un gobierno nacional 49

O'Higgins asume el gobierno de Chile 49
La organización de la administración 54
Las dos caras de la justicia revolucionaria:
vindicación y liberación 58
Dos actores clave: el clero y la Logia Lautaro 64
Entre la igualdad jurídica y la distinción de las armas 70
La simbología nacional 80

CAPÍTULO III
La guerra en el sur 85

La marcha hacia Concepción 85
La formación de un ejército nacional 90
La guerra en el Biobío 94
El asalto a Talcahuano 99

CAPÍTULO IV
La Frontera en revolución 107

La joven nación y la vieja frontera 111
Guerra y diplomacia en el sur..... 114
La bandera chilena y la estrella mapuche 124
"Ciudadanos chilenos y libres como los demás…" 127

CAPÍTULO V
El mundo plebeyo entre el reino y la república 135

El problema historiográfico 135
La movilización popular y sus desafíos: fugas y deserciones..... 139
Los afrodescendientes: la guerra como promesa de libertad 145
Pillaje y montoneras..... 149
"Viva el rey": el levantamiento popular de Chalinga 158

CAPÍTULO VI
La Declaración de la Independencia de Chile 163

Una Declaración necesaria 166
Concepción, 1º de enero de 1818..... 172
Texto y contexto 177
La proclamación en Talca, Santiago y otras ciudades..... 179

CAPÍTULO VII
La diplomacia de la revolución 185

Insertarse en un mundo turbulento 185
En busca del apoyo británico 190
La esquiva alianza con Washington 195
Carrera en los Estados Unidos y la expedición que no fue 202

CAPÍTULO VIII
Maipú 209

El regreso de Osorio 209
Cancha Rayada 212
La Batalla 220
Después de la victoria 227

Epílogo 231

Orientación bibliográfica 237

Introducción

El presente libro se ocupa del tiempo transcurrido entre la batalla de Chacabuco, acontecida en febrero de 1817, hasta la de Maipú, en abril del año siguiente. Aunque se trata de un periodo breve de la historia de Chile, seguramente es uno de los más dramáticos. Comienza con un reino sometido a las fuerzas del imperio español y concluye con un Estado soberano, luchando por consolidar, en los hechos, su recién declarada emancipación. Si el proceso de las independencias ha sido establecido por la historiografía tradicional como el punto de inflexión de las historias nacionales, con sus debates ideológicos, sus transformaciones políticas y sus guerras, es la declaración de la independencia el momento fundacional de las repúblicas americanas. Es el evento central que da origen a "un pueblo libre", como consigna la propia Proclamación que juraron en 1818 el Director Supremo O'Higgins, las corporaciones, el ejército y los pueblos.

A inicios de 1817, en Mendoza se refugiaban muchos de los patriotas derrotados en 1814, quienes organizaron junto a los cuyanos y rioplatenses el ejército que intentaría la liberación de Chile. Hazaña que, para concretarse, requería primero de la ejecución de otra: atravesar la alta cordillera con cinco mil hombres, cañones y toneladas de pertrechos. Con la victoria de Chacabuco se inició un nuevo ciclo de guerra y esperanza para los revolucionarios del continente entero. En Chile, en tanto, se alcanzaba un objetivo más modesto. Aunque se organizó un gobierno nacional y se ocupó el Valle Central, el sur continuó en manos realistas. Allí se dirigió O'Higgins en mayo y, durante el resto del año, desde ese escenario condujo personalmente la guerra. También

el gobierno, pues desde su campamento de Talcahuano y el "palacio directorial" de Concepción, bajo una lluvia incesante, adoptó importantes disposiciones.

En este año, luego del duro interregno monárquico en Chile, así como del regreso del monarca Fernando VII al poder en España, el separatismo se convirtió en el único objetivo posible. Y la guerra el camino a transitar para el triunfo de la revolución. Nuevos actores complejizaron el proceso. El mundo popular, desde el bandolerismo y la guerrilla, la recluta y la deserción, mostraron tanto su lejanía como las contradicciones de la causa. En el sur, las tribus mapuche, que en siglos de convivencia con los criollos y las autoridades españolas habían logrado construir un *modus vivendi* de mutuo beneficio, o al menos de aceptación, se mostraron reacias a sumarse a las armas de la patria. Las promesas de nacionalidad o ciudadanía no parecían seducirlos. En la Frontera, entonces, se dio inicio a una conflagración violenta y sin cuartel —una "guerra a muerte"— que tensionará el proyecto nacional por varias décadas. Una perspectiva historiográfica moderna no puede omitir a estos actores, antes silenciados. Y debe abordarlos desde sus propios intereses, con una mirada geopolítica de la sociedad mapuche y de la resistencia fronteriza a la revolución.

En 1817 fue también el año cuando, a pesar de la guerra y en parte gracias a ella, el Estado comenzó a organizarse. Se crearon ministerios y un Plan de Hacienda con rasgos de Constitución política. Aunque no fue posible aún establecer lazos formales, desde un Estado incipiente y en guerra que no era todavía completamente soberano, se entablaron los primeros acercamientos de las relaciones internacionales del futuro Estado de Chile. Con la creación de símbolos patrios y monedas, pero también de tribunales de vindicación o la eliminación definitiva de los títulos de nobleza, también se dio inicio a la agenda liberal y nacional del protogobierno chileno.

El fallido asalto a Talcahuano, hito con el que culminó la campaña al sur de 1817, dio inicio al momento más dramático de aquel año crucial.

La marcha hacia Santiago del ejército fue acompañada por el éxodo forzado de la población civil. El Director Supremo, ante el arribo inminente de una nueva expedición realista y consciente de lo que estaba en juego en aquellos instantes, resolvió apurar el acto fundamental que se había estado preparando. En Los Morrillos de Perales, el 1 de enero de 1818, declaró solemnemente la Independencia de Chile. Así, la lucha futura de los realistas no sería contra un grupo de insurgentes, sino contra el ejército y en el territorio de un Estado soberano. Fue lo que se declaró aquel día, de manera irreversible e irrepetible y se proclamará luego múltiples veces. En Talca, el 12 de febrero, primer aniversario de Chacabuco, por el mismo Libertador y en Santiago, el mismo día, por las principales autoridades y corporaciones; incluidos el general San Martín, el obispo y el pueblo. Un gesto que se repetirá, en los meses siguientes, en muchas ciudades y villas.

Pese a las expectativas depositadas en la declaración de la independencia, el revés que significó el combate de Cancha Rayada para los patriotas, provocando el desorden y confusión entre las tropas, hizo temer la inminencia de un nuevo éxodo hacia Mendoza. El Director Supremo resultó herido y circularon incluso rumores sobre su muerte. En ese escenario cargado de dramatismo e incertidumbre, en los campos de Maipú se jugaría el todo por el todo, la batalla definitiva. Era no solo el combate decisivo para la liberación de Chile, sino también para el futuro de la revolución americana, de ahí su trascendencia. Con la victoria del 5 de abril de 1818 la revolución se volvió irreversible. Fue el paso fundamental hacia la construcción de "un pueblo libre".

Tales son los hechos y problemas que examinamos en este libro. La misma singularidad de los procesos que recorren estas páginas nos hacen ser conscientes de la importancia de estos eventos en la conformación del imaginario nacional. En la constitución de éste, la independencia significó el momento fundacional del Estado, de la república y la nación. Por ello, inicialmente la historiografía se abocó, como afirmaría Germán Colmenares, a exaltar y depurar el relato sobre aquel

pasado en que se condensaba el momento de la epifanía de la nación.[1] Aquí queremos tomar distancia de ese interés, e insertarnos en las nuevas líneas interpretativas a partir de las cuales la historiografía más reciente sobre las independencias ha contribuido a enriquecer la discusión y la comprensión de la época.[2] Pretendemos dar cuenta de estos giros disciplinares, de manera que la pluralidad de focos de análisis relativos al proceso emancipatorio se expresen en este libro.

En términos interpretativos, este trabajo indaga en los procesos desarrollados durante el primer año largo de la llamada "Patria Nueva". A diferencia de la primera fase del proceso revolucionario, que transitó desde un extendido fidelismo hacia el autonomismo, esta etapa se inauguró con el sangriento enfrentamiento del 12 de febrero de 1817. En adelante, la confrontación bélica será la atmósfera en que se realizaría la convivencia cotidiana. Del mismo modo, la independencia como fin del proceso se instaló en el horizonte político como el propósito necesario, aun cuando todavía hubiese vacilaciones sobre cómo debía concretarse la ruptura total con España.

Estos cambios eran el fruto de una reevaluación crítica de la primera fase del proceso independentista. La revolución y su temprana derrota habían actuado como un laboratorio político-militar, donde la experiencia acumulada servía para calibrar los pasos a seguir. Así, la restauración absolutista de Fernando VII desengañó a quienes pensaron en la alternativa de una monarquía constitucional, que permitiese gozar de ciertas libertades civiles y políticas. La abrogación de la constitución gaditana de 1812 fue el signo más patente de esta postura reaccionaria.

1 Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006), p. 18.

2 Luis Moulian, *La Independencia de Chile. Balance historiográfico* (Santiago: Factum, 1996); Alejandro San Francisco, "La Independencia de Chile", en Manuel Chust y José Antonio Serrano, eds., *Debates sobre las independencias americanas* (Madrid: Iberoamericana / AHILA, 2007), pp. 119–141.

Por otra parte, la misma actitud intransigente del liberalismo hispánico, terminó minando la posibilidad de lograr, por la vía del acuerdo político, una forma de vínculo entre ambos continentes que no fuera de subordinación colonial. En este contexto, el camino de la independencia plena se impuso como el único posible.

La apuesta era arriesgada, si se considera el contexto europeo. La reinstalación en el trono de Fernando VII coincidía con la restauración absolutista iniciada en 1815. Las victoriosas campañas de reconquista iniciadas por los militares españoles Pablo Morillo y Mariano Osorio en el norte y sur del continente, respectivamente, sumadas a la hegemonía en Europa del legitimismo monárquico, defendido por la Santa Alianza, ponían al proyecto independentista en grave entredicho.

La experiencia de la derrota militar de 1814 había impactado fuertemente a las dirigencias revolucionarias. El fracaso y el exilio subsiguiente posibilitó un proceso de aprendizaje político, forzando la formación de nuevas alianzas. En adelante, la reflexión respecto a la liberación del dominio español se situará en un contexto continental, subrayando la necesidad de cooperación, en el caso que estudiamos, entre Chile y el Río de la Plata, ya iniciada en la Patria Vieja. No bastaba una actitud defensiva. La revolución, para sobrevivir y prevalecer, debía llevar la guerra al corazón del imperio español en América.

El período comprendido entre Chacabuco y Maipú expresa la voluntad de construir un Estado soberano, la decisión de transitar desde la condición de colonia a una nación independiente, en fin, del orden tradicional a la modernidad política. Así se refleja en la creación de símbolos, instituciones y liturgias republicanas, que comenzaron a dar forma a una nueva comunidad política, la que fue surgiendo en medio de las urgencias de la guerra.

Este libro indaga justamente en la complejidad de ese proceso, mediado por los imperativos del contexto bélico. Este escenario tuvo una doble dimensión, tanto destructiva, propia de la violencia, como creativa. En efecto, por su misma dinámica, la guerra cataliza procesos de

concentración del poder e incentiva su burocratización. La institucionalidad estatal, expresada en los primeros ministerios, fue surgiendo en medio de las necesidades militares justamente para hacer frente a las contingencias. Por otra parte, la amplia movilización social que la guerra involucra, también impactó decisivamente en la formación de las identidades colectivas. Nuestro propósito es hacer dialogar estas perspectivas, para poner en evidencia la riqueza interpretativa que tiene la guerra como espacio de análisis.

Para aproximarnos a los problemas planteados en este bienio decisivo, hemos optado por superponer los planos narrativos con los interpretativos. Así, hay capítulos que, por su mismo contenido, poseen mayor fuerza narrativa, como aquellos que remiten al desarrollo de las campañas militares; en tanto que otros se abordan más bien en términos de análisis de problemas.

En el mismo sentido, hemos procurado limitar, en la medida de lo posible, el aparato erudito, porque pretendemos escribir para un público amplio. Con todo, para hacer justicia a la abundante y diversa literatura con la que dialogamos y que informa nuestro análisis del período, incluimos al final una orientación bibliográfica sobre cada uno de los temas abordados en estas páginas, para quienes deseen profundizar en la materia. Ya concluido el año del Bicentenario de la declaración de la independencia, hemos podido consignar los trabajos más recientes sobre el proceso.

En la perspectiva de la conmemoración, creemos que es oportuno revisitar, con criterio moderno, el momento histórico decisivo inaugurado en Chacabuco y consumado en Maipú. Un tiempo de incertidumbres extremas, en que la vorágine de la revolución y la guerra marcaban la vida cotidiana de la incipiente sociedad chilena. La revisión de eventos y problemas ayuda a comprender el momento germinal del Estado chileno. Tal ha sido el propósito de este libro: entender las pasiones y razones de quienes lucharon o resistieron, incluso al costo de sus vidas, la transformación de Chile en "un pueblo libre".

Finalmente, los autores agradecen la invitación de la Universidad Bernardo O'Higgins a escribir este libro, que constituyó a la vez un proyecto grato y desafiante. Reconocemos el apoyo del proyecto Fondecyt 11150363; "De civiles militarizados a militares civilizados, la construcción de sociedades civiles en América Latina en la mirada de los oficiales napoleónicos".

CAPÍTULO I

De Mendoza a Chacabuco

En 1816, el año en que las provincias unidas del Río de la Plata declaran su independencia, las revoluciones americanas vivían un momento complejo. Los movimientos en el Cono Sur habían sido sometidos, al punto que solo se mantenían activos dos núcleos independentistas, el de la actual Argentina y el Paraguay. En agosto, tropas luso-brasileñas habían invadido la Provincia Oriental del Río de la Plata. En octubre, Joaquín de la Pezuela fue nombrado Virrey interino del Perú. Se lo reservaba para titular del Virreinato del Río de la Plata en cuanto se reconquistara Buenos Aires. Se dio a la tarea de apoyar las expediciones del Ejército del Alto Perú y a las fuerzas realistas en Chile.[1] Esperaba que venciendo la resistencia de los del Plata, por fin la insurgencia sería aplastada.

Por una década se habían prolongado las campañas de los independentistas de Buenos Aires en el altiplano, sin resultados decisivos.[2] Dos campañas fallidas, en 1810 y 1811, sumada a la de Manuel Belgrano, en 1813, mostraron la imposibilidad de aquel camino. A fines de este año,

1 Pablo Ortemberg y Natalia Sobrevilla, eds., *Joaquín de la Pezuela. Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus Provincias (1813–1816)* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2011).

2 Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la independencia de Chile* (Santiago: DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2002), pp. 21–80.

las derrotas del ejército liderado por Manuel Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma hicieron necesario el envío de nuevas tropas. Marcharon cien artilleros y 250 Granaderos a Caballo. Al frente de estas fuerzas, que componían el Batallón N°7, venía un coronel de 35 años; era José de San Martín. Aunque no participó en acciones bélicas, pudo convencerse de las dificultades insuperables que generaba una campaña en esas serranías enormes y desprovistas de recursos. Sus cualidades de organizador también comenzaron a desplegarse en su paso por el Ejército del Norte. Adiestró soldados y forjó alianzas con las guerrillas gauchas de Salta y Jujuy. Cuando fue designado gobernador intendente de Cuyo, en agosto de 1814, ya conocía bien el terreno en que maduraría su concepción estratégica.

Se había persuadido que el camino para la derrota definitiva del poder español, no pasaba por las sierras norteñas, sino por la más formidable Cordillera de los Andes. Había que organizar un ejército para liberar a Chile y luego continuar, por el mar, hasta Lima. Para ello debía urdirse un plan meticuloso, reunir los recursos necesarios y, sobre todo, cruzar la Cordillera. Una hazaña igual o mayor que las batallas que le siguieron.

El plan que finalmente se puso en práctica experimentó variaciones en el tiempo y tiene antecedentes que remontan al siglo previo. Hasta hoy es objeto de debates. Cuando San Martín asumió la intendencia de Cuyo, promovía la formación de un ejército pequeño y bien disciplinado, que pudiera actuar en connivencia con los revolucionarios chilenos. Los escuadrones de Granaderos a Caballo, más alguna fuerza de infantería y artillería en un número cercano a los mil hombres, bastarían para la tarea. La desarticulación del gobierno patriota, tras el Desastre de Rancagua, en octubre de 1814, excluyó esa posibilidad.

En el verano previo a Chacabuco, pensando que no contaría con los elementos para una invasión en forma, intentó otra estratagema. Se trataba de atraer al ejército realista de Marcó del Pont a cruzar la cordillera. Fingió marchar al norte, simulando un repliegue tras la derrota

en Sipe Sipe. No contó, sin embargo, con el apoyo de Buenos Aires y tampoco los monarquistas chilenos se atrevieron a tomar la iniciativa. De manera que tuvo que concentrar sus energías en el plan que fue el definitivo.

La estrategia acordada consistió en una acción conjunta sobre varios puntos, entre Copiapó y Curicó, a fin de provocar la dispersión de las tropas realistas. Las columnas principales cruzarían por Uspallata y Los Patos, pero todas deberían simular ser la más fuerte. Así se provocaría el despliegue de los enemigos en una larga línea de casi 800 kilómetros, que dificultara la defensa inicial. Era una operación arriesgada, que requería una gran preparación. De ahí que el mérito de San Martín se asocie hoy más a su capacidad operativa, que a la concepción de un plan, que para muchos resultaba el único viable. No debe menospreciarse, en todo caso, el enorme mérito del Libertador, pues las dificultades logísticas y políticas de la empresa eran tremendas; y exigieron constantes adaptaciones tácticas para asegurar su viabilidad.

El Plan

Sobre el cruce de los Andes como estrategia militar había antecedentes, tanto en el plano bélico, como en el táctico y el geográfico. Recordemos, en efecto, que ya en dos ocasiones anteriores la cordillera había sido transmontada por fuerzas militares, desde el inicio del proceso emancipatorio. En abril de 1811, unos 300 chilenos, la mayoría de ellos provenientes de la provincia sureña de Concepción, atravesaron la cordillera, para apoyar la revolución en el Río de la Plata.[3] Emprendieron, así, el

3 A esta columna deben añadirse unos mil hombres más, en razón de que los porteños pusieron bandera de recluta, enganchando esa cifra de milicianos. Cristián Bulnes Ripamonti, *Los auxiliares de Penco y su capitán Manuel de Bulnes Quevedo* (Santiago: Ograma Impresores, 2012), pp. 37–150.

primer cruce de los Andes en el marco de la revolución americana. Permanecieron en Buenos Aires hasta abril de 1813, cuando el desembarco de la expedición de Antonio Pareja, en la bahía de San Vicente, en marzo de aquel año, hizo imperativo su regreso.

El camino inverso recorrió, en septiembre de ese mismo año, una división auxiliar organizada por el Segundo Triunvirato. Al mando del coronel Marcos Balcarce, una formación de entre 200 y 300 soldados hicieron la ruta de la cordillera, todavía nevada. Participaron en las acciones de Cucha-Cucha y Membrillar y solo regresarían tras la derrota en Rancagua.[4] Con el grado de teniente coronel, Juan Gregorio Las Heras participó en las acciones y comandó, al final, el batallón auxiliar.[5] Volvería luego con el Ejército de Los Andes, el cual se nutriría de estas tropas fogueadas en las campañas de la Patria Vieja.

A nivel táctico, la concepción estratégica que se implementó en el verano de 1817, había tenido varias formulaciones previas. A los proyectos ingleses del coronel Fullarton (1780) y de Nicolás Vansittart (1796), se añadió el plan formulado por el mayor general Thomas Maitland en 1800, recuperado hace unos años por Rodolfo Terragno.[6] Es probable que los haya conocido el futuro Libertador, de paso por Londres rumbo al Río de la Plata. Estos planes incluyen un componente naval, propio de la nación marítima a que se atribuyen. En años recientes han alimentado teorías conspirativas, que asocian a San Martín a los proyectos

4 María Florencia Musante Grau, "El cruce de los Andes en 1813: chilenos en Argentina, argentinos en Chile en la batalla de Membrillar", en VV.AA, *El Lazo de los Andes: diálogos sobre las campañas de la independencia de argentinos y chilenos, civiles y militares, 1810–1830* (Osorno: Universidad de Los Lagos / PEDCH, 2007), pp. 37–45.

5 El episodio puede profundizarse en Sergio Martínez Baeza, *Las Heras y la emancipación sudamericana* (Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 2009).

6 Sobre estos planes véase Rodolfo H. Terragno, *Maitland & San Martín* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2001), pp. 62–104.

ingleses.[7] Lo cierto es que, avanzando la década de 1810, el cruce de la cordillera llevando la guerra devenía la alternativa más factible.

Así, en 1813, el doctor Bernardo Vera y Pintado, representante de Buenos Aires ante el gobierno de Chile, proponía la venida de oficiales trasandinos y luego una acción binacional sobre Lima.[8] Incorporado luego al ejército de San Martín, sin duda le transmitió su visión y su experiencia chilena. Se menciona también la más discutible propuesta del teniente coronel Enrique Paillardelle, también planteada en 1813, cuando Chile todavía seguía en manos patriotas. Consistía en trasladar mil hombres hasta la costa del Perú, los que allí debían reforzarse con una fuerza compuesta de antiguos esclavos. A estos se les ofrecería la libertad, a cambio de batirse junto a los insurgentes. Una vez levantados todos los puertos, el virrey quedaría aislado y debería rendirse. El colapso del gobierno patriota tornó inviable esta opción.

Instalado ya San Martín en Mendoza y con mejor conocimiento del terreno, le resultó evidente que solo los pasos de Uspallata o Los Patos permitirían el tránsito de un ejército de las dimensiones proyectadas. Esto planteaba una dificultad, pues se sabía que el grueso de las fuerzas realistas se desplegaba en la región central chilena. Unos 2.650 hombres, en efecto, que representaban el 72 % del ejército enemigo, se concentraban en la provincia capital, lo que obligaba a diseñar tácticas

7 Juan Sejean, *San Martín y la tercera invasión inglesa* (Buenos Aires: Biblos, 1997), obra polémica que lleva ya cuatro ediciones. Simetría de intereses que también identifica Beatriz Bragoni, aunque sin atribuirle connivencia, en *San Martín: de soldado del rey a héroe de la Nación* (Buenos Aires: Sudamericana, 2010).

8 "…haciendo V.E. el empeño posible para enviar tropas, escribía Vera a su gobierno, con buenos oficiales (que aquí no los hay) y haciéndolas penetrar a todo trance por el paso más expedito que franquee la cordillera en la proximidad del invierno que no podemos evitar no solo se afianzará la seguridad exterior, y se evitará una nueva invasión a esas provincias, sino que se consolidará el sistema interior de un modo que obligue a Lima a uniformarse". Citado en Cristián Guerrero Lira, *1817, de Mendoza a Chacabuco* (Santiago: Ediciones Universidad Bernardo O'Higgins / Corporación Conservación y Difusión del Patrimonio Histórico y Militar, 2016), p. 49.

de diversión para forzar su despliegue en una línea mayor.[9] Fue necesario recurrir a la llamada "guerra de zapa", esto es, a diversas operaciones de inteligencia para confundir al enemigo sobre el verdadero curso de la invasión. Se preveía, además, que una escuadra formal o de naves corsarias operara en el Pacífico, para apoyar las acciones.

Decenas de pasos conectaban ambos lados de la cordillera, pero muy pocos admitían la marcha de un ejército en forma, con su artillería, caballería y pertrechos. El Planchón era el situado más al sur, a la altura de Curicó. Ese fue el que San Martín quiso representar como el elegido. Organizó para ello un parlamento con los caciques pehuenches, en septiembre de 1816. El encuentro se realizó en el fuerte de San Carlos, y fue acompañado de un cargamento de "120 pellejos de aguardiente, 300 de vino, un gran número de bridas, espuelas con labrados, bordados antiguos o vestidos galoneados", según el relato de John Miller.[10] Cumplió su objetivo, según veremos, pues al cruzar este paso la formación al mando de Ramón Freire encontró las tropas realistas que allí se instalaron para impedir el cruce.

La traumática derrota de los patriotas en Rancagua, en octubre de 1814, generó un escenario que obligó a San Martín y la revolución rioplatense a adoptar definiciones basadas en esta nueva situación. El riesgo de una invasión desde Chile se hacía más inminente y forzaba la necesidad de actuar. En mayo de ese año, el rey Fernando VII había derogado la Constitución de Cádiz y retornado a Madrid, barriendo con los liberales. Eran días oscuros para el movimiento emancipador. A medida que avanzaba octubre, a los primeros refugiados, que llegaban huyendo de Chile, le siguió una avalancha de centenares de exiliados. En Mendoza, la situación era dramática, por la necesidad de auxiliarlos y de asegurar la propia defensa. San Martín, quien ya ocupaba la

9 Pablo Camogli, *Nueva historia del cruce de los Andes* (Buenos Aires: Aguilar, 2011), p. 185.
10 John Miller, *Memorias del General Miller* (Buenos Aires: Emecé, 1997), pp. 117–130.

intendencia de Cuyo desde agosto, remitió hacia Uspallata mil mulas cargadas con charqui, harina y otros comestibles.

Pero las mayores dificultades no las tuvo con la población civil que emigraba, sino con José Miguel Carrera y sus partidarios. Estos se resistían a reconocer la autoridad del gobernador y exigían ser reconocidos como el legítimo gobierno de Chile.[11] San Martín, advertido del carácter de Carrera, no aceptó el desacato. Apoyado en las tropas de Las Heras, que custodiaban la cordillera, en las milicias provinciales y en las fuerzas chilenas que lideraba Pedro Andrés de Alcázar, rodeó el campamento de Carrera, en la madrugada del 27 de octubre. Considerando extinguida la autoridad de éste, declaró a los emigrados bajo su protección y libres "de toda obligación respecto de una autoridad extraña que había caducado". Ordenó que los miembros de la última Junta de Gobierno chilena, con los hermanos Juan José y José Miguel Carrera, Julián Uribe y Manuel Muñoz Urzúa, debía trasladarse a San Luis. Finalmente, junto a Diego José Benavente, fueron remitidos a Buenos Aires.

La caída del gobierno amigo de Chile abría un riesgoso flanco para los trasandinos, en especial para la vecina Mendoza, situada a menos de cuatrocientos kilómetros de Santiago. Sin la posibilidad por ahora de continuar la guerra al oeste de los Andes, había que reforzar las defensas. San Martín recorrió personalmente, durante dos semanas, los pasos cordilleranos, viajó a San Juan y otras localidades, fortificó Los Patos y ordenó la construcción de trincheras en las esquinas de la plaza

11 Benjamín Vicuña Mackenna, *El Ostracismo de los Carrera* (Santiago: Universidad de Chile, 1938), pp. 25–35; y Beatriz Bragoni, *José Miguel Carrera. Un revolucionario chileno en el Río de la Plata* (Buenos Aires: Edhasa, 2012), pp. 22–28. La versión de Carrera, en tanto, la consigna él mismo en el *Diario del Brigadier General José Miguel Carrera Verdugo* (Santiago: Academia de Historia Militar, 1986), pp. 107–109. Comenta los eventos y los oficios intercambiados con San Martín. Asegura que obraban contra él y los suyos "la intriga, la ignorancia, la venganza y la fuerza."

y otros sitios estratégicos.[12] La zozobra fue la tónica de esos dos años, en que debió asumirse una fuerte estrategia defensiva. Fue así hasta el 24 de junio de 1816. Ese día el director supremo Pueyrredón autorizó la operación del paso de los Andes.

El General solicitó ayuda de manera insistente a Buenos Aires, exagerando, cuando era necesario, la inminencia de un ataque. Envió comisionados al Directorio, esperando siempre instrucciones para avanzar en su plan. Hasta mediados de 1816, San Martín se mantuvo esperando instrucciones. La derrota en Sipe Sipe impactó a las armas rioplatenses y obligó a revisar los criterios con que se conducía la guerra. Pero fue el Congreso de Tucumán, donde se declararía la independencia y asumiría Juan Martín de Pueyrredón como Director Supremo, la oportunidad que San Martín esperaba, o que más bien se generó. La fuerte participación de los diputados cuyanos, en efecto, influidos por San Martín, favoreció ambas decisiones y facilitó el cambio definitivo del diseño estratégico.

De esta manera, con un creciente ascendiente sobre la política rioplatense, San Martín organizó una reunión en Córdoba con el flamante Director Supremo, en la cual discutieron largamente sobre los planes de invasión. La reunión duró "dos días con sus noches" y concluyó con el apoyo político total para la expedición. Se trataba de un verdadero cambio de paradigma, que habría de experimentar fuertes resistencias. En Buenos Aires se resintió la política de liberación de los esclavos, así como la presión económica del gobierno para financiar la expedición. Pueyrredón comentaba a San Martín que "el congreso me critica de que atiendo a ese ejército con preferencia al que los guarda a ellos y aquí [por Buenos Aires] me miran atrozmente diciendo que desatiendo a la defensa de esto, y no pago a las viudas, asignaciones y oficialidad por

12 Gerónimo Espejo, *El Paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del Ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817* (Buenos Aires: Carlos Casavalle, 1882).

contraerme todo a Mendoza".[13] Fue una de las tantas complejidades que debió enfrentar la concreción operativa de su plan estratégico.

En la historiografía tradicional, la figura de San Martín aparece como la de un "genio organizador y paciente", quien, actuando en estrecha colaboración con el "pueblo abnegado y sacrificado" de la población de Cuyo, llevó adelante la magna empresa. Es la visión que impone Bartolomé Mitre, en su biografía del Libertador, que resulta fundacional de la historiografía argentina, y reproducen autores más modernos, como José Pacífico Otero.[14] Sin apartarse de ella realmente, en años recientes se ha matizado la visión del proceso de organización del ejército y la provincia. Se observa un mayor énfasis al rol de otros actores, se estudian las dimensiones económico-sociales y se resaltan la resistencia y complejidades del proceso.[15]

José de San Martín (1778–1850) era, sin duda, el hombre llamado a realizar la tarea. Había acumulado en las campañas europeas una vasta hoja de servicio militar. Durante sus veintiún años en el ejército real participó en 17 batallas en mar y tierra, en cinco campañas diferentes. Tenía experiencia en sitios y abordajes, así como en la formación de tropas regulares y de milicias. Sus conocimientos tácticos y estratégicos se extendían a la artillería, la infantería y la caballería, arma que era su especialidad. Incluso conocía bien la guerra irregular, aprendida en los feroces combates del pueblo español contra las tropas napoleónicas.

Allí también se forjó su ideario revolucionario, al persuadirse de la decadencia inevitable de un Imperio español refractario a las reformas modernas; situación que él lucharía por cambiar en América. Lo que no se conocía a su regreso a este continente, eran sus dotes de

13 Citado por Pablo Camogli, *Nueva historia,* p. 191.

14 Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana* (Buenos Aires: Biblioteca del Suboficial, 1940); y José Pacífico Otero, *Historia del Libertador don José de San Martin* (Buenos Aires: Sopena, 1945).

15 Norberto Galasso, *Seamos libres, y lo demás no importa nada* (Buenos Aires: Colihue, 2000).

administrador, como cabeza de un gobierno civil, que puso en práctica al frente de la gobernación de Cuyo. Una capacidad que fue clave para la movilización total de los recursos materiales y humanos de la provincia, que exigía la campaña proyectada.

En Buenos Aires, puso en práctica sus capacidades formativas. En 1812, organizó un nuevo cuerpo de caballería, al que sometió a un riguroso entrenamiento. Devendría en el Regimiento de Granaderos a Caballo, con la incorporación de contingentes de Corrientes, Córdoba, San Luis y Misiones. Fue ascendido a coronel por este logro, pero también por su cercanía política con las autoridades del Segundo Triunvirato, que había apoyado con sus tropas. De manera que ya formaba parte del grupo en el gobierno y podía reimpulsar, desde allí, la campaña por la independencia.

Se acercaría definitivamente al teatro de operaciones en agosto de 1814, cuando el director supremo Gervasio Posadas le nombró Gobernador Intendente de Cuyo. Allí se encontraría con una sociedad de características poscoloniales, que vivía en un relativo aislamiento. En muchos aspectos seguía conectada a Chile, pues había sido parte de esta Capitanía General hasta la creación del Virreinato del Río de la Plata, apenas tres décadas antes, en 1776. Quedó incorporada a la gobernación intendencia de Córdoba del Tucumán.[16]

La oligarquía local, heredera de los fundadores españoles de la ciudad, lideraba una sociedad más bien conservadora. Controlaba las tierras productivas y se relacionaba por lazos de sangre y matrimonio. El cabildo era el centro del poder local. La revolución conmocionó las estructuras sociales y económicas de la región, así como las ideas, generando un nuevo espacio público local, inevitablemente modernizado por la actividad bélica y la férrea voluntad del gobernador San Martín.

16 Sobre Mendoza y su relación con el prócer, Daniel Grilli, Adolfo Cueto y Teresa Giamportone, *San Martín: su patria chica y la Patria Grande* (Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 2012).

La provincia contaba con 43.234 habitantes, según el censo de 1812. Se distribuían entre las ciudades de San Luis, que tenía 16.837 habitantes; Mendoza, con 13.318 y San Juan, 13.079. Una gran mayoría vivía en el campo. La mitad de la población eran criollos o mestizos; los indígenas eran el 30 por ciento y los negros y pardos el 20, en números redondos. Curiosamente, los españoles solo representaban el 0,5 por ciento, con 226 personas.[17]

Plaza de Mendoza, c. 1825 (*Álbum pittoresque de la frégate La Thetis et de la corvette L'Espérance*. París: 1828).

17 Camogli, *Nueva historia,* p. 36.

Los sucesos de mayo de 1810, en Buenos Aires, plantearon un dilema a los cuyanos, quienes finalmente se sumaron al bando patriota. Mendoza reconoció a la Primera Junta con una motivación práctica, cual era de avanzar hacia su propia autonomía de Córdoba. Aunque la Junta mantuvo el centralismo colonial, finalmente se consiguió el objetivo. En noviembre de 1813, en efecto, se decretó la creación de la gobernación intendencia de Cuyo, con capital en Mendoza.

En sus funciones, José de San Martín avanzó fuertemente en la militarización de la provincia. Incluso en las escuelas, que apoyó siempre, se estimuló el fervor patriótico, los desfiles y la preparación militar. Todas las esferas de la vida social fueron tocadas por el impulso modernizador. Se obtuvo el envío de la primera imprenta, con sus tipos, tinta y papeles. Se impuso la obligatoriedad de la vacuna contra la viruela y se crearon sendas Juntas Hospitalarias en Mendoza y San Juan.

Un férreo control se estableció sobre la actividad económica, para apoyar el esfuerzo bélico. Multas, impuestos, apropiaciones, empréstitos forzosos y "contribuciones patrióticas", fueron algunos de los arbitrios utilizados.[18] Se promovió una política de control de precios, en especial de la carne, y se procuró alcanzar el pleno empleo de las clases populares, tanto para elevar su nivel de vida, como para mantener el orden. Con estas políticas, concluye un autor, San Martín "echó las bases de la justicia social" en Cuyo.[19] Del mismo modo, la maestranza del ejército y la provisión de los múltiples elementos necesarios promovieron un incipiente desarrollo industrial en la provincia.

18 Entre las medidas más curiosas que aplicó San Martín para recaudar fondos, hay una que toca al tribuno penquista, de origen cuyano, Juan Martínez de Rozas, muerto en Mendoza en 1813. El gobernador hizo depositar en la tesorería provincial 12 mil pesos de la herencia de Rozas, aduciendo que el prócer "así lo hubiera deseado". Camogli, *Nueva historia*, p. 80.

19 Alfredo Estévez y Óscar Horacio Elía, *Aspectos económicos de la campaña sanmartiniana* (Buenos Aires: El Coloquio, 1976).

El control social se reforzó a través de la combinación de medidas que apuntaban a la seducción patriótica, pero también a la coacción, a fin de reprimir a los adversarios y obtener los recursos para financiar la campaña. Con todo, San Martín cuidó siempre de su relación con el Cabildo, debido a su elevado ascendiente social. El poder provincial del gobernador se proyectó a la política nacional. Recordemos que en el Congreso de Tucumán en 1816, logró forzar la declaración de la Independencia y la elección de Pueyrredón como Director Supremo.

La formación del Ejército de los Andes

La formación del ejército fue un empeño formidable, que movilizó los recursos de la provincia. En 1813, ésta contaba apenas con 900 hombres en armas, entre cívicos blancos y pardos, blandengues y unos quinientos hombres de caballería miliciana. El Desastre de Rancagua cambió totalmente el escenario, aún si no se organizaba todavía la futura expedición. Ese mismo octubre de 1814 se ordenó la movilización masiva, so pena de reputarse a los remisos traidores a la patria. Las milicias cubrieron los boquetes cordilleranos en previsión de un ataque inminente en el próximo verano. El gobierno de Buenos Aires aportó a la defensa remitiendo dos compañías de infantería, compuestas de 40 hombres del Batallón N°8 de pardos y morenos y 50 artilleros con una batería de 4 cañones.

Luego de Rancagua, 708 soldados cruzaron hacia Mendoza. Iban 105 artilleros, 229 infantes y 374 de caballería. Las disensiones con Carrera impidieron que se incorporaran en bloque al ejército, conservando sus mandos. Unos volvieron a Chile, otros fueron remitidos a Buenos Aires y un grupo de 174, correspondiente a los dragones que lideraba el coronel Andrés de Alcázar, se incorporaron a las fuerzas regulares. Había otro grupo que regresaba de allende los Andes. Eran los Auxiliares de Chile que combatieron en Cucha-Cucha y Membrillar, al mando de

Las Heras, a quienes ya nos hemos referido. Doscientos hombres que constituyeron el núcleo fundacional del ejército, incrementados luego con sesenta Infantes de la Patria y un grupo de ingenieros o zapadores. Fue elevado a batallón y su jefe Las Heras ascendido al grado de teniente coronel efectivo.

Se les sumaron, a mediados de 1815, fuerzas de caballería; unos 210 hombres, consistentes en los escuadrones 3° y 4° de Granaderos a Caballo y un piquete de artillería con varios oficiales, premunidos de cañones, obuses, fusiles, pólvora y otros pertrechos. Es interesante la situación de los esclavos y los pardos libres, que San Martín procuró integrar en las mismas unidades. Incluso intentó unificar los batallones de blancos y de negros, medida que provocó la resistencia insuperable de la oligarquía, de manera que tuvo que ser revertida. En consecuencia, las milicias de infantería quedaron organizadas en un batallón de blancos y en otro de pardos y morenos; este último dividido en una compañías de pardos libres y la otra de esclavos.[20] Los extranjeros residentes, en especial los ingleses, muchos de ellos antiguos prisioneros de las fallidas invasiones de 1806 y 1807, se ofrecieron a unirse al ejército. Así ocurrió en septiembre de 1816, cuando pasaron a formar dentro de las milicias cívicas de blancos. En total, unos mil doscientos milicianos marcharon con el Ejército de los Andes. Se ocuparon de conducir las cargas y el ganado; otros eran guías, pero todos podían entrar en combate como reserva estratégica, si llegaba el caso.

La meta de San Martín era reunir a lo menos cuatro mil hombres. No fue fácil mantener las actividades productivas, ante tan alta tasa de militarización. Pues además de las necesidades habituales había que vestir, armar y alimentar a un contingente numeroso. Fue inevitable

20 Beatriz Bragoni, "Esclavos, libertos y soldados: la cultura política plebeya en Cuyo durante la revolución", en Raúl Fradkin, comp., *¿Dónde está el pueblo? Contribuciones a la historia popular de la revolución de independencia rioplatense* (Buenos Aires: Prometeo, 2008).

la crisis de la mano de obra, así como la transformación de las comunidades afectadas, en especial nos referimos a San Juan y San Luis y la misma Mendoza.

Durante los tres años en que San Martín ocupó la gobernación de Mendoza, la preparación del ejército fue su preocupación central, que desempeñaría sin descuidar el gobierno civil. A partir de agosto de 1816, sin embargo, cuando se acercaba la fecha de la expedición, su actividad se aceleró y se concentró en los preparativos. Delega el mando civil para dedicarse totalmente a los arreglos y la disciplina del ejército. En septiembre se instaló el campamento El Plumerillo, a una legua de la ciudad, trasladándose allí las tropas para completar su instrucción. Se levantaron galpones de tapial para compañías y dependencias para jefes y oficiales. También cuadras para el Regimiento de Granaderos a Caballo y las del Estado Mayor y Cuartel General.

La actividad diaria comenzaba con un cañonazo al alba, seguido de la diana. Se pasaba lista y empezaba la instrucción matutina, que duraba unas cuatro horas. Consistía en el manejo de las armas y la práctica de movimientos de conjunto, como el orden de marcha y diversos despliegues. También se trabajaba en confeccionar piezas de ropa o vituallas y, los oficiales, en estudios tácticos y reuniones preparatorias. Bernardo O'Higgins, con el grado de general, participó activamente en las tareas formativas.

Nada se descuidaba. Desde la organización de bandas de música, importantes para la moral de la tropa, como para la transmisión de órdenes e informaciones. El hospital, a su vez, era fundamental. A su frente se hallaba el teniente coronel de artillería inglés Diego Paroissien, muy cercano a San Martín. Debía lidiar con las epidemias e infecciones tanto o más que con las heridas. La práctica era precaria y las amputaciones, una medida demasiado frecuente. Junto a ello, fue importante la religión, como elemento de motivación y legitimación, reflejada en la misa dominical del campamento, celebrada en un altar central. El servicio se aplicaba "por la Libertad e Independencia de la América

en general" y debía promoverse la obediencia y orden entre las tropas. Cada unidad contaba con su capellán y a la bendición de la Virgen del Carmen se consagró la expedición. Cuatro capillas portátiles acompañaron al ejército en su cruce de la cordillera.

El Cruce

La Cordillera de los Andes fue la barrera natural que segmentó los escenarios de la guerra y que, en buena medida, condicionó los territorios de los nacientes Estados. En la zona central, que debía atravesar el contingente principal, se hallan las mayores alturas del macizo, que presenta varias cadenas montañosas. La dificultad de sobremontarlas preservó a Mendoza de que la guerra continuara en su territorio, tras el Desastre de Rancagua. Ahora, cuando se planificaba la invasión, aparecía como el obstáculo más formidable, mayor incluso que el desafío que planteaban los propios combates que tendrían lugar. Lo decía el propio San Martín: "lo que no me deja dormir no es la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes".

Existía un conocimiento geográfico acumulado, producto del tráfico de baqueanos y viajeros, complementado con viajes de exploración, de las diferentes rutas hacia Chile.[21] Con todo, no era suficiente para los requerimientos de una expedición tan masiva, cargada de pertrechos militares y pesados cañones. Las emboscadas y el factor sorpresa podrían frustrar el objeto de la expedición. A fin de prepararla se reunieron testimonios y se relevaron los accidentes y los recursos disponibles en la ruta, tales como pasto, agua o leña. El clima en la montaña, extremo y cambiante, planteaba dificultades adicionales. En

21 Armando Cartes, "La ruta de Concepción a Buenos Aires por Antuco y Neuquén: Una mirada geopolítica", *Estudios Trasandinos*, v. 18, n. 1 (2013), pp. 29–36.

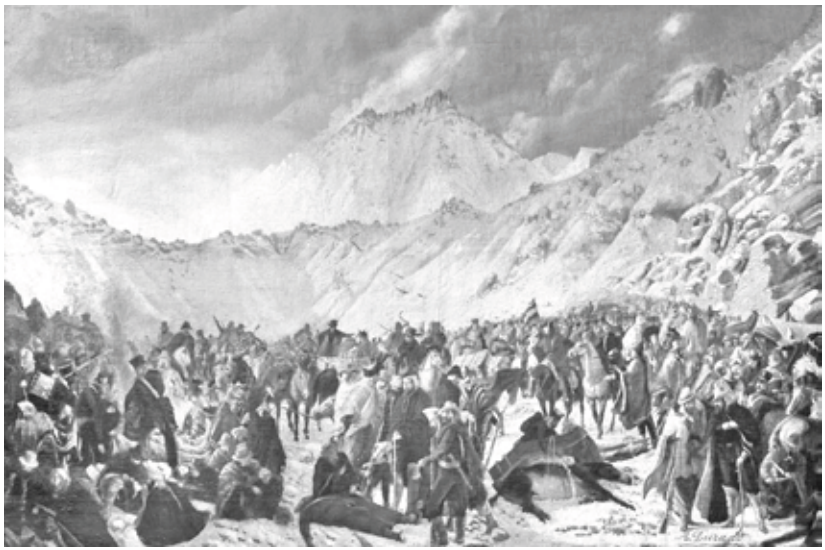
los dos siglos transcurridos, los glaciares han retrocedido y el clima, en 1817, era todavía más inhóspito. Incluso en verano las temperaturas descendían bruscamente y las tormentas no eran infrecuentes. El suelo, pedregoso o arenoso, dificultaba el avance.

Los ingenieros levantaron la cartografía necesaria y se relevó el terreno. San Martín recorrió personalmente las estribaciones cordilleranas, en varios meses de 1816. Un episodio, que siempre se recuerda como un hábil ardid, es el viaje de José Antonio Álvarez Condarco, el cual permitió reconocer las rutas principales de Los Patos y Uspallata. Álvarez fue enviado a Santiago con una copia de la declaración de independencia de las Provincias Unidas de Sudamérica, por la ruta más larga de Los Patos. El Gobernador Marcó del Pont estuvo a punto de fusilarlo, pero al fin lo envió de regreso por el camino más directo de Uspallata.[22] El ardid permitió a Álvarez, con su memoria privilegiada, registrar todos los recursos y accidentes del terreno, en especial en la vertiente occidental de la cordillera, que fueran útiles a los objetos de la expedición.

Solo dos semanas antes de la partida, el 24 de diciembre de 1816, el director supremo Juan Martín de Pueyrredón remitió las "instrucciones reservadas que deberá observar (San Martín) en las operaciones de la campaña destinada a la reconquista de Chile". Ahí se consignaba que los móviles de la campaña eran "la consolidación de la independencia de América de los reyes de España, sus sucesores y metrópoli, y la gloria a que aspiran en esta grande obra las Provincias Unidas del Sur".

En el documento también se insinúa el plan, que en un momento compartieron O'Higgins y San Martín, de una confederación de países en el Cono Sur, con una mirada americanista. Así se explica la exigencia a éste de influir para lograr que Chile envíe "sus diputados al congreso

22 Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas. La política y la guerra* (Buenos Aires: Emecé Buenos Aires), p. 222.



Alphonse Durand, *El paso de los Andes,* 1857.
Óleo sobre tela, colección particular, Buenos Aires.

general de las Provincias Unidas, a fin de que se constituya una forma de gobierno general que, de toda la América unida en identidad de causas, intereses y objeto, constituya una sola nación". En el plano político, se sugería la designación de autoridades locales. El mismo O'Higgins ya había sido elegido para ello en Buenos Aires. El mando militar, no obstante, debía permanecer en poder de San Martín. Se advertía de cuidar la relación con la aristocracia local, evitando reformas muy audaces que pudieran enemistarla en esta fase de la revolución. El financiamiento posterior de la guerra, así como la devolución de los gastos en que incurrió el gobierno trasandino, eran también materia de las instrucciones.

En la víspera de la invasión, se intensificó la actividad de zapa y de contrainteligencia. Su objeto era, según el gobierno de Buenos Aires

había instruido, "alarmar a Chile, seducir las tropas realistas, promover la deserción, figurar los sucesos, desconceptuar los jefes, infundir temor a los soldados y procurar desconcertar los planes de Marcó". Se utilizaron múltiples estratagemas: cartas apócrifas, rumores, infiltración de agentes y sabotajes. Un objetivo mayor de la desinformación era ocultar el paso que ocuparían las columnas principales, a fin de promover la dispersión de las tropas realistas en una larga línea.

Al amanecer del día previsto, el ejército partió en formación desde El Plumerillo. Atravesó la ciudad, para recibir el saludo de la población, al son de las campanas. En la iglesia de San Francisco se realizó una ceremonia solemne y ya luego la columna enfiló rumbo a la cordillera. La fuerza al mando de Juan Las Heras se dirigió, el 18 de enero de 1817, hacia el paso de Uspallata. De acuerdo a las instrucciones de San Martín, debía estar precisamente sobre Santa Rosa el día 8 de febrero. El objetivo era sorprender a la guardia enemiga y, ya en territorio chileno, recolectar caballos para las acciones próximas.

Era seguida por la artillería y una extensa columna de mulas y bueyes de carga. Esta transportaba el armamento pesado y la alimentación; cuarenta toneladas de charqui y otras tantas de galleta. Mate, vino y aguardiente, cebolla, tabaco y ajos ayudaban a soportar el cansancio, los fríos y la altura. El vértigo y las náuseas eran una amenaza en los puntos más complejos de la ruta. Los hombres marchaban premunidos de un poncho de lana y de chaquetas, chalecos, pantalones, medias, zapatos y camisas, a razón de dos por cabeza, más un gorro de paño para cuartel, un gorro con visera y una mochila, entre otras prendas.

Más de 600 mulas cargaban la artillería y municiones. Muchos soldados marchaban a pie, pues los caballos se cuidaban para el combate posterior. Estos debían cabalgar herrados, lo que planteó el esfuerzo adicional de trasladar herramientas, fuelles, braseros y miles de herraduras a los cuarteles de avanzada. 122 mulas cargaban el hospital de campaña, el cual consistía en seis carpas cónicas y gran variedad de equipamiento, tal como catres, escalpelos, lancetas de vacunación,

vendas de bayeta y cajas de trepanación, para las inevitables amputaciones. A los médicos se sumaban veinte asistentes.

La columna que avanzó más al norte tenía por destino Copiapó y estaba al mando del teniente coronel Francisco Zelada. El grupo partió desde Tucumán, a instancias del general Belgrano, que aportó de su ejército un contingente de 80 milicianos y 50 infantes por lo que debió recorrer casi mil kilómetros. Salieron de Guandacol el 15 de enero para luego cruzar por el paso de Come Caballos, a más de 4.500 metros de altura. Los realistas no podían pensar que éste era el ataque principal; su objetivo era tomar posesión del territorio e ir copando las defensas. La columna llegó a Copiapó el 12 de febrero, el mismo día de la batalla de Chacabuco y pudo ocupar la ciudad.

Hacia Coquimbo se dirigió la columna al mando del teniente coronel Juan Manuel Cabot. Debía conquistar esa ciudad y La Serena, con el objetivo de evitar que los realistas del centro del país recibieran refuerzos del norte, o a través de un eventual desembarco de tropas limeñas por el puerto de Coquimbo. Partió de San Juan el 12 de enero y cruzó por Guana, a 4.500 metros de altura, momento a partir de cual debió enfrentar varias escaramuzas. La partida se vio reforzada por milicianos chilenos que se iban sumando. El 15 de febrero cumplió sus objetivos, quedando el norte bajo el control del ejército patriota.

La ocupación del sur fue encabezada por el coronel Ramón Freire. Partió de Mendoza el 14 de enero y llegó el 1 de febrero al Paso del Planchón. Su objetivo era tomar Talca y Curicó. Su misión era hacer creer a los españoles que se trataba de la columna principal. Hasta sus propios oficiales y tropas debían asumirlo así y proyectar esa imagen a lo largo de la ruta. Para asegurar el engaño, se incluyó en esta partida un piquete de los batallones números 7, 8 y 11 de infantería y de los Granaderos a Caballo, es decir, de cuatro de los cinco cuerpos del ejército. Sus uniformes diversos y coloridos debían reforzar la operación de enmascaramiento. La columna atravesó el Planchón y ocupó Talca, de acuerdo al plan. Fue robustecida por milicias locales, ya en territorio

chileno.[23] Ejecutó bien su tarea de entretener a unos mil soldados enemigos, que por las escaramuzas de Freire y la engañosa perspectiva de una invasión masiva, se restaron de sumarse a las fuerzas centrales. Se había cumplido el objetivo.

Una cuarta columna auxiliar era encabezada por el capitán José León Lemos. Fue la última en partir y la integraban apenas 25 soldados del cuerpo de blandengues y 30 milicianos del sur de la provincia de Mendoza. Carecía de oficiales de línea; en verdad, era solo un destacamento. Debía cruzar a Chile por el Paso del Portillo y sorprender a la guardia del fuerte de San Gabriel. Aunque las tropas realistas se evadieron, igual quedaron inmovilizadas al sur de Santiago, que era lo que se esperaba lograr.

Lemos era el comandante del fuerte de San Carlos, una posición defensiva contra eventuales incursiones indígenas cercana a Mendoza. Allí se reunió San Martín con los pehuenches, encuentro que fue importante en la estrategia de diversión planificada, así como para dar seguridad a la población de esa ciudad, durante el tiempo en que el fuerte quedaría despoblado.

El grueso del Ejército de los Andes inició su marcha el 19 de enero, rumbo a Los Patos. La vanguardia y la fuerza principal se dividieron en dos destacamentos cada uno, a los que se sumaba la reserva. Cinco grupos que eran necesarios, atendido la cantidad de personal, mulas y bagajes. La división de vanguardia era comandada por Miguel Soler y se componía de cuatro compañías de los batallones N° 7 y 8 y 4° escuadrón de Granaderos y 55 artilleros, con 5 piezas de a 4 pulgadas de montaña. La División del Centro era liderada por Bernardo O'Higgins y la integraba un destacamento conformado por el N° 7 y 22 artilleros con 2 piezas de a 2 y, en su segunda sección, por el N° 8, la escolta del

23 René León Echaiz, *El paso de Freire por el Planchón* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 1969).

general en jefe y el Estado Mayor. Más atrás, en la reserva avanzaban los escuadrones 1° y 2° de Granaderos y el hospital de campaña. San Martín fue el último en partir de Mendoza.

Se trataba en síntesis, de una fuerza poderosa, bien entrenada y equipada. No por eso no había dificultades ni vacilaciones. Así, solo entre el l y el 20 de enero, se registraron 79 casos de deserción, lo que representa casi el 2 por ciento del total de soldados movilizados.[24] La oficialidad y la tropa eran trasandinos, en forma muy mayoritaria. Se agregaron al ejército, en todo caso, 28 oficiales chilenos y una cantidad no totalmente determinada de soldados a la tropa, en las distintas unidades. Además, se incluyó un grupo de 50 oficiales que formaban los cuadros de las futuras fuerzas militares que se deberían organizar en Chile. Si bien el mayor esfuerzo bélico recayó sobre las Provincias Unidas del Río de la Plata, sostiene Camogli, "el Ejército de los Andes fue, en sustancia, un ejército mixto, ya que se integró con 'argentinos' y 'chilenos'".[25]

Las dos columnas principales fueron convergiendo a sus puntos de reunión, luego de enfrentar varios combates y escaramuzas en Guardia Vieja, Las Achupallas y Las Coimas, todos favorables a las armas patriotas.

De esta forma, la fuerza liderada por Las Heras había completado la etapa crítica del cruce; ya estaba en tierra chilena. Luego de padecer el día 5 una tormenta de granizo y lluvia, para la tarde del 8, la columna hizo su ingreso en San Felipe, tal como lo estipulaba San Martín en sus instrucciones. En el Campamento de Curimón se reunieron las columnas que cruzaron los Andes por Los Patos y por Uspallata. La artillería todavía no completaba el complejo tránsito cordillerano, pero había

24 Ezequiel Abásolo, "La deserción como problema jurídico en los ejércitos de la época de la independencia", disertación presentada en el Instituto de Historia del Derecho, Buenos Aires, 1994.

25 Pablo Camogli, *Nueva historia del cruce de los Andes*, p. 196.

el riesgo mayor de que se reconcentraran las fuerzas realistas, que por ahora estaban en minoría en la región. Se resolvió adelantar, entonces, el encuentro en Chacabuco.

José Tomás Vandorse, *Batalla de Chacabuco,* 1863.
Óleo sobre tela, Museo Histórico Nacional, Santiago.

San Martín supuso que los realistas se habrían posicionado sobre la cumbre de la cuesta de Chacabuco, por lo que diseñó un ataque envolvente sobre la posición. Se acordó atacar el día 12 con las fuerzas divididas en dos columnas. La primera, al mando de Miguel Soler, debía rodear a los realistas por el camino de Montenegro; y la segunda, liderada por Bernardo O'Higgins, atacaría por el este, siguiendo la ruta más breve y empinada de la Cuesta Vieja. Soler contaba con dos mil

hombres, que ahora incluían los batallones Nº 1 de Cazadores y Nº 11, las compañías de Granaderos y Cazadores de los Batallones Nº 7 y Nº 8, el escuadrón Nº 4 de Granaderos, el escuadrón escolta del general en jefe y 7 piezas de artillería de 4" con 80 artilleros de dotación. En tanto que la División de O'Higgins estaba formada por las compañías de fusileros de los batallones 7 y 8, los escuadrones restantes 1.º, 2.º y 3.º de Granaderos a caballo y 2 piezas de artillería de cuatro pulgadas, con el resto del batallón de artillería.

A las 2 de la mañana del día previsto, las dos divisiones iniciaron su marcha hacia el objetivo. Los infantes partieron sin mochilas; se repartió una ración de aguardiente y sesenta cartuchos a bala por hombre.

La Segunda División de O'Higgins se encontró con el grueso del ejército realista, por lo que no pudo cumplir el plan. En una acción que hasta hoy causa polémica, decidió no esperar a las fuerzas de Soler. Con los años, ha generado mucho debate, tal como muchos aspectos de la jornada.[26] Sin espacio para referirnos a las discordantes versiones de la batalla y de estos eventos, solo advirtamos que los autores clásicos, como Mitre o Barros Arana y muchos con ellos, suelen basarse exclusivamente en fuentes patriotas, recogidas de memorias muy posteriores o de partes de guerra. Ya desde 1930, no obstante, están disponibles los detallados recuentos de los oficiales realistas, como Rafael Maroto y Antonio Quintanilla, que resultan muy precisos y son corroborados del todo, por las memorias de José María de la Cruz, de memoria privilegiada, quien asistió a la batalla en clase de Ayudante de Campo de Bernardo O'Higgins.[27]

26 Al respecto véase Guerrero Lira, *1817, de Mendoza a Chacabuco*, pp. 178–216. Cf. Luis Valencia Avaria, "La verdad sobre la batalla de Chacabuco", *Revista Libertador O'Higgins*, edición conmemorativa (2010), pp. 237–238.

27 "Últimos días de la Reconquista española. Proceso seguido de orden del Virrey del Perú a los Jefes y Oficiales del Ejército Real derrotado en Chacabuco", en *Colección de Historiadores y de Documentos Relativos a la Independencia de Chile* (Santiago: Dirección General de Talleres Fiscales, 1930), t. XXVIII; y José María de la Cruz, *Recuerdos de don Bernardo O'Higgins* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1960), pp. 34–47.

Éste debía iniciar el ataque para no ser aplastado por las fuerzas de Maroto. Ordenó a la infantería cargar a la bayoneta, en dos columnas de ataque, apoyada por la caballería del coronel José Matías Zapiola. Frustrado un primer ataque, las tropas se reorganizaron y acometieron a la caballería contra el flanco derecho y la infantería contra el centro. Aquella rompió la línea realista y arrolló a la artillería; y luego la infantería hizo lo mismo con el cuadro formado por los Talaveras. San Martín se vio obligado a involucrarse personalmente, atacando de frente junto a O'Higgins. Cuando llegaron las fuerzas de la primera división los realistas quedaron envueltos, lo que decidió la victoria a favor de los patriotas. Así, se produjo la dispersión de los realistas, que se reconcentraron en las casas de Chacabuco donde terminó el cruento combate.

Los realistas sufrieron más de quinientos muertos y quedaron prisioneros muchos oficiales y soldados. También se capturó un importante parque de mil fusiles, piezas de artillería, municiones y otras vituallas. Aunque la victoria era completa, las tropas que escaparon y se embarcaron al Perú o marcharon al sur prolongarían innecesariamente la guerra, poniendo en gran peligro el triunfo definitivo.

Ya en Santiago, el Ejército de Los Andes se instaló en los lugares antes ocupados por los realistas. Según Barros Arana, "la artillería ocupó el cuartel de San Pablo; el regimiento de granaderos a caballo, el cuartel de San Diego, donde hoy está la Universidad de Chile; el batallón Nº 7, el antiguo colegio de jesuitas, que durante la reconquista sirvió de cuartel de Talaveras y donde hoy se levanta el palacio del Congreso, y el Nº 8 un claustro del convento de San Francisco."[28]

La excepción fue el Batallón Nº 11, que partió al sur al mando de Las Heras, a fin de expulsar a los realistas de la región, en especial de Concepción y su cercano puerto de Talcahuano. Daba inicio a una campaña que se prolongaría todo ese año de 1817 y que, sin saberlo todavía los vencedores de Chacabuco, se despediría con una amarga derrota.

28 Diego Barros Arana, *Historia General de Chile* (Santiago: DIBAM / Editorial Universitaria, 2002–2004), t. XI. p. 32.

CAPÍTULO II

La Formación de un gobierno nacional

O'Higgins asume el gobierno de Chile

El triunfo de Chacabuco, que cambió tan dramáticamente las circunstancias de Chile Central, produjo euforia en unos y en otros, como es natural, una gran angustia y la necesidad de huir u ocultarse. Para el liderazgo patriota, lograda la proeza bélica, era ahora necesario hacerse cargo de la complejidad política del momento y las definiciones que demandaba la inminente formación de un gobierno independiente.

La invasión por el centro del país abrió a los vencederos de Chacabuco el camino a Santiago. La tarea era asumir el control militar y político del territorio, para continuar luego la campaña en el Perú. Era el antiguo plan inglés y la hoja de ruta acordada por la Logia Lautaro. Distinta había sido la estrategia propuesta por Bernardo O'Higgins, en Mendoza, de atacar por los extremos y caer luego sobre Santiago, a fin de evitar que el puerto de Talcahuano y las huestes criollas e indígenas de la zona siguieran apoyando al monarquismo. Había primado el objetivo americano. Las cosas, sin embargo, ocurrieron exactamente como O'Higgins anticipaba. Lo anterior explica, en parte, que la zona sur se haya mantenido, durante todo su gobierno y aún después, en manos del enemigo, generando una situación de violencia y privaciones, que contribuyó a su caída.

Con el triunfo patriota comenzaba a quedar atrás la llamada Restauración Monárquica, durante la cual se había restablecido con dureza el mando realista. Se designaron obispos, jefes militares y otros altos funcionarios leales a la Corona. Durante este tiempo, las provincias fueron gobernadas por intendentes, que procuraron restituir el antiguo orden, lo que no era fácil, pues las ideas insurgentes ya se habían infiltrado. Los principales patriotas fueron desterrados. En el centro del país, se recuerda el episodio del destierro a Juan Fernández de los principales líderes de la revolución, que registrara Juan Egaña.[1] Menos conocidas son las incidencias ocurridas en Concepción, donde más de 300 patriotas fueron confinados a la isla Quiriquina, en condiciones misérrimas; la misma Catedral de la ciudad sirvió de prisión. Coquimbo, por su parte, que no fue escenario de la guerra, tuvo mejor suerte.[2]

La primera tarea tras la ocupación de Santiago fue la continuación de la campaña. Era necesario también establecer un gobierno que pudiese asegurar la paz interior, en las zonas liberadas. El cabildo de la ciudad, a fin de precaverse de los desórdenes que podía provocar el vacío de poder y el ingreso de las tropas, nombró provisoriamente al intendente de Santiago, Francisco Ruiz Tagle, "Gobernador político interino del Reino de Chile". Para constituir un nuevo gobierno provisorio, pero dotado de legitimidad, José de San Martín pidió, por bando, a los vecinos que se reuniesen, a efectos de nombrar tres electores por las provincias de Santiago, Concepción y Coquimbo.[3] No se cumplió el designio del general en jefe. Reunidos apenas cien vecinos en la sala capitular, señala el acta respectiva, "todos a una voz y por aclamación

1 Juan Egaña, *El chileno consolado en los presidios* (Londres: Imprenta Española de M. Calero, 1826); y Benjamín Vicuña Mackenna, *Juan Fernández* (Santiago: Rafael Jover, 1883).

2 Héctor Díaz Olivares, "Coquimbo en el proceso emancipador", *Revista Libertador Bernardo O'Higgins*, v. XIV, n. 14 (1997).

3 Guillermo Feliú Cruz, "La elección de O'Higgins para Director Supremo de Chile", *Revista Chilena de Historia y Geografía,* t. XXIII, n. 27 (1917).

dijeron no haber necesidad nombrar electores y que su unánime voluntad era la de que fuese gobernador del reino, con omnímoda facultad, el señor general en jefe don José San Martín".[4]

Palacio de la Moneda, c. 1820, Peter Schmidtmeyer, *Travels into Chile over the Andes in the years 1820 and 1821* (Londres: 1824).

Una comisión de vecinos, portando un documento suscrito por el Gobernador interino Ruiz Tagle, comunicó al general triunfante su designación. La nota señalaba: "Es incumbencia de V. E. designar el sistema de gobierno que observará: si la dictadura que es el que más conviene en estos momentos, o si la república absoluta, todo lo cual deberá

4 Academia Chilena de la Historia, *Archivo de don Bernardo O'Higgins* (Santiago: Nascimento / Academia Chilena de la Historia, 1946–2008), VII, p. 151. (En adelante citado como *Archivo O'Higgins*).

comunicarme V. E. para anunciarlo al pueblo libre".[5] San Martín, no obstante, no aceptó, pues se sentía comprometido con la continuación del plan americano, que le exigía seguir al Perú. Propuso, en su lugar, el nombre de Bernardo O'Higgins, cuya fama se había extendido en los combates de la Patria Vieja. Al día siguiente, reunido otra vez "el pueblo" por la renuncia del General en jefe de los Andes, aclamó por Director interino al brigadier Bernardo O'Higgins. En virtud de este acuerdo, suscrito por unos doscientos vecinos, el 16 de febrero de 1817, asumió el cargo de "Director Supremo interino del pueblo libre chileno".[6]

La asunción de O'Higgins resultaba natural tras el triunfo en Chacabuco del Ejército de los Andes.[7] Aunque estaba resuelto, desde Buenos Aires, que el chillanejo asumiría el mando supremo,[8] su designación no fue sancionada por las provincias, como sensatamente propuso el general San Martín, sino solo por un cabildo abierto de doscientos vecinos de Santiago. Este vicio de origen le pesaría durante su gobierno y en la hora de la abdicación, producida a impulso de los mismos provincianos. A decir verdad, en las circunstancias del momento, dice Amunátegui, resultaba complejo consultar "la voluntad de la nación de una manera más legítima y formal". Ya los pueblos irían ratificando lo obrado, a medida que los realistas se fueran retirando.[9] Para Valencia Avaria, el

5 *Archivo O'Higgins*, VII, p. 160.

6 La copia impresa que se conserva del acta no contiene las firmas y dice que "hay doscientas diez firmas de vecinos patriotas". En la copia de la toma de razón constan 187, incluyendo nombres repetidos y otros de personas que no se hallaban en Santiago. *Archivo O'Higgins*, VII, p. 164.

7 Julio Alemparte, *Carrera y Freire, forjadores de la República* (Santiago: Editorial Nascimento, 1963), p. 149.

8 Juan Florencio Terrada, ministro de guerra del gabinete de Buenos Aires, escribe a O'Higgins, en enero de 1817: "Mi caro y antiguo amigo, acabo de firmar la orden al capitán general (San Martín) para que luego que pise el territorio de Chile sea usted nombrado Presidente de él, con entera y absoluta independencia de este gobierno." *Colección de Historiadores y documentos relativos a la Independencia de Chile,* XII, p. 218.

9 Miguel Luis Amunátegui, *La dictadura de O'Higgins* (Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914), p. 136.

Libertador asumió el poder "con plenitud legítima de autoridad" y su ascensión al poder fue celebrada en el reino con "alborozo unánime".[10]

El Director Supremo tomó rápidas medidas para consolidar su posición. Las corporaciones, a su orden, concurrieron a palacio y prestaron el juramento de fidelidad. Emitió una proclama "a los pueblos", comunicando su designación, acompañada de las actas pertinentes. Pedía que se reconociese su investidura, otorgada por "el pueblo de esta capital, en uso libre de sus inalienables derechos para darse la forma de gobierno que le sea más análogo, y por la voluntad interpretativa de las demás provincias que, en el apurado conflicto de la acefalía del gobierno, no ha podido suplirse de un modo más solemne".

¿Fue O'Higgins impuesto por una potencia extranjera, o bien su elección reflejó el sentir mayoritario del pueblo chileno? Esta no es, curiosamente, la cuestión de fondo, pues, siendo indudable que su nombre fue sugerido por los rioplatenses, su prestigio hubiera conducido igualmente a su elección. El problema radica en la legitimidad del proceso. Consciente de la situación, San Martín había pedido la designación de electores provinciales, probablemente, para llegar al mismo resultado. Pero no se cumplió su predicamento, lo que terminaría siendo muy perjudicial. "La opinión de doscientos diez padres de familia, dice Amunátegui, no es la opinión de un pueblo". Las numerosas notas de parabienes, de cabildos y particulares, fueron insuficientes para suplir la carencia de ratificación por las provincias o sus delegados. La elevación del director se debía "al apoyo de un ejército perteneciente a una nación extranjera, aunque hermana, más bien que a un acto espontáneo de sus conciudadanos"; situación que los adversarios políticos, desde los primeros tiempos, se encargaron de representarle.[11] O'Higgins, durante

10 Luis Valencia Avaria, *O'Higgins, el buen genio de América* (Santiago: Editorial Universitaria, 1980), p. 222.

11 Amunátegui, *La dictadura de O'Higgins,* p. 137.

todo su gobierno, intentó superarla, mediante la convocatoria a un congreso y las dos Constituciones que propuso su administración.

La organización de la administración

A la ocupación de Santiago por parte de las tropas del Ejército de los Andes siguió la liberación del puerto de Valparaíso, donde fue designado como gobernador Rudecindo Alvarado. A fines de febrero, y una vez asegurada la capital y el principal puerto del país, O'Higgins se planteó afianzar la posición de los patriotas mediante la ocupación cívico-militar de los territorios liberados de las tropas españolas. Para esto, constituyó comisiones encargadas de implementar la administración tanto en el norte como en el sur del país, aunque en este último caso solo hasta Talca. La comisión organizativa de los gobiernos del norte la integraron Francisco Vicuña, José Antonio Ovalle y Martín Segundo Larraín, mientras que la comisión del sur la compondrían Juan Francisco Larraín, Diego Donoso y Francisco Cuadra.[12]

De forma paralela a la conformación de los gobiernos locales en los territorios liberados, fueron desplegadas medidas que apuntaban a la formación de una estructura organizativa estatal, capaz de hacer frente a las urgencias del estado de guerra. La incipiente burocracia del Estado chileno se construyó en la inmediatez de las necesidades de la guerra: para gestionarla, financiarla y para lograr la cooperación hacia la causa independentista en el marco de las relaciones internacionales. Para el orden interno, las potenciales alianzas internacionales y la compra de pertrechos en el extranjero, O'Higgins procedió a nombrar al abogado penquista Miguel José de Zañartu y Santa María (1786–1851), como Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, quien durante la

12 *Archivo O'Higgins*, XVII, pp. 140–141.

primera etapa del período revolucionario había desempeñado el cargo de auditor de guerra del ejército.

Inmediatamente después de la victoria de Chacabuco, O'Higgins nombró como Ministro de Guerra y Marina a José Ignacio Zenteno (1786–1847). Este había tenido una destacada labor durante la primera etapa del proceso independentista, figurando entre los firmantes del Reglamento Constitucional de 1812 y como secretario de Director Supremo Francisco de la Lastra. Con todo, fue en el exilio trasandino donde el abogado adquirió la experiencia en la gestión burocrática de la guerra. En efecto, en Mendoza fue nombrado por San Martín como secretario del Ejército de Los Andes, del cual, a fines de 1816, fue distinguido como teniente coronel de Infantería.

Financiar la guerra pasó a ser una de las prioridades claves del gobierno de O'Higgins. Aunque inicialmente la gestión fiscal del naciente Estado corrió por cuenta del Ministerio del Interior, en atención a la alta carga de trabajo asociada a la administración de la hacienda y la importancia que revestía esta cartera dadas las circunstancias bélicas, en junio se dispuso la creación del Ministerio de Hacienda. Para el cargo de Ministro fue nombrado el rioplatense Hipólito de Villegas (1761–1838). El abogado, quien había representado a Coquimbo en el Congreso Nacional de 1811 e integró la Sociedad de Amigos del País, tenía experiencia previa en cargos de esta índole, al haber desempeñado brevemente en 1814 el cargo de Ministro Tesorero del Estado y servir en 1816 en la administración financiera del Ejército de Los Andes. Sostener el esfuerzo de la guerra y financiar la creación de la Escuadra fueron los principales objetivos de la gestión de Villegas, en un escenario económico adverso, en tanto las guerras de independencia y la Restauración

monárquica habían ocasionado una contracción del comercio y perjudicaron especialmente la agricultura.[13]

El peso relativo de la guerra en los gastos del erario nacional era abrumador, dejando en evidencia que básicamente el ejército absorbía casi todos los recursos. En efecto, según los datos ofrecidos por Diego Barros Arana, en 1817 más de tres cuartas partes de todos los ingresos de aquel año fueron destinados a mantener la maquinaria bélica.[14] De forma sintomática, la porción mayor de la recaudación —el 60%— provino de ramos extraordinarios, entre los que se cuentan los secuestros, el dinero tomado a los enemigos, empréstitos forzosos, multas, condenaciones y presas.[15]

De hecho, una de las primeras medidas tomadas por el gobierno fue decretar el secuestro de las propiedades del enemigo, declarándose como "propiedades del Estado todos los bienes, derechos y acciones de estos prófugos" y amenazando con pasar por las armas a quienes ocultasen dichos bienes, o ayudasen a hacerlo.[16] Con todo, la misma condición extraordinaria de este tipo de exacciones hizo conscientes a los administradores del erario de la necesidad de establecer un nuevo diseño de hacienda, no solo para abandonar la evidente dependencia de ingresos extraordinarios como secuestros, confiscaciones y empréstitos forzosos, sino también para afrontar el incremento sustancial de gastos que supondría la conformación de la Escuadra nacional.

13 John Rector, "Transformaciones comerciales producidas por la Independencia de Chile", *Revista Chilena de Historia y Geografía,* n. 143 (1975), p. 110; y, del mismo autor, "El impacto económico de la Independencia en América Latina: el caso de Chile", *Historia,* n. 20 (1985), p. 306

14 Barros Arana, *Historia General,* XI, p. 228.

15 Elvira López, *El proceso de construcción estatal en Chile. Hacienda pública y burocracia (1817–1860)* (Santiago: DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2014), p. 106.

16 "Decreto del mismo gobierno", *Gazeta de Buenos Ayres,* 8 de marzo de 1817.

Este escenario permite comprender el amplio y detallado Plan de Hacienda, que en septiembre de 1817 presentó al gobierno Rafael Correa de Saa (1772–1843). El mismo proyecto de quien se había desempeñado como contador de la Tesorería General contenía unas palabras introductorias del Director Supremo, que delineaban las preocupaciones centrales al respecto: "Conociendo que la mejor administración del erario, y sus rentas, no solo lo hace abundar, sino que alivia al ciudadano contribuyente, he mandado formar un plan de Hacienda, y de administración pública, en que consultándose la más sabia economía, se aminoren tanto los gastos posibles, el número de empleados, y las ingentes dotaciones, cuanto las molestias con que suele afligirse al público".[17]

El Plan de Correa de Saa era detallado y comprendía disposiciones regulatorias de la actividad económica, delineaba la estructura tributaria de la cual dependerían las entradas fiscales, al tiempo que establecía un diseño institucional de la nueva administración pública. El proyecto enfatizaba la centralidad de los ingresos aduaneros para el erario y otros impuestos, entre los cuales se destacaban las rentas de correos, tabaco, pólvora y papel sellado. Dentro del manejo de las aduanas, más allá de subrayar las cualidades morales de quienes ejercerían los cargos, se detenía en ampliar la dotación de funcionarios en puntos claves del territorio, ya no solamente en los puertos principales, como Valparaíso, Coquimbo y Huasco, sino también en los pasos cordilleranos. Del mismo modo, el proyecto establecía las regulaciones de instituciones de la naciente burocracia estatal, como la Casa de Moneda, la Tesorería General, el Tribunal de Cuentas, las Intendencias e, incluso, la dotación y funcionamiento en otras reparticiones públicas: el Poder Judicial, el Gobierno y los Ministerios y las Secretarías de Estado.[18]

17 "Plan de Hacienda y de Administración Pública", *Archivo O'Higgins*, VIII, p. 389.

18 Una síntesis de sus contenidos en Eduardo Cavieres, "La organización de la hacienda pública chilena: 1817–1822. Las bases de una experiencia exitosa. ¿Ideas o decisiones?", *América Latina en la Historia Económica,* v. 7, n. 13–14 (2000), pp. 33–50.

En ese sentido, el Plan de Correa de Saa sobrepasaba un mero ordenamiento para regular la hacienda pública, y adquiría tintes constitucionales, al procurar también reglar los poderes del Estado, señalar algunas garantías ciudadanas respecto a las contribuciones de guerra, etc. Por sus alcances, no debe extrañar la oposición que recibió del resto de los Ministerios. El Ministro de Guerra, José Ignacio Zenteno, rogó a O'Higgins: "Por Dios, nada apruebe V., que ambas piezas son las más impolíticas y opuestas a la buena economía que se han escrito",[19] mientras que el Ministro de Hacienda Hipólito de Villegas confidenciaba a O'Higgins sobre la mala disposición al respecto del Ministro del Interior Miguel Zañartu, quien era "muy opuesto a plantificar el plan de hacienda".[20] El Director, de cuya confirmación dependía la puesta en vigencia del proyecto, no le dio su respaldo. Suspendió su aprobación "hasta que una tramitación prolija y reflexivas meditaciones de una comisión que lo examine con probidad y juicio, nos ilustre sobre lo que más convenga al más perfecto arreglo del Estado".[21]

Las dos caras de la justicia revolucionaria: vindicación y liberación

Hemos señalado que algunas de las medidas tomadas contra los adherentes a la causa monárquica fueron el secuestro de sus bienes. Las disposiciones, sin embargo, no se acotaron a este punto. Estas incluyeron también acciones de vigilancia y de restricción a sus reuniones. En efecto, un temprano bando de 17 de febrero prohibía la circula-

19 José Ignacio Zenteno a Bernardo O'Higgins, 6 de septiembre de 1817, en *Archivo O'Higgins,* VIII, p. 338.

20 Hipólito de Villegas a Bernardo O'Higgins, 22 de septiembre de 1817, en *Archivo O'Higgins,* VIII, p. 349.

21 Citado en Valencia Avaria, *Bernardo O'Higgins,* p. 273.

ción de los españoles europeos en las noches e incluso su reunión en grupos mayores a tres individuos, bajo la amenaza de ser pasados por las armas.[22]

En marzo, el gobierno avanzaba hacia medidas más radicales, instaurando los Tribunales de Vindicación, en una comisión compuesta por el coronel Fernando Urízar, el sargento mayor Manuel Astorga y Juan Agustín Jofré, que debía calificar las profundidad y sinceridad de las adhesiones a la causa independentista entre los vecinos. El decreto señalaba: "El que pasado el tiempo de dos meses no se hubiera calificado por patriota, quedará sin opción a empleo, y perderá el que tuviese".[23]

En 7 meses de actividad, el Tribunal calificó a más de 800 personas, constatando que en cerca del 70 % de los casos revisados los individuos eran "decididos por la causa americana".[24] Las tipificaciones de los posicionamientos políticos por parte de los miembros del Tribunal abrían un importante margen de discrecionalidad, variando desde los "americanos apáticos pero poseídos de ideas liberales" a aquellos que siendo "inadictos a nuestra santa causa no hicieron mal a los patriotas en su opresión y que son (por las testificaciones) incapaces de intrigar".[25] Los europeos, en particular, cuya adhesión a la revolución resultaba a *priori* más dudosa, fueron enfáticos en subrayar su apoyo hacia la causa independentista. Así, el español Francisco Sáez de Goyenechea indicó que aunque nació en Europa ("para mi desgracia"), "una observación prolija del carácter, costumbres, método y pensamientos del español para con el americano, me hicieron detestarlo, antes que Chile pusiese en ejercicio sus derechos: corté relaciones con ese centro de la barbarie y tiranía, traté de olvidar hasta mi propio origen".[26] Por su parte, el

22 *Archivo O'Higgins,* XVII, pp. 31–32.
23 "Bando", *Gazeta del Supremo Gobierno de Chile,* 19 de marzo de 1817.
24 Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la independencia en Chile,* pp. 181–182.
25 "Lista de los memoriales presentados al Tribunal de Calificación, con las distinciones que ha sido a sus proveídos", en *Archivo O'Higgins,* XXII, pp. 29–43.
26 *Archivo O'Higgins,* XXII, p. 49.

gaditano Manuel Antonio Blancos declaró haberse esforzado en "dar las mejores pruebas de buen ciudadano, adicto a la libertad de América. He conocido y conozco la mala comportación de los españoles europeos y de la península; el derecho de los americanos y la justicia con que el Estado de Chile se ha sacudido del gobierno nacional. Deseo comprometerme más y más. Estoy pronto a dar cuantas pruebas se me exijan".[27]

Si el Tribunal de Vindicación tuvo como propósito esclarecer las adhesiones políticas en donde existían dudas, también la justicia revolucionaria se ensañó en ciertos casos, que fueron utilizados como escarmiento y con un sentido simbólico. Ya a fines de marzo se había fusilado y colgado en la plaza de Santiago al comerciante español Manuel Imaz, acusado de comprar armas para luego reunirse con los restos del ejército monarquista en el sur. El carácter aleccionador que se le atribuía a la ejecución de Imaz lo reflejan las palabras de la *Gazeta:*

> "Estas fieras negadas a la compasión de sus propios hijos se olvidan de la naturaleza cuando solo escuchan los sentimientos del rencor a presencia de nuestra generosidad, que aún se resiente en la dura obligación de aplicar la ley, y sacrificarle una víctima. ¡Cuando se persuadirán estos hombres que ya es imposible apagar el fuego de la Independencia, y que solo la unión de buena fe puede al fin salvarlos en esta lucha empeñosa entre los derechos del gran Pueblo, y la injusticia nula de un grupo de extranjeros!"[28]

27 *Archivo O'Higgins,* XXII, p. 75.
28 *Gazeta del Supremo Gobierno de Chile,* Santiago, 2 de abril de 1817

Con todo, los casos más paradigmáticos de los ajusticiamientos revolucionarios fueron los de Vicente San Bruno —presidente del Tribunal de Seguridad Pública bajo el gobierno de Marcó del Pont— y Francisco Villalobos, del regimiento Talaveras, ambos actores claves en la ejecución de medidas represivas durante la Reconquista. Dado el perfil de los inculpados, el veredicto contra ellos estaba decidido de antemano, pensándose en que la ejecución pública de ambos, llevada a cabo el 12 de abril, tendría tanto un afán de escarmiento como de vindicta revolucionaria. Así, O'Higgins no dudó en señalar en el bando que se publicó durante la ejecución: "El vil asesino, el ofensor de la decencia pública, el ultrajante de los más altos derechos, del honor nacional y del privado decoro de los hombres; el que jamás ha respetado los fueros de la naturaleza, de la humanidad y de las instituciones sociales, es un monstruo de quien se desdeña la misma potencia a quien pertenezca, y la tierra ser avergüenza de estar bajo sus pies [...] Pueblos, estáis vengados".[29]

La misma ejecución y las pasiones que desató entre la población indica que la dimensión judicial era secundaria al proceso mismo. La figura de San Bruno en especial concitó el enseñamiento de la población capitalina desde su captura hasta su ejecución, siendo representado como un símbolo de la represión monarquista contra los patriotas. Como recordó el viajero Samuel Haigh, la inquina comenzó desde que fue enviado a Santiago amarrado sobre un burro tras ser apresado en la batalla de Chacabuco, siendo apedreado a lo largo del camino. Cuando se dictó su sentencia de muerte, fue arrastrado hasta el cadalso, siendo linchado durante todo el trayecto. "Su cara era horripilante, pues el populacho casi le había vaciado un ojo", afirmaba el comerciante británico. Siendo colgado en la mañana, su cuerpo permaneció todo el día en la plaza, como escarmiento.[30]

29 *Gazeta del Supremo Gobierno de Chile,* Santiago, 16 de abril de 1817.

30 Samuel Haigh, "Viaje a Chile en la época de la Independencia, 1817", en *Viajeros en Chile 1817–1847* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1955), p. 42.

Patriotas en el presidio de Juan Fernández, Grabado, en Juan Egaña, *El chileno consolado en los presidios* (Londres: 1826).

El ajusticiamiento hacia los involucrados activamente en la represión de la Reconquista fue el rostro dramático del proceso, aunque no el único. En paralelo, el gobierno de O'Higgins también buscó la liberación de aquellos que todavía permanecían recluidos en prisión tras la batalla de Rancagua. En efecto, tras la ocupación de Santiago en octubre de 1814 por las fuerzas de Mariano Osorio, una de las medidas de seguridad pública instauradas por el gobierno monarquista fue el confinamiento al presidio ubicado en el archipiélago de Juan Fernández de aquellos vecinos de activa participación en el proceso autonomista que no lograron emigrar hacia el Río de la Plata. Según el trabajo de Guerrero Lira, se han identificado a 78 de estos confinados, entre los cuales se cuentan funcionarios de gobierno, funcionarios públicos menores, comerciantes que habrían cooperado financieramente con la revolución, militares y eclesiásticos. Entre los presidiarios más importantes dada su notoriedad política en el primer momento del proceso

independentista, se cuentan, entre otros, Juan Egaña, Francisco de la Lastra, Manuel de Salas, Juan Antonio Ovalle, Agustín de Eyzaguirre, Ignacio Carrera, Pedro José Benavente, Manuel Blanco Encalada, Vicente Claro, Joaquín Larraín y José Ignacio Cienfuegos.[31]

Dada la posición social y la importancia política de muchos de los confinados, su liberación se tornó clave para el gobierno de O'Higgins, no solo en términos de engrosar las filas del naciente Estado con personajes de probada experiencia política en la conducción de los asuntos gubernamentales, sino también por el simbolismo encerrado en la liberación. El 26 de febrero, pocos días después de ocupado el puerto de Valparaíso, fue capturado el bergantín Águila, encomendándosele a Rudecindo Alvarado, el gobernador del puerto, que lo armase y destinase a la liberación de los prisioneros en Juan Fernández.[32] Para liderar la misión se designó al subteniente del Batallón de Cazadores, el británico Raimundo Morris. Para convencer al gobernador de Juan Fernández, Ángel del Cid, que la situación interna chilena había cambiado tras Chacabuco, y que por tanto era vano todo acto de resistencia, se embarcó en la misión a uno de los prisioneros realistas más importantes a disposición del gobierno, al teniente coronel de artillería Fernando Cacho. En caso de llegar a un avenimiento por la liberación de los extrañados, a ambos el gobierno les aseguró su posterior libertad.

La liberación de los presos se llevó a cabo sin inconvenientes, tras conferenciar privadamente los oficiales españoles, embarcándose 78 prisioneros según el parte oficial del capitán Morris.[33] La recepción de los prisioneros en Valparaíso tuvo ribetes de fiesta cívica local, pues en

31 Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la independencia en Chile*, pp. 125–126; la lista detallada de los presidiarios se reproduce en pp. 304–308.

32 Bernardo O'Higgins a Rudecindo Alvarado, 3 de marzo de 1817, *Archivo O'Higgins*, XIX, p. 416.

33 "Lista de los prisioneros que se han traído de la isla Juan Fernández", *Archivo O'Higgins*, XIX, pp. 425–431.

los días previos se habían movilizado desde Santiago varios familiares y amigos en la expectativa del reencuentro. Como sintetizó la *Gazeta*:

> "En este momento el cañón, la campana, la alegría general del pueblo nos avisa el arribo de nuestros conciudadanos desterrados en Juan Fernández al puerto de Valparaíso. Enhorabuenas sin término familias felices que hacéis vuestra gloria en tanto sacrificio por la Patria. Enjugad el llanto y preparaos a derramar el de la más dulce ternura en el seno de vuestros esposos, de vuestros hijos, de vuestros deudos y amigos. Vergüenza eterna al rencor infructuoso de los tiranos. La Providencia escuchó el clamor de los tristes y les ha consolado".[34]

Dos actores clave: el clero y la Logia Lautaro

La religión durante la primera parte del período revolucionario había demostrado su importancia, tanto en la construcción de las posiciones ideológicas de los bandos en conflicto, como en su alta capacidad de movilización social. Así, no resulta extraño que el gobierno de O'Higgins tomase medidas para movilizar las adhesiones de los feligreses en favor del nuevo régimen y promover el despliegue de un discurso que legitimase teológicamente el independentismo.

La estrategia se planteó en dos dimensiones. En primer término, en una purga de los sectores del clero que más activamente se habían opuesto al proyecto revolucionario. Así, en febrero de 1817 O'Higgins

34 *Gazeta Extraordinaria del Supremo Gobierno de Chile*, 1 de abril de 1817.

recluyó en las dependencias de la Recoleta dominica a parte de estos eclesiásticos. Con todo, la medida más radical fue la tomada contra el obispo de Santiago José Santiago Rodríguez Zorrilla, de notoria actividad pública en tiempos de la reconquista, a quien se ordenó su expulsión del país con rumbo a Mendoza. En su lugar O'Higgins designó, en primera instancia a Pedro Vivar, quien renunció al cargo debido a complicaciones de salud. En junio ocupó su lugar José Ignacio Cienfuegos.

Una segunda dimensión de la actividad religiosa desplegada en aquel momento fue la relativa a la propaganda revolucionaria. Las instrucciones desde la jerarquía eclesiástica revolucionaria no escatimaban medios que contribuyesen a este propósito. En junio de 1817 fray Pedro Arce, Comisario General de regulares, emitía una circular en la que ordenaba: "Todos los predicadores siempre que hubieren de hablar al pueblo en cualesquiera clase de discursos, así panegíricos como morales, habrán de promover el sagrado sistema de la América; y la obligación en que están todas las clases e individuos del Estado de cooperar a su consolidación".[35] Semanas después el Gobernador del Obispado de Santiago, José Ignacio Cienfuegos, exhortaba al clero para revertir la acción de los religiosos realistas que en el sacramento de la confesión mandaban a los fieles a abjurar de la causa independentista. El clero republicano, afirmaba Cienfuegos, debía remediar esta situación: "Os encargamos con todo el interés de tan grave materia, que con frecuencia convenzáis, y exhortéis patética y enérgicamente desde la cátedra del Espíritu Santo, y en el mismo confesionario, que la opinión de la América es conforme a la religión y a la recta razón".[36] Así lo hizo días después el franciscano Agustín Barandón, cuando en la conmemoración del 18 de septiembre en Talca explicó que "la

35 "Circular del Rmo. Comisario General de regulares", *Gazeta de Santiago de Chile,* 30 de agosto de 1817.

36 "Circular del Gobernador del Obispado a los eclesiásticos de su diócesis", *Gazeta de Santiago de Chile,* 6 de septiembre de 1817.

conquista de América no solo fue injusta; sino también se oponía a la sana moral del evangelio", enfatizando además "lo justo de nuestra sagrada causa y los derechos crecidos que tenían los americanos a ser libres e independientes".[37]

Gran parte del esfuerzo del clero patriota tras Chacabuco se enfocó en desbaratar teológicamente el vínculo que durante la Reconquista se había articulado entre la Monarquía y el catolicismo, avanzando hacia una relectura republicana de la religión. Tal fue el propósito de fray Domingo de Velasco, provincial de Santo Domingo, cuando en una circular dirigida a los miembros de su orden, esbozó alguno de los puntos centrales de lo que Juan Bosco Amores ha llamado como la "teología de la independencia".[38] "La causa de América es la más conforme a las leyes del autor supremo, y por consiguiente a la moralidad cristiana y sólida política", afirmaba el dominico, pues apelando a la "leyenda negra" de la Conquista, los derechos de España para con el Nuevo Mundo eran ilegítimos, en tanto solo se fundaban "en la superioridad de sus armas respecto de unos indios indefensos". Así como era una "impiedad" fundar la justicia de la conquista en la "religión divina", también lo era señalar que el único gobierno legítimo ante los ojos de Dios era el monárquico. Por el contrario, "todo gobierno elegido y sostenido por la voluntad general de un pueblo, es la verdadera potestad a quienes debemos estar sujetos, y que no la persona, ni la clase de gobierno sino la expresión de la voluntad libre es la que constituye la suprema magistratura".[39]

Tampoco era cierto, según se afirmó con insistencia por los adherentes a la causa monárquica, que el ideario independentista fuese herético,

37 *Gazeta de Santiago de Chile,* 15 de noviembre de 1817.

38 Juan Bosco Amores, "En defensa del rey, de la patria y de la verdadera religión: el clero en el proceso de Independencia de Hispanoamérica", en Juan Bosco Amores, ed., *Las independencias iberoamericanas: ¿un proceso imaginado?* (Bilbao: Universidad del País Vasco, 2009), p. 222.

39 *Gazeta de Santiago de Chile,* 29 de noviembre de 1817.

o que el republicanismo fuese sinónimo de jacobinismo. Por el contrario, según aseguró el Cabildo capitalino "los impíos" eran los españoles, que durante la restauración monárquica de 1814 habían profanado lo más sagrado: "los vasos sagrados sirvieron a vuestros impuros bacanales; los templos a vuestra prostitución; las calles y los campos de Chile a vuestros asesinatos, a vuestras blasfemias, a la consumación de vuestra iniquidad".[40] El nuevo régimen, por el contrario buscaba defender la religión tanto de su manipulación monarquista como de los excesos de libertad, según afirmaba el presbítero Manuel José Verdugo: "El Estado ha jurado solemnemente la religión y la patria; y así cualquiera que por escrito o de palabra ataque a una o a otra es un reo de Estado, que debe ser castigado como tal con toda severidad; y mucho más cuando con su libertinaje o irreligión desacreditan la sagrada causa".[41]

Que el nuevo régimen buscaba fundar su legitimidad en una serie de discursos, imaginarios y prácticas religiosas quedó claro con la nueva estrategia que desplegó en esta nueva etapa del proceso independentista. El discurso revolucionario persiguió encarnarse en un ícono religioso que le permitiese mayor arraigo dentro de las lógicas de la religiosidad popular. Tal fue el caso de la Virgen del Carmen, un culto menor durante el período colonial que fue reconvertida en medio de las urgencias bélicas del momento como ícono castrense de las tropas revolucionarias.[42] Fue justamente en medio de los preparativos para el cruce de la cordillera por el Ejército de los Andes en que San Martín

40 "El nuevo Cabildo de la capital, a sus habitantes", *Gazeta de Santiago de Chile,* 17 de enero de 1818.

41 Manuel José Verdugo, "Clamor de la justicia e idioma de la verdad. Continuación del diálogo entre Paulino y Rosa" (1817), en Guillermo Feliú Cruz, ed., *Colección de antiguos periódicos chilenos,* t. III, pp. 324–326.

42 Jaime Valenzuela, "La Vierge du Carmen et l'Indépendance du Chili: une patronne céleste pour l'armée… et la nation?", *Cahiers des Amériques Latines,* v. 67, n. 2 (2011), pp. 115–133.

procedió a designar como Generala del Ejército a la Virgen del Carmen. El 11 de febrero, en vísperas de la decisiva batalla de Chacabuco, Bernardo O'Higgins procedía a renovar el juramento realizado en tierras mendocinas, ratificando a la Virgen del Carmen como "Patrona Generalísima de las Armas de Chile". Una vez con Santiago bajo el dominio de las tropas del Ejército de los Andes, en julio se realizó una ceremonia cívico-religiosa en la Iglesia de San Francisco, que mezcló acciones de gracias con el reconocimiento público a los soldados que se distinguieron en combate.[43]

Este tipo de actividades no fueron aisladas durante ese bienio clave para el desenlace de la guerra. En vísperas de la decisiva batalla de Maipú, nuevamente O'Higgins prometió junto a las tropas la construcción de un templo en el lugar de la batalla si la Virgen del Carmen les otorgaba la victoria. Así como en 1817, tras Maipú se procedió a realizar una nueva misa de acción de gracias en la Catedral de Santiago, ocasión en que O'Higgins refrendó su voto de levantar un templo en los llanos de Maipú en honor de la Virgen: "En el lugar donde se de esta importante batalla han ofrecido los hijos de Chile y lo han protestado sus Magistrados erigir un Templo a Nuestra Señora del Carmen, jurada Patrona de estas Provincias, en conmemoración de este gran suceso, y como intercesora en nuestros conflictos. Los primeros fundamentos de este edificio serán puestos por los mismos que lo han ofrecido delante de la Cruz; y marcharán desde esta ciudad hasta el lugar de la acción, y que ha de ser el de su misericordia y de nuestras glorias".[44]

Así como el clero, las logias fueron otro actor colectivo que tuvo un papel clave en la independencia, en especial en la constitución de los liderazgos políticos y militares. De orígenes peninsulares, este tipo de asociacionismo, que según Felipe del Solar combinaba elementos de las

43 *Gazeta de Santiago de Chile,* 19 de julio de 1817.
44 *Gazeta de Santiago de Chile*, 14 de marzo de 1818.

logias masónicas y de las sociedades patrióticas, tuvo una importancia crucial en la temprana formación del movimiento revolucionario en el Río de la Plata, con la instauración de la Logia Lautaro, entre cuyos miembros figuraban Carlos de Alvear, Matías Zapiola y José de San Martín.[45]

Bernardo O'Higgins se afilió a la agrupación durante su exilio en Mendoza, al igual que Tomás Guido y Juan Gregorio de las Heras. El objetivo de este tipo de sociabilidad era coordinar la consecución de la independencia en Hispanoamérica, y el ejercicio del poder una vez alcanzada ésta. Según los estatutos de la Logia Lautaro, el propósito de sus asociados debía ser trabajar "con sistema y plan en la independencia de la América y su felicidad, consagrando a este nobilísimo fin todas sus fuerzas, su influjo, sus facultades y talentos, sosteniéndose con fidelidad, obrando con honor y procediendo con justicia bajo la observancia de las siguientes constituciones". Según lo que estipulaba el reglamento, en caso de que alguno de sus miembros fuese designado en un cargo de dirección militar o como gobernador provincial, el miembro estaría facultado para constituir una filial dependiente de la sociedad matriz. El caso santiaguino correspondía a esta situación, dada la designación de Bernardo O'Higgins como Director Supremo.

Lo significativo era el rol que debía desempeñar en la discusión y ejecución de los asuntos públicos. El reglamento estipulaba que "siempre que alguno de los hermanos sea elegido para el Supremo Gobierno, no podrá deliberar cosa alguna de grave importancia sin haber consultado el parecer de la Logia", ni tampoco "dar empleo alguno principal y de influjo en el Estado, ni en la capital, ni fuera de ella sin acuerdo de la Logia". Tales determinaciones debían cumplirse estrictamente, ya que

45 Felipe del Solar, "Masones y sociedades secretas: redes militares durante las guerras de independencia en América del Sur", *Amérique Latine: Histoire & Mémoire*, n. 19 (2010).

el reglamento decretaba que "todo hermano deberá sostener, a riesgo de la vida, las determinaciones de la Logia".[46]

Dadas estas circunstancias, no es de extrañar que la importancia en la política interna chilena de la Logia pueda ser calificada, según Jaime Eyzaguirre, de "decisiva", añadiendo "que acaso nada importante de lo que se hizo en Chile entre los años 1817 y 1820 escapó a su control".[47] De hecho, todo el gabinete de 1817 estuvo compuesto por miembros de la Logia: José Ignacio Zenteno, Miguel Zañartu e Hipólito Villegas; mientras que otros miembros estaban en puestos claves del gobierno, tanto en el ámbito militar —Juan Gregorio de Las Heras, Manuel Blanco Encalada, Ramón Freire y Antonio González Balcarce— como en el diplomático Tomás Guido y José Antonio Álvarez Condarco.

Entre la igualdad jurídica y la distinción de las armas

Uno de los aspectos constitutivos del republicanismo como discurso político de creciente relevancia en el imaginario revolucionario fue su defensa de la igualdad ante la ley. La defensa de este principio estuvo en la base de denuncias como las del franciscano Antonio Orihuela en 1811, cuando en su formidable diatriba contra la nobleza invocó el principio de la igualdad como referente histórico a seguir: "La antigua Roma echó los fundamentos de su grande imperio sobre la igualdad de sus ciudadanos, y no dio el último estallido hasta que la hizo reventar el exorbitante número de barones consulares, augures, senadores, caballeros, etc. En la América libre del norte no hay más distinción que

46 Benjamín Vicuña Mackenna, *Vida del Capitán General don Bernardo O'Higgins* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1976), pp. 246–248.

47 Jaime Eyzaguirre, *La Logia Lautarina y otros estudios sobre la Independencia* (Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1973), p. 13.

las ciencias, artes, oficios y factorías a que se aplican sus individuos, ni tienen más dones que los de Dios y de la naturaleza, y así se contentan con el simple título de ciudadanos".[48] El guatemalteco Antonio José de Irisarri, por su parte, definió en 1813 a la igualdad como "el alma de las repúblicas";[49] mientras que días después Camilo Henríquez establecía en su *Catecismo de los patriotas* a la igualdad como un derecho natural, pues "todos los hombres nacen iguales e independientes, y deben ser iguales a los ojos de la ley".[50]

Estas discusiones fundacionales fueron recuperadas tempranamente por O'Higgins en 1817, en momentos álgidos de la guerra independentista. Semanas después de la batalla de Chacabuco, en uno de sus primeros decretos como Director Supremo, O'Higgins sancionó la eliminación de los escudos de armas y signos nobiliarios del espacio público chileno. La orden consignaba:

> "Si en toda sociedad debe el individuo distinguirse solamente por su virtud y su mérito, en una República es intolerable el uso de aquellos jeroglíficos que anuncian la nobleza de los antepasados: nobleza muchas veces conferida en retribución de servicios que abaten a la especie humana. El verdadero ciudadano, el patriota que se distinga en el cumplimiento de sus deberes, es el único que merece perpetuarse en la memoria de los hombres libres. Por tanto, ordeno y mando que en el término de ocho días

48 Fray Antonio de Orihuela, "Proclama revolucionaria" en Valentín Letelier, *Sesiones de los Cuerpos Lejislativos de la República de Chile, 1811 a 1845* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1887–1908), I, p. 358.

49 "Carta segunda de Dionisio Terraza y Rejón a Cayo Horacio", *El Semanario Republicano*, 25 de noviembre de 1813.

50 "El Catecismo de los patriotas", *El Monitor Araucano,* 27 de noviembre de 1813.

> se quiten de todas las puertas de calles los escudos, armas e insignias de nobleza con que los tiranos compensaban las injurias reales que inferían a sus vasallos".[51]

Bernardo de Vera y Pintado, el editor del periódico oficial, defendió esta medida. En una postura fundada en la igualdad consustancial al género humano, el santafesino afirmó que la acción decretada por el Director Supremo era el necesario correlato jurídico de este tipo de igualdad. Por eso, el editor de la *Gaceta del Supremo Gobierno de Chile* criticaba a los aristócratas y su idea de superioridad:

> "Ellos se lisonjean de una distinción que ni en los colores puede apoyarse, cuando vemos confesar negros ilustres y blancos plebeyos. Yo creo que nadie negará que las almas se han creado iguales: ni habrá quien afirme que un cuerpo recibe cierto privilegio esencial sobre otro en su formación. Sus partes son iguales. Carne, huesos, arterias, venas, sangre, humores y esa gran porción de inmundicias que hermosamente distribuye la economía de la naturaleza, sin que lo entienda ni la misma madre que nos parió".[52]

Resultaba preciso desbaratar los aspectos simbólicos que transmitían la idea de una superioridad que no solo era ficticia, sino también ridícula si se consideraba en detalle "toda esa nigromancia escandalizante

51 "Prohibición de usar escudos de armas e insignias de nobleza", 22 de marzo de 1817, en Ricardo Anguita, *Leyes promulgadas en Chile. Desde 1810 hasta el 1° de junio de 1912* (Santiago: Imprenta Barcelona, 1912), I, p. 44.

52 *Viva la Patria. Gazeta del Supremo Gobierno de Chile,* 26 de marzo de 1817.

y vergonzosa" que incluía "libros genealógicos que a fuerza de dinero se arrancan a un rey de armas, después de gastar en dietas y correrías a pesquisa de apellidos embutibles a nuestros abolengos, los escudos y emblemas, los símbolos de animales concedidos a los que se dicen nuestros mayores; la farsa de hábitos y cruces", y todas esas "pantomimas" que creaban aquella ilusión de preponderancia que caracterizaba a la aristocracia.

Eliminar las simbologías y exterioridades distintivas de la nobleza no atentaría contra el respeto a las jerarquías sociales, según aclaró pronto otro autor que defendió la medida. El temor de los sectores más conservadores sobre que con este tipo de acciones se resquebrajasen los límites que mantenían en equilibrio el "poder de la licencia popular" era infundado, porque "la plebe respeta las distinciones y los empleos sin registrar libros genealógicos". Lo que respetaban los "plebeyos", afirmaba con una alta cuota de voluntarismo, no eran las distinciones propias del orden monárquico, que solo eran "insignias de esclavitud", sino el mérito y el talento desplegado en beneficio de la patria.[53]

Esta temprana medida de O'Higgins respecto a la nobleza no fue aislada. A mediados de septiembre del mismo año, esta vez en Concepción, el teatro principal de operaciones de la guerra independentista, el Director Supremo procedió a sancionar un decreto crucial que profundizaba la postura anterior: la abolición de los títulos de nobleza. Contextualizado en un momento de apremiantes necesidades bélicas y de radicalización del discurso revolucionario con respecto al Antiguo Régimen, el decreto definía a los títulos nobiliarios como "miserables reliquias del sistema feudal que ha regido en Chile, y que por efecto de una rutina ciega se conserva aún en parte contra los principios de este gobierno". En razón de esto, sentenciaba: "Todo título, dignidad o nobleza hereditaria queda enteramente abolida; a los antedichos condes,

53 A. A. "Artículo comunicado", *Viva la Patria. Gazeta del Supremo Gobierno de Chile,* 26 de marzo de 1817.

marqueses, nobles, a caballeros de tal o cual orden, se prohíbe darles tales títulos, ni ellos podrán admitirlos. Quitarán todo escudo de armas y otros distintivos cualquier, y se considerarán como unos simples ciudadanos".[54]

La medida de O'Higgins despertó aprehensiones incluso dentro del mismo gobierno, no por su legitimidad, sino por lo inoportuno en tanto podía suscitar el recelo de las personas no comprometidas del todo con la causa revolucionaria, tanto en el interior como en el exterior. Ese fue el resquemor del Ministro de Guerra José Ignacio Zenteno, cuando en octubre le indicó a O'Higgins que si bien la abolición de los títulos nobiliarios era "un paso arrogante hacia la libertad, al mismo tiempo que una herida profunda al simulacro de la aristocracia", también era una medida imprudente, considerando la dimensión transnacional de la guerra y porque "aún se sostiene Lima a cuya nobleza aunque sin fibra debemos no disgustar y parece que no hay urgencia de hacerlo con la nuestra en tanto que su mayor parte se ha decidido por el sistema liberal aunque sea a medias entre pujidos y dos aguas".[55]

Estos decretos fundacionales establecieron las bases de cómo debería entenderse la igualdad dentro del nuevo orden en construcción. O'Higgins subsumía la idea de igualdad jurídica dentro de la noción de ciudadanía (en su dimensión pasiva), que actuaría como el mecanismo de cohesión dentro de la nueva comunidad de iguales que se estaba inventando. La idea era barrer no solo con los privilegios legales, entendidos como prerrogativas distintivas ilegítimas transmitidas por herencia, sino también con sus formas de manifestación simbólica en el espacio público (blasones, escudos, enseñas, vestimentas, etc.), los cuales no tenían cabida dentro de una comunidad de "simples ciudadanos",

54 "Abolición de los títulos de nobleza", 16 de septiembre de 1817, en Anguita, *Leyes promulgadas en Chile,* I, p. 47.

55 José Ignacio Zenteno a Bernardo O'Higgins, 1° de octubre de 1817, en *Archivo O'Higgins,* VIII, p. 355.

donde los únicos criterios de diferenciación admisibles serían la virtud y el talento. Esta fundamentación, concordante con el proceso que desde fines del siglo XVIII se estaba viviendo en el espacio atlántico, permite entender las especificidades que el concepto de igualdad tendría para el nuevo orden, y la necesidad de adjetivar el concepto para deslindar claramente su sentido. Evidentemente, la sanción legal de la igualdad no suponía su inmediata materialización en otras dimensiones, sino que buscaba establecer un aspecto central: evitar el reconocimiento público de las desigualdades consideradas como ilegítimas y evitar que los privilegios tuvieran un reconocimiento jurídico.

Lo que subyacía a la crítica contra los privilegios no solo era su correlato jurídico, sino también el carácter heredable de distinciones que se consideraban ilegítimas. Porque en lo que había consenso, y en esto era claro el decreto o'higginiano, es que había formas de distinción legítimas y por tanto admisibles en una comunidad republicana, en tanto eran solo la consecuencia de la desigualdad natural de talentos. El reconocimiento público de lo que podríamos denominar como la desigualdad entre iguales, fue también objeto de tempranos proyectos que buscaban articular la igualdad jurídica, la desigualdad de méritos, y el incentivo de la virtud cívica entre los ciudadanos. Uno de los casos paradigmáticos de este fenómeno fue la Legión del Mérito, creada por O'Higgins en 1817.

En mayo de 1817 O'Higgins escribía a José de San Martín, informándole de la existencia del proyecto de la Legión del Mérito de Chile, plan trabajado en conjunto con los miembros de la Logia Lautaro, propuesta que el general rioplatense aprobó indicando que el plan "no puede mejorarse".[56] La idea no era extraña, si se considera que la era de las revoluciones había actualizado esta antigua institución de órdenes

56 Bernardo O'Higgins a José de San Martín, 19 de mayo de 1817, *Archivo O'Higgins,* VIII, p. 12; y José de San Martín a Bernardo O'Higgins, 5 de junio de 1817, *Archivo O'Higgins,* VIII, p. 172, respectivamente.

militares, como lo demuestran la instauración de la Orden de los Cincinatos en EE.UU (1783) y la Legión de Honor napoleónica (1802). De forma significativa, algunos de los oficiales napoleónicos que sirvieron en el Ejército de los Andes poseían esta distinción: Miguel Brayer, Ambrosio Cramer y Alberto Bacler d'Albe, entre otros.[57]

La instalación de la Legión del Mérito perseguía diversos propósitos. Según Juan Luis Ossa, más allá de ser comprendida como una lucha entre civiles y militares, donde estos últimos buscarían asentar su preponderancia, la implementación de la Orden debe ser vista como un intento de la facción o'higginista al interior de las tropas para construir un bastión político dentro del nuevo Estado en construcción, en desmedro de facciones rivales como la carrerista.[58] Alejandro Rabinovich, por su parte, sugiere leer la instalación de la Legión como un mecanismo de recompensas para las tropas rioplatenses en territorio chileno mientras se organizase la expedición al Perú, canalizando por medios institucionales la gratificación económica a los militares, especialmente si se considera que la mayoría de los integrantes de la Legión hasta 1820 fueron rioplatenses.[59]

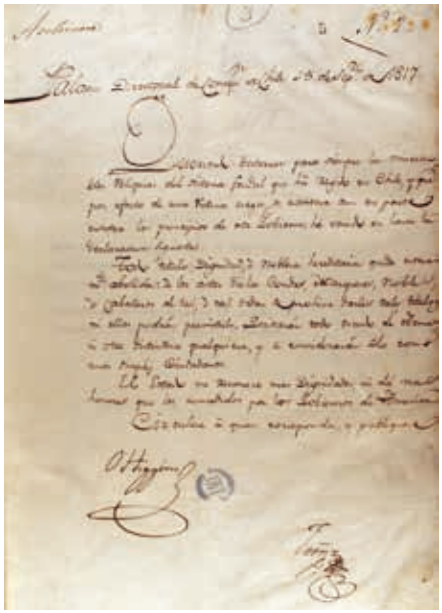
Además de estas explicaciones, otra forma complementaria de entender la implementación de la Legión del Mérito es a la luz de la tensión republicana entre la igualdad jurídica y el mérito cívico, un problema crucial que subyacía en la justificación de la abolición de los títulos nobiliarios. Según sus estatutos, la Legión del Mérito se proponía recompensar a aquellos individuos "de distinguido mérito" y que hayan presentado pruebas de "un ejercicio nunca interrumpido de acciones virtuosas", concediéndoles además de distintivos visuales y pensiones,

57 Barros Arana, *Historia General de Chile,* XI, p. 150.

58 Juan Luis Ossa, *Armies, Politics and Revolution: Chile, 1808–1826* (Liverpool: Liverpool University Press, 2015), p. 141.

59 Alejandro Rabinovich, "Las órdenes militares en tiempos revolucionarios. El republicanismo y la posibilidad de una aristocracia militar. Río de la Plata, Chile y Perú, 1810–1824", *Revista Universitaria de Historia Militar*, v. 5–9 (2016), pp. 19–26.

fueros, como el no poder ser juzgados por tribunales ordinarios. Como se explicaba en sus decretos fundacionales: "El principal objeto del gobierno en esta institución es abrir en la Nación un camino glorioso a las acciones brillantes, a los grandes talentos y a las altas virtudes". Las acciones dignas de reconocimiento público no quedaban solamente circunscritas a los hechos de armas: "Toda clase de mérito encontrará el mismo estímulo; y la gloria mirando a todos igualmente propicia, probará que aplaude a todos los talentos, y que hay virtudes que aunque menos brillantes que el heroísmo, no por eso son a sus ojos menos estimables".[60]



Decreto de abolición de los títulos de nobleza, 15 de septiembre de 1817. Archivo Histórico Nacional.

La simbología presente en las medallas de la Legión del Mérito remarcan su vínculo con la causa independentista, subrayando los conceptos de libertad, honor y patriotismo, apelando a alegorías como el laurel, la columna de la libertad y el volcán en erupción. La condecoración fue diseñada por el ingeniero Juan Antonio Arcos, uno de quienes

60 *Recopilación de los decretos expedidos por el Exmo. Sr. Director Supremo, sobre la institución y reglamento de la Legión de Mérito de Chile, creada en primero de junio de mil ochocientos diez y siete años, y de lo acordado en las actas posteriores del consejo de la misma hasta el día de la fecha* (Santiago: Imprenta del Gobierno, 1819), pp. 7–8, 13–15.

había intervenido activamente en el diseño del reglamento de la Legión, siendo acuñada en la Casa de Moneda en oro labrado y esmaltado.[61]

A pesar de las expectativas depositadas en la institución, la Legión del Mérito solo perduró mientras O'Higgins estuvo a cargo del Estado, pues una vez exiliado en el Perú, en 1823, desapareció.[62] En marzo de aquel año *El Tizón Republicano* afirmó que dicha institución contrariaba los "principios republicanos liberales", pues en general ese tipo de organismos tenían su origen en dispensas de los "tiranos" que por este medio buscaban "dividir a la sociedad en secciones rivales". Por el contrario, en una república no se precisaba de exterioridades y condecoraciones para premiar el talento, sino que bastaba "la inestimable corona cívica del aprecio y veneración de sus conciudadanos".[63]

Las críticas desde la prensa pronto se trasladaron al escenario legislativo. Así, en mayo de ese año el Senado Conservador decidió eliminar la institución al considerarla como "un orden aristocrático" que estaba "en contradicción manifiesta con los principios de igualdad que se han inculcado al pueblo desde el principio de la revolución y cuya difusión y promoción debemos promover".[64] La respuesta del Ejecutivo, realizada por Mariano Egaña, cuestionaba esta medida, no solo porque significaría "arrancar el distintivo de las bellas acciones a personas que miraban esta condecoración con todo el aprecio que inspira la noble ambición de gloria", sino también porque este tipo de distinciones no era en absoluto incompatibles con la idea republicana, sino, de hecho, necesarias: "Si hubiese una república donde el civismo llegase al punto de prohibir que se erigiesen estatuas, pirámides u otros honores

61 Isabel Cruz, *Patrimonio artístico en Chile. De la Independencia a la República, 1790–1840* (Santiago: Origo, 2016), p. 244.

62 Al respecto véase Jaime Eyzaguirre, "Historia de la Orden al Mérito de Chile", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* n. 2 (1933), pp. 87–117.

63 "Legión de Mérito de Chile", *El Tizón Republicano*, 10 de marzo de 1823.

64 Oficio de 28 de mayo de 1823, en Letelier, *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, VII, anexo n° 256, pp. 159–160.

Condecoración de la Legión del Mérito de Chile. Colección Museo Histórico Nacional.

personales, que recordasen el mérito de cada individuo que había servido bien a su patria, no sería su constitución la más envidiable, ni sus ciudadanos los que más se distinguiesen, porque allí hallaban obstruidos los caminos de ansiar el renombre y la opinión, se quitaban los medios de cobrar elevación, y se formaría un carácter naturalmente bajo y sin dignidad". Y en un punto central de su argumentación el jurista sostuvo que era falso que la distinción creaba una nueva nobleza, como argumentaban sus críticos, puesto que no cumplía la condición básica de esa institución: el carácter heredable de la distinción. La distinción de la Legión era "puramente individual, y que nada transmite a otro del mérito ajeno", concluía.[65]

El Apagador, en una extensa reflexión, apoyó la visión de Egaña. El periódico, redactado por Miguel Zañartu y Gabriel Ocampo, sostuvo que las críticas contra la Legión asentadas en su contradicción con el sistema republicano eran, en rigor, un "discurso nervioso", lleno de "expresiones vagas". Porque si lo que caracterizaba al republicanismo era su fundamentación en principios como la soberanía popular y la igualdad ante la ley, entonces era falso afirmar que la orden o'higginiana fuese incompatible con estos principios. La Legión era una institución no excluyente, pues "a todos se ha abierto la puerta para que puedan

65 "Legión de Mérito. El Senado recibió el siguiente oficio del gobierno", *El Redactor del Senado,* 4 de julio de 1823.

ser miembros de ella", y solo reconocía formalmente las naturales desigualdades de talento. La naturaleza, añadía, "nos ha hecho desiguales en las facultades físicas e intelectuales", por lo que las pretensiones de extrapolar el discurso de la igualdad a otro espacio que no fuese el estrictamente legal quedaban relegadas a la condición de meros "ideales". Asimismo, era falso señalar que con estas instituciones se debilitaría el espíritu republicano porque, al contrario, le asignaría un "nuevo vigor", pues "el deseo de distinguirse, el de engrandecerse, el anhelo constante de ser loado por sus compatriotas, y del hacer volar su nombre a las extremidades de nuestro globo, transmitiéndolo a las más remotas edades, todo concurre a robustecerlo en ella, al mismo tiempo que vigoriza los principios del Gobierno".[66] Pese a estas objeciones, el Senado procedió a eliminar la institución como una medida que defendía "la igualdad posible entre los ciudadanos, atacada por distinciones góticas".[67]

La simbología patriótica

Durante la Reconquista se había intentado hacer *tabula rasa* con el pasado revolucionario, no solamente en términos político-ideológicos, sino también desde la perspectiva de los símbolos. Para esto, se recuperaron los símbolos y ritualidades propias de la Monarquía, en un intento de recomponer los lazos simbólicos con la metrópoli, debilitados por las vicisitudes de la revolución.[68] Con el triunfo de Chacabuco, el conflicto también fue trasladado al plano simbólico, espacio en el que el nuevo Estado buscó imponer su iconografía y sus señas identitarias.

66 "Legión de Mérito", *El Apagador*, 3 de junio de 1823.

67 Oficio de 30 de junio de 1823, en Letelier, *Sesiones de los Cuerpos Legislativos,* VII, anexo nº 387, pp. 239–240.

68 Jaime Valenzuela, *Fiesta, rito y política. Del Chile borbónico al republicano* (Santiago: DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2014), pp. 215–222.

Tempranamente el nuevo régimen dio indicios de marcar diferencias en este plano con el pasado español. En abril, el periódico oficial indicó que el Estado era independiente de facto, en tanto "usamos un sello, y un pabellón especial, abatidos los Leones y los castillos de España".[69] El simbolismo asociado a la bandera respecto a la Monarquía era evidente, como lo dejó en claro un cuadro alusivo presentado en la festividad del 18 de septiembre. Uno de esos cuadros tenía "el estandarte tricolor fijado sobre una bandera española despedazada", y en su pie rezaba:

> "Donde la tiranía
> un pendón alumbró con fatal tea
> hoy solo con noble alegría
> el estandarte tricolor flamea.
> Su pabellón los libres han fijado,
> y el de los leones han despedazado".[70]

El pabellón, sin embargo, introducía un cambio en sus colores respecto al tricolor de 1812. Si los colores escogidos en aquel instante simbolizaban "los tres poderes", donde el azul era la "majestad popular", el blanco "la ley" y el amarillo "la fuerza", en la interpretación brindada por Camilo Henríquez,[71] en 1817 se reemplazó el amarillo por una franja roja. La razón del cambio la brindó poéticamente Bernardo de Vera y Pintado, en medio de las exequias conmemorativas por la batalla de Rancagua llevada a cabo en octubre de 1817. Ahí, el abogado santafesino sostuvo:

69 *Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*, 9 de abril de 1817.
70 "Fiesta cívica", *Gazeta de Santiago de Chile*, 27 de septiembre de 1817.
71 *El Monitor Araucano*, 17 de junio de 1813.

"Mirad ahí que otra vez en sus baluartes
el estandarte tricolor flamea
la sangre de los héroes de Rancagua,
dignamente vengada por la fuerza,
la triste palidez del amarillo,
en rojo animador el color trueca".[72]

Se ha sugerido que el emblema actual se impuso semanas después, en octubre de 1817, a instancias de O'Higgins, José Ignacio Zenteno y Juan Antonio Arcos, exhibiéndose por primera vez en las celebraciones en honor a la Virgen del Carmen efectuadas el 12 de noviembre en Concepción. La inclusión de la estrella, símbolo de unidad, poseía además un sentido identitario que explicó posteriormente O'Higgins: "La estrella de plata es el blasón que nuestros aborígenes ostentaron siempre en sus pendones y el mismo que representa ese caro pabellón a cuya sombra se ha ceñido la patria de tantos y tan gloriosos laureles".[73] Sobre esa nueva bandera sería jurada meses después la Independencia.

El nuevo simbolismo también afectó al escudo. Atrás quedó el emblema de 1812 con el lema *Post tenebras lux* (después de las tinieblas, la luz) y con un par de indígenas custodiando la columna de la libertad.[74] En junio de 1817, a propósito del nuevo simbolismo que debería estar presente en la acuñación de la moneda nacional, se estableció un nuevo escudo. Así, el gobierno hizo un llamado a eliminar "en los

72 Miguel Luis Amunátegui, *Los precursores de la independencia de Chile* (Santiago: Imprenta de la República, 1870–1872), III, p. 576.

73 Citado en Gastón Soublette, *La estrella de Chile* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1984), p. 88.

74 Trinidad Zaldívar y Macarena Sánchez, "Símbolos, emblemas y ritos en la construcción de la nación. La fiesta cívica-republicana: Chile 1810–1830", en Gabriel Cid y Alejandro San Francisco, eds., *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2009), v. I, pp. 94–95.

países independientes el bobo retrato de Fernando para la circulación del comercio", y poner en su reemplazo el nuevo simbolismo de la libertad: "mejor será que la historia que siempre encontró en la moneda los datos más auténticos, transmita a las generaciones por el nuevo cuño de Chile la época gloriosa de su libertad".[75]

En el decreto que establecía formalmente el cambio, firmado por el Ministro del Interior Miguel Zañartu y el Director Supremo delegado Hilarión de la Quintana, se ordenaba: "Se declara que en lo sucesivo nuestra moneda de plata tendrá por el anverso el nuevo sello del Gobierno: encima de la estrella una tarjeta con esta inscripción, LIBERTAD; y alrededor, ésta: UNIÓN Y FUERZA; bajo la columna el año. Por el reverso se presentará un volcán, y encima una corona de laurel en cuyo centro se pondrá el valor y alrededor CHILE INDEPENDIENTE. Debajo del cerro, SANTIAGO".[76]

De esta forma, el nuevo escudo dejaba de lado la referencia al mundo mapuche explícita en el primer momento,[77] para dar paso a un modelo iconográfico más vinculado a elementos neoclásicos propios de la herencia revolucionaria francesa, como la columna dórica, símbolo del árbol de la libertad, una alegoría central en la imaginería republicana. Los mismos conceptos escogidos a resaltar, como libertad, unión, fuerza e independencia, describen adecuadamente el nuevo escenario tanto de guerra y abierta lucha por la independencia, como los desafíos propios a la construcción de un nuevo Estado. Tal imaginería, a diferencia del primer escudo nacional —del cual no existen registros visuales contemporáneos a la independencia— pudo reproducirse tanto en la nueva bandera, como en la numismática, la iconografía del dinero e incluso en la prensa.

75 *Gazeta del Supremo Gobierno de Chile,* 11 de junio de 1817.
76 "Bando", *Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*, 11 de junio de 1817.
77 Armando Cartes, "Arauco, matriz retórica de Chile: símbolos, etnia y nación", *Si somos Americanos*, v. 13, n. 2 (2013), pp. 191–214.

N.º 9

GAZETA

DE

SANTIAGO DE CHILE

SABADO 16 DE AGÓSTO DE 1817

CAPÍTULO III

La Campaña del Sur

La marcha hacia Concepción

El triunfo de Chacabuco, en febrero de 1817, por el Ejército de los Andes, inauguró lo que la historiografía ha llamado convencionalmente como "Patria Nueva". La batalla abrió el camino a un gobierno patriota y conmocionó a las fuerzas monárquicas en todo el subcontinente. No fue suficiente, sin embargo, para asegurar el éxito de los revolucionarios, que todavía deberían lidiar con una fuerte resistencia y una larga campaña en el sur, para luego llevar la guerra al Perú.

Unas mil seiscientas personas se embarcaron apresuradamente en Valparaíso, tras la Batalla de Chacabuco. Eran autoridades y familias monarquistas, que huyeron de las represalias que podían esperarse de los vencedores. También navegaron rumbo a Lima las tropas que se habían salvado del desastre. Allí, el virrey Pezuela les reprocharía el abandono del reino, remitiéndolos de vuelta a Talcahuano, a reforzar la resistencia en la provincia de Concepción. Otros habían marchado con ese destino, en partidas sueltas, a la desbandada, pero en buen número. En Concepción, el coronel realista José Ordóñez, que ejercía el mando en la provincia, desconocía la magnitud del descalabro y tardó bastante en obtener un cuadro preciso de la situación. Por semanas esperó instrucciones, ignorando la captura del mismo gobernador Marcó del

Pont. Militar valeroso y fogueado en combate, concentró sus fuerzas en la península de Tumbes, situada entre las bahías de Concepción y San Vicente, a cuyos pies se encontraba la pequeña villa de Talcahuano. Cavó un ancho foso, reunió recursos, ocupó la costa de Arauco y mantuvo comunicaciones marítimas con Chiloé, Valdivia y Lima. Reforzó sus defensas y aguardó la inevitable arremetida del ejército patriota.

San Martín y las nuevas autoridades, luego de ocupar la capital, priorizaron la organización del nuevo gobierno. Agotado el ejército por la difícil travesía andina, no se persiguió de inmediato a las fuerzas realistas que escaparon de la batalla. Así fue posible que se embarcaran unos a Lima y otros marcharan al sur. La falta de persecución permitió que los realistas se retiraran y se reorganizaran nuevamente al mando del Ordóñez, en Talcahuano, desde donde mantenían buenas comunicaciones por mar con Lima, así como con las localidades ubicadas al sur del río Biobío.

Las fuerzas que lideraba Ramón Freire, que habían ingresado a Chile por el Planchón, contenían el paso del Maule. Carecían del poder suficiente para atacar con probabilidades de éxito a Ordóñez, por lo que aquel se vio obligado a solicitar refuerzos. Fue así como el 19 de febrero partió al sur una división al mando del coronel Juan Gregorio de Las Heras, la que iba integrada por el Batallón Nº 11, un escuadrón de Granaderos a Caballo y seis piezas de artillería, con la misión de reunirse con las tropas de Freire y ocupar Concepción.

Las Heras logró juntarse con Freire en el río Diguillín, el 2 de abril y juntos avanzaron hacia el sur, ocupando Concepción el día 5. Al principio, su desempeño fue decepcionante y así se encargó O'Higgins de hacerlo saber a San Martín, pintándole un cuadro sombrío de la situación en el sur:

> "Cuando ya no debía haber ni sombra de enemigos, éste se ha rehecho y atrincherado en Talcahuano con fuerza de mil hombres, según la mejor noticia. He aquí el resultado de la criminal indolencia del jefe de nuestras divisiones del sud. Pero hay más: el batallón Nº 11 ha sufrido una espantosa deserción; su baja excede a la mitad de su fuerza, su insubordinación escandaliza. La anarquía y desolación tala los pueblos de más allá del Maule".[1]

La deserción, el desorden generalizado y la carencia de recursos retardaron la marcha, lo que habría permitido reorganizarse a los realistas. Se temía que si la campaña se prolongaba, las lluvias del invierno frustrarían el asalto a Talcahuano. El Director Supremo, con acuerdo de la Logia, decidió entonces partir al sur y ponerse al frente del Ejército. A mediados de abril marchó O'Higgins, con el Batallón Nº 7, un escuadrón de Granaderos a Caballo y dos piezas de artillería. A su paso fue adoptando múltiples disposiciones, para reconfigurar un país dislocado por la guerra. Había que perseguir a los bandoleros, nombrar nuevas autoridades y poner en marcha otra vez la administración. De hecho, su itinerario al sur puede reconstituirse sobre la base de las múltiples providencias que iban saliendo de su pluma.

Cuando llegó a Chillán, a O'Higgins le apenó la ruina de una ciudad que fue muy importante en su infancia. Atribuyó a la prédica franciscana el estado tan contrario de la opinión, que lo obligó a moverse con precaución. Entretanto, Las Heras había avanzado hasta las cercanías de Concepción. En Curapaligüe debió rechazar un primer asalto, tras lo cual el ejército ocupó la ciudad y levantó su campamento en una

1 Nota de O'Higgins a San Martín, Santiago, 9 de abril de 1817, en *Archivo O'Higgins,* XVIII, p. 55.

pequeña colina contigua, llamada entonces Cerro Gavilán. Hoy se halla en pleno centro urbano y se le denomina Cerro Amarillo. Con todo, las fuerzas patriotas no eran suficientes para tomar el puerto, que esperaba prontos refuerzos del virrey, por lo que el oficial argentino tuvo que solicitar ayuda a O'Higgins ante un inminente ataque. En la ciudad, se reinstaló el gobierno patriota y se adoptaron múltiples providencias.[2] De la cercana isla Quiriquina, situada frente a la bahía de Talcahuano, se fugaron los patriotas presos durante la restauración monárquica. El más destacado de los prisioneros era un muchacho de 17 años, futuro presidente de Chile, Manuel Bulnes Prieto.[3]

Hacia el lado del río Biobío y el Cerro Chepe, Las Heras instaló una batería de tres piezas y un obús, para dominar el arenal y el camino más frecuentado entre esa ciudad y Talcahuano; hacia el norte, construyó un reducto provisional, artillado por un obús y un cañón, para prevenir los ataques que proviniesen del lado de Penco. Aunque su posición era ventajosa, no podía tener noticias exactas de los refuerzos que habían llegado a Talcahuano, por lo que no cesaba de pedir a O'Higgins que apurase su llegada: "Al alba pienso ser atacado —escribe— y si V. E. no acelera su marcha a toda costa en auxilio de esta división, pudiera tener un fatal resultado al país".[4] Las fuerzas patriotas, por desgracia, que debían todavía trasmontar la cordillera de la costa, no llegarían a tiempo.

El plan de Ordóñez consistía en atacar por dos frentes. Personalmente comandaría la columna principal, de 550 infantes y 218 jinetes, que caería por la izquierda, por el lado de Chepe. Por el camino de Penco, bordeando la laguna, avanzaría una segunda columna, encabezada por el coronel Antonio Morgado, el antiguo comandante de los dragones de Chile, que había vuelto con sus veteranos de Lima, anheloso de

2 Estos eventos se hallan bien contados en Martínez Baeza, *Las Heras*, pp. 190–203.
3 *Archivo O'Higgins,* XVIII, pp. 83–91.
4 Las Heras a Bernardo O'Higgins, Concepción, 1º de mayo de 1817, a las 5 de la tarde, *Archivo O'Higgins,* XVIII, p. 255.

Batalla de Gavilán, a partir del plano de Albert Bacler d'Albe, en Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana* (Buenos Aires: 1940).

vengar los desastres de las armas realistas. Su columna la integraban 110 infantes y 278 jinetes. Tres tiros de cañón, disparados desde Talcahuano, anunciarían el ataque. Para distraer a los patriotas y evitar que concentraran sus fuerzas, las lanchas realistas cañonearían Penco y la guarnición de San Pedro, con apoyo de los indios comarcanos, cruzaría el río en balsa para cercar a Las Heras. Incluso un destacamento de caballería, convenientemente apostado, detendría su fuga por el camino de Palomares. Mientras las columnas españolas avanzaban en silencio, favorecidas por la luz de la luna menguante, se oyeron tres cañonazos. Eran las tres de la mañana del cinco de mayo.

A las seis de la mañana, las avanzadas patriotas, que habían mantenido una vigilancia estrecha, vieron venir la columna de Ordóñez. Inmediatamente se abrieron los fuegos. Una carga de caballería obligó a los realistas a refugiarse en el cerro Chepe. Tras una hora de combate, su derrota parecía inevitable; pero entonces un nutrido fuego de fusil y cañón, por el otro frente del campo de batalla, encendió la esperanza de los realistas. Era la columna del coronel Morgado que, a paso de carga, atacaba el reducto patriota.

Una pequeña laguna y un pajonal estrechaban el paso a las fuerzas de Morgado. A tiro de fusil del campo patriota, fijó su línea y abrió fuego con sus dos cañones. El comandante Ramón Freire mandaba este costado y salió a su encuentro, con sus piquetes de infantería y un escuadrón de Dragones en reserva. Freire encabezó con braveza la violenta carga. Sostenidos por dos compañías del número 11, atacaron a la bayoneta y arrebataron a los atacantes sus cañones, derrotándolos completamente.[5] Eran ya las nueve de la mañana. Una hora después la victoria era de los independientes y comenzó la persecución de los realistas, hasta sus trincheras en Talcahuano. A ese tiempo llegaba al campo el sargento mayor Cirilo Correa, con las dos compañías destacadas de la división de O'Higgins, incorporándose a la acción de inmediato. Los realistas dejaron en el campo 192 muertos y 80 prisioneros; tres cañones, más de 200 fusiles y gran cantidad de municiones.[6]

El combate del Gavilán fue decisivo para salvar la campaña del sur. Por desgracia, el fracaso, unos meses más tarde, del sitio de Talcahuano, le ha restado importancia estratégica. Cuando O'Higgins llega a la ciudad abraza a Las Heras, cuya actuación reivindica totalmente. Instala su campamento y se prepara para el sitio y el ataque, que resultarán más largos y complejos que sus peores expectativas.

5 Oficio del Director Supremo al Delegado comunicándole el triunfo alcanzado por Las Heras en el Gavilán, mayo 5 de 1817, *Archivo O'Higgins*, XVIII, pp. 267–269.

6 Mitre, *Historia de San Martín*, t. II, p. 49.

La formación de un ejército nacional

1817 fue un año fundamental en la historia de la creación de un ejército profesional chileno. Es indudable que existía ya una larga tradición militar, surgida en las campañas de la Frontera. Un numeroso contingente de milicias se fogueó, además, en los combates de la Patria Vieja. El Ejército de los Andes, formado en Mendoza en los años inmediatamente previos, ejerció también una influencia importante. A partir de Chacabuco, se dieron pasos significativos, en el marco de las campañas que condujeron a Maipú y que se proyectarían luego en la expedición al Perú.

El ejército que cruzó los Andes, según señalamos, estaba constituido por unos cuatro mil efectivos y era trasandino en porción muy mayoritaria. Con todo, un grupo numeroso de soldados era chileno, así como 28 oficiales. Bernardo O'Higgins fue, sin duda, el de más alta graduación y figuración. Para continuar la guerra se hacía necesario conformar un ejército nacional. Para ello, era previo organizar el gobierno y en tanto no ocurriera, las compañías sueltas que surgieran debían unirse a los cuerpos existentes.

Era necesario también llenar las plazas del Ejército de los Andes que generaba la guerra o la deserción. Según las instrucciones que recibió, antes de cruzar la cordillera, el general San Martín del Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, las unidades que se formaran, en la primera etapa, debían quedar bajo su mando.[7] Como vimos, la Logia Lautarina exigió, a su vez, que no se diera "empleo alguno principal" sin acuerdo de ella, incluyendo expresamente los de "generales en jefe de los ejércitos […] jefes de los regimientos de línea y cuerpos de milicia y otros de esta clase".[8]

7 Mitre, *Historia de San Martín*, t. II, pp. 278–279.
8 Art. 7 de los estatutos de la Logia en Barros Arana, *Historia General,* XI, pp. 49–50.

La necesidad de tropas era constante y motivó múltiples acciones. Un primer llamado a unirse a su ejército lo formuló San Martín mientras cruzaba la cordillera, ofreciendo "un premio especial al que trajese sus armas", con lo cual pretendía estimular la deserción entre las filas realistas. En mayo planteó la necesidad de reclutar mil hombres a Hilarión de la Quintana, quien oficiaba de Director Supremo Delegado, mientras O'Higgins conducía las acciones en el sur.[9] Esto motivó la orden de recluta general para los mayores de 15 años y menores de 45 años. En febrero de 1818, se llamó a un alistamiento general en la milicia, a los abogados, relatores, procuradores, escribanos del gobierno, Cabildo, Cámara de Justicia, públicos y también los receptores, empleados de las oficinas de hacienda, consulado y minería, a fin de que se integraran a los cuerpos nacionales de infantería y caballería. Todos debían recibir instrucción militar.[10]

En marzo de 1817, el Ejército de Los Andes contaba con 5.047 efectivos y dos unidades nacionales: el Batallón de Infantería Nº 1 de Chile y la Artillería de Chile. Para agosto, el contingente había ascendido a 6.538 efectivos, divididos en dos ejércitos distintos, siempre al mando de San Martín. Continuaría engrosándose en los meses siguientes.[11] En ambos oficiaba como jefe de Estado Mayor el general napoleónico Michel Brayer.[12]

9 *Archivo O'Higgins,* XXIII. p. 274.

10 Gabriel Rivera, "Las fuerzas militares en Chile entre marzo de 1817 y marzo de 1818: Ejército de los Andes, Ejército de Chile y Ejército Unido de los Andes y de Chile", ponencia en Seminario Internacional, "Bicentenario de las Campañas de 1817", Concepción, mayo de 2017.

11 En septiembre, la fuerza era de 7.782 hombres, en octubre de 8.570 y en noviembre de 9.204. Archivo Nacional Histórico, Ministerio de Guerra, vol. 47.

12 Patrick Puigmal, *Diálogo de sordos entre José de San Martín y Michel Brayer* (Osorno: Editorial Universidad de los Lagos, 2003).

La deserción fue un problema permanente, a pesar de las constantes medidas con que se buscaba contenerla. Las privaciones, los desplazamientos y los mismos combates estimulaban las fugas. En octubre de 1817 solamente, fueron más de cien los fugados, de varias unidades.[13]

Apenas O'Higgins asumió la dirección suprema del Estado, se preocupó de organizar los distintos cuerpos que conformarán el Ejército de Chile. Dispuso, en efecto, la creación de un batallón de infantería, con el nombre de Batallón Nº 1 de Chile; del Batallón de Artillería de Chile y una compañía de Cazadores a Caballo. Para establecer el Estado Mayor de Plaza, formó la Compañía suelta de Plaza. En junio de 1817 se creó el Batallón Nº 2 de Infantería y, dos meses después, el Batallón Nº 1 de Cazadores de Infantería de Chile y el cuerpo cívico de Infantes de la Patria, que luego pasó a conformarse como cuerpo de línea. En virtud de diversas reorganizaciones de unidades cívicas, se estableció el Batallón de Infantería Nº 3 Arauco y el Batallón Nº 2 de Guardias Nacionales. En octubre surgió el escuadrón de Cazadores a Caballo de la Escolta Directorial. En fin, en febrero de 1818, en vísperas de la Batalla de Maipú, se creó el Batallón Nº 4 de Infantería.

Además de la formación de unidades, la obra mayor del Libertador en esta materia fue, sin duda, el establecimiento de la Academia Militar de Chile, el 16 de marzo de 1817.[14] Su misión era formar a los futuros oficiales y sargentos. Estos tuvieron su bautizo de fuego en Talcahuano y Cancha Rayada. Funcionó en el convento de la iglesia San Agustín, ubicado en las calles Estado con Agustinas. En Maipú, sus cadetes llegaron al campo de batalla en las postrimerías de la jornada, acompañando a O'Higgins, donde tuvieron una significativa participación. Fueron las "Cien Águilas", que pasaron a formar parte importante de

13 *Archivo O'Higgins,* XXIII, pp. 334–335.

14 Myriam Duchens, ed., *Escuela Militar del Libertador Bernardo O'Higgins. 190 años de Historia. 1817–2007* (Santiago: Escuela Militar, 2007).

las tradiciones del Ejército.[15] Aunque esta primera Academia debió cerrarse por razones económicas en 1819, fue la base de la actual Escuela Militar del Libertador Bernardo O'Higgins.

En 1817 y 1818, diversos documentos oficiales denominan a ambas fuerzas "Ejército Unido de Los Andes y de Chile". El Ejército de Chile "tomó el nombre de su nacionalidad y enarboló su bandera —dice Bartolomé Mitre— y el de Los Andes, con la suya, conservó su denominación histórica, formando ambos lo que se llamó, Ejército Unido de Los Andes y de Chile".[16] Cada uno tuvo su propio Cuartel General y Estado Mayor, aunque con casi los mismos integrantes. La marcha al sur de Las Heras y luego la de O'Higgins, en abril de 1817, produjo el efecto práctico de dividir las fuerzas del Ejército de Los Andes y la integración de aquellas unidades de ambos ejércitos que quedaron en Santiago. De esta forma, dice Gabriel Rivera, "se fue conformando el Ejército Unido de manera más práctica que administrativa".

Así continuarían su existencia paralela hasta que se concretó la Expedición Libertadora. Por decreto firmado por Zenteno y O'Higgins, en efecto, de fecha 9 de mayo de 1820, se creó el Ejército Libertador del Perú.[17] Para entonces, Chile había consolidado diversos cuerpos y unidades, que conforman el fundamento de su ejército nacional.

15 Luis Valentín Ferrada Walker, *La Batalla de Maipú y las Cien Águilas* (Santiago:Escuela Militar, 2009).

16 Mitre, *Historia de San Martín*, p. 345.

17 "Es llegado ya el caso, dice el decreto, de que el ejército expedicionario reciba una nominación alusiva a la grande y filantrópica empresa que le conduce hacia las provincias litorales del Perú. La que hasta ahora tiene es puramente accidental y no relativa a tan eminente objeto". José Antonio Varas, *Recopilación de Leyes y Decretos Supremos concernientes al Ejército, desde abril de 1812 a abril de 1839* (Santiago: Imprenta Nacional, 1870), t. 1, p. 89.

La guerra en el Biobío

Una vez instalado en Concepción, O'Higgins constató la situación de miseria que aquejaba al ejército patrio. Sin carpas ni ropa adecuada, estaba expuesto a las inclemencias del invierno, que haría estragos cuando comenzara la temporada de lluvias. El hospital estaba mal habilitado y el armamento era muy deficiente. Aunque la fuerza era suficiente para no temer un ataque, no lo era para enfrentar con éxito el asalto de las formidables defensas de Talcahuano.

En verdad, al decir de Luis Valencia Avaria, al llegar a Concepción O'Higgins debía luchar contra seis fuerzas adversarias, de diversa índole: el propio Ordóñez y sus baluartes, la insurrección indígena al sur del Biobío, las montoneras al norte de Concepción, la solapada acción de la población realista de la ciudad y alrededores hasta el Maule, un invierno inclemente y las múltiples obligaciones que correspondían al general del sur, a la vez Director Supremo en campaña.[18]

Con su habitual energía, pidió refuerzos a Santiago y exigió elementos al vecindario realista para la habilitación del hospital. Dispuso detallados reconocimientos del campo enemigo, hizo levantar planos y ordenó escaramuzas, para probar los cañones y la capacidad de respuesta de los artilleros de Tumbes. En las salidas se capturaban animales para alimentar al ejército y privar de caballos a los defensores. Frecuentes proclamas incitaban a la deserción, amenazando a los renuentes y ofreciendo perdón e incorporarse al ejército con premios, a quienes trajeran sus armas. Varios fueron ajusticiados por espías y finalmente, se ordenó despoblar totalmente la *tierra de nadie,* así como la costa de Tomé, para evitar el auxilio a los sitiados.

Lo desesperaba la posibilidad de que Ordóñez recibiera más refuerzos, por mar desde Lima o Valdivia, que hicieran la fortaleza

18 Valencia Avaria, *Bernardo O'Higgins*, p. 248.

inexpugnable. Avanzaba la estación, además, en un año especialmente lluvioso; se hinchaban los ríos y los caminos se volvían intransitables. El armamento, en especial los cartuchos, se mojaba, quedando inutilizado. El campo abierto que enfrentaba el foso y la línea de El Morro, eran vegas que se inundaban fácilmente, lo que dificultaba las maniobras de la caballería.

Cuando todavía el Ejército de los Andes estaba en instrucción en Mendoza y se planificaba la invasión, O'Higgins insistía en atacar primero al sur. Sabía que si los realistas conseguían el apoyo de las tribus indígenas serían un enemigo formidable. La posibilidad de recibir apoyo por mar, desde Chiloé, Valdivia, Lima o la misma España, alargarían inútilmente la guerra, pues la Frontera y sus costas constituían un enorme territorio, que costaba mucho controlar. No fue escuchado y las cosas ocurrieron exactamente como las preveía.

Instalado en Talcahuano y ante la imposibilidad de empeñar un ataque frontal, ordenó diversas acciones para tomar el control de la costa y privar de recursos a los sitiados. En mayo confía a Ramón Freire la misión de ocupar toda la banda sur del Biobío. Hace venir al aguerrido capitán José Cienfuegos desde Los Ángeles, con la orden de ocupar la plaza de Nacimiento. Era una verdadera fortaleza protegida por altos muros y un ancho foso, a orillas del río Vergara. Los hombres de Cienfuegos atacaron por el lado del pueblo encontrando una fuerte resistencia. Pero el ataque se mantuvo una noche entera hasta que la guarnición cedió y la posición pudo ser ocupada, en la mañana del 13 de mayo. El destacamento del estratégico fuerte de Santa Juana, situado en el vado en la orilla sur del Biobío, a unos cuarenta kilómetros de Concepción, lo abandonó cuando supo de la caída de Nacimiento. Los defensores de ambas posiciones se replegaron hacia Arauco. A continuación, Freire pudo tomar la plaza de San Pedro, dotada de un pequeño fuerte que controlaba el cruce en la ribera sur del río, frente a Concepción. Las cosas pintaban bien para las fuerzas patriotas, que se sentían listas para una acción más trascendental.

Entonces O'Higgins ordenó a Freire marchar sobre Arauco. Con 350 hombres, entre soldados de línea y milicianos, ocupó Colcura, al sur de Lota y llegó, bajo un temporal desatado, a orillas del río Laraquete. Los realistas se habían desplegado en guerrilla en la ribera sur del Carampangue, protegidos por el río y su artillería. En una maniobra arriesgada, bajo el incesante temporal que eliminaba todo vado, en una noche negra y sin luna, Freire remontó el río y lo cruzó con cincuenta jinetes e infantes a la grupa. Varios se ahogaron en el cruce de las crecidas aguas. El mismo Freire estuvo a punto de morir. Mientras las tropas que habían quedado en la otra orilla distraían con un nutrido fuego a los defensores de Arauco, los patriotas atacaron por el flanco con violencia y decisión. "Posesionados ya de aquel punto —dice Freire— pasó el resto de la infantería y al aclarar el día seguí tras ellos y, sin embarazo el menor, entré a las siete de la mañana a la plaza de Arauco, que estaba desocupada, porque los hombres corridos no hicieron más que embarcarse dejando abandonada la tropa, artillería, armamento y municiones". La victoria fue completa, recuperando 90 fusiles y 11 cañones, según informa el parte de Freire, remitido el 28 de mayo, desde la fortaleza de Arauco.[19] Regresa a Concepción dejando a Cienfuegos a cargo de la posición, por instrucción de O'Higgins, quien insiste en mantenerla y no destruirla.

Un revés empañó la alegría y la confianza que daban estos triunfos. El capitán Cienfuegos, engañado por los montoneros para salir del fuerte de Arauco y efectuar un parlamento con unos indígenas, supuestamente alzados por influencia de la prédica de misioneros realistas, se dirigió hacia las orillas del río Lebu. Se trataba de una trampa bien planificada. Su avanzada de veinte hombres fue cortada y destruida.

19 *Archivo O'Higgins,* XXI, p. 24.

Cienfuegos y sus hombres fueron ultimados en un combate cruelísimo, del cual pocos pudieron sobrevivir. El fuerte de Arauco era otra vez realista.

Entonces O'Higgins envió de nuevo a Freire, quien, en una campaña similar, venció a los ocupantes del río Carampangue, retomando Arauco el 8 de julio. Se ejercieron represalias terribles sobre los asesinos de Cienfuegos y sus hombres. Así era la guerra en la Frontera. A fin de asegurarla y pacificar la región, se puso a cargo a Andrés de Alcázar, un experimentado oficial, con una guarnición de 125 soldados, con la misión de devolver las mujeres y niños capturados, recuperar los prisioneros y, en general, neutralizar la cooperación de los indígenas con el bando realista. "Nosotros no hemos ido a hacer la guerra a nuestros hermanos los indios, decía O'Higgins a Alcázar, sino a los soldados españoles que había en Arauco, quienes, dispersándose por los campos, sedujeron a los naturales en nuestra contra, exponiéndoles al rigor de nuestra venganza."[20]

El sentimiento de urgencia llevó a O'Higgins a estudiar varios planes de ataque. Se construyeron grandes balsas y escaleras de asalto, se llenaron cientos de sacos con lana para arrojarlos al foso. En julio, movió al ejército en dos divisiones hacia el campamento de Perales, un collado que quedaba a tiro de cañón de El Morro. Intimó rendición a Ordóñez, ofreciéndole condiciones de paz, pero este respondió verbalmente que no planeaba jamás rendirse. El ataque se planificó para el 15 de julio y luego para el 22. Pero un temporal de viento obligó a desplazar las divisiones, que se hallaban en Perales, de vuelta a Concepción. En septiembre se planificó nuevamente el asalto, mas las lluvias

20 *Archivo O'Higgins*, XXI, p. 131. Sobre estos eventos, véase Ministerio de Guerra, Vol. 24, "Oficios recibidos, enero–agosto 1817." Fondo Ministerio de Guerra, Archivo Nacional Histórico. El volumen contiene oficios recibidos por el Gobernador Intendente de la provincia de Concepción, incluyendo la nómina de los caciques que habían admitido la paz.

incesantes, que inundaban todo, lo hicieron imposible, provocando la exasperación del general en jefe. Habría que esperar a diciembre para concretar la acción.

Durante los largos meses de invierno y ansiosa espera, O'Higgins no perdía el tiempo. La guerra de recursos y guerrilla se peleaba a lo largo de la costa, de Arauco a Tomé. Había incursiones realistas en Chillán y toda la frontera se hallaba sublevada. No debe olvidarse que el sentimiento popular era mayoritariamente monarquista, por lo que las fuerzas de O'Higgins eran consideradas un ejército de ocupación. Se transmitía la noción de que "los de Buenos Aires" privarían de sus bienes y de su libertad a los habitantes del reino.

Además de la conducción de la guerra, desde Concepción y Talcahuano Bernardo O'Higgins dispuso importantes medidas gubernativas. Si bien había quedado en Santiago Hilarión de la Quintana como Director Supremo delegado, aquel mantuvo muchas atribuciones del mando y se le consultaban las decisiones más complejas.[21] Desde el sur, en efecto, remitió notas a potencias extranjeras, como Rusia y Holanda, ofreciendo relaciones comerciales, creó la Legión del Mérito y eliminó los títulos de nobleza, según hemos visto y —sin duda, la providencia más notable— declaró la Independencia de Chile, según veremos más adelante.

Ese mismo septiembre, además, O'Higgins habría concebido a su hijo Pedro, fruto de su relación con Rosario Puga, mujer separada de José María Soto Aguilar e hija del general patriota Juan de Dios Puga Vidaurre. Rosario tenía entonces 21 años y Bernardo 39. La relación

21 En la delegación que O'Higgins hace, en efecto, de sus atribuciones de Director Supremo a de la Quintana, hace reserva de que éste queda "con inmediata sujeción a mi autoridad en todas aquellas funciones intransferibles, sino por el voto expreso de la soberanía popular y de que a V.S. comunicaré instrucciones." Comunicación del 16 de abril de 1817. *Archivo O'Higgins,* XVIII, p. 67.

continuaría en Santiago, hasta 1820. Pedro Demetrio, nacido en junio de 1818, fue criado por su padre, a quien acompañó al exilio en Perú.

El asalto a Talcahuano

Durante todo el invierno se había discutido el plan de batalla. O'Higgins era partidario de un ataque concentrado cerca de la bahía de San Vicente, disimulado con una carga general sobre toda la línea fortificada. Se había ya descartado, por arriesgado, un plan de desembarco nocturno en la península de Tumbes, detrás de las fuerzas españolas.

Sitio de Talcahuano, plano levantado por Albert Bacler d'Albe. en Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana* (Buenos Aires: 1940).

El general Michel Brayer propondría un plan distinto. Sostenía que el ataque principal debía empeñarse por el lado de Talcahuano. Apoderándose de El Morro, considerado la llave de la plaza, se podría avanzar sobre la población y las demás defensas. La ocupación inmediata de Talcahuano impediría, además, que las tropas pudieran reembarcarse en las naves españolas. Estas podrían cañonearse con las mismas baterías realistas situadas en la playa. El alto prestigio militar de que gozaba Brayer y la posibilidad de terminar la guerra en una sola jornada, dice Barros Arana, impidiendo

el escape de los defensores, inclinaron a la mayoría de los jefes patriotas en favor de este plan.[22] O'Higgins, aunque sin gran confianza, aprobó la proposición del general francés.

Al ingeniero napoleónico Alberto Bacler d'Albe le correspondió levantar un plano de las bahías de Concepción y sus contornos. Se trataba de uno de los más destacados oficiales napoleónicos que se desempeñaron en las guerras de la Independencia de Chile.[23] Estos llegaron por diversas vías, luego de la batalla de Waterloo, en 1815. Bacler d'Albe arribó a Buenos Aires, a bordo de la corbeta "Clifton", atraído por Carrera. Pasó a Chile en 1817 y fue incorporado al ejército patriota con el grado de teniente coronel de ingenieros militares. Con ese rango hizo la campaña del Sur y estuvo en Talcahuano. Dejaba atrás un honroso historial de servicio en las guerras europeas.[24] Fue condecorado en Chile con la Medalla de la Legión de Honor y, más tarde, con la Orden del Sol del Perú.

Michel Brayer, por su parte, fue el oficial más distinguido en los ejércitos imperiales, de cuantos vinieron a Chile. Exhibía una brillante hoja de servicios y gozó de una especial consideración del gran corso.[25] Perseguido después de Waterloo, se dirigió a Estados Unidos y continuó después a Buenos Aires. Se incorporó en 1817 al Ejército de Chile, primero al mando de la caballería y luego como jefe de Estado Mayor. Intervino en el asalto a Talcahuano y en Cancha Rayada. En Chile, sin embargo, no sería afortunado, pues sufrió el rechazo de muchos

22 Barros Arana, *Historia General*, XI, p. 282.

23 Fernando Berguño Hurtado, *Los soldados de Napoleón en la Independencia de Chile (1817–1830)* (Santiago: RIL, 2015), pp. 111-127; y sus biografías en Patrick Puigmal, *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia, Argentina, Chile y Perú* (Santiago: DIBAM, 2013).

24 Patrick Puigmal, *Cartas inéditas de Baclerd'Albe* (Osorno: Editorial Universidad de los Lagos, 2006).

25 José Bernardo Suárez, "Don Jorge Beauchef", en Jorge Beauchef, *Memorias militares para servir a la Historia de la Independencia de Chile del Coronel Jorge Beauchef, 1817–1829 y Epistolario* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1964), p. 31.

oficiales que, sin él, habían sabido triunfar en Chacabuco. Tal vez, como dice Encina, era demasiado extraño al carácter criollo. Más probablemente la opinión de Feliú Cruz, según el cual las reformas que pretendió introducir en el ejército lo malquistaron con los oficiales que se beneficiaban del estado de cosas, refleja mejor la realidad.[26]

Charles Wood Taylor, *Retrato de Jorge Beauchef*, acuarela, Gentileza de Pedro Hormazabal.

El más notable de los oficiales franceses que sirvió en Chile fue Jorge Beauchef. Llegó a Santiago en 1817, demasiado tarde para participar en Chacabuco, y permanecerá en el país hasta su muerte, ocurrida en 1840. Apoyó al sargento mayor de ingenieros Santiago Arcos, que también había servido en el ejército de Napoleón, en la dirección de la Academia Militar. Participó en las principales campañas de la Patria Nueva, la Guerra a Muerte, la expedición al Perú y las luchas con los montoneros y los indígenas. En Chile contrajo matrimonio con Teresa Manso de Velasco y Rojas, nieta de José Antonio de Rojas.[27]

26 Citado por Francisco A. Encina, *Historia de Chile* (Santiago: Editorial Ercilla, 1983), XIII, p. 210. Feliú Cruz, "Introducción" a Beauchef, *Memorias militares*, p. LXX.

27 Armando Cartes, *Franceses en el país del Bio-Bio* (Concepción: Trama impresores, 2004), p. 178.

El plano levantado por el ingeniero Bacler d'Albe es un documento geográfico de gran valor estratégico, que le tomó dos meses de trabajo y que permitiría una cabal inteligencia de la operación. Durante el ataque, al mismo oficial, al mando de un destacamento de zapadores milicianos, provistos de palas, azadones y escalas de mano, le correspondería rellenar los fosos en algunos puntos, para destruir o escalar las trincheras enemigas.

La mayor responsabilidad quedaba entregada a las fuerzas que dirigía el coronel Jorge Beauchef. La columna debía saltar los fosos, escalar las empalizadas enemigas y, una vez dentro, cortar las cuerdas que sostenían el puente levadizo, a fin de permitir el ingreso de la caballería patriota. Al grito de *"¡Viva la patria!"* como consigna y señal de que el puente había caído, la caballería comandada por Freire entraría a galope tendido a la plaza "acuchillando lo que encuentre por delante". Más tarde, todas las tropas se reunirían en las alturas de la península de Tumbes. Los artilleros, las lanchas patriotas, todo tenía su lugar previsto en el prolijo plan de ataque.

A las dos de la mañana del 5 de diciembre de 1817, la columna de asalto se puso en marcha. En la oscuridad de la noche se extravió una compañía, pero el avance continuó. El profundo silencio en que se desplazaban fue interrumpido por el pavoroso estruendo de un cañón del 24, que hizo temer que el ataque había sido sorprendido. El oficial francés ordenó continuar. Resultó, en definitiva, que el disparo había sido casual. Se avanzaba con decisión y rapidez. De pronto, un guardia a caballo que dormitaba se despertó bruscamente, disparó un tiro de carabina y dio la alarma. El ataque estaba descubierto y los acontecimientos se precipitaban.

Beauchef ordenó el cambio de frente y la tropa marchó derecho a El Morro, arrojándose al foso, que estaba inundado, para cruzarlo. Una descarga de cerca de 200 tiros de fusil echó por tierra una veintena de hombres. Para superar la alta empalizada, Beauchef, acompañado del Capitán Videla, del nº 11, fueron suspendidos por los soldados y

comenzaron a arrancar los troncos de madera a fin de abrir un paso. Una descarga a quemarropa mató a Videla y Beauchef recibió un balazo que le destrozó el hombro, pero igual continuó el avance y penetró en el recinto de El Morro.

> "Viéndonos atacar con tanta resolución —cuenta el oficial francés en sus *Memorias*—, el enemigo huyó, precipitándose por el lado del mar, quebrándose los brazos y las piernas. La muerte del Capitán Videla y mi herida fueron una desgracia de la casualidad, pues los soldados enemigos al huir disparaban sobre nosotros sin saber lo que hacían.
> En un momento, todos mis soldados habían ocupado el "Morro", y los gritos de ¡victoria! se dejaron oír.
> Se oía entretanto un desorden espantoso en el campamento enemigo.
> De las embarcaciones se escuchaban los gritos de los marineros y de los fugitivos. Entonces no dudé de que la plaza fuera nuestra [...] Principiaba a despuntar el día".[28]

El oficial, por desgracia, se equivocaba. En el centro de la línea, los realistas sostenían una vigorosa resistencia. Los éxitos parciales de las cañoneras patriotas eran insuficientes para intentar un desembarco. Aun cuando más de mil soldados de la división de Las Heras habían alcanzado la posición de El Morro, cumpliendo la primera etapa del plan de Brayer, la caballería patriota permanecía con los sables desenvainados sin poder entrar en combate. El ancho foso que separaba al

28 Beauchef, *Memorias Militares,* pp. 109–112.

Morro de la línea general de fortificaciones, protegido por una batería, se transformó en un obstáculo insalvable.

La luz del día facilitaba la reorganización en el campo realista y les permitía reponerse de la sorpresa. Al ver que su principal línea de defensa estaba intacta, comenzaron a batir a los patriotas desde los fuertes situados en las alturas de Tumbes. Las fuerzas navales de Ordóñez se sumaban también al fuego. "El cañón enemigo —relató un herido de la jornada a Barros Arana— tronaba de una manera terrible a bala y metralla, matando a muchos y cubriendo a otros con el barro de los terrenos vegosos que teníamos que atravesar". Cerca de las cinco de la mañana se dio la orden de retirada, a fin de evitar el estéril sacrificio de los soldados. Las Heras cumplió la orden con una serenidad imperturbable. "Clavó los cañones del Morro, cargó sus heridos, reunió en un grupo bien custodiado los dieciocho o veinte prisioneros que habían tomado y se puso en marcha con todo orden". El comandante español, Ordóñez, en su parte de guerra, reconocerá el coraje de las fuerzas patriotas.

En el campo insurgente se contaban 150 muertos y 280 heridos, muchos de ellos oficiales de gran valer. Se emplearon los días siguientes en hacerlos transportar a Concepción. Se habían consumido también muchas municiones. Todo, sin embargo, era recuperable, salvo el amargo sabor que el desastre dejaba en el ánimo colectivo. En verdad el plan era temerario, pero si los jefes hubiesen mostrado el ímpetu necesario, sostiene Encina, para salvar el segundo foso en el primer momento, Talcahuano probablemente habría caído.[29]

Hubo poco tiempo para lamentaciones. Ya se anunciaba la llegada de una nueva expedición, con Mariano Osorio, el triunfador de Rancagua, a la cabeza. Traía un ejército veterano y la decisión de dar un golpe decisivo a la revolución. Sus órdenes eran embarcar en Talcahuano a

29 Encina, *Historia de Chile*, XIII, pp. 214, 210.

las fuerzas realistas, llevarlas a Valparaíso y desde ahí tomar la capital, separando al ejército del sur del centro del país. Para evitar las consecuencias funestas de la concreción de este plan, O'Higgins decidió abandonar la provincia y marchar con el ejército hacia Santiago.[30]

Llevaría consigo a una numerosa población civil, que huía de las persecuciones que se desatarían. Iban con animales y lo que pudiera transportarse. Se destruyó o quemó lo que no pudo cargarse, a fin de no dejar recursos al ejército invasor. Reunió todos los caballos y mulas que pudo, "para no dejar atrás cosa alguna que sirva (de) auxilio a los enemigos, y que encuentren desiertos y ruina […] Ayer salieron 50 enfermos en carretones y parihuelas —escribía a San Martín el 23 de diciembre— quedan en el hospital 180, pero todos se pueden mover a caballo cuando se ordene."[31] Fue una jornada trágica, que el general José María de la Cruz recordaba, años después, como la cosa más penosa que le tocó vivir en la guerra.[32]

Antes de partir, el primero de enero en su campamento de Talcahuano y el mismo día, en la Plaza de Concepción, declaró y proclamó la Independencia de Chile, en el ánimo de que las fuerzas de Osorio arribaran a un Estado soberano, amparado por el derecho de gentes y no a un mero territorio insurgente.

30 El episodio ha sido relatado por Leonardo León, "La otra guerra de la Independencia en Chile: el éxodo patriota de Penco en 1817–1818", en Julio Retamal Ávila, coord., *Estudios coloniales III* (Santiago: Centro de Estudios Coloniales Universidad Andrés Bello, 2004).

31 *Archivo O'Higgins,* VIII, pp. 65–66.

32 De la Cruz, *Recuerdos de don Bernardo O'Higgins*.

CAPÍTULO IV

La Frontera en revolución

Cuando Bernardo O'Higgins enumeraba las dificultades que Chile mantenía contra los realistas, y que justificaban la guerra y la emancipación, su mayor encono se originaba en haber empujado éstos a los indígenas a una ofensiva cruel, provocando gran destrucción y sufrimiento. En verdad, desde el inicio de la crisis de 1810, las tribus mapuche fueron un tercer actor que las partes en conflicto quisieron sumar a sus filas; primero en las disputas provinciales y luego en la guerra entre el monarquismo y la insurgencia patriota. Cuando fue evidente que no era posible obtener de ellos una adhesión completa, el camino fue neutralizarlos, atizando sus propias diferencias. Su participación en el proceso emancipatorio se tradujo en una conflagración violenta e intermitente, prolongada por dos décadas, que desangró y agotó a la región sur.

La situación bélica, no obstante, es solo una de las dimensiones de la participación mapuche en el conflicto. Hay muchas otras y aún aquella necesita matizarse. En los años que siguieron a la Primera Junta de Gobierno, fue importante su uso simbólico para justificar la misma guerra, así como para establecer una temprana diferenciación con España y entre los incipientes Estados americanos. La utopía igualitaria de la primera hora, a su vez, los imaginó como miembros integrados a la sociedad chilena, una vez asimilados a la cultura hispano-criolla y la religión católica. Lo anterior implicaba otorgarles la nacionalidad chilena y, en determinadas condiciones, derechos políticos de ciudadanía.

Su territorio, aunque con algunas salvedades, se consideró siempre parte de Chile, con independencia del desinterés —sumado a la incapacidad— de las primeras décadas, de asegurar allí la presencia del Estado y sus instituciones.

En la mirada tradicional de la independencia y el proceso de organización del Estado, el rol de las tribus mapuche, aparece como limitado. Autores como Miguel Luis Amunátegui, sostenían que "la raza indígena contribuyó solo secundariamente a la realización de la independencia, …(esta) fue el resultado de una lucha tremenda, no precisamente entre la raza española y la indiana, entre los vencedores y los vencidos, sino entre dos porciones de la raza conquistadora, entre los individuos de una misma familia". "La revolución de 1810 —concluye— debe considerarse en rigor una diferencia promovida por los españoles, y ventilada entre ellos".[1] Igual invisibilización se observa en autores modernos, como Gabriel Salazar y Gonzalo Vial, que omiten a los mapuche en sus narrativas del período.[2] Para esta mirada, el triunfo de Maipú, en abril de 1818, habría sellado la liberación de Chile. En Lima o en las mesetas altiplánicas, no en las selvas araucanas, continuaría la guerra, sin perjuicio del enclave realista de Chiloé, que perdura hasta 1826.

La violencia en el sur representaría solo los estertores de una guerra ya ganada, que se explicaría por la agonía del realismo y "el afán de saqueo y pillaje" de los indígenas. El mundo fronterizo no habría protagonizado la emancipación ni las luchas de la organización de la república. El eje de la historia serían los debates políticos intra-elite de pipiolos y pelucones, no la situación de la Frontera.

1 Miguel Luis Amunátegui, *La Crónica de 1810* (Santiago: Imprenta de la República, 1876), t. I, pp. 4–5.

2 Gabriel Salazar, *Construcción del Estado en Chile (1800–1837). Democracia de los "pueblos". Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico* (Santiago: Sudamericana, 2005); y Gonzalo Vial, *Chile, cinco siglos de Historia* (Santiago: Zig-Zag, 2009), t. I., respectivamente.

En décadas recientes, sin embargo, ha ganado fuerza una perspectiva distinta. Los conflictos centrales de los primeros decenios republicanos habrían sido, desde luego, la dicotomía entre absolutistas y separatistas, pero también las tensiones interprovinciales y la instalación del Estado centralizado, que enfrentó una fuerte resistencia regional. Son problemáticas vinculadas entre sí y en todas las cuales el mundo indígena tuvo participación. La trayectoria de vida de varios personajes de primera línea de la época, podría ilustrar bien el cruce entre estos procesos y su necesaria asociación con la población indígena de ultra Biobío. Así, Manuel Bulnes Prieto es un ejemplo ilustrativo de un líder de proyección nacional, involucrado en las disputas provinciales y con gran ascendiente en la sociedad mapuche. Comandó el ejército contra la Confederación Perú-boliviana, ejerció la presidencia de la República, derrotó personalmente a las huestes de los Pincheira en la cordillera, asociadas con los pewenche, y también al ejército provinciano en la Revolución de 1851.[3] Es que, hasta ese año a lo menos, no se podía pretender gobernar el país si no se gobernaba la Frontera.

En particular, ha evolucionado la interpretación de la situación de esta región, frente a los eventos nacionales. De una simple rémora del barbarismo, en el camino ineludible hacia la civilización, se ha pasado a una mirada más comprensiva. Se impone, en efecto, la noción de la resistencia de una importante porción de la sociedad regional, al proyecto de Estado nacional que se instalaba. Amplios sectores del pueblo, algunos hacendados, indígenas y líderes provinciales, por razones propias y que se cruzaban, resistían el orden emergente. El sentimiento provincial estaba presente, tanto como el deseo de conservar, en el caso de los caciques, los privilegios y beneficios del pacto fronterizo. Sumado

3 Dice de él Claudio Gay que era "el respeto y entusiasmo que le tenían los indios no eran ni menos grandes ni menos sinceros; como Ambrosio O'Higgins, había ganado sus atentas simpatías, y pronto se hubieran sacrificado a todas sus voluntades". *Historia Física y Política de Chile* (París: Imprenta de E. Thunot y Cie., 1854), t. VIII, p. 272.

todo al monarquismo tradicional, reafirmado por el sentimiento religioso, llegó a constituir una oposición formidable a la nación hegemónica que se vislumbraba.[4]

La magnitud de la resistencia necesita para explicarse de factores adicionales. La influencia cultural de la monarquía, avivada por la religión, no parece suficiente. Es necesario incorporar al análisis una dimensión social, así como las complejidades políticas de las parcialidades indígenas. En cuanto a los sujetos populares, hay que considerar que la dislocación del orden colonial, causada por la guerra, provocó el cuestionamiento de la estructura estamental tradicional y de la distribución de la tierra y el poder social. La rebeldía generalizada es propia de un período de crisis y miseria. El campesinado, dice Marcelo Segall, vio en España no a sus enemigos, "sino a los vengadores de sus miserables destinos"[5]. La rebeldía alcanzó los extremos del vagabundaje y la guerrilla campesina. Su expresión más habitual fue el bandidaje. Estas acciones reflejan el trastocamiento del orden, en un momento de colapso del poder civil y grave crisis económica y social.

La dimensión étnica de la resistencia provino de las redes políticas y económicas construidas por el pacto fronterizo. Al sentirse amenazadas se opusieron violentamente a los cambios. Luego de Chacabuco se produjo un punto de inflexión en la participación mapuche en la guerra, un momento crítico que se resolvería con violencia en los años próximos. Las bien entrelazadas relaciones fronterizas coloniales, no obstante, lograron sobrevivir a la revolución y reconstituirse.

4 Armando Cartes, *"Un gobierno de los pueblos…" Relaciones provinciales en la independencia de Chile* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2014), pp. 321 y ss.

5 Citado en Ana María Contador, *Los Pincheira, un caso de bandidaje social* (Santiago: Bravo y Allende, 1998), p. 56.

La joven nación y la vieja Frontera

Para 1810, la Frontera era una vasta zona de intercambio étnico, comercial y cultural, modelada a través de siglos de una convivencia relativamente pacífica. La tierra se estructuraba en cuatro grandes *butalmapus*, alineados de mar a cordillera, divididos a su vez en *aillarehues*, donde sus respectivos *lonkos*, en base a una política de alianzas y redes familiares, mantenían el control económico, político y militar. Proporcionaban a la sociedad criolla ponchos y tejidos, que producían de manera intensiva, así como carnes y ganados, entre otros productos, que cultivaban o traían de las pampas trasandinas. Vivían en relativa autonomía, pues las autoridades criollas centraban su interés en la zona central y su producción cerealera, desde donde se dirigía la vida administrativa del reino y las relaciones con la monarquía y el Perú, así como en la minería del norte.

El sur interesaba como frontera del imperio, del cual los mapuche también formaban parte. Las autoridades, como es el caso notable de Ambrosio O'Higgins, conferenciaban para mantener la paz entre las mismas tribus, asegurar el tráfico de personas y bienes, la lealtad al rey, en especial frente a los enemigos externos del imperio, alternativamente ingleses, franceses y holandeses, representados por la creciente presencia de balleneros y corsarios.

A través de muchos años, se habían establecido lealtades con linajes indígenas. El brusco derrumbe del imperio significaba una radical amenaza a las alianzas, intereses y situaciones relativas, mantenidos por décadas. Era natural que el impulso revolucionario provocara fuerte resistencia y desconfianzas. Era el caso, en especial, de los líderes y grupos que se beneficiaban más de la relación construida con las autoridades españolas y que valoraban su autonomía.

La descripción de las parcialidades indígenas y sus intereses divergentes tiene como lógico corolario que sus alineamientos políticos y militares fueron también diversos. Persiguieron sus propios intereses,

Louis Choris, "Vuie de la Ville de Conception, 1816", *Voyage pittoresque autour du monde* (París: 1822).

negociando o enfrentando a sus enemigos. Una minoría intentó mantenerse neutral o mantuvo una posición vacilante. El butalmapu costero y los *huenteches* o arribanos fueron firmes aliados de la administración española. Los *nagches* o abajinos, en cambio, eran más cercanos al bando republicano. Los pehuenches del sector cordillerano tuvieron posiciones más cambiantes, impulsados por sus propios conflictos y las circunstancias de la guerra.[6] Al final del día, según Tomás Guevara, los mayores aliados del bando patriota fueron los abajinos, algunas parcialidades de la parte meridional del valle central cercanas al río Cautín y ciertos núcleos pewenches, principalmente los del Llaima.

6 Eduardo Téllez, "Espacios geoétnicos y confederaciones territoriales en tiempos de la Guerra a Muerte", *Historia Indígena,* n. 3 (1998), pp. 53–76; y "Las grandes federaciones geopolíticas de los llanos de Araucanía hacia la época de Independencia", *Revista de Historia*, v. 16, n. 2 (2006), pp. 77–82; y José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche* (Santiago: Ediciones Sur, 1996), pp. 69–132.

El alineamiento masivo de los mapuches por la corona se explica por la defensa del *status quo* y de las redes económicas. Para entender, en cambio, porqué otros muchos se pronunciaron por la patria, se hace necesario un análisis fundado en la política de la Frontera. Habrían sido las propias expectativas y fricciones de las jefaturas y alianzas indígenas, las que condicionaron sus opciones políticas. Las causas de sus acciones y alineamientos deben buscarse, en definitiva, dentro de la propia Araucanía y no fuera de ella.

Para fines del siglo XVIII, los butalmapus habían comprendido que la autonomía absoluta del mundo hispano era inviable. Las agrupaciones y los loncos principales fueron desarrollando, entonces, estrategias de negociación que les permitieran conservar su liderazgo y poderío. Los abajinos, que habitaban las llanuras al oriente de la cordillera de Nahuelbuta, eran la parcialidad mapuche más numerosa. Sus linajes principales, los Colipís y Coñoepán, fueron cercanos aliados con los republicanos. Especulando sobre las causas, José Bengoa plantea que se trataba de una estrategia de integración a la sociedad nacional, ya que percibían que "tarde o temprano deberían unirse al país del Norte". Por eso procuraban una integración que no mermara su rango y poderío en la propia sociedad mapuche, a través de la cercanía con el ejército fronterizo.[7]

En sus relaciones con la administración borbónica provincial, las distintas parcialidades y caciques habían obtenido desiguales cuotas de poder o prestigio. Se generaba, así, un potencial descontento que los criollos supieron manejar hábilmente, para atraerlos al bando separatista. Aquellos grupos, en cambio, más favorecidos por el pacto fronterizo tomaron partido por la conservación del orden monárquico. Los conflictos inter-tribales larvados, que estallaban en esporádicas luchas, se radicalizaron con la independencia. Varios caciques arribanos

7 Téllez, "Las grandes federaciones geopolíticas", p. 79.

y costinos tenían trato privilegiado con las autoridades españolas. Había caciques gobernadores, una posición de preeminencia social creada para distinguirlos; había otros a sueldo o que militaban en el ejército del rey. No ocurría lo mismo entre los abajinos, que eran adversarios del butalmapu arribano. Sus linajes más importantes se declararon por la patria por sus disputas inter-tribales, pero también por la posibilidad de obtener una posición predominante en el nuevo orden que traería un Chile independiente. Su apuesta fue, según Téllez, la obtención de nombramientos prestigiosos, sueldos y grados militares en el ejército, apoyo armado a su propio poder personal y trato preferente a sus linajes. Más que de odiosidades, como apuntaba la historiografía clásica, las alineaciones se explican por una cuestión de beneficios; una actitud no muy distinta a la de muchos criollos.

Guerra y diplomacia en el sur

En Plumerillo, el campamento de los patriotas en Mendoza, O'Higgins defendió la estrategia de un ataque simultáneo por Coquimbo y Concepción —el norte y el sur— para converger luego en una operación tenazas sobre Santiago. No fue escuchado, pues el plan de que la columna principal cruzara por Uspallata ya estaba acordado. O'Higgins temía que la bahía de Concepción y la población criolla e indígena de la región se aliara o cayera en manos hispanas y alimentara una larga resistencia. Así ocurrió efectivamente.

En los años previos, ambos partidos habían actuado para atraer a los mapuche a sus filas, o a lo menos para neutralizarlos. Después de 1810, la relativa paz de la Frontera se vio convulsionada, a medida que los eventos amenazaban con militarizarse. Todos los bandos en disputa querían sumar a los indígenas a sus filas. En Concepción se realizó, en octubre de 1811, un parlamento convocado por la Junta Provincial, luego del quiebre con José Miguel Carrera, que buscaba consolidar el

apoyo de los indígenas a las nuevas instituciones, pero también a la causa provincial. Pedro José Benavente, presidente de la Junta penquista, escribía a Bernardo O'Higgins: "en esta hora misma me voy a la Plaza a recibir más de 400 indios que acompañan a los grandes caciques y respetados que han venido a saludarnos y ofrecernos toda la fuerza de sus armas para emplearla en nuestra defensa y de la Patria."[8] Similares aspiraciones al apoyo indígena alimentaron los realistas, apenas iniciada la fase bélica de la Independencia, en 1813. Los mapuche, en todo caso, al igual que el resto de la sociedad criolla de entonces, se alinearon política y militarmente según los intereses de las diversas tribus.

Ya a principios de 1814, apenas desembarcó en Arauco la expedición que encabezaba Gabino Gaínza, convoca a un parlamento en aquella plaza. El 3 de febrero, frente a los costinos, que se hallaban formados, Gaínza desplegó sus fuerzas y los exhortó personalmente a mantener invariables su adhesión al rey y su determinación.[9] Producida la restauración monárquica, luego de la derrota patriota de Rancagua, los realistas reconstituyeron sus redes fronterizas y reclutaron a varios caciques para reforzar sus apoyos. El jefe español José Ordóñez, entonces intendente de Concepción, celebró, en 1816, un nuevo parlamento, para precaver la presencia de agentes patriotas en el espacio sureño. El encuentro tuvo lugar en Los Ángeles, en diciembre de aquel año y a él concurrieron miles de mapuches de las diferentes regiones del *Gulumapu*.

Durante toda la llamada Patria Nueva, a partir de 1817, los patriotas intentaron fortalecer sus vínculos con los caciques. La tarea no era fácil, pues los mapuches —y gran parte de la sociedad regional— no miraron con simpatía el proceso emancipador. Mientras que los líderes políticos querían incorporarlos a un proyecto de nación, la "gran

8 Comunicación de 24 de octubre de 1811, *Archivo O'Higgins*, I, pp. 174–175.

9 Tomás Guevara, *Los araucanos en la revolución de la Independencia* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1911), pp. 239, 241, 251 y 252.

familia chilena" que se estaba formando, los comandantes republicanos buscaban el apoyo militar de los *butalmapus* para engrosar sus fuerzas. Para los realistas, en cambio, se trataba de revitalizar los lazos previos, garantizando las cuestiones que eran claves para los mapuches: el reconocimiento de la autoridad de los *lonkos* sobre sus respectivas comunidades, la autonomía territorial y las ventajas tributarias que otorgó la monarquía al *Gulumapu.*[10] De esa forma, podrían afianzar su antigua alianza política y militar, contra los enemigos de la corona. Los *lonkos*, por su parte, perseguían restaurar la vigencia del protocolo fronterizo, a través de los parlamentos y, de acuerdo a las prácticas del *admapu*, asegurar su supremacía en los conflictos intertribales. Para ello, debían elegir con cuidado sus aliados *winkas*, frente al cambiante escenario de la guerra. Como se ve, sus dilemas eran tanto militares como políticos.

Después de la batalla de Chacabuco, en febrero de 1817, los españoles se atrincheran en Talcahuano, a esperar refuerzos de Lima y con el fin de aprovechar los recursos y apoyos de la región sur.[11] Bernardo O'Higgins, siendo ya Director Supremo, encabeza la campaña e instala en Perales, frente al Morro, su campamento para el largo sitio. De esta época, la historiografía tradicionalmente destaca ciertas medidas de gobierno del Libertador, como la eliminación de los títulos de nobleza, la creación de la Orden al Mérito y, sobre todo, la proclamación de la independencia, sobre un tambor, en aquel precario campamento. Ese lluvioso invierno del 17, sin embargo, fue también uno de intensa actividad militar.

La situación a lo largo de la frontera militar, era compleja y heterogénea. En la costa, los fuertes de Arauco, Colcura y San Pedro, en manos españolas, se relacionaban estrechamente con los *lafkenches*,

10 Leonardo León, *O'Higgins y la cuestión mapuche, 1817–1818* (Santiago: Akhilleus, 2011), p. 39.

11 Juan Isidro Maza, "La rebelión de los vencidos de Chacabuco y Maipú", *Revista de Estudios Regionales,* n. 6 (1990), pp. 9–67.

cuyo territorio se extendía entre el mar y la cordillera de Nahuelbuta, desde Coronel por el norte, hasta las inmediaciones de Tirúa. Las plazas de Santa Juana, Talcamávida, Santa Fe y Nacimiento, mantenían un estrecho contacto con los llanistas fronterizos de Angol, Huequén y Mininco. Hacia el oriente, en el fuerte de Los Ángeles, el principal reducto republicano durante 1817, se realizaban los contactos con los llanistas arribanos de Mulchén, Malleco, Quilaco y Bureu, además de los pehuenches provenientes de Villucura, Callaqui, Lolco y Huallaly.[12] Cada *butalmapu* operaba de modo autónomo, procurando asegurar su supervivencia o predominio.

Hubo durísimas incursiones hacia la región costera de los *lafkenches* y acciones de inteligencia y sabotaje; O'Higgins hizo, incluso, desocupar toda la costa, desde Tomé a la Boca del Itata, "hasta diez leguas tierra adentro", para evitar que se remitieran auxilios a los realistas e impedir el apoyo a los sitiados en Talcahuano.[13] Hacia el sur, la actividad militar y política se orientaba naturalmente hacia los mapuches.

Durante su campaña, O'Higgins fue completando la ocupación de la línea militar del Biobío. Sus oficiales capturaron los fuertes de Nacimiento, Santa Juana y San Pedro. La captura de la fortaleza de Arauco, a fines de mayo, completó la operación. Esta tenía por objetivo interrumpir la línea de comunicación del baluarte monarquista de Talcahuano, con Valdivia y Chiloé. La operación causó gran encono entre los naturales. Escribió el capitán Cienfuegos, a cargo de la campaña, a O'Higgins:

12 León, *O'Higgins y la cuestión mapuche*, p. 27.
13 *Archivo O'Higgins,* XXVIII, pp. 68–70.

> "En esta jurisdicción han quedado las gentes disgustadas, los indios alzados y que habiéndose juntado con ellos los godos emigrados de este pueblo tienen según dicen los espías 1.300 lanceros y 30 fusileros, los que han hecho algunas correrías en estas campañas gritando voces y degollando algunos paisanos."[14]

Su violenta reacción determinó la caída de Arauco y la muerte de Cienfuegos y de todos los suyos. Como hemos contado, Ramón Freire encabezó posteriormente la expedición que logró la recaptura de Arauco y que supuso una fuerte represalia contra los *lafkenches*. Se complicaba así la ansiada alianza con los naturales. O'Higgins, no obstante, no cesaría de intentarlo. Desde Concepción, remitió una proclama, en mayo de 1817 y luego, en agosto, las bases de un posible acuerdo. Estos documentos buscaban atraer a los indígenas a las filas de la patria, poniendo fin a su colaboración con los realistas; olvidar las rencillas e incorporarlos como "hermanos" al proyecto de nación que se erigía. No llegaban, sin embargo, a reconocerles autonomía territorial y se centraban, más bien, en el pasado heroico y en una idea abstracta de libertad.

El primero denunciaba el próximo fin de la resistencia española y los instaba a tomar partido por la patria o sufrir las consecuencias. Con los españoles atrincherados en El Morro, era clave evitar el apoyo de la población, en especial el que podían recibir de Arauco y del sur del Biobío. Así, la proclama, signada el 19 de mayo en el Cuartel General de Concepción, expone en parte:

14 José Ignacio Cienfuegos a Bernardo O'Higgins, Arauco, 9 de junio de 1817, Archivo Histórico Nacional, Ministerio de Guerra, Vol. 42, f. 33.

> "Habitantes de Arauco:
> Al dirigiros la palabra me es imprescindible recordar con respeto las glorias de la nación heroica de quien traéis vuestro origen y denominación. Los araucanos han sido el lustre de la América, combatiendo por su libertad, y vosotros no debéis empañar ese timbre.
> Vosotros formáis una preciosa porción de Chile, y estoy seguro que no abandonaréis vuestro suelo por fugar en pos de unos hombres que nada tienen sobre él, sino el deseo de esclavizarle y hacerse felices a costa de la servidumbre de sus moradores. […] Elegid o los dulces bienes de la Libertad y de la Paz, si abrazáis de buena fe nuestras banderas, o la muerte y devastación de vuestro territorio, si continuáis unidos a las de los tiranos. La patria va a premiar vuestra lealtad o castigar ejemplarmente vuestra ingratitud. Decidíos. Calculad vuestra suerte, por cuya prosperidad trabaja vuestro paisano y verdadero amigo".[15]

La propuesta, por su parte, perseguía el objetivo urgente de hacer cesar las hostilidades, en especial con los *lafkenches* y permitir el regreso de los realistas que se habían internado en la Araucanía. Ofrecía el perdón de los excesos cometidos y respeto a la autonomía y autoridad de los *lonkos*. Sus disposiciones son interesantes:

15 Bernardo O'Higgins, "Proclama a los habitantes de Arauco", Cuartel general de Concepción, 19 de mayo de 1817, *Archivo O'Higgins,* XXI, p. 16.

"Animado del justo deseo de atajar las calamidades de una guerra destructiva a que nos ha expuesto la malicia y ferocidad de nuestros enemigos los españoles; de restablecer la armonía y cimentar una paz perpetua con nuestros hermanos los caciques y sus súbditos de todos los Butalmapus y reducciones, y especialmente con aquellos que seducidos por los esclavos de España, han abierto o intentado abrir guerra contra nosotros, he acordado a nombre de la Nación Chilena fijar por bases preliminares los artículos siguientes:

Habrá una paz eterna y duradera entre este Gobierno y sus súbditos con todas las Naciones que habitan desde la otra Banda del Bíobío hasta los confines de la Tierra.

Se guardará un olvido perpetuo de cuanto haya sucedido durante el tiempo de las hostilidades.

.....

Declaro perdón, y el más solemne indulto a los Españoles, Chilenos y a toda clase de hombres que por servir a las miras ambiciosas del Rey de España, haya promovido la guerra y hostilizado de cualquier modo a los hijos de la Patria. Pueden los tales volver libremente a nosotros, bajo la firme protesta de que sus personas y bienes gozando de toda seguridad y libertad a la sombra del Gobierno.

En fe de lo cual firmo los presentes artículos, signados con el Sello del Estado y refrendados por mi Secretario de la Guerra, en la Plaza de Concepción, a 3 de agosto de 1817, Bernardo O'Higgins".[16]

16 Bernardo O'Higgins, "Artículos de Paz hecha por el Director Supremo a los mapuches, signados con el Sello del Estado, y refrendados por mi Secretario de la Guerra, en la Plaza de Concepción, a 3 de agosto de 1817". El interesante documento ha sido dado a conocer y puesto en valor por León, *O'Higgins y la cuestión mapuche.*

El documento fue comunicado al lonko Dumulevi de Angol y a los costinos, pero no alcanzó los efectos esperados.[17] A pesar de ello, había en él cuestiones de fondo que vale la pena apuntar, como el reconocimiento de la autoridad de los *lonkos* o el tratamiento afectuoso e igualitario a los indígenas. Lo más notable es la propuesta de "paz eterna y duradera entre este Gobierno y sus súbditos con todas las Naciones que habitan desde la otra Banda del Bío-Bío hasta los confines de la Tierra". La alteridad que insinúa entre la "Nación Chilena" que representa y las "Naciones" de allende el gran río, denotan un reconocimiento a su identidad y autonomía. Debe entenderse, en todo caso, en el contexto de las circunstancias dramáticas de su redacción. Así los mapuches aparecían como un tercer actor, que no debía confundir sus intereses con los de sus antiguos dominadores; se trataba de lograr su neutralidad en esta hora. Ya vendría el tiempo de incorporarlos a la república.

Se insinuaba, de esta forma, la política del naciente país hacia los mapuches. Un reconocimiento hacia su autonomía y diferencias, más el anhelo de incorporarlos, de manera gradual, al Chile republicano. En estos temas, la visión de O'Higgins era clara y realista. Éste tenía redes y afectos entre los indígenas, forjados desde su infancia en el Colegio de Naturales de Chillán y luego reforzados en los doce años que pasó administrando su hacienda de Las Canteras. Se proyectarían hasta su partida al exilio y aún más allá.[18] Pese a sus activas gestiones, en 1817 la Araucanía estaba todavía muy lejos de pacificarse y de abandonar las filas del rey.

17 Leonardo León, "O'Higgins y la cuestión mapuche, 1763–1825", *Revista Quinchamalí*, n. 3, (2010), p. 83.

18 En vísperas de partir O'Higgins al exilio, el cacique Coñoepan, reconociendo las acciones y los sentimientos favorables, de él y de su padre, hacia el pueblo mapuche, le ofrecía el asilo del "Estado Araucano" en caso de que fuera necesario. Citado en Holdenis Casanova, "Entre la ideología y la realidad: la inclusión de los mapuches en la nación chilena (1810-1830)", *Revista de Historia Indígena* n. 4 (2000), p. 28.

Johann Moritz Rugendas, *Indios en marcha*, c. 1836–1845.
Colección de Arte Gráfico de Múnich.

Durante los años del gobierno de Bernardo O'Higgins, la guerra en el sur continuó intensamente. Luego de su abdicación, la administración del país se disloca aún más, bajo el mando de Ramón Freire, atenazado por los conflictos interprovinciales y las dificultades financieras. En ese contexto, parecía necesario llegar a un acuerdo con los butalmapus, que suspendiera las hostilidades. Con este fin, se celebraron dos tratados o parlamentos, en términos muy similares, a instancias de Freire, buen conocedor de la Frontera.

El primero se celebró en Yumbel, el 12 de diciembre del año 1823[19] y el segundo en Tapihue, el 7 de enero de 1825. Ambos fueron encabezados

19 Parlamento de Yumbel, "Tratados de Unión, formado por Pedro Barnechea, teniente coronel, comandante del tercer escuadrón de dragones de la plaza de Los Ángeles y otras de la Alta Frontera. Yumbel 12/12/1823". Archivo Histórico Nacional, Ministerio de Guerra, Vol. 136.

y firmados por el Teniente Coronel Pedro Barnachea, Comandante de la Alta Frontera y Delegado de la Ciudad de Los Ángeles, y autorizado, el segundo, por el Intendente de la Provincia de Concepción Juan de Dios Rivera. Por los indígenas la convocatoria fue amplia, pues concurrieron a Yumbel "los embajadores de los cuatro Butalmapus, Lafken, Angol, Riñayco y PehuenMapu"; a Tapihue, por su parte, asistió Francisco Mariluan, "Gobernador de 14 Reducciones". Se trataron diversos temas, centrados en "la pacificación", el aumento del comercio, el reconocimiento de la ciudadanía a los mapuches y cuestiones relativas al tráfico de personas y misioneros y el intercambio de prisioneros. Aunque se reinstaura "la línea divisoria en el Bio-Bio" y se dispone "mantener en orden los fuertes y fortificadas las piezas existentes",[20] en ambos tratados se plantea ya la incorporación de los mapuches a la "familia" chilena.

Las difíciles circunstancias que atravesaba el gobierno central, sumadas a la incapacidad de consolidar el dominio del sur, han llevado a sostener que los acuerdos con los indígenas eran puramente tácticos. Habrían perseguido ganar tiempo y restar aliados a los realistas, hasta que fuere posible la derrota militar y la ocupación física de la Araucanía. Es posible que así fuera, pero hay elementos para plantearse una lectura diferente. En esos años, había quienes no creían en la legitimidad de incorporar el territorio mapuche al Estado chileno, ni sus habitantes a la ciudadanía, sin su consentimiento. Así quedó en evidencia, por ejemplo, al discutirse en el Congreso los artículos respectivos de la Carta de 1828.[21] No era impensable, entonces, que las ofertas de inclusión política y reconocimiento de fronteras y potestades fueren

20 Sus estipulaciones se hallan transcritas en Pablo Mariman, comp., *Parlamento y territorio mapuche* (Concepción: Ediciones Escaparate, 2002), pp. 103–109.

21 Ana María Stuven y Gabriel Cid, "Indígenas: de «fieros republicanos de Arauco» a «raza carnicera enemiga», 1811–1835", en *Debates republicanos en Chile. Siglo XIX* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013), vol. 2, pp. 447–451.

sinceras. Por lo demás, es lo que de hecho ocurrió, al reinstalarse el pacto fronterizo por unos cuantos años más.

La bandera chilena y la estrella mapuche

En los orígenes de la república, surgió la urgente necesidad de generar, a la vez, identidad y diferenciación con la monarquía hispana, con la cual nos batíamos. No era tarea fácil, atendiendo la comunidad de lengua, religión y cultura entre los dominadores y los criollos, sus descendientes, que ahora aspiraban a la autonomía. Hubo que recurrir al pasado indígena, real o mítico, para construir un imaginario propio, al cual adherirse. En el caso de Chile, sin pasado imperial ni los vestigios materiales de aztecas o mayas, el recurso se complicaba. Fue en los "guerreros indómitos" de Arauco, mediatizados a través del poema épico de Alonso de Ercilla, donde el joven país encontró su anhelado Panteón. Lautaro, Galvarino, Caupolicán, "los fieros republicanos de Arauco", como les llamara Bolívar, fueron los primeros héroes patrios, cuyos nombres bautizaron logias, buques e ilustraron escudos y monedas.[22]

Los símbolos patrios también dan cuenta de la influencia de lo indígena, aunque actualmente su origen se halle semiolvidado. Es el caso de la bandera nacional de Chile, la cual fue adoptada oficialmente el 18 de octubre de 1817. Aunque la estrella pentagonal tiene muchas interpretaciones, la más plausible es que se trate de la estrella araucana, *Guñelfe*, esto es, el planeta Venus, la estrella de la mañana. Así lo

22 Cartes, "Arauco, matriz retórica de Chile".

declaró el mismo O'Higgins.[23] Así se entendía en la época, incluso en celebraciones públicas.[24] Aunque la estrella adoptada finalmente fue la de cinco puntas, el diseño del *guñelfe* se insertó inicialmente, en la bandera, como un asterisco de ocho brazos incorporado en el centro de la estrella, "representando la combinación de las tradiciones europea e indígena". Sintetizaba, de esta forma, la tradición pitagórica europea, mediante la estrella de ocho brazos pentagonal y la tradición indígena. Estos diseños, que incluían un escudo bordado, se simplificaron más tarde, probablemente por la dificultad en la construcción de la bandera. Recién en 1854 se fijaron las proporciones de los colores y, en 1912, el diámetro de la estrella y la precedencia de los colores.[25]

Influencia mapuche tiene también la moneda de plata que se fundiría, por bando de Hilarión de la Quintana del 9 de junio de 1817, por orden del Director Supremo O'Higgins, que se hallaba a la sazón en el sitio de Talcahuano. El sello del Gobierno reemplazaría al busto de Fernando VII y, en el reverso, decía el decreto, "presentará un volcán y encima una corona de laurel, en cuyo centro se pondrá el valor".[26] Desde el mismo campamento, dispuso O'Higgins también la creación de la Legión del Mérito de Chile, cuyas medallas, de oro labrado y esmaltado

23 La intención de O'Higgins de identificar la estrella de la bandera con la *Guñelve* de Arauco, dice Gastón Soublette, que ha estudiado profundamente la significación de la estrella, se advierte en la presencia de un enigmático asterisco de ocho brazos en los primeros ejemplares de la bandera actual. La razón de su posterior reemplazo por la estrella pentagonal, habría sido la búsqueda de una síntesis del significado hermético europeo con el indigenista, esto es, el encuentro de dos tradiciones. Soublette, *La Estrella de Chile*, p. 89.

24 Para la celebración del 18 de septiembre de 1827, *El Mercurio* de Valparaíso daba cuenta de que en la aurora los ciudadanos se reunieron en la batería de San Antonio, "para escuchar la lectura del acta de Independencia que fue saludada con cañonazos y la canción nacional y que al pie del asta flameaba "la gloriosa estrella araucana". Citado en Eyzaguirre, *La logia Lautarina*.

25 Disposiciones luego refundidas en el decreto nº 1.534 del 12 de diciembre de 1967, del Ministerio del Interior.

26 José Toribio Medina, *Monedas Chilenas* (Santiago: Impreso y grabado en casa del Autor, 1902), pp. 140–150.

en Francia, tenían también en su anverso la figura del volcán.[27] Es un elemento telúrico muy propio de la tierra natal del Libertador, de Chillán y también de Las Canteras, de fuerte simbología mapuche.

Su propio retrato, confeccionado por Gil de Castro en 1821, contenía en el fondo del escudo, situado en la base, la imagen de cuatro volcanes en erupción. Según la mitología mapuche, explica Soublette, corresponden a cuatro *pillanes* o *espíritus* señores de la guerra.[28] Simbolizaría la fuerza telúrica de la rebelión patriota, emanada de la herencia araucana representada en el pillán de la guerra.

Se desprende de lo expuesto un verdadero mestizaje de referencias indígenas y occidentales, en varios de los símbolos patrios adoptados en 1817. Aunque es difícil desprender significaciones unívocas, resulta evidente que los elementos indígenas en monedas, escudos y banderas, fueron fundamentales para la incorporación simbólica de la Araucanía a la República. La estrella araucana, como el sol inca que San Martín incorporó a las banderas argentina y peruana, son símbolos que permanecen hasta hoy, aunque su significación se haya desdibujado con el tiempo. Los proyectos nacionales, decía Ernest Renán, requieren de memorias comunes, pero también de olvidos.

"Ciudadanos chilenos y libres como los demás..."

La configuración del Estado nacional chileno planteaba interrogantes y desafíos en muchas dimensiones. Varias de éstas tocaban a los pueblos indígenas, como la cuestión de la incorporación de sus tierras y de

27 Eyzaguirre, "Historia de la Orden al Mérito", pp. 87–117.

28 Según Soublette, *La Estrella de Chile*, p. 107, "estos aparecen en ciertas invocaciones bajo el nombre de *melihueichánhuentru* (cuatro valientes guerreros) o *melihueichafehuentru* (cuatro hombres luchadores). Estos dioses constituyen un cuaternario celestial menor frente al ñidol o supremo. Su simbolización por medio de volcanes en erupción proviene de la mitología de los volcanes".

ellos mismos como nacionales y ciudadanos del país que se organizaba. Aunque las contingencias de la guerra determinaron las respuestas iniciales a estas interrogantes, era necesario definir su lugar definitivo en la nación chilena.

La campaña del sur de 1817 fue un momento crítico, pues buena parte de ella, como la campaña de Arauco, se peleó en tierras mapuche. La región completa era habitada por una abundante población mestiza o de aquella etnia. O'Higgins entonces tuvo que adelantar definiciones y ofrecimientos para sumar, o al menos neutralizar, a los indígenas. Se recurrió al azuzamiento de los conflictos interétnicos y se ofrecieron dádivas y beneficios. Con el apoyo de líderes indígenas o mestizos de prestigio se intentó convocar a los renuentes. Todo fue insuficiente, sin embargo, para contrapesar el ascendiente secular de la monarquía y sus redes en el mundo indígena.

Para la naciente república, dos cuestiones dificultaban la definición de una política frente al mundo mapuche. En primer lugar, era necesario precisar el status jurídico del territorio nacional, a la luz de los títulos hispanos, esquivando la escabrosa cuestión de las tierras indígenas, en las que el Estado tenía escasa presencia. En segundo término, los principios igualitarios que promovía el primer republicanismo obligaban a suprimir el sistema de castas que imperaba, en contraposición a la tradición colonial. Si consideramos que la revolución de la independencia tuvo un alcance político y cultural, pero social en mucha menor medida, se comprenderá las dificultades que planteaba el igualitarismo forzado. La participación política, en particular, ponía a prueba el *ethos* de los primeros republicanos. ¿Debía, la numerosa población situada al sur del Biobío, incorporarse a la ciudadanía activa, con las consecuencias políticas y electorales que aquello conlleva?

En cuanto al territorio, si bien hubo algunos debates al respecto, con ocasión de las discusiones de las cartas constitucionales del período, éstos fueron luego superados. El Estado chileno había heredado los títulos hispanos, que se remontaban a la donación del papa Alejandro VI.

No podía haber duda sobre su pertenencia al nuevo Estado. Otra cosa es lo que ocurría al sur del Biobío y las prácticas aceptadas o impuestas en tiempos coloniales. Factores como la resistencia indígena a la aculturación plena, el desinterés de la sociedad hispano-criolla por la región y la existencia de circuitos comerciales interétnicos, habían determinado una situación de semi-autonomía. Hay que tener presente, además, que atendido el carácter multiétnico y multicultural del imperio hispano, era natural la existencia de tribus diversas en su interior. Lo que interesaba era el reconocimiento de la majestad del rey y sus autoridades, así como la defensa de las costas contra ingleses u holandeses, los verdaderos enemigos del imperio. En tiempos del gobernador Ambrosio O'Higgins, estos objetivos eran claros y se habían alcanzado.

Las prerrogativas de que gozaban los caciques al sur del Biobío, o el lenguaje de "naciones", "tratados" y "embajadores", que utilizan los documentos de la época, no debe llamar a engaño sobre las pretensiones soberanas irrenunciables de la Corona, que luego heredará la república chilena. Así ocurrió, por lo demás, en muchas regiones de Hispanoamérica en el siglo XIX. Durante la crisis de la independencia los nuevos Estados, inicialmente, se mostraron desinteresados o incapaces de controlar las tierras indígenas. Lo anterior condujo a una pragmática y transitoria reconstitución de la frontera colonial. Con el avance del siglo, no obstante, todos finalmente impusieron su soberanía y promovieron la incorporación efectiva, política y cultural, de la población autóctona.

La Independencia de Chile, proclamada en 1818, planteó el problema de definir quiénes eran chilenos. La Constitución de ese año, atendido su carácter provisorio, por hallarse la "provincia de Penco, que tiene la mitad de la población de Chile, bajo el influjo de los enemigos",

no se pronunció sobre el punto.[29] La Constitución de 1822, por su parte, definió a la Nación Chilena como "la unión de todos los chilenos", señalando que en ella residía la soberanía (art. 2º). A continuación, dispone que el territorio de Chile se extiende desde el despoblado de Atacama al Cabo de Hornos y de los Andes al Océano Pacífico, más las islas adyacentes. Son chilenos, entre otras categorías, señala el artículo cuarto, "los nacidos en el territorio de Chile". Interpretando sistemáticamente las normas de esta Carta, resulta que los mapuche y otras etnias formaban parte de la Nación Chilena. Queda claro que, para entonces, su inclusión al proyecto nacional no merecía dudas.

Ya antes, el 4 de marzo de 1819, el mismo Director O'Higgins había decretado, en conformidad con su ideario y el liberalismo de los tiempos, que los indígenas debían ser llamados "ciudadanos chilenos y libres como los demás habitantes del Estado". El decreto les ofrecía, además, igual voto y representación y la posibilidad de concurrir a celebrar toda clase de contratos, concurriendo por sí mismos a la defensa de sus causas, a contraer matrimonio, a comerciar, a elegir las artes que tengan inclinación, y a ejercer la carrera de las letras y de las armas, para obtener los empleos políticos y militares correspondientes a su aptitud. Es decir, la naciente república ofrecía nacionalidad, derechos civiles y políticos y ciudadanía plena a sus habitantes indígenas. Es la inclusión inicial a que se ha referido Jorge Pinto, que con los años se trocaría en franca exclusión.[30]

La disposición de O'Higgins fue, para Holdenis Casanova, "la máxima prescripción legislativa" de una "visión alegórica del indígena", la que, a su juicio, no tuvo aplicación práctica.[31] La verdad es que sí la tuvo,

29 Así lo señala el Director Supremo O'Higgins, en el mensaje que precede al texto del *Proyecto de Constitución provisoria para el Estado de Chile*, publicado en 10 de agosto de 1818, sancionado y jurado solemnemente el 23 de octubre del mismo año.

30 Jorge Pinto Rodríguez, *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche* (Santiago: Centro de Investigaciones Barros Arana, 2003), p. 87.

31 Casanova, "Entre la ideología y la realidad", pp. 29, 38.

aunque más bien en el campo de las obligaciones que de los derechos. Convertidos en ciudadanos, los indígenas quedaban obligados, como todos los chilenos, a defender la patria y a prestar servicios militares. Así lo declaró el Senado Conservador de 1819, frente a una solicitud del Director Supremo:

> "Estos naturales son ya unos ciudadanos como los demás; han salido del estado abyecto y miserable de tributarios o esclavos. Ninguna ley que, como a tales, les ligaba a gravámenes y reconocimientos degradantes puede tener lugar, ni tampoco las que les privilegiaban, separándoles del resto de los demás hombres y manteniéndolos siempre en la clase de pupilos. Los que de esta servidumbre y abatimiento han salido a representar en su país, tiene voz y voto como ciudadanos libres, y se han igualado a los mismos que reconocían como amos. Es justo que ayuden con sus personas y bienes a sostenerse en ese rango y dignidad, defendiendo a la madre Patria, de que son una parte integrante".[32]

Algo similar ocurrió en el Río de la Plata, donde la participación indígena fue intensa en los primeros pasos de la revolución. Varios *lonkos* participaron en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses y luego firmaron el petitorio que circuló pidiendo una Junta, que se estableció el 25 de mayo de 1810. Lo anterior condujo a la Asamblea General Constituyente de 1813 a disponer, ratificando las determinaciones de 1811 de la llamada Junta Grande, la extinción del tributo, la

32 Comunicación del Senado Conservador al Director Supremo, de febrero 26 de 1819, en Letelier, *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, II, anexo n° 428, p. 309.

mita, las encomiendas, el yanaconazgo y el servicio personal de los indios. Acordó, asimismo, que "se les tenga a los mencionados indios de todas las Provincias Unidas, por hombres perfectamente libres y en igualdad de derecho a los demás ciudadanos que las pueblan". Se abría, de esta forma, un camino de integración política y social a la nación argentina en formación.

Claude Gay, "Fuerte de Arauco",
Atlas de la historia física y política de Chile (París: 1854).

Posteriormente, los sucesivos gobiernos chilenos y argentinos y las expediciones libertadoras enrolaron a los indígenas. Así ocurrió en las batallas de Chacabuco y Maipú, donde muchos mapuches pelearon contra los ejércitos españoles. En Perú y Bolivia, en tanto, por decretos supremos de 1824 y 1825, respectivamente, Simón Bolívar

extendía la ciudadanía a todos los pueblos indígenas, reiterando que "serán sus prerrogativas y deberes iguales a las de cualquier ciudadano de la República". Se trató, en consecuencia, de un fenómeno latinoamericano, impulsado por los vientos liberales que acompañaron a las independencias.

La cuestión de la nacionalidad surge, naturalmente, con la independencia del nuevo Estado; el discurso de la igualdad, en cambio, se inicia en la Patria Vieja. Junto al recurso simbólico al indigenismo, se imponía también la ideología igualitaria francesa. Uno de sus principales exponentes, Camilo Henríquez, sostenía: "Conviene que los araucanos se persuadan que los reconocemos por iguales a nosotros; que nada hay en nosotros que nos haga superiores a ellos […], serán entre nosotros elevados a todas las dignidades, se estrecharán nuestras familias con las suyas por los vínculos de la sangre". La igualdad plena que proponía, incluso en el plano social y de familia, estaba condicionada, eso sí, a la asimilación cultural, esto es, escribe, "siempre que no haya disonancia en la educación, religión, modales y costumbres".[33]

El discurso sobre los indios se resume, según Gallardo, en que pueden existir "en tanto que ciudadanos integrados cultural tanto como territorialmente".[34] La nación implicaba la convergencia de las identidades heterogéneas que coexistían en el país. Aunque la distinción entre blancos e indígenas se consideraba injusta, no se concebía otra solución, sin embargo, que la homologación de éstos a la sociedad criolla.

Producida la independencia y con una evolución ideológica mayor, era de esperarse que se avanzara más activamente en este campo. No ocurrió así, sin embargo. Las circunstancias de la guerra, que reemplazaron la ebullición intelectual de la Patria Vieja por los apremios

33 *La Aurora de Chile*, nº 12, jueves 30 de abril de 1812.

34 Viviana Gallardo, "Héroes indómitos, bárbaros y ciudadanos chilenos: el discurso sobre el indio en la construcción de la identidad nacional", *Revista de Historia Indígena,* n. 5 (2001), p. 126.

bélicos, sumado a la actitud de los indígenas de resistencia y apoyo mayoritario a los monarquistas, quitó impulso al igualitarismo. Se consolidó la noción de reconocer a los nativos el carácter de chilenos. Así lo decretó el Director Supremo O'Higgins, en junio de 1818[35] y lo establecieron las Constituciones, de 1822 en adelante. La nacionalidad, común y compartida por todos, era una forma de generar vínculos con la república naciente en los antiguos súbditos. La educación y el trabajo, como las fiestas y los ritos, apuntaban a promover el compromiso de los chilenos con el proyecto nacional. El caso de los indígenas no era distinto, pero necesitaba de dispositivos adicionales, como la reducción a villas y la colonización. Si bien, como señala Peralta, "no se puede hablar de un programa claramente articulado por la elite dirigente", se distingue un interés marcado por occidentalizar sus comunidades y de homogeneizar desde arriba la cultura nacional.[36]

Con los años, se iría restringiendo o condicionando la concesión formal de derechos políticos, no solo a los indígenas, sino a todo el pueblo. Las nociones de igualdad y las ofertas de ciudadanía se fueron atenuando. La renuencia de la Frontera a integrarse a la nación que se proyectaba provocó fuertes recelos entre los recientes republicanos. Pronto hasta la inclusión simbólica de los indígenas fue eliminada, sustituyéndola por el panteón patriota que generaron las guerras de independencia. Ocurrió también en los países vecinos. Los habitantes nativos fueron incorporados inicialmente de manera simbólica y por razones prácticas e ideológicas, para luego excluirlos.

35 Por el decreto aludido se mandaba que en todos los oficios judiciales, civiles y religiosos, se reemplazase la cláusula "Español natural de tal parte, que hasta hoy se ha usado" por la de "Chileno natural de tal parte" y agregaba que "respecto de los indios, no debe hacerse diferencia alguna, sino denominarlos chilenos, según lo prevenido". (Decreto de 3 junio de 1818, en: *Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno*, 1898, tomo 1817–1818, p. 313).

36 Paulina Peralta, "Ni por la razón, ni por la fuerza. El fallido intento del Estado nacional por incorporar a los pueblos mapuche y pehuenche (1810–1835)", *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, n. 13, v. 1 (2009), p. 67.

Calmadas las aguas de la revolución, en la vieja Frontera se reconstituyeron los mecanismos coloniales de relación, ahora con los agentes de la república. Apaciguada la región, emergía ahora desolada por la guerra. El Estado nacional, liado en sus propios trances y dificultades, no buscaba todavía incorporar el territorio y solo le preocupaba reconstituir una frontera de contención. Lo logrará con regular éxito, según dijimos, en los parlamentos de 1823 y 1825. Concluía con ello la crisis de la independencia y se avanzaba hacia una nueva fase, marcada por el retorno transitorio del pacto colonial. Debían pasar todavía algunas décadas para la incorporación plena de la región a la república chilena.

CAPÍTULO V

El mundo plebeyo entre el reino y la república

El problema historiográfico

En 1951 Julio César Jobet publicaba su *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Allí señaló que la escritura de la historia del país aún estaba por hacerse, pues "hasta el presente no ha sido más que el relato de los grandes magnates del país y la crónica de la clase pudiente, cuyos privilegios ocupan el sitio preponderante, como si no existiera nada fuera de ellas". Aunque provocativa, la afirmación de Jobet sintetiza en su trazado grueso los rasgos distintivos que había adquirido la producción historiográfica nacional hasta mediados del siglo xx.[1]

Desde ese entonces, la historiografía nacional se vio inserta en un proceso de renovación de sus metodologías a la luz de las corrientes interpretativas vigentes en la disciplina, fenómeno que contribuyó a visibilizar la participación de otros sectores sociales ajenos a las narrativas canónicas sobre el proceso de independencia. En el caso de los sectores populares, por ejemplo, se transitó desde la visión hegemónica

1 Citado en Julio Pinto, *La historiografía chilena durante el siglo xx. Cien años de propuestas y combates* (Santiago: América en Movimiento, 2016), p. 36.

que concebía la emancipación como una gesta patriótica que envolvió la participación entusiasta de la mayoría de la población, hacia una que, problematizando sus categorías, buscó desentrañar las contradicciones del proceso, la agudización de los conflictos sociales latentes en la sociedad colonial y el peso de la guerra en la movilización de los diferentes sectores, así como sus diversas respuestas frente a las contingencias de la revolución. Este abordaje ha suministrado en las últimas décadas un acervo bibliográfico importante a la discusión, lo que ha posibilitado diversificar los actores analizados, así como también complejizar los marcos sociales del proceso revolucionario.

Respecto a la participación de los sectores populares en las guerras de independencia, la historiografía ha ofrecido interpretaciones diversas. Uno de los abordajes pioneros en este sentido fue el de Marcelo Segall en la década de 1960, quien desde una perspectiva materialista subrayó la ubicuidad de los posicionamientos populares durante la lucha de la independencia. Para el historiador, las condiciones estructurales del país limitaban su horizonte de acción política por lo que las lógicas de su movilización deberían encontrarse en dimensiones diferentes a las ideológicas, o a motivaciones patrióticas. En realidad, la independencia habría actuado acentuando los antagonismos entre las clases sociales, desatando las antipatías larvadas entre los sectores desposeídos y las clases propietarias. En palabras de Segall, dicha situación "les hacía ver en sus amos, el enemigo real, inmediato. Y en los rivales de estos últimos, los verdaderos amigos". A diferencia de las clases dirigentes, que mantenían intereses materiales envueltos en la consecución de la independencia —proceso calificado como "revolución burguesa"— a los sectores populares la lucha les era políticamente indiferente, de ahí que sus posicionamientos fueran oscilantes, y movidos por los beneficios que tal o cual bando pudiera reportarles en el desarrollo de la refriega.[2]

2 Marcelo Segall, *Las luchas de clases en las primeras décadas de la República de Chile 1810–1846* (Santiago: Universidad de Chile, 1962), p. 4–7.

Dicha tesis ha sido recuperada por Leonardo León, en un registro más bien conspirativo y desprolijo en su fundamentación. Septiembre de 1810 debe ser entendido como un golpe de Estado de la elite chilena para evitar una guerra de clases, cuyo estallido él cree inminente antes de dicha fecha. Todo el proceso revolucionario resultaría ser así "un mero sainete", una "opereta aristocrática". El objetivo de las dirigencias criollas fue tomarse el poder para, desde allí, emprender una encarnizada guerra contra los sectores populares y "establecer un sistema que permitiera desarmar a la plebe, mermar sus economías, eliminar sus fueros, destruir su cultura y reducir su autonomía civil para lograr su proletarización". Esta era la precondición para el funcionamiento del "capitalismo" que estaría en el trasfondo de dicho proyecto. Por eso la revolución no fue una verdadera revolución social —lo que en las expectativas de León debió haber sido—, sino tan solo "la más fea y horrible de las revoluciones burguesas". Dado que la revolución en un sentido político no buscaba alterar ni menos mejorar las condiciones de vida de los sectores populares, se comprende el argumento de fondo de León: los sectores populares reaccionaron al proceso deambulando entre la apatía y la filiación pragmática a uno u otro bando, sin mediar compromiso ideológico de fondo. Esta actitud descansa sobre una comprensión esencialista que León manifiesta de los sectores populares, conceptualizados como "un hervidero humano, autónomo e insumiso, procreado durante largos siglos de soberanía social, independencia económica y mezcla cultural", conglomerado social que tras siglos de "mezcla ideológica y maridaje cultural engendró un sujeto histórico peculiar, único y sin copias en el resto del continente ni del Mundo". Por eso, concluye León, los sectores populares durante aquellas décadas cruciales "no fueron ni patriotas ni realistas sino, meramente, chilenos".[3]

3 Leonardo León, *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810–1822* (Santiago: DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2012), pp. 35, 72, 162, 70, 98, 78, 141, 148, 802.

Con un aparato conceptual más sólido, Julio Pinto y Verónica Valdivia reconstruyen y cuestionan justamente aquella identificación esencialista entre bajo pueblo y nación que León cree hallar en este período. En efecto, examinando el problema a la luz de lo que los autores llaman la "construcción social de la nación", logran identificar los nudos problemáticos centrales de esta relación durante el período de la guerra de independencia. Tanto patriotas como realistas buscaron, en la urgencia de las necesidades bélicas, incorporar a los sectores populares a su causa, desplegando esfuerzos políticos y simbólicos para lograr estas adhesiones, que se manifestaron en un primer momento cambiantes y frágiles, inclinando la balanza incluso hacia el bando monárquico.

Dicha situación cambiaría, afirman los autores, en el momento clave de la Reconquista, momento que modificó la correlación de fuerzas, en la medida que la política de represión y censura de las prácticas culturales y sociales del mundo popular que desplegaron las dirigencias realistas provocaron una creciente adhesión al ideario independentista. Este giro se expresó en las actividades de la guerrilla independentista, en especial de personajes como Manuel Rodríguez, Francisco Villota, Francisco Salas y, especialmente, de José Miguel Neira. En ese sentido, la guerra desempeñó un factor importante en la configuración de las lealtades en el período, que fueron desde un incipiente sentimiento de nacionalidad, pasando por la indiferencia hasta la resistencia.[4]

4 Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810–1840)* (Santiago: Lom, 2009).

La movilización popular y sus desafíos: fugas y deserciones

Hemos señalado que la contingencia de la guerra supuso la necesidad de una movilización social amplia para completar los cuadros de los ejércitos en conflicto. Los bandos en disputa apelaron a diversos mecanismos para, en el mejor de los escenarios, facilitar las adhesiones a su causa, y en el peor, forzar las lealtades de los sectores populares. La forma en que se dio este proceso en todo caso era esperable en un momento pre-nacional, donde la nación era aún un proyecto y todavía no había socializado sistemáticamente sus discursos como para esperar una adhesión más voluntaria. No todas las formas de identificación, por lo demás —y esto suele olvidarlo la historiografía sobre estos aspectos—, se demuestran al extremo de la disposición de matar y morir en nombre de la causa que se invoca. Existen diversas formas de identificación y adhesión intermedias, por lo que resulta inadecuado exigir la forma de identificación más radical en las naciones constituidas en momentos donde la nación no era una realidad; y el ejército no respondía —ni podía responder tampoco— a las lógicas de un ejército profesional.

Por eso las estrategias para lograr la incorporación de los sectores populares al conflicto fueron diversas, desde los tradicionales mecanismos coercitivos, pasando por las prácticas de tipo clientelar condicionada por vínculos de dependencia económica con las elites hacendales, a otras donde la negociación tuvo un rol más preponderante.

Del mismo modo, hubo espacios distintos al servicio en la tropa donde el escenario bélico terminó repercutiendo en la vida cotidiana de los sectores populares. Tal fue el caso, por ejemplo, del uso compulsivo de su fuerza laboral para la edificación de fortificaciones, una práctica que fue significativa en el caso del sector monarquista. Así, la construcción de la fortaleza del cerro Santa Lucía por parte de los realistas se llevó a cabo a fuerza de azotes con la "plebe chilena". La ejecución de la obra, recordó un publicista, "sepultó muchos paisanos

bajo los peñascos que se hacía precipitar para allanar el cerro; y los talaveras mataban a los que se encontraban indefensos".[5] En el sur, los contingentes realistas previniendo el ataque de las tropas revolucionarias decidieron fortificar sus posiciones en la zona de Concepción. Allí, con el trabajo compulsivo de "casi todos los habitantes del puerto", procedieron a cavar trincheras y erigir fortificaciones tanto en Talcahuano como en la isla de la Quiriquina. A nadie se exceptuaba del trabajo, pues según refirió John Francis Coffin, testigo presencial de las faenas, "a casi todos los hombres, mujeres y niños se les obligaba a trabajar en las obras de defensa".[6]

En ambos casos, los abusos y malos tratos efectuados para apresurar la finalización de las obras terminaron en violentos alzamientos populares. El 13 de febrero, con una capital abandonada por los realistas tras su derrota en Chacabuco, varias partidas de vecinos arribaron a las fortificaciones del Santa Lucía, donde liberaron a cerca de doscientos pobladores, quienes "empezaron su represalia asesinando a varios de los agresores, hasta formar partidas para atacarlos".[7] En el sur, por su parte, quienes laboraban en las fortificaciones de Talcahuano se sublevaron en agosto de 1818. Allí, según narra Coffin, "los trabajadores y los reclutas, en número cerca de doscientos, se sublevaron contra sus jefes". Tras una violenta refriega, en que murieron más de una decena de personas, los sublevados destruyeron las defensas, arrojaron los cañones al mar y se fugaron hacia las filas de los patriotas.[8]

En el caso de la movilización popular para servir en la guerra, los esfuerzos tanto de patriotas como de realistas por engrosar sus cuadros

5 "Continúa el artículo remitido suspenso en el núm. anterior", *Viva la Patria. Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*, 21 de mayo de 1817.

6 John Francis Coffin, *Diario de un joven norteamericano detenido en Chile durante el período revolucionario de 1817 a 1819* (Santiago: Imprenta Elzeviriana, 1898), p. 58.

7 "Continúa el artículo remitido suspenso en el núm. anterior", *Viva la Patria. Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*, 21 de mayo de 1817.

8 Coffin, *Diario de un joven norteamericano,* pp. 139–140.

mediante el uso de prácticas coercitivas, como las levas forzosas, tuvieron que hacer frente a dos prácticas fuertemente arraigadas en los sectores populares que permanecieron durante todo el conflicto: la fuga y la deserción. Estas tuvieron múltiples causas. Para autores como Leonardo León, la resistencia al enrolamiento sería un acto político que expresaría la abierta indiferencia de los sectores populares a un conflicto intra-élite.[9] Por su parte, Mario Valdés señala otros elementos involucrados en la deserción y la fuga como problema estructural: entre éstos se contaban la falta de paga en el ejército, la demanda por mano de obra en las haciendas, el costo físico de las campañas, la duración de las mismas y los largos desplazamientos involucrados, así como la significativa diferencia entre la vida del soldado y la del campesino.[10]

Alphonse Giast, *Grupo en el mercado*, c. 1820, Acuarela, Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile.

Pese a que la guerra tuvo como escenario el Valle Central, adquiriendo allí el problema un cariz dramático, dichas prácticas fueron transversales al territorio, pues, como muestra Goicovic, en el norte del país las respuestas de los

9 León, *Ni patriotas ni realistas*.

10 Mario Valdés, "La deserción en el ejército patriota durante la Guerra de la Independencia en Chile: 1813–1818. Notas para su comprensión", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n. 164 (1998), pp. 103–126.

sectores populares no fueron tan diferentes. En efecto, si bien ese espacio no fue el centro de las operaciones de la guerra, sí lo fue de exacciones sistemáticas de recursos y de levas permanentes en su población, para alistarse en los batallones en formación. Dicha situación tuvo en la fuga hacia los montes una práctica bastante extendida, dadas las condiciones geográficas de la zona, situación que contribuyó también a incrementar las bandas de salteadores.[11]

Las huidas ante los enganches se dieron sistemáticamente a lo largo de todo el año, y de forma sugerente afectaron a ambos bandos. En el caso de los realistas acantonados en Talcahuano, las partidas periódicas que realizaban en busca de nuevos reclutas muchas veces se encontraron con la fuga masiva. Según constató un observador norteamericano, cada vez que se aproximaban estas partidas "los hombres huyen a los montes con sus caballos y ganados y permanecen ocultos hasta que pasa el peligro".[12]

El paso al bando contrario también se instaló como una constante durante aquel año. El hambre y la desmoralización fueron elementos poderosos para instar a los reclutas a cambiar de bando, según se fuera desarrollando el conflicto, afectando indistintamente a patriotas y a realistas. Según los reportes oficiales de las operaciones que entre mayo y octubre de 1817 realizó el Ejército de Los Andes en el sur, redactados por el mayor Michel Brayer y por Francisco Calderón, la fuga, la deserción y el paso al bando enemigo se dio tanto en las fuerzas patriotas y realistas, de manera sistemática a lo largo de la campaña.[13]

11 Igor Goicovic, "De la indiferencia a la resistencia. Los sectores populares y la Guerra de Independencia en el norte de Chile (1817–1823)", *Revista de Indias*, v. LXXIV, n. 260 (2014), pp. 129–160.

12 Coffin, *Diario de un joven norteamericano*, p. 139.

13 Cf. Camilo Alarcón, "El diario de operaciones del Ejército de los Andes en el sur de Chile (8 de mayo–20 de octubre de 1817)", *Cuaderno de Historia Militar,* n. 6 (2000), pp. 32–52.

Exasperaba a las dirigencias revolucionarias que las deserciones, muchas veces involucraban también la merma en los ya escasos suministros de guerra, pues los soldados se daban a la fuga con fusiles, tercerolas, espadas y municiones. Y si bien en la zona sur este aspecto revistió un carácter dramático, los reclamos fueron reiterados a lo largo del país. Desde San Felipe, por ejemplo, Juan de Dios Vial le confidenciaba a O'Higgins que la cantidad de desertores en el cuerpo de su mando le resultaba "intolerable", y ni siquiera las medidas punitivas habían bastado para evitar dicha práctica: "no les contiene la pena y el castigo que experimentan de cincuenta palos, por la primera falta de lista, ciento por la segunda y por la tercera doscientos; y aquel que incurre en la cuarta, cuatro carreras de baqueta por doscientos hombres".[14]

Es más, ni siquiera la estrategia contraria ensayada meses después, la indulgencia y el indulto a los desertores que planteó el gobierno en agosto, cumplió los objetivos buscados.[15] De este modo, y tras constatar sistemáticamente que la situación no tenía visos de solucionarse,[16] un molesto San Martín escribía en octubre de 1817 al gobierno: "Los desertores se multiplican de un modo escandaloso al abrigo de la impunidad que les franquean sus aposentadores. Dígnese. V. E. expedir un severo bando contra estos criminales, o bien haciendo responsable a los hacendados en cuyo distrito se encuentren, o a los jueces territoriales, o por los medios más coercitivos que sean del agrado supremo de V. E.", sugerencia que el gobierno llevó a cabo días después, endureciendo las medidas contra los desertores y sus encubridores.[17]

14 Juan de Dios Vial a Bernardo O'Higgins, 29 de marzo de 1817, en *Archivo O'Higgins,* XVI, p. 213.

15 "Departamento de Guerra", *Gazeta de Santiago de Chile*, 9 de agosto de 1817.

16 Pinto y Valdivia, *¿Chilenos todos?*, pp. 114–115.

17 José de San Martín a Bernardo O'Higgins, 11 de octubre de 1817, en *Archivo O'Higgins*, XXIII, pp. 330–331.

Pese al endurecimiento de las medidas, éstas no dieron los resultados esperados. El teniente gobernador de La Ligua, por ejemplo, confesó al gobierno la imposibilidad de llenar la cantidad de plazas solicitadas ante la fuga de los potenciales reclutas. Y agregaba Nicolás Orrego:

> "Las gentes de estos lugares que carecen de toda instrucción se han negado para tan justa resolución, profugando a los más empinados montes y ocultos bosques, sin quedar en sus habitaciones más que ancianos y casados, quienes sin duda, han impuesto toda diligencia para la ocultación de sus hijos y domésticos, y en vista de este hecho tan contrario al amor patriótico que deben guardar, me hallé preciso a exponer un decreto que fuese publicado en forma de bando para obligarlos a la loable ocurrencia, haciéndoles ver los beneficios que les restaban en auxiliar con sus personas a nuestro sagrado sistema, pero ni esta diligencia ni otras que he practicado con el empeño que es de mi obligación, han sido eficientes para su concurrencia".[18]

18 Nicolás Orrego a José de San Martín, 3 de octubre de 1817, en *Archivo O'Higgins*, XXIII, p. 333.

Los afrodescendientes: la guerra como promesa de libertad

Las estrategias de incorporación a las fuerzas revolucionarias no se redujeron a la conscripción forzosa y a las prácticas punitivas, sino que en algunos casos se ofrecieron retribuciones simbólicas, legales y materiales que incentivasen la adhesión a la causa independentista. Sobre este aspecto, conviene destacar el caso de los grupos afrodescendientes, cuya participación en las guerras independentistas ha comenzado a ser visibilizada por la historiografía. Aunque ha resultado difícil establecer datos exactos respecto a su número en los momentos que precedieron al ciclo revolucionario, los datos disponibles señalan que para fines del siglo XVIII la población negra —con todas las ambigüedades y variantes que esta categoría podía incluir— oscilaba en torno a un 12 % en el país, con mayor presencia en la provincia de Coquimbo, donde el porcentaje se elevaría a un 20 %.[19]

Para este heterogéneo grupo, había diversos mecanismos de ascenso y prestigio social, entre los cuales el servicio en las milicias comenzó desde fines del siglo XVIII a cobrar cada vez más relevancia para las castas, como ha destacado Hugo Contreras.[20] Este proceso de militarización de grupos de afrodescendientes se vio acelerado con el inicio de la etapa bélica de la Independencia. Así, en medio de las urgencias de la guerra, en agosto de 1814 José Miguel Carrera decretó la organización

19 Las primeras cifras son las presentadas por Marcelo Carmagnani y Herbert S. Klein, "Demografía histórica: la población del obispado de Santiago, 1777–1778", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* n. 72 (1965), pp. 55–73. Para el caso coquimbano, que también incluye los datos del incompleto censo de 1813, véase Montserrat Arre, "Comercio de esclavos: mulatos criollos en Coquimbo o circulación de esclavos de 'reproducción' local, siglos XVIII–XIX. Una propuesta de investigación", *Cuadernos de Historia*, n. 35 (2011), pp. 61–91.

20 Hugo Contreras, "Oficios, milicias y cofradías. Éxito económico, prestigio y redes sociales afromestizas en Santiago de Chile, 1780–1820", *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, v. 17, n. 2 (2013), pp. 40–41.

del batallón Ingenuos de la Patria. Este estaría compuesto por "esos miserables esclavos, que con infamia de la naturaleza y oprobio de la humanidad han llevado hasta aquí el yugo, propio solo de las bestias". Aquellos esclavos que decidieran enrolarse quedarían libres, siendo pagada su manumisión por el erario.[21]

Este tipo de medidas, bastante extendidas en el escenario bélico hispanoamericano, en particular donde abundaba la población afrodescendiente, al parecer no tuvo un impacto inmediato en el caso chileno. Días después un nuevo decreto conminaba a los dueños a entregar a sus esclavos, pues era una medida que "satisface al derecho de la naturaleza que aborrece la servidumbre del hombre", y amenazaba, a los mismos esclavos que decidieran huir u ocultarse de las levas, con castigos de cien azotes, tres años de presidio e, irónicamente, con "perpetua esclavitud al arbitrio del gobierno".[22]

La nueva etapa militar inaugurada en Chacabuco reactivó el interés por contar con la adhesión de los grupos afrodescendientes. En mayo de 1817 el gobierno, "habiendo acreditado la experiencia las ventajosas disposiciones militares que acompañan de ordinario a los morenos, mulatos y zambos, y el celo y pundonor con que corresponden al gobierno el beneficio de la libertad", ordenó que todos los europeos residentes en el país entregasen sus esclavos para el servicio en la tropa, bajo el concepto de confiscación.[23] Estas medidas tuvieron un escaso impacto en el número de reclutas conseguidos, de modo que en julio el gobierno decidió concentrar nuevamente a negros, mulatos y zambos libres en el Batallón Infantes de la Patria, bajo la comandancia de Santiago Bueras.

21 El decreto se reproduce en *El Monitor Araucano*, 30 de agosto de 1814.
22 *El Monitor Araucano,* 6 de septiembre de 1814.
23 Decreto de Hilarión de la Quintana, 23 de mayo de 1817, en *Archivo O'Higgins*, XXIII, 282–283.

El servicio militar proporcionaba beneficios legales y simbólicos que repercutían en el fortalecimiento de la adhesión a la causa patriota. Así, al consultársele a los miembros del Batallón sobre su transformación a cuerpo de línea del ejército, con los consiguientes fueros militares, la respuesta favorable fue unánime, agregando que "desde luego se disponían a hacer el mismo servicio que un cuerpo veterano y que su intención era sacrificarse por su Patria hasta exhalar el último aliento en defensa de ella".[24] Con todo, dicho entusiasmo fue disipándose a medida que la dureza de la instrucción fue creciendo, originando malestar y deserciones al interior del cuerpo, cuestión que no impidió que se destacaran en el desempeño de funciones militares desde inicios de 1818. Primero, siendo comisionados para el resguardo del puerto de Valparaíso; en marzo, para asegurar la capital y estando allí, acudieron para engrosar el contingente que combatió en Maipú.[25]

Allí, en la batalla decisiva, el Batallón Infantes de la Patria tuvo un papel destacado, demostrando especial bravura en el combate desarrollado en el sector de la hacienda de Lo Espejo. Samuel Haigh, testigo de los hechos, señaló: "Nada puede dar idea de la furia salvaje de los soldados negros en el ejército patriota que habían concentrado su acción contra el mejor regimiento del ejército enemigo, en cuyo choque perdieron la mayor parte de sus hombres". Y el británico añadió que los miembros del Infantes "se habían complacido antes en la idea de fusilar a sus prisioneros. Vi a un viejo negro rabioso porque los propios patriotas protegían de su furia a los oficiales enemigos".[26]

24 Acta, 26 de agosto de 1817, en *Archivo O'Higgins*, XXVII, p. 36.

25 Hugo Contreras, "Artesanos, mulatos y soldados beneméritos. El Batallón de Infantes de la Patria en la guerra de independencia de Chile, 1795-1820", *Historia,* n. 44, v. I (2011), pp. 81–89.

26 Haigh, "Viaje a Chile en la época de la Independencia", p. 80.

Las promesas de libertad por la participación militar en los combates de estos años decisivos tuvieron efectos disímiles en los afrodescendientes. Para algunos, como el esclavo Agustín, se trató solamente de un ofrecimiento realizado ante la premura de la guerra que evidenciaba desesperación por engrosar las filas de los patriotas más que miras filantrópicas. Así, cuando un año después de la batalla de Maipú, Agustín —quien había participado en las filas de las tropas revolucionarias— quiso hacerse lego de un convento capitalino en uso de la libertad que él creía que disfrutaba, fue demandado por Casimiro Martínez, quien aseguraba que aún poseía derechos sobre su esclavo. La respuesta del Senado Conservador al respecto fue categórica contra Agustín: la promesa de libertad ofrecida a los esclavos que se enrolasen en la causa patriota no tenía vigencia, pues tal medida "fue obra de las circunstancias, y no puede considerarse permanente aquella determinación, propia solo de la potestad legislativa, y de consiguiente, que por este principio no hay derecho para otorgar libertad al esclavo".[27]

Otros, como el mulato José Romero, tuvieron mejor suerte. Su trayectoria biográfica coincide con el proceso de militarización de la vida de los sectores afrodescendientes que hemos descrito en estas páginas. Nacido en 1794 de padre blanco y madre esclava, "Peluca", como fue apodado, ingresó a la edad de 13 años al regimiento Infantes de Pardos, cuando las guerras napoleónicas estaban provocando un extenso proceso de militarización de la sociedad. Sirviendo como tambor de un cuerpo destinado principalmente a la vigilancia de la capital, el proceso de independencia trastocó la rutina y lo vio enrolarse en las filas patriotas, al mando de Carrera, participando en el fracasado sitio de Chillán.

Integrado en el Batallón Infantes de la Patria, el zambo Romero tuvo como misión incentivar el enrolamiento de otros esclavos bajo la

27 Senado Conservador, sesión de 16 de abril de 1819, en *Sesiones de los cuerpos legislativos*, t.II, Anexo Nº 593, p. 440.

promesa de libertad. En medio de esas actividades, la campaña iniciada por Osorio le permitió la reocupación de Chile a los realistas. Romero, quien no alcanzó a huir a Mendoza, fue apresado, aunque luego por la sorpresiva intercesión del español Manuel Antonio Figueroa -nada menos que el hijo del ejecutado coronel Tomás de Figueroa- fue liberado. En esa situación lo sorprendió la batalla de Chacabuco, tras la cual volvió a enlistarse en el ejército, esta vez con el grado de teniente segundo, sirviendo con el coronel Las Heras en los inicios de la campaña en 1817. A mediados del año retornó al centro del país para guarnecer el puerto de Valparaíso con los Infantes de la Patria, y luego participar en la decisiva batalla del 5 de abril. Tras Maipú, "Peluca" continuó sirviendo en el ejército, en la llamada "Guerra a Muerte". En 1830 ascendió a sargento mayor graduado, y dos años después era nombrado Edecán de la Cámara de Diputados, cargo que desempeñó hasta su muerte, en 1858. En 1862 Francisco Javier Rosales decidió homenajearlo, levantando en el Cementerio General de Santiago un busto en su honor mandado a fabricar en París. Era el homenaje póstumo al patriota de "moreno rostro", como lo llamó la poetisa Mercedes Marín.[28]

Pillaje y montoneras

Otra estrategia para atraer las lealtades de los sectores populares a la lucha independentista fue a través de la organización de guerrillas y montoneras, instancias donde la posibilidad del pillaje se convertía en un elemento central. La práctica de la guerra irregular cobró importancia estratégica en el período de la Restauración monárquica. En efecto, la "guerra de zapa" impulsada por San Martín desde Mendoza consistió

28 Guillermo Feliú Cruz, *La abolición de la esclavitud en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1973), pp. 117–160.

en desestabilizar por medio del espionaje, la contra-información y la guerra de guerrillas al gobierno de Marcó del Pont, distrayendo y fragmentando sus contingentes militares, para facilitar tanto el cruce de Los Andes como las operaciones del ejército trasandino. Dicha táctica tuvo en Manuel Rodríguez y José Miguel Neira sus figuras más destacadas.

Rodríguez desplegó sus actividades especialmente en diversas localidades del Valle Central, deambulando entre Los Andes, San Felipe, Melipilla y San Fernando, siendo el nexo formal entre el ejército de Los Andes y las montoneras activas en el país.[29] La dimensión bélica de la Independencia había impactado visiblemente el mundo campesino, no solo aflojando los vínculos de dependencia y control social al interior de las haciendas, aumentando el número de población flotante, sino también estableciendo una presión económica sobre las mismas, pues la demanda de vituallas para las tropas las expuso sistemáticamente al pillaje, según el bando del cual fueran partidarios sus dueños.[30]

Este escenario permitió la proliferación de bandas de salteadores y montoneras de importancia diversa, cuya incorporación a la causa patriota fue negociada por Rodríguez. Entre estas bandas se contaban la de Francisco Salas, en San Fernando; la de Paulino Salas, "el Cenizo" en Teno; y la del hacendado colchagüino Francisco Villota. Este último, hijo de un acaudalado comerciante español, en mayo de 1816 se había reunido a los patriotas en el exilio mendocino. Allí recibió la misión de sumarse a Rodríguez en sus actividades de guerrilla, convirtiéndose la hacienda de Comalle, en las cercanías de Teno, en un verdadero centro de operaciones de las montoneras patriotas.

Dentro de los montoneros cuya adhesión a las filas patriotas Rodríguez intentó movilizar, destaca la figura de José Miguel Neira. Hijo de

29 Alejandro Chelén, *El guerrillero Manuel Rodríguez y su hermano Carlos, precursores de la democracia y la libertad* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1964), pp. 61–66.

30 José Bengoa, *Historia rural de Chile central. Tomo I: La construcción del Valle Central de Chile* (Santiago: Lom, 2015), p. 247.

un arriero de la zona de Colchagua, Neira inicialmente había pertenecido a la banda de Paulino Salas, aunque luego terminó conformando su propia banda de salteadores, conocida como "Los Neirinos", con la cual desplegó una intensa actividad, en la que sobresale el asalto a la hacienda de Cumpeo.[31] La notoriedad que alcanzó Neira en sus actividades de montonero provocó que Rodríguez intentase sumarlo a la causa independentista hacia 1816, haciéndolo parte del plan de acciones de la "guerra de zapa". A cambio, le confirió el grado de Coronel de Milicias y le otorgó autorización para el pillaje contra las propiedades de los realistas, lo que facilitó el vínculo en la medida que la partida de salteadores vio esta oportunidad como una formalización de una actividad que, de todas formas, estaban haciendo por su cuenta.[32]

El accionar conjunto de Rodríguez y Neira logró sus objetivos de desestabilizar el orden interno del gobierno de Marcó del Pont, el cual, a fines de 1816, puso precio a sus cabezas: "Los que sabiendo donde existan los expresados Neira y Rodríguez los entreguen vivos o muertos, después de ser indultados de cualquier delito que hayan cometido, aunque sean los más atroces, y en compañía de los mismos facinerosos, se les gratificará además con mil pesos que se les dará en el momento de entregar cualesquiera de las personas dichas en los términos insinuados".[33]

Las amenazas no tuvieron mayor repercusión y, de hecho, las guerrillas patriotas dieron tres golpes que ocasionaron preocupación en el gobierno. En la mañana del 4 de enero de 1817 se produjo el asalto al poblado de Melipilla. Apoyado por cerca de 80 campesinos que se plegaron en medio de las faenas agrícolas de la temporada, y armados de chuzos, picanas y cuchillos, Manuel Rodríguez se hizo del control del poblado, tomando el dinero que los melipillanos habían logrado

31 René León Echaiz, *El bandido Neira* (Santiago: Orbe, 1965).
32 Pinto y Valdivia, *¿Chilenos todos?*, p. 104.
33 El bando fue publicado en *Viva el Rey*, 8 de noviembre de 1816.

reunir para cumplir con las erogaciones decretadas por los realistas. En la plaza del poblado Rodríguez repartió el dinero a quienes se habían plegado a la improvisada montonera y, del mismo modo, autorizó el saqueo del estanco real y de los pertrechos militares existentes en la localidad.

Una semana después, al amanecer del 13 de enero se produjo el segundo golpe. Liderados por dos vecinos de Colchagua, Francisco Salas y Feliciano Silva, un grupo de 150 hombres montados, aunque precariamente armados, se dejaron caer sobre San Fernando, logrando saquear la administración de tabaco de la localidad y algunas casas. La experiencia de Melipilla, sin embargo, había tenido efectos en los realistas, quienes habían enviado nuevos contingentes para defender las principales localidades de la provincia que se habían convertido en uno de los escenarios predilectos de la actividad guerrillera. Así, el asalto a San Fernando fue repelido por las tropas españolas acantonadas en el poblado, por lo que Salas y Silva emprendieron la retirada hacia los montes cercanos con sus hombres, a los que se le sumaron —según agregaba consternado el periódico realista— "varias mujeres y mozuelos perdidos".[34]

Siguiendo con esta serie de golpes, en la noche del 24 de enero la montonera liderada por Francisco Villota se dispuso a asaltar la ciudad de Curicó, en conjunto con algunos milicianos que movilizaría el cura Juan Félix Alvarado. La reforzada guarnición realista de la ciudad, sumada a la no presentación de Alvarado hicieron que el asalto terminara en fracaso para las fuerzas de Villota. Éstas se dispersaron hacia Comalle, y Villota huyó hacia el sector de Huemul.[35]

34 *Viva el Rey*, 24 de enero de 1817.
35 René León Echaiz, *Francisco Villota, el guerrillero olvidado* (Santiago: Orbe, 1964).

"Huasos en los alrededores de Santiago y Valparaíso", c. 1825,
Álbum pittoresque de la frégate La Thetis et de la corvette L'Espérance
(París: 1828).

Este incremento de la actividad guerrillera en la víspera del cruce de los Andes por parte de las tropas comandadas por San Martín, llevó a la dirigencia realista a recrudecer su accionar contra las montoneras. Así, a fines de enero fueron colgados en Curicó cinco miembros de la montonera de Francisco Villota, mientras que en San Fernando se ajustició al desertor Pedro Muñoz, quien se había unido a los salteadores.[36] El mismo cadáver de Villota, ultimado a bayonetazos en el pequeño enfrentamiento con las tropas realistas que tuvo lugar en Huemul a fines

36 "Justicia ejecutada contra los rebeldes salteadores del sud", *Viva el Rey*, 4 de febrero de 1817.

de enero, fue conducido a Curicó en caballo. Allí, por orden del coronel Antonio Morgado y con la finalidad de escarmentar a la población, fue colgado su cuerpo desnudo en la plaza de la ciudad.

La victoria de Chacabuco aunque marcó un hito decisivo al permitir ocupar la capital, no implicó el decrecimiento de la actividad de las montoneras. Sucedió todo lo contrario. Si en una primera ocasión uno de los dilemas claves de las dirigencias revolucionarias fue fomentar la adhesión de los sectores populares a la causa insurgente, jugando las guerrillas un rol importante en este sentido, tras Chacabuco y los primeros esfuerzos por constituir un gobierno autónomo el esfuerzo se dirigió en la dirección contraria: desmovilizar a las montoneras, un proceso que pronto manifestó su complejidad.

El caso de Neira, en efecto, muestra lo infructuoso de los esfuerzos por asegurar su adhesión y subordinar su actuar a las dirigencias militares. Las partidas de salteadores comandadas por él siguieron operando con autonomía de los dictámenes del gobierno. Éste mismo se mostró contradictorio en sus dictámenes, pues consciente de la eficacia que revestía la autorización del pillaje para atraer a los sectores populares e impedir la deserción en ocasiones también incentivó esta práctica. Así, por ejemplo, en mayo de 1817 O'Higgins instruyó a José Ignacio Cienfuegos: "Para entusiasmar a sus soldados, ofrézcale U. el saqueo en Arauco de todas las propiedades de los enemigos de nuestra causa, pero respétese el vecindario de Nacimiento, a quien debe mirar U. con la mayor consideración".[37]

En medio de esta ambigüedad, que rechazaba formalmente el saqueo, pero ocasionalmente lo incentivaba, continuó operando José Miguel Neira. En efecto, mientras Freire intentaba asegurar las posiciones independentistas en la zona de Talca, Neira seguía con sus actividades de pillaje, lo que terminó exasperando a las dirigencias revolucionarias.

37 Citado en León, *Ni patriotas ni realistas*, pp. 412–413.

El general Luis de la Cruz oficiaba de esta situación al gobierno a mediados de 1817, indicándole la impunidad con la que obraban los "Neirinos": "Desde la gavilla de salteadores que se formó en este partido por el famoso Neira, protegido por el vecindario adicto a nuestro sistema liberal, se ha hecho tan común saltear, robar y asesinar que no bastan ni persecuciones ni ejemplares castigos para contener a estos malvados".[38] Había que proceder con mayor dureza para neutralizar a las montoneras, que de patriotas insurgentes habían devenido prontamente en maleantes. Así ocurrió con Neira, que fue fusilado junto a sus lugartenientes, tras ser condenado por un consejo de guerra.[39]

Con todo, el problema de las montoneras y los saqueos persistió e incluso se agudizó, aunque desde la trinchera contraria. En efecto, 1817 también representó el despliegue de las actividades de la guerrilla realista, especialmente en el sur del país. Como hemos visto, durante el otoño el coronel José Ordóñez organizó la resistencia en Talcahuano. Mientras se apertrechaba en espera de refuerzos, dio la orden de organizar partidas de guerrilleros que desplegados entre el Maule y el Biobío hostigasen los avances de las fuerzas patriotas. O'Higgins mismo se dio cuenta de la táctica que proponía seguir el enemigo: "el plan es apoderarse de las fronteras, proteger la insurrección de las provincias, privarnos de caballos y víveres y hacernos la guerra de recursos".[40]

Las acciones emprendidas por las montoneras realistas, si bien ninguna decisiva, lograron sus propósitos de desgastar a las tropas patriotas, fragmentarlas y multiplicar sus focos de atención. En la zona de Quirihue, por ejemplo, el arriero José María Zapata desplegó su

38 Emilia Riquelme, "¿Realistas, independentistas o autónomos? Motivaciones políticas tras las montoneras de Vicente Benavides y de José Miguel Neira en la zona centro-sur de Chile durante la guerra de independencia" (Tesis de Magíster en Historia, Universidad de Santiago, 2015), 74–78.

39 Pinto y Valdivia, *¿Chilenos todos?*, pp. 112–113.

40 Bernardo O'Higgins a José de San Martín, Concepción, 18 de octubre de 1817, *Archivo O'Higgins*, VIII, p. 48.

actividad en torno a la hacienda de Cucha-cucha, que convirtió en su centro de operaciones.[41] Entusiasmado por sus logros, en agosto de 1817 procuró unir sus fuerzas con José Antonio Pincheira, pequeño propietario de la zona de Itata, y tomar por asalto la ciudad de Chillán. Las fuerzas reunidas por ambos, unos veinte fusileros y cien jinetes, se dejaron caer en la madrugada del 3 de agosto sobre la ciudad, dirigiéndose hacia la cárcel de la ciudad, para librar a los montoneros apresados. Pese al factor sorpresa, las fuerzas que custodiaban Chillán, al mando de Pedro Ramón Arriagada, lograron repeler el ataque.

En octubre, O'Higgins procuró devolver la mano y atacar el campamento de los montoneros de Pincheira, reunidos en la hacienda de Bustamante, en las cercanías de Chillán. Allí acometieron por sorpresa las tropas comandadas por el capitán José Antonio Fermandois y los milicianos de caballería al mando de Juan de Dios Urrutia. En la madrugada del 26 se libró el sangriento combate: 43 muertos en la refriega, y 64 prisioneros fue el saldo en contra de la banda de Pincheira, quien logró huir hacia los bosques cercanos, evitando así caer prisionero.[42]

Aunque la acción produjo un cese momentáneo de la actividad guerrillera en la zona de Chillán, no significó su erradicación. En noviembre hicieron su aparición los montoneros comandados por Vicente Benavides. Oriundo de Quirihue, había participado en las campañas de la Patria Vieja, como sargento de infantería montada al mando de José Miguel Carrera. A finales de 1813, sin embargo, desertó uniéndose a las tropas realistas del batallón Concepción. Hacia 1817, cuando inició al mando de Ordóñez sus acciones de guerrilla, fue ascendido

41 Manuel Ramírez Espíndola, "Violencia y guerrillas durante la Independencia de Chile. El sitio de Talcahuano, 1817–1818", en Andrés Medina, ed., *Chile y España, primera mitad del siglo XIX: Chile, consolidación republicana. España, liberalismo y restauración* (Concepción: Universidad Católica de la Santísima Concepción, 2014), pp. 84–86.

42 Barros Arana, *Historia General,* XI, pp. 200–201.

a capitán.[43] Una de sus primeras misiones fue el intento de tomar por asalto el pueblo de Talcamávida, a fines de noviembre. Fracasó, pues al cruzar el Biobío una de las balsas que transportaban sus fuerzas colapsó, ahogándose 20 integrantes de su partida.[44]

Este tipo de accionar refleja muy bien la actividad de las montoneras realistas tras la batalla de Chacabuco. Como explica Ana María Contador, el repliegue de los restos dispersos de los adherentes a la causa monárquica hacia el sur permitió articular un foco de resistencia formal en Talcahuano, y uno móvil e irregular por medio de las guerrillas. Allí comenzaron una campaña sistemática de hostigamiento, pillaje y desorganización contra las fuerzas independentistas, a la espera de ganar tiempo para rearmarse y aguardar el arribo de los refuerzos desde Perú.[45]

Entre los líderes de las guerrillas realistas, además de los mencionados Zapata, Pincheira y Benavides, se contaban el comandante español Juan Manuel Picó y el sacerdote Juan Antonio Ferrebú, Agustín Rojas, Dionisio Seguel, Manuel Contreras, Juan Bautista Espinoza, Santiago Gaete y Gervasio Alarcón. Con todo, en términos de persistencia de su accionar, la montonera de los hermanos Pincheira fue la más relevante, pues terminó aglutinando los restos dispersos de las guerrillas realistas derrotadas en los años posteriores a Maipú. La importancia de la montonera de los Pincheira no solo fue militar —permaneciendo en actividad hasta 1832— sino también porque da cuenta del importante apoyo que, en los sectores rurales, poseía la causa realista. Más allá del pillaje como motivación de su actuar, para Contador la guerrilla realista basó ideológicamente su accionar en la defensa del orden político-religioso

43 Manuel Ramírez Espíndola y Eduardo Téllez, "Vicente Benavides: reacción y devoción en el seno de la post-independencia americana", *Revista de Historia*, v. 15 (2005), pp. 31–42.

44 "Sud de Chile", *Gazeta de Santiago de Chile*, 13 de diciembre de 1817.

45 Ana María Contador, *Los Pincheira, un caso de bandidaje social. Chile 1817–1832* (Santiago: Bravo y Allende Editores, 1998), 120–121.

tradicional que se veía amenazado por el proyecto patriota. La defensa de los valores tradicionales encontró arraigo en la cultura campesina, lo que permitió la prolongación en el tiempo de su oposición hacia el orden republicano.[46]

"Viva el rey": el levantamiento popular de Chalinga

La defensa del orden tradicional no se circunscribió exclusivamente a la actividad de las montoneras, ni estuvo relegada a la zona sur del país. En marzo de 1818, en el pueblo de indios de Chalinga —comunidad próxima a Illapel, con poco más de 900 pobladores— el nombramiento del cacique del lugar por parte del gobernador del partido Tomás Echavarría provocó el descontento de los pobladores. Liderados por el indígena Vicente Paillarte y por Francisco Carvajal, el 19 de marzo un masivo grupo de indígenas y campesinos, cercano a las 400 personas, tomó por asalto Illapel. Con estupor Echavarría le comentaba al intendente de Coquimbo, Manuel Antonio Recabarren, lo sucedido el jueves santo en la Iglesia de Santo Domingo de la localidad, cuando una turba entró al recinto:

> "Con lanzas, garrotes, estoques y otras armas de esta naturaleza, descargándolos por donde podían sin exceptuar a sujeto alguno. Salieron heridos muchos, pero gravemente el capitán don Francisco Javier Monardez y don Juan Agustín Romero y a estos y los demás sujetos visibles, y hasta los sacerdotes, nos condujeron a la cárcel con la gritería de viva el Rey y mueran todos los patriotas; y

46 Ibíd., pp. 187–190.

> sacando de ella la recluta que tenía pronta para remitir a VS, nos aseguraron con prisiones dándonos la sentencia de degüello. La plebe de esta villa se reunió con ellos a la voz del saqueo, y se ocuparon en éste y en conducirnos reos a la cárcel nuestra".[47]

En paralelo, un grupo de vecinos notables de la comunidad, dentro de los que se contaban el administrador de rentas fiscales Gabriel Larraín y el hacendado Miguel Irarrázaval, organizaron un grupo de milicianos —la mayor parte inquilinos de la hacienda de Choapa—, reocupando el pueblo y liberando a los prisioneros, tras lo cual procedieron a enfrentarse con las fuerzas de Carvajal, quien murió en la refriega. La represión de la clase dirigente no se hizo esperar contra los insurgentes: cinco de los implicados fueron ejecutados y exhibidos en la plaza pública en abril de 1818, mientras que a otros fugados se les incautaron las tierras. En el pueblo de Chalinga solo quedaron de diez a doce indígenas que no se involucraron en el movimiento, mientras que el gobernador logró imponer al cacique de su predilección, Dionisio Pallacán.

Más allá de estos elementos, lo significativo fueron los móviles profundos que desataron la insurrección: el temor de que las tierras comunales de los pueblos de indios, y el respeto por los cacicazgos fuese subvertido por las reformas impulsadas por las dirigencias revolucionarias. En efecto, ya en 1813 se había decretado la abolición de los pueblos de indios, medida que tenía repercusiones directas no solo en la adjudicación de la propiedad de las tierras (afectando por tanto

47 Citado en Igor Goicovic, "Conflictividad social y violencia colectiva en Chile tradicional. El levantamiento indígena y popular de Chalinga (1818)", *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, n. 4 (2000), p. 52.

Claude Gay, "Chalinga", *Atlas de la historia física y política de Chile* (París: 1854).

los tradicionales derechos comunitarios), sino también porque desestructuraría las comunidades al indicar la necesidad de vivir en "villas formales", bajo el control de las autoridades nacionales.[48]

Los sucesos de Chalinga serían muestra de la puesta en marcha de lo que Illanes avizora, con algo de exageración, como un proceso conducente a individualizar y "des-indigenizar" a la sociedad, en la lógica de "la esquizofrenia propia del capitalismo" que perseguía la "igualación

48 Ídem, pp. 51–86.

proletaria".[49] Con todo, nos permite identificar las razones por las cuales en las vísperas de Maipú importantes segmentos del mundo popular todavía adherían a los valores tradicionales representados por la defensa de la monarquía. Al igual que en el caso de los Pincheira, el grito de "Viva el Rey" significaba una defensa de los valores tradicionales que estaban siendo amenazados por el nuevo ideario de la revolución.

49 María Angélica Illanes, *Chile des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810–1910)* (Santiago: Lom, 2003), pp. 73–85.

CAPÍTULO VI

La Declaración de la Independencia de Chile

Cuando comenzó a gestarse el movimiento que condujo a la independencia, que puede datarse a lo menos a 1808, año que coincide con la prisión de Fernando VII y, en Chile, con la muerte del gobernador Luis de Guzmán, la ruptura con España aparecía muy lejana en el horizonte. Solo algunos muy adelantados, que habían tenido una vivencia europea y mantenían redes revolucionarias, se atrevían a imaginarla. El caso más notable es el del mismo Bernardo O'Higgins, quien al alero de Francisco de Miranda, habría jurado luchar por ella antes de despuntar el siglo xix. Las redes de los revolucionarios transitaban de Londres a Cádiz y luego a Buenos Aires; eran aquellos que durante la primera década esperaban la oportunidad. Pero para 1810 todavía eran una reducida minoría.

Cuando se constituyó la Primera Junta de Gobierno, en septiembre de aquel año, sus principales impulsores, el clan de los Larraines, al que pertenecía también Juan Martínez de Rozas y el mismo O'Higgins, solo promovían una fuerte autonomía de España. Era la forma de controlar el poder local y abrir el campo a sus ideales ilustrados de sociedad y economía para el reino. Alguna parte de los monarquistas —peninsulares y criollos— vieron la Junta como una forma de proteger la Corona de Fernando VII, frente al riesgo de que los franceses se impusieran finalmente en España. Algunos creían que bajo el manto de la fidelidad comenzaba a incubarse el secesionismo de la metrópoli.

La clase ilustrada sabía lo que estaba en juego. Trescientos patriotas habían sido asesinados en Quito por el mismo delito de organizar una junta autonomista. A eso se refiere O'Higgins en carta a Juan Mackenna, cuando le dice "hemos cruzado el Rubicón", refiriéndose a estos eventos, expresando su deseo de morir peleando.[1] Los hechos del 1º de abril siguiente, el día en que debían elegirse diputados al Primer Congreso por Santiago, que culminaron con la muerte del coronel Tomás de Figueroa, confirmaron que el enfrentamiento sería inevitable.

El liderazgo revolucionario, encabezado por Joaquín Larraín y la "Casa Otomana", a instancias de O'Higgins y de Rozas, impuso la idea de un Congreso Nacional. En éste puede observarse la influencia del republicanismo norteamericano sobre varios de los líderes sureños. El Congreso importaba también la posibilidad del avance progresivo, institucional, de la revolución, con la legitimidad que aportaba la nueva representación territorial que traducían los diputados electos por los partidos. No ocurrió así, pues una mayoría moderada o, derechamente realista, en ese primer ensayo frustró el camino a la autonomía.[2]

La irrupción de José Miguel Carrera, a partir de 1811, significó un fuerte impulso al autonomismo. Ya la idea de Independencia parecía insinuarse. Carrera impuso varios símbolos, que promovieron la construcción de la identidad del grupo separatista y contribuyeron a profundizar el cisma con los realistas. Influido por el cónsul norteamericano Joel R. Poinsett y por fray Camilo Henríquez, el discurso público comenzó a acercarse al republicanismo. La correlación de fuerzas y sus conflictos con sureños y Larraines, sin embargo, lo obligaron a mantenerse cerca de los realistas, lo que resultaría nefasto para la

1 Bernardo O'Higgins a Juan Mackenna, Las Canteras, 5 de enero de 1811, *Archivo O'Higgins*, I, p. 68.

2 Los documentos relativos a estos eventos pueden leerse en Cristián Guerrero Lira, *El primer Congreso Nacional de Chile (1811) y sus documentos fundamentales* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2011).

revolución. En 1812, presionado a limitar y organizar su poder, hizo aprobar un *Reglamento constitucional provisorio*. En este declara que la religión oficial es el catolicismo, pero omitiendo la expresión "romano", abriendo el conflicto con la Iglesia, inevitable en un Estado naciente que aspiraba a arrogarse el Patronato.

La lealtad al rey que consignaba en el documento, se vio temperada por la afirmación de que no se cumplirían órdenes emanadas desde fuera del Reino. Esta aparente contradicción se explica desde la perspectiva del autonomismo defendido en un primer momento, aquel que intentaba permanecer en el marco de una monarquía constitucional de tipo federal, pero marcando distancias también del modelo de Cádiz. En este esquema, en el cual la independencia plena no tendría lugar, el Rey permanecería como Jefe de Estado, pero debería "aprobar nuestra Constitución como lo hizo con la de España". Los eventos de España y de la propia América cerraron la posibilidad de una monarquía constitucional. Fernando VII, vuelto al poder, abrogó la Carta liberal de Cádiz, persiguió a los liberales y reinstauró el absolutismo.[3] En América, los ejércitos triunfantes del Virrey de Lima pusieron sus ojos en el sur, precipitando la esperada invasión y la guerra. Con el desembarco de la expedición de Antonio Pareja, en la bahía de San Vicente en marzo de 1813, se inicia la etapa bélica de la Patria Vieja y los debates teóricos debieron postergarse.

La fuerte evolución ideológica que tuvo lugar en este período, sumado a la incipiente identidad nacional, fueron abriendo el camino hacia la Independencia. Durante el interregno de la Restauración Monárquica, en apariencia el debate se postergó. Pero continuó en Mendoza y Buenos Aires y, a través de Chile, se instaló la idea de que las

3 Javier Barrientos, "La Constitución de Cádiz en Chile", en José Antonio Escudero, ed., *Cortes y Constitución de Cádiz 200 años* (Madrid: Espasa, 2012), t. III, p. 676.

opciones quedaban reducidas a dos: la continuación del absolutismo o el triunfo de la insurgencia, esto es, la independencia plena.

Una Declaración necesaria

Hallándose en Mendoza y en sus relaciones con las autoridades de Buenos Aires, O'Higgins tenía plena conciencia de la importancia de avanzar hacia una declaración formal de la independencia. Conocía, desde luego, los eventos norteamericanos, así como también los de Haití y otros países. El general José de San Martín, gobernador de Cuyo, compartía sus sentimientos, respecto de su propio país. En carta a Tomás Godoy Cruz, de 12 de abril de 1816, que representaba a Mendoza en el Congreso de Tucumán, le espetaba: "¡Hasta cuando esperamos para declarar nuestra Independencia! ¿No le parece una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener pabellón y cucarda nacional y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día creemos dependemos? […] los enemigos con mucha razón nos tratan de insurrectos, pues nos declaramos vasallos".[4]

Producido el triunfo de Chacabuco, la presión sobre O'Higgins también aumentó para concretar la declaración. "Quítese pues la máscara enteramente —le decía el guatemalteco Antonio José de Irisarri, en carta fechada en Londres el 27 de mayo de 1817— declárese sin dilación la independencia, solicítese con actividad el reconocimiento de las potencias de Europa".[5]

El escenario de la guerra, sin embargo, obligaba a las dirigencias revolucionarias a proceder con cautela. Esa fue la posición que defendió el editor del periódico oficial del naciente gobierno Bernardo de Vera

4 Mitre, *Historia de San Martín*, t. IV, p. 287.
5 *Archivo O'Higgins*, IV, pp. 229–230.

y Pintado, en medio del debate que se abrió respecto a la pertinencia de declarar la independencia y los procedimientos para investir ese acto con toda la solemnidad del caso. Según el santafesino, bastaba con defender la independencia *de facto* que ya existía gracias a la guerra, y no que esta fuese declarada ceremonialmente por un Congreso. Las circunstancias bélicas no permitían esa situación por el momento, pues sería comprometer "la tranquilidad a las agitaciones electorales, siempre peligrosas aún en los pueblos más unidos y virtuosos".[6]

Esta independencia de *facto* no era transable, aclararía días después Vera y Pintado. Porque en el caso de una eventual reinstalación de las Cortes y la carta gaditana de 1812, cualquier intento de negociar con los *liberales* españoles —porque una avenencia con el absolutismo estaba fuera de las opciones— debía desecharse. La evaluación política del primer período revolucionario invitaba a esta conclusión, en especial si se consideraba que todos los conflictos que hasta la reinstalación de Fernando VII habían surgido entre americanos y peninsulares eran el fruto de la mala disposicion de los *liberales* españoles: "Toda esta maquinación de odio, muerte y aniquilamiento contra el americano ha sido la obra de esos *liberales,* de esos *constitucionistas* [sic], de esas *cortes,* y de esa *regencia* en los tiempos en que aquellos mandones se creían los árbitros de su nación". Cualquier observador con buena memoria debía reconocer, agregaba el publicista, que el liberalismo defendido por los peninsulares era exclusivamente para España, mientras que para los americanos era "un cetro de hierro incendiado. El nos ha electrizado en términos, que ya no elegimos entra la libertad o la esclavitud, sino entre la independencia o el sepulcro". Tal era la enseñanza de esos sucesos para los chilenos.[7]

6 *Viva la Patria. Gazeta del Supremo Gobierno de Chile,* 9 de abril de 1817.

7 Bernardo de Vera y Pintado, "Política", *Viva la Patria. Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*, 7 de mayo de 1817.

Así, durante 1817 las reflexiones en torno a la necesidad de la independencia continuaron, y de forma creciente sostuvieron el carácter imperioso que revestía la transición desde la independencia de hecho a una de derecho. Un comentarista que firmaba con las iniciales M. R. G. señaló que la ruptura con la metrópoli había sido "siempre conveniente", "pero en el día hay motivos que la hacen forzosa, precisa y de una necesidad absoluta". Si el auditorio nacional recordaba la dura represión que se había efectuado en el período de la restauración monárquica, incluso contra quienes adherían a la causa realista, bastaba imaginarse entonces cómo sería el encono de los españoles hacia quienes los habían derrotado y encarcelado tras Chacabuco. La violencia de la guerra había crispado los ánimos, polarizado las posiciones, estableciendo un punto de no retorno. Solo quedaba la alternativa por la independencia.[8]

La situación no era fácil, pues se planteaba una cuestión de legitimidad, al no existir las condiciones para convocar un Congreso. En los precedentes de Estados Unidos o de las Provincias Unidas, un cuerpo colegiado representativo había formalizado la declaración. El escenario internacional complejizaba aún más la situación. La alianza más clara del gobierno de O'Higgins, el gobierno del Río de la Plata, se había mostrado oscilante con relación al reconocimiento de la independencia chilena. Existían, en efecto, voces partidarias de incluir a Chile en la emergente nación argentina o en una unidad política mayor. Recordemos que, el 9 de julio en Tucumán, se declaró la Independencia de las "Provincias Unidas de Sudamérica".

Las instrucciones que entregó en octubre de 1815 el gobierno argentino a San Martín, quien preparaba su ejército en Mendoza, sobre la situación de Chile fueron que "la forma de gobierno se dejará a dirección

8 M. R. G., "Concluye el discurso sobre la opinión", *Semanario de Policía*, 22 de octubre de 1817.

de ellos mismos, sin promover ni de lejos la Independencia de esas Provincias." Aún más, se le pedía que procurara "hacer valer su influjo y persuasión para que envíe Chile su diputado al Congreso de las Provincias Unidas, a fin de que constituya una forma de gobierno general en que toda la América, unida en identidad de causas, intereses y objetos, constituya una sola nación".[9] En un momento, O'Higgins pareció haber hecho suyas esas ideas. Así lo señaló al agente especial del Presidente de los Estados Unidos, William G. D. Worthington, quien arribó a Chile en febrero de 1818. Allí el Director Supremo le manifestó que su plan era instaurar en Chile "una República Confederada con Buenos Aires y el Perú, una vez que este último estuviese emancipado".[10]

Una vez en el mando supremo, en todo caso, ya era obvio para O'Higgins que sin declaración formal de independencia, frente al concurso de las naciones, los chilenos serían solo un pueblo rebelde y no los ciudadanos de un Estado soberano.[11] En ese sentido, tras Chacabuco uno de los problemas políticos era encontrar el momento oportuno para efectuar la declaración. Curiosamente, la primera declaración de independencia —aunque de manera apresurada y sin consecuencias—se dio en San Fernando, el 11 de febrero de 1817. Ante la presencia de la columna del coronel Ramón Freire en la zona de Colchagua, el ayuntamiento de la villa, junto a su vecindario, se reunió en el Cabildo y, declarando "que no podía casi resistir a la desmesurada pesantez del gobierno español", se resolvió a "proclamar la independencia, bajo la protección de las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata" y eligió "por aclamación para mandatario, en calidad de Gobernador político provisorio, a don Francisco Silva".[12]

9 Mitre, *Historia de San Martín,* t. IV, pp. 233, 324 y 345.

10 Eugenio Pereira Salas, "La Misión Worthington en Chile", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, LXXX; n. 88 (1936), pp. 95–96.

11 Alejandro Álvarez, *La diplomacia chilena durante la emancipación y la sociedad internacional americana* (Madrid: Editorial América, 1915).

12 *Archivo O'Higgins*, Apéndice, pp. 298–299.

En noviembre de aquel año, hallándose O'Higgins todavía en el sur, preparando el inminente ataque a El Morro, se dieron pasos definitivos para concretar la Declaración. El 13 de ese mes, un decreto de la Suprema Junta Gubernativa Delegada del Estado de Chile dispuso la apertura de registros públicos, para que los ciudadanos pudiesen pronunciarse a favor o en contra de una eventual declaración. Si no podía reunirse un Congreso de representantes, entonces el plebiscito, en que los ciudadanos manifestaban su voluntad de manera directa, era el camino. El decreto partía señalando que las circunstancias estaban maduras para este efecto:

> "Si están cortadas las relaciones de este Estado con la antigua Metrópoli, si están rotas las ignominiosas cadenas que nos sujetan a ella, y si para decirlo de una vez, está declarada de hecho por el voto general la independencia política de este Estado, parece infundado diferir esta solemne declaración […] Sin esta declaración no ocuparemos el rango debido en el cuadro de las naciones; no obtendremos de ellas la protección a que es acreedora la justicia de nuestra causa, y nuestros diputados carecerían de representación y no serían oídos en sus gestiones".[13]

El decreto ordenaba que en cada cuartel de la ciudad, refiriéndose a los barrios, se abriera un libro a cargo de sus inspectores, con el encabezado siguiente: "Suscripción de los ciudadanos que votan por la necesidad de que el gobierno declare prontamente la independencia

13 Salvador Sanfuentes, *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta Maipú* (Santiago: Imprenta de la República, 1850), pp. 146–147.

del Estado Chileno". Otro libro recogería las opiniones negativas. Permanecerían abiertos por quince días, para que todos los votantes tuvieran el tiempo de "meditar y reflexionar su dictamen". Así ocurrió en Santiago el 15 de noviembre y en otras ciudades, como Copiapó, Vallenar, Talca o Melipilla, en los días y semanas siguientes.[14] La reunión de firmas fue bastante rigurosa. En Concepción, la recolección debió ser interrumpida por las ocurrencias de la guerra, que determinaron la emigración masiva de los habitantes. El mismo O'Higgins estimaba su número en 50 mil personas. No por eso dejó de cumplirse la orden de la Junta Delegada, pues esta dispuso en forma terminante que la votación de los emigrados del sur fuera recogida en Talca. Fue despachada a Santiago el 3 de enero. De manera que, habiendo sido abrumadoramente mayoritario el pronunciamiento por la independencia, el Director Supremo, "como órgano de la voluntad nacional", según señala en varios documentos, se hallaba habilitado para declararla.

En este punto, la Declaración parecía un paso natural y legítimo en la construcción del emergente Estado nacional chileno. Eventos dramáticos la volvieron urgente. A partir de mayo de 1818, el Director Supremo había estado alternando entre su campamento de Los Morrillos de Perales —que actualmente se sitúa en la comuna de Talcahuano— y la cercana ciudad de Concepción, a cuyos términos pertenecían los territorios que habían sido el escenario principal de la guerra. Bajo una lluvia incesante conducía una dura guerra de recursos contra los realistas asilados en Talcahuano, que recibían apoyo de toda la costa. Desde la ciudad y su campamento adoptó, además, importantes decisiones gubernativas, a pesar de que había dejado a Hilarión de la Quintana como Director Supremo delegado en Santiago, por disposición de la logia.

14 Luis Valencia Avaria, "La declaración y proclamación de la Independencia de Chile", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n. 78 (1968), p. 14.

¿Es extraño que actos importantes se realizaran en un campamento militar? Es que Perales no fue cualquier lugar. Para O'Higgins y los oficiales napoleónicos que allí se batieron, Talcahuano era el Gibraltar de América. Desde ahí el Director Supremo gobernó Chile: acordó la creación de la Legión al Mérito y de la primera moneda; ordenó eliminar los títulos de nobleza, y, en general, comandó la guerra y las relaciones con los mapuche. La Declaración de la Independencia fue un acto más, el supremo, en ese lugar tan cargado de historia.

Concepción, 1º de enero de 1818

Estimamos que lo más probable es que O'Higgins anticipara un triunfo en El Morro, para luego desplazarse a Santiago y realizar, junto a San Martín y las principales corporaciones y tribunales del Estado, la Declaración de la Independencia de Chile. Y la fecha debía ser el 12 de febrero, primer aniversario de la Batalla de Chacabuco, un hito que por muchos años compitió en importancia con Maipú, hasta desvanecerse de la liturgia festiva republicana.[15] Pero los eventos determinaron un desenlace diferente. El fracaso del asalto a El Morro de Talcahuano el 6 de diciembre anterior, y el arribo inminente de una nueva expedición al mando de Mariano Osorio, precipitaron los acontecimientos y provocó un dramático cambio de planes.

La derrota patriota obligó a tomar drásticas disposiciones; la más grave fue la masiva evacuación de la zona, encabezada por el Director Supremo en persona. No se trataba solo de proveer al traslado de cientos de familias, sino de despojar de recursos al territorio, a fin de dejar nada al enemigo. Sementeras taladas, cosechas quemadas, animales

15 Por un decreto presidencial de 8 de febrero de 1837, se reunieron todas las festividades nacionales en un solo día: el 18 de septiembre.

forzados también a marchar, todo se hizo para retardar el avance del poderoso adversario, vencedor en Rancagua. Cuando la población había abandonado en gran número la región y era inminente el desembarco, procedió Bernardo O'Higgins a declarar solemnemente la Independencia de Chile, obrando como Director Supremo titular, brigadier de sus ejércitos y actuando como órgano de la voluntad pública, validado por un plebiscito de alcance nacional.

"Proclamación de la Independencia de Chile", c. 1825
Litografía sobre papel, Colección Museo Histórico Nacional.

Así fue declarado en su campamento en la localidad de Talcahuano, el 1º de enero de 1818 y, el mismo día, según Luis Valencia Avaria, el mismo Libertador la proclamó, por vez primera, en la Plaza de

Concepción, que por eso se llama Independencia y siempre en los términos de su cabildo.[16] En la semana siguiente, la expedición de Osorio desembarcaría en un Estado soberano, ya de manera irreversible. De manera que ese fue el día clave, en que Chile, desde el punto de vista jurídico, dejaba de ser un dominio sometido para pasar a ser un Estado soberano. Todos los actos posteriores de proclamación fueron útiles para solemnizar o dar publicidad a ese gesto fundacional e irrepetible.

El acta de aquel día no se conserva, probablemente por decisión del mismo O'Higgins. Si bien el evento había sido apresurado por las urgencias del momento, había que darse el tiempo para redactar un texto digno del solemne propósito. Es por ello que en el Acta de la "Proclamación de la Independencia de Chile" —que por eso lleva ese nombre— dispuso que se consignara el lugar y la fecha real del evento, independiente de las circunstancias. Exigió consignar, en efecto, en el acta jurada en Talca y Santiago el 12 de febrero de 1818 y luego en muchas ciudades, que había sido dada la declaración "de su mano", en el palacio directorial de Concepción, a 1º de enero. Hacemos notar que no hay contradicción en fijar el hecho en Concepción o Talcahuano. Cuando el Libertador habla de Talcahuano se refiere al sitio de su campamento, como lugar o localidad, en la época una colina rodeada de pantanos; y cuando menciona a Concepción, se refiere a la ciudad y la vasta provincia en que los hechos ocurrieron y que, ciertamente, comprendía a Talcahuano. Con la actual división comunal, es natural que se produzcan confusiones.

Hay una serie de firmes tradiciones orales, además, recogidas por el investigador Carlos Oliver Schneider hacia 1920, de antiguas familias

16 Valencia Avaria, "La declaración y proclamación de la Independencia"; y, del mismo autor,"La declaración de la Independencia de Chile", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n. 23 (1942).

patriotas y realistas; y validadas por Luis Valencia Avaria,[17] que ratifican estos hechos.[18] Si incomoda que sean tradiciones orales, recordemos que una buena proporción de los antecedentes con que se escribió la historia de estas campañas en particular, los consignan las historias de Claudio Gay o de Diego Barros Arana, quienes recogieron testimonios orales de los protagonistas, de terceros o sus descendientes.

Se lamenta especialmente la ausencia de la primera acta, que acompañó la Declaración. "Como no es conocido el texto del acta que se dio en Concepción y sí lo es el que O'Higgins aprobó más tarde en Talca, dice Luis Valencia Avaria, el mayor experto en la vida y obra de Bernardo O'Higgins, un juicio ligero podría llevar a negar o dudar de la fe que merece la tradición recogida por Carlos Oliver, aun cuando ella está tan explícitamente corroborada por O'Higgins". Bien puede encontrarse en el futuro, en los archivos limeños o españoles, concluye, "tal cual ocurrió con el acta de independencia de las provincias unidas del Río de la Plata, una copia se envió a Santiago que se aseguró que había sido incinerada en la plaza y luego se encontró en el Archivo Nacional".[19]

Efectivamente, los testimonios emanados del mismo O'Higgins resultan muy concluyentes. Desde luego la misma Proclamación ya referida, cuyo contenido ningún contemporáneo jamás desconoció. En su testamento político, además, O'Higgins pidió que se creara una ciudad

17 Carlos Oliver S. y Francisco Zapatta S., *El libro de Oro de Concepción* (Concepción: Litografía e Imprenta "Concepción", 1950).

18 No son los únicos testimonios. En un discurso pronunciado por el general José Santiago Aldunate el 18 de septiembre de 1862, éste manifestó: "La idea de proclamar la Independencia de una manera general y solemne nació del Director Supremo don Bernardo O'Higgins y de su Ministro de Guerra don José Ignacio Zenteno, bajo los muros de Talcahuano", Guillermo Donoso, "Acotaciones en torno a la declaración de la Independencia de Chile", en Neville Blanc Renard, ed., *Homenaje al profesor Guillermo Feliú Cruz* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1973), p. 215.

19 Valencia Avaria, "La Declaración y proclamación de la Independencia".

llamada "Independencia" en el lugar donde estuvo su campamento en Talcahuano, donde esta había sido declarada.[20] A mayor abundamiento, en las instrucciones notariales que dejó O'Higgins ante el escribano público de Lima don Baltasar Núñez del Prado, en octubre de 1842, de manera hológrafa, expresa: "Digo yo Bernardo O'Higgins, Capitán General de la República de Chile, Brigadier de la de Buenos Aires y Gran Mariscal de la del Perú, y que en 1º de Enero de 1818, como órgano de la voluntad nacional, declaré solemnemente la Independencia de Chile en la Ciudad de Concepción".[21] La legalidad y la legalización de ese documento es indubitable, pues está ratificado en todas las instancias.

Nos extendemos sobre el punto porque periódicamente resurgen dudas sobre el lugar o las circunstancias de la Declaración. Se ha dicho, citando a Diego Barros Arana, que se prefirió que la fecha coincidiera con el inicio del año y que convenía datar la declaración en una provincia "realista" como Concepción; que las pruebas son "mitos"; que la ausencia del documento es un problema insuperable y que, en fin, hay confusiones de lenguaje entre declaraciones, juras y proclamaciones. Es curioso el debate pues se trata de un evento documentado en numerosos instrumentos públicos, emanados del mismo Director Supremo. El más significativo, a nuestro entender, es la nota de O'Higgins al presidente Manuel Bulnes, en que expresó: "Yo, Bernardo O'Higgins (el mismo que en 1º de enero de 1818, como órgano de la voluntad nacional, declaré la independencia de Chile en mi campamento cerca de la ciudad de Concepción)". El documento se halla en el Archivo Nacional y ha sido publicado.[22] En él, O'Higgins pide que el Estado le

20 Luis Valencia Avaria, "El testamento político de O'Higgins", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n. 24 (1942).

21 Instrucciones hológrafas de Bernardo O'Higgins a su hermana Rosa para testar en su nombre. Inventarios de bienes, Archivo Cámara de Diputados (extracto). http://archivohistorico.camara.cl/varios/testamento%20ohiggins%20final.pdf).

22 Archivo Nacional de Chile, Fondo Varios, Vol. 639. Fue publicado en el Tomo XXXII del *Archivo O'Higgins*, pp. 495 y ss.

compense lo que perdió con las guerras de Independencia y que parte de ello se destine "al establecimiento de un Colegio de Agricultura en el punto más conveniente del terreno que ocupó mi campamento cerca de Concepción, cuando firmé la declaración de la independencia nacional, y mi voluntad es que tan luego como se construya la capilla de aquel Colegio, sean conducidos allí mis restos mortales y depositados para siempre".

Resulta complejo desconocer las afirmaciones cargadas de sentimiento de O'Higgins; o continuar promoviendo, frente a la evidencia, teorías peregrinas para desvirtuar la fecha y lugar que él mismo declara en la Proclamación firmada en Talca.[23] Sí resulta provechoso, en cambio, abordar algunas cuestiones semánticas, que por imprecisiones jurídicas incurridas en algunas fuentes, en especial de prensa, han provocado confusiones.

Texto y contexto

El sentido de las voces *proclamación, declaración, jura* y *firma*, que se utilizaron en relación a los eventos en estudio, han provocado algunas dudas. La *declaración* da cuenta de la constitución de una situación nueva, con efectos jurídicos. Fue lo que ocurrió el 1º de enero, de forma irrevocable. De ahí que O'Higgins, en todos sus actos futuros, sería consistente al recordar siempre aquel evento como la "Declaración de la Independencia" y los posteriores del 12 de febrero en Talca y Santiago, y luego en otras ciudades, como acciones necesarias para "dar a la luz" o "solemnizar" el gesto irreversible que había vuelto a Chile un Estado soberano. Si bien la Declaración por sí cumplía sus fines, por tratarse

23 Sobre estos puntos ha tenido lugar un interesante debate, del cual damos cuenta en la orientación bibliográfica, al final del texto.

de un acto de efectos *erga omnes*, era necesario darla a conocer a la emergente sociedad chilena, tanto a los civiles como a los militares; a las corporaciones y tribunales y al pueblo llano; también, por supuesto, a las potencias extranjeras. Para ese fin eran importantes las proclamaciones repetidas.

La "proclamación", según el *Diccionario de Autoridades* de 1737, "es la publicación de algún decreto, bando o ley, que se hace solemnemente para que llegue a noticia de todos".[24] En una época sin Diario Oficial ni prensa de circulación amplia, era la forma tradicional de difundir los actos de gobierno. Así ocurría con las reales cédulas que el rey firmaba en Madrid y luego se proclamaban en las plazas de América; no por eso podría afirmarse que su fecha o lugar de emisión es el de su publicidad y no el día en que el rey había puesto su rúbrica. En el caso del documento proclamado en Talca el 12 de febrero, esto es todavía más obvio, pues el propio Director Supremo exigió que se incluyera la fecha del 1º de enero y el lugar de Concepción, donde ocurrió el hecho que se proclamaba.

Las proclamas de la independencia iban acompañadas de juras, de forma tal que los vecinos de todas clases se comprometieran a guardar fidelidad al nuevo Estado. El acto se preparó con gran detalle, a pesar de las urgencias de la guerra. Los intercambios epistolares entre O'Higgins, Luis de la Cruz y otros actores, que han sido publicados y bien analizados, así lo acreditan.

En Concepción tuvo lugar la Primera Proclamación, el mismo día de la Declaración, frente a las tropas formadas en cuadro ante el Cuartel de los Dragones de la Frontera, en la actual Plaza Independencia de Concepción, la principal de la ciudad. Se realizó en medio de la coyuntura crítica de la evacuación, por lo que los asistentes fueron en

24 *Diccionario de Autoridades*, RAE, Madrid, 1737, p. 391. No es tan diferente del actual Diccionario de la Real Academia Española, que define proclamar como "publicar en alta voz algo para que se haga notorio a todos".

su mayoría militares. No estaba todavía redactado el texto definitivo de la Proclamación, que ya se planificaba para el 12 de febrero.

La proclamación en Talca, Santiago y otras ciudades

El primer aniversario de la victoria de Chacabuco halló a O'Higgins en Talca, por lo que tuvo la ocasión de presidir allí la jura y proclamación, siempre en circunstancias dramáticas, pues las tropas realistas, acampadas al sur del río Maule, pudieron oír los cañonazos y las salvas con que se celebró el acontecimiento. Allí asistió también la población civil, incluyendo los sureños emigrados en las semanas previas, huyendo de la guerra. En esta ocasión se leyó y juró el acta de la proclamación, que Miguel Zañartu redactara y —en apariencia— imprimió Bernardo Monteagudo. No alcanzó a incluirse en ella las adiciones finales que pidió O'Higgins, que quedaron manuscritas. Otras copias del Acta y del Manifiesto se repartieron entre distintas localidades, para acompañar la Proclamación.[25] Así ocurrió en La Serena el 27 de febrero y en Copiapó a fines de marzo; en Curicó tuvo lugar el día 2 de ese mes, con un ejemplar rubricado por el mismo O'Higgins.[26] En Valdivia, en cambio, recién pudo efectuarse el juramento el 15 de junio de 1820, luego de la toma de la ciudad, misma razón por la cual el evento debió esperar hasta enero de 1826, en San Carlos de Chiloé, luego del tratado de Tantauco que materializó la anexión del archipiélago a Chile.

La ceremonia más lucida, sin duda, tuvo lugar en Santiago, también el 12 de febrero, coincidiendo con el primer aniversario de la Batalla de

25 Una prolija relación de los eventos en Santiago puede leerse en Alamiro de Ávila Martel, *Impresos relativos a la Declaración de la Independencia de Chile* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1969).

26 Valencia Avaria, "La declaración y proclamación de la Independencia", p. 30.

Chacabuco. El día previo, O'Higgins envió una nota al Director Delegado, Luis de la Cruz y Goyeneche, donde le instruía que "mañana al salir el sol se acabará en solemnizar este acto con el juramento que deben prestar los jefes y corporaciones, misa, sermón y *Te Deum* en la parroquia, en cuya función se harán repetidas salvas y descargas de fusil por la tropa que estará formada, con otras demostraciones de júbilo que indican la complacencia con que estos habitantes van a dar el último paso de nuestra regeneración política".[27]

Pedro Subercaseaux, *Jura de la Independencia en la Plaza de Armas de Santiago,* 1945. Óleo sobre tela, Museo Histórico Nacional.

27 Valencia Avaria, "La Declaración de la Independencia de Chile".

Bandera de la jura de la Independencia, 1818, Colección Museo Histórico Nacional

En la mañana del día 12 las autoridades y el pueblo concurrieron a la Plaza de Armas, donde se montó un escenario, frente al Palacio Directorial. Es la escena que ilustra el famoso cuadro de Fray Pedro Subercaseaux. La ceremonia fue iniciada por José Gregorio Argomedo, fiscal de la Cámara de Apelaciones, que pronunció un discurso en representación del gobierno; a continuación, el ministro Miguel Zañartu leyó el Acta de la Independencia. Luego, el Director Delegado, Luis de la Cruz, declaró: "juro a Dios y prometo a la patria bajo la garantía de mi honor, vida y fortuna sostener la presente declaración de independencia absoluta del Estado chileno de Fernando VII, sus sucesores y de cualquier otra nación extraña".[28] Luego juró José Ignacio Cienfuegos, añadiendo una frase importante para el pueblo católico: "Y así juro porque creo en mi conciencia que esta es la voluntad del Eterno"; después fue el turno de José de San Martín, como general en Jefe. Tras él, las demás autoridades y funcionarios públicos juraron en forma simultánea. Finalmente, el intendente de Santiago Francisco de Borja Fontecilla le tomó juramento al pueblo. En los días siguientes, las festividades continuaron con un Te Deum en la catedral de Santiago y una misa de acción de gracias. Las fiestas se prolongaron hasta el día 16.

28 Ávila Martel, *Impresos relativos a la Declaración de la Independencia de Chile.*

El texto que finalmente se juró en Santiago y otras ciudades tuvo múltiples vicisitudes. Un primer borrador fue rechazado por O'Higgins, quien tenía clara conciencia del sentido histórico del documento y sus implicancias internacionales. "Un justo temor al tribunal severo de la censura universal, decía en nota a de la Cruz, el respeto debido a la sabiduría de las naciones y refinada política de los gabinetes, me ha detenido suscribirle". Nombró, entonces, una comisión, integrada por Manuel de Salas, Juan Egaña, Miguel Zañartu y Bernardo de Vera y Pintado, para que redactara un nuevo texto. El 28 de enero se le remitió a Talca una propuesta, que habría sido obra de Miguel Zañartu y Santa María. O'Higgins lo aprobó, pues observó "en su contexto la más meditada, concisa y enérgica expresión". Le fueron añadidas tres anotaciones manuscritas, que no alcanzaron a agregarse al texto impreso. El texto no llevó firmas, sino hasta 14 años después. En 1832, el presidente José Joaquín Prieto, considerando que tan importante documento debía conservarse en el Palacio de Gobierno, ordenó que se lo reconstituyera bajo la dirección de Miguel Zañartu. El documento así reconstruido fue firmado por el mismo Zañartu, Hipólito Villegas y José Ignacio Zenteno, como ministros de Estado de aquel entonces, en las carteras de Gobierno, Hacienda y Guerra; debiendo ser enviado a Perú para que Bernardo O'Higgins lo pudiera firmar.

El Acta de la Proclamación, en síntesis, expresa que la fuerza había sido la razón suprema de la usurpación de los derechos del Nuevo Mundo por más de trescientos años. Superada la debilidad americana en el siglo XIX, era llegado el tiempo de la emancipación. La Junta de Gobierno del 18 de septiembre de 1810 había sido el primer paso y la guerra sostenida con convicción inspiró la resolución firme de proclamar la independencia. No permitiendo las circunstancias convocar a un Congreso Nacional, se había recurrido a la apertura de un Gran Registro, del cual ha resultado que la universalidad de los ciudadanos se manifiesta de manera irrevocable por la independencia. En el ejercicio del "poder extraordinario con que para este caso particular nos han autorizado los pueblos", procede el Director Supremo a declarar

solemnemente, a nombre de ellos, "en presencia del Altísimo, y hacer saber a la gran confederación del género humano, que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes, forman de hecho y por derecho, un Estado libre, independiente y soberano, y quedan para siempre separados de la Monarquía de España, con plena aptitud de adoptar la forma de Gobierno que más convenga a sus intereses". Declaración que se afianza con el honor, la vida, las fortunas y todas las relaciones sociales de los habitantes de este nuevo Estado.

Finalmente, por expresa disposición de O'Higgins, se consignó que fue dada "en el Palacio Directorial de Concepción a 1 de enero de 1818, firmada de nuestra mano, signada con el de la nación, y refrendada por nuestros ministros y secretarios de Estado, en los departamentos de Gobierno, Hacienda y Guerra". Haciendo con ello referencia a la fecha efectiva de la Declaración, que el Acta de Proclamación ahora solemnizaba frente al mundo y para la posteridad.

Como se desprende del texto, había acuerdo en hacer de Chile un Estado soberano, más no todavía en la forma —si de monarquía o república— que debía adoptar. Una indefinición muy similar se aprecia en la Declaración argentina del 9 de julio de 1816. Delicadas circunstancias internacionales, en particular el apoyo inicial a la monarquía hispana por la Triple Alianza y las ideas sostenidas por importantes próceres, como Bolívar y San Martín, hacían aconsejable no definir todavía este punto.

La Independencia material, naturalmente, debía superar todavía varios momentos, algunos de ellos muy dramáticos. Al desastre de Cancha Rayada cerca estuvo de seguirle una nueva emigración a Mendoza. La Batalla de Maipú, el 5 de abril, selló el destino del país, asegurando la liberación de Chile Central. Pero harían falta varios años y grandes padecimientos, para concretar la supremacía del nuevo Estado en el sur, asolado por la Guerra a Muerte, así como la incorporación de Chiloé. Las campañas del Perú exigirían también grandes esfuerzos humanos y económicos. Era necesario rearticular la sociedad, normalizar el comercio y obtener el reconocimiento de las demás naciones del orbe.

CAPÍTULO VII

La diplomacia de la revolución

Insertarse en un mundo turbulento

El nuevo escenario político abierto tras Chacabuco implicó no solo el proceso de formación de un gobierno capaz de ejercer el control en el territorio sobre el cual reclamaba su soberanía, sino también la búsqueda del apoyo de la comunidad internacional. La consecución y la consolidación de la independencia también se jugaban en el escenario diplomático, hecho que pronto se hizo patente para las dirigencias revolucionarias.

El problema no era unidireccional, ya que el desmembramiento territorial del imperio español en América fue visto con interés por las potencias atlánticas, que observaron en esta variación de relaciones políticas, geográficas y económicas una ocasión propicia para incluir estos nuevos territorios en su espacio de influencia. La "cuestión americana" fue parte importante de los conflictos por la hegemonía en el reordenamiento del escenario diplomático que siguió a la caída de Napoleón, donde la competencia entre los poderes surgidos tras 1815 vio en las tierras americanas un campo de ejercicio de su geopolítica.[1]

1 Rafe Blaufarb, "The Western Question: the geopolitics of Latin American Independence", *American Historical Review,* v. 112, n. 3 (2007), pp. 742–763.

La relevancia de la dimensión internacional del conflicto era evidente para los actores de la época. Para España, la complejidad de restablecer militarmente la obediencia en los vastos territorios americanos imponía la necesidad buscar el apoyo de otras potencias. Desde la restauración al trono de Fernando VII, la corona española permanentemente había estado intentando lograr la adhesión de la Santa Alianza en su política respecto a las colonias, esfuerzos que adquirieron un sentido de urgencia justamente en el bienio decisivo que examinamos: 1817 y 1818.

Las respuestas fueron disímiles. Por su locación, el imperio austriaco no tuvo mayor interés en la cuestión americana, y, de la mano de Metternich, fue partidario de no reconocer la independencia de las nuevas repúblicas, a menos que España lo hiciera primero.[2] Más proclive a la cooperación se mostró el imperio ruso. Al menos desde 1816, España había estado entablando conversaciones con el Zar para conseguir su apoyo militar contra los insurgentes americanos, aunque condicionando su ayuda a concesiones económicas o territoriales. La firma del tratado de Madrid en 1817 fue una muestra de este acercamiento.[3] Por este acuerdo, Fernando VII adquirió una flota de segunda mano al Zar Alejandro I, compuesta de 5 navíos de línea y 3 fragatas, barcos que arribaron a Cádiz en febrero de 1818, aunque nunca entraron en operación dada su lamentable condición.

Algunos consejeros de Fernando VII como el Duque de San Carlos, le sugirieron que una intervención armada conjunta de las potencias europeas contra los insurgentes hispanoamericanos pasaba, necesariamente, por la cesión territorial de algunas de sus posesiones americanas. Según el diagnóstico del Secretario de Estado, la situación en

2 William Spence Robertson, "Metternich's attitude toward revolutions in Latin America", *Hispanic American Historical Review,* v. 21, n. 4 (1941), pp. 538–558.

3 Dexter Perkins, "Russia and the Spanish Colonies, 1817–1818", *American Historical Review*, v. 4, n. 1 (1923), pp. 656–672

las colonias era tan adversa que era imposible para la corona, por sí misma, reconquistar sus posesiones. Y la única manera de lograr una ayuda que no se quedase relegada al apoyo moral, era sacrificar algunas provincias para conservar otras. Así, en septiembre de 1817 sugería que Cuba y Panamá fueran cedidas a Gran Bretaña, la parte española de Santo Domingo a Francia, y la Guyana a Holanda.[4]

La Santa Alianza, c. 1815, Aguafuerte, British Museum.

4 Michael P. Costeloe, *La respuesta a la Independencia. La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810–1840* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), p. 254.

Las sugerencias del Duque de San Carlos fueron desestimadas, y la corona española apostó por la inclusión en la agenda de discusión del Congreso de Aquisgrán la llamada "cuestión americana", espacio donde esperaba encontrar el respaldo de las coronas europeas para la reconquista de sus colonias. Sin embargo, y pese a sus pretensiones, España no fue invitada al congreso que sesionó en octubre de 1818. Y además, sus propósitos encontraron obstáculos especialmente en la postura británica.[5] El planteamiento defendido por Lord Castlereagh era contrario a una intervención armada conjunta, en beneficio de otros mecanismos, como la mediación, el armisticio, una amnistía general, la igualdad de las colonias y la liberalización del comercio, requisitos que la corona española rechazó de plano.

Contar con el apoyo internacional en este momento fue también una de las preocupaciones centrales de los insurgentes hispanoamericanos. Así lo evidencia el conjunto de comunicaciones que, tras Chacabuco, O'Higgins procedió a dirigir a varias potencias europeas y americanas, promocionando los beneficios que supondría para sus intereses la independencia del país. En el mensaje dirigido al Presidente de Estados Unidos, describió los recursos naturales que le permitían a Chile organizarse como Estado autónomo —"una población abundante y las riquezas que contiene Chile en su seno ofrecen la existencia de un poder permanente que asegure la independencia de esta parte preciosa del Nuevo Mundo"— pero también subrayó que la afinidad de principios revolucionarios entre ambos países facilitaría una eventual alianza. Como afirmaba el Director Supremo, "la identidad de principios en la contienda de este país con los que movieron el esfuerzo de esos Estados para su emancipación", permitía tener "más favorables disposiciones para vigorizar el comercio, para estrechar la amistad y

5 Jacques Droz, *Europa: restauración y revolución, 1815–1848* (Madrid: Siglo XXI, 1993), p. 240.

para remover todo obstáculo contra las relaciones amigables y buena inteligencia entre ambos países".[6]

En el mensaje dirigido al Rey de Holanda, O'Higgins destacó tanto los "inmensos recursos de este Estado" como el "sistema liberal" que lo regía, escenario que debería hacer de Chile un territorio atractivo para el comercio holandés si se consideraban las dificultades que al mismo habían ocasionado las guerras napoleónicas en Europa.[7] Consciente del poder que había adquirido tras Waterloo, el Director Supremo también dirigió una misiva al Zar de Rusia, calificando a Alejandro I como el "héroe que ha salvado la Europa". Allí, mostrando desconocimiento de los lineamientos políticos que seguía la diplomacia rusa en aquellos momentos, O'Higgins le hizo notar las ventajas que supondría para su imperio el comercio en territorios lejanos, pero también que con el conocimiento directo que tendrían sus súbditos de las cualidades de Chile se podrían "deshacer en el ánimo imperial de V. M. las imposturas inventadas por nuestros enemigos para que no se consideren por los poderes de Europa en su verdadero aspecto nuestras pretensiones".[8]

Inglaterra fue el país que concentró la mayor cantidad de elogios —"el pueblo más libre y poderoso del globo", lo llamó O'Higgins—, y en donde el interés por el reconocimiento del proceso independentista fue más evidente. "Nuestros puertos —decía el Director Supremo— están francos para todas las naciones, pero para ninguna más que para la que es dueña de los mares y que se halla, por lo mismo, en más proporción de llevar a los lejanos países la fama ilustre del augusto Príncipe que la

6 Bernardo O'Higgins al Presidente de Estados Unidos, 1º de abril de 1817, en *Archivo O'Higgins,* VII, pp. 174–175.

7 Bernardo O'Higgins al Rey de Holanda, 1º de abril de 1817, en *Archivo O'Higgins,* VII, pp. 175–176.

8 Bernardo O'Higgins al Zar de Rusia, 1º de abril de 1817, en *Archivo O'Higgins,* VII, pp. 176–177.

hace feliz, por la liberalidad de su administración".[9] La centralidad política de Inglaterra en el concierto de las naciones, su peso económico y la hegemonía de su poder naval tornaban fundamental su alianza para asegurar el éxito de la emancipación chilena. Esto explica, según Baeza, el énfasis de O'Higgins en priorizar las relaciones con Inglaterra en lugar de cualquier otra potencia.[10]

En busca del apoyo británico

En realidad, la ansiedad de contar con el respaldo de Inglaterra llegó a adquirir ribetes dramáticos si se consideran, por ejemplo, las regalías económicas y territoriales que estaba dispuesto a conceder Antonio José de Irisarri. Desde Londres, el guatemalteco le exponía en junio de 1817 a O'Higgins algunos elementos que, en su juicio, permitirían a Inglaterra aliarse a la causa independentista hispanoamericana. Lo que había que hacer al respecto era proceder pragmáticamente, pues "creer que podemos encontrar protección de nadie sin dar en cambio de ella una utilidad correspondiente, es no conocer la naturaleza de los negocios políticos". Inglaterra no necesitaba a Chile, de modo que "nosotros somos los que, como únicos interesados, debemos ofrecer ventajas por la protección que necesitamos". Establecido dicho principio, Irisarri sugería dos alternativas. Una era ofrecer el monopolio exclusivo del comercio por un período de 10 años, a cambio de la protección de la armada británica. Pese a parecer un ofrecimiento contrario a los intereses económicos de Chile, Irisarri invitaba a considerar la situación

9 Bernardo O'Higgins al Rey de Inglaterra, 1º de abril de 1817, en *Archivo O'Higgins,* VII, p. 178.

10 Andrés Baeza, "Imperio, Estado y Nación en las relaciones entre chilenos y británicos durante el proceso de independencia hispanoamericano, 1806–1831", *Revista de Historia y Geografía,* n. 36 (2017), p. 82.

actual de la guerra, y lo costoso que había sido el proceso revolucionario: "Consideremos que ya llevamos siete años desde el principio de la revolución, y que todavía estamos como el primer día, ni más ni menos. Consideremos también, que mientras no esté asegurada en modo alguno nuestra suerte, no puede tomar mucho vuelo nuestro comercio".

Otra alternativa planteada por el guatemalteco era ofrecer una cesión territorial estratégica al imperio británico, sugiriéndose la entrega del archipiélago de Juan Fernández o bien del puerto de Valdivia. Para Irisarri, la posesión de dichos enclaves era solo nominal para el Estado chileno, y le reportaban al erario más gastos que réditos económicos. Por el contrario, que resultarían atractivos para la dimensión geoestratégica del poderío inglés, que en caso de desearlo igualmente podría apoderarse por la fuerza de dichas plazas.[11]

Antonio José de Irisarri, Acuarela, Colección Museo Histórico Nacional

Antes de recibir estas comunicaciones de Irisarri, O'Higgins ya había decidido el envío de José Antonio Álvarez Condarco en misión a Londres, con el propósito de gestionar la compra de barcos y pertrechos de guerra para continuar la lucha. Álvarez Condarco era una figura de confianza tanto para O'Higgins como, sobre todo, para San Martín, de quien fuera secretario personal y había luchado como su ayudante de campo en Chacabuco.

11 Antonio José de Irisarri a Bernardo O'Higgins, 25 de junio de 1817, *Archivo O'Higgins,* IV, pp. 246–251.

Los fondos que le fueron asignados para la misión eran escasos, consistiendo en unos 30 mil pesos, de los cuales 25 mil eran de cuenta del erario chileno, y 3 mil de San Martín. Con seguridad, señala Barros Arana, por lo reducido del presupuesto y los peligros de que los navíos y pertrechos fuesen capturados durante la travesía, las instrucciones consignaban que los vendedores mismos debían responsabilizarse del traslado, siendo pagados en Chile.[12]

En mayo de 1817 Álvarez Condarco emprendió desde Buenos Aires la travesía hacia Inglaterra. Allí pudo gestionar la adquisición del navío *Cumberland,* que había estado al servicio de la East Indian Company, que se convirtió en el buque más importante de la naciente escuadra chilena —siendo rebautizado como *San Martín*—, arribando a Valparaíso en mayo de 1818: embarcaba 40 cañones, 7 oficiales y 130 marineros, y era comandado por el oficial William Wilkinson. Uno de los mayores aciertos de Álvarez Condarco desde Londres, cabe recordarlo, fue negociar la incorporación de Lord Thomas Cochrane a la armada en formación.

Cochrane, que había sido dado de baja de la marina británica, había publicitado en 1817 su disposición para servir como oficial en el Nuevo Mundo. La fama de Cochrane, forjada en los combates navales de la era de las revoluciones —que le valió, entre otros, el apodo de "Lobo del mar"— concitó el pronto interés de diferentes países. España, por ejemplo, intentó incorporarlo a su armada, lo mismo que Venezuela. Con todo, las gestiones de Álvarez Condarco resultaron más fructíferas. Y aunque uno de sus encargos fue supervisar la construcción de un vapor para servir a la flota chilena, las urgencias de la guerra en Chile y la amenaza de una inminente expedición naval española de reconquista, apresuraron su partida al país.[13]

12 Barros Arana, *Historia General,* XI, p. 89

13 Thomas Cochrane, *Memorias de Lord Cochrane, conde de Dundonald* (Lima: Imprenta de José Masías, 1863), 1–3.

Así, solo unos días después de la declaración de la independencia, el tucumano informaba al gobierno: "Tengo la satisfacción de anunciar a V. S. que el Lord Cochrane está enteramente resuelto a pasar a Chile para dirigir nuestra marina y cooperar decididamente en la consolidación de la libertad e independencia de esa parte de América". Las esperanzas depositadas en la figura del marino británico eran grandes, según la descripción que el mismo Álvarez Condarco le realizó a O'Higgins al notificarle de la partida rumbo a América de Cochrane: "Este hombre es un marino de conocido valor, talento y opinión y a más es un filósofo, hecho que no necesitamos mucho para tenerlo contento".[14]

Si Álvarez Condarco tenía como objetivo gestionar la adquisición de pertrechos y navíos para las fuerzas chilenas, a fines de 1817 O'Higgins decidió también instalar en Londres otro agente, con propósitos políticos y diplomáticos. La persona más idónea para asumir esta responsabilidad, en la perspectiva del Director Supremo, era el mismo Irisarri quien, por desgracia, ya había emprendido su retorno a Chile. Con todo, las instrucciones redactadas por O'Higgins en noviembre de 1817 y que buscaban proporcionar una hoja de ruta para el accionar diplomático de Irisarri son ilustrativas de las diversas aristas que se jugaban en el frente internacional. Los arbitrios que proponía O'Higgins para lograr el reconocimiento británico eran múltiples. Entre estos, por cierto, se subrayaban los beneficios económicos que le reportaría al comercio inglés la apertura de los mercados hispanoamericanos, sugiriendo que debían publicarse en la prensa británica las estadísticas económicas chilenas, para corroborar este aspecto. Irisarri también debía desplegar una campaña informativa desde Londres en la que presentaría a la opinión pública europea los avances y logros de la revolución, de modo de inclinar las adhesiones hacia los insurgentes.

14 Citado en Fernando Campos Harriet, "Las misiones de Álvarez Condarco en la emancipación americana", *Mapocho,* v. 15, n. 4 (1966), p. 242.

Finalmente, O'Higgins sugería estrechar lazos con el barón Holland, cuya influencia podía hacerse notar en el gabinete londinense. Asimismo, facultaba a Irisarri a brindar patentes de corso a los marinos británicos que pudiesen hacer uso ventajoso de esta facultad. Incluso, lo autorizaba a ofrecer "el descuento por diez años del dos por ciento sobre los derechos de entrada y tonelaje, a más de las ventajas comunes que resultan de la proporción del país y en que será preferida la nación que se decida en protegernos".[15]

José Antonio Álvarez Condarco

Como señalamos, al momento de redactar estas instrucciones para Irisarri, el guatemalteco ya había emprendido el viaje de retorno a Chile. Cuando se le comisionó nuevamente a Londres, un año después, el escenario político, militar y diplomático era diferente, así como los propósitos de su misión: se trataría entonces de buscar el reconocimiento de la independencia chilena y gestionar un préstamo para el financiamiento de la Expedición Libertadora del Perú. Pero eso ya es parte de otra historia.[16]

15 Las instrucciones se reproducen en Ricardo Donoso, *Antonio José de Irisarri, escritor y diplomático* (Santiago: Universidad de Chile, 1934), p. 65–66.

16 Charles William Center, "La misión Irisarri a la Gran Bretaña, 1819–1823", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* n. 28 (1944), pp. 5–16.

La esquiva alianza con Washington

Al igual que en el caso británico, la actitud estadounidense frente al proceso independentista hispanoamericano fue ambigua, especialmente en estos años. Si para la política internacional británica la alianza con España se pensaba en clave estratégica, porque era un factor central que le permitía mantener la paz continental y porque este posicionamiento le posibilitaba también beneficiarse de la apertura hacia el comercio con sus colonias que Fernando VII hacía como concesión por este apoyo, Estados Unidos poseía otros intereses en mantener una relación cordial con España.[17] Su principal motivación era, sin duda, en lograr de parte de Fernando VII la cesión territorial de Florida del este.[18]

De este modo, la actitud de Estados Unidos hacia el proceso independentista hispanoamericano fue confusa. Porque si bien en 1811, al constatar la efervescencia revolucionaria, el Congreso norteamericano procedió a la formación de un Comité para las Colonias Hispanoamericanas, el accionar quedó circunscrito al apoyo moral a su causa, y a facilitar el contrabando de armas a los insurgentes. La misma guerra que sostuvo con Inglaterra entre 1812 y 1815 suspendió cualquier tipo de interés en la situación hispanoamericana. Incluso tras ese conflicto, EE.UU. siguió observando una estricta neutralidad respecto a las colonias españolas. En ese sentido, la política seguida por el Presidente Madison fue el envío de agentes con miras a estrechar lazos comerciales, pero sin mediar un apoyo diplomático decidido.[19]

17 D. A. G. Waddell, "La política internacional y la independencia latinoamericana", en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina. 5: La Independencia* (Barcelona: Crítica, 2000), pp. 216–220.

18 James E. Lewis, *The American Union and the problem of neighborhood: The United States and the collapse of the Spanish Empire, 1783–1829* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998).

19 Stefan Rinke, *América Latina y Estados Unidos. Una historia entre espacios desde la época colonial hasta hoy* (Madrid: Marcial Pons, 2015), pp. 44–46.

Con el ascenso de James Monroe al poder, la política norteamericana dio un leve giro, demostrando mayor preocupación por la situación del hemisferio sur, donde el panorama había cambiado de forma importante con la declaración de independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata a mediados de 1816, y con la batalla de Chacabuco. Así, durante 1817 se conformó una misión destinada al levantamiento de información sobre la situación de los países, insumos fundamentales para delinear una política internacional al respecto. Aunque originalmente Monroe había pensado en enviar nuevamente a Sudamérica a Joel R. Poinsett, la negativa de éste —había aceptado un cargo político en Carolina del Sur— lo obligó a redefinir el plan inicial.

La comisión estuvo compuesta por Cesar Rodney, John Graham y Theodorick Bland, hombres de dilatada experiencia política y diplomática. Rodney, por ejemplo, había sido congresista por Delaware; Graham había desempeñado cargos en la legación estadounidense en Madrid, mientras que Bland oficiaba como juez en Baltimore.[20] Con los miembros de la comisión definidos, el Presidente Monroe explicó en diciembre de 1817 al Congreso de Estados Unidos los alcances de la misión en general y las razones que tenía su gobierno para promover acercamientos:

> "Los Estados Unidos han mirado la lucha empeñada por las colonias del sur del continente no como una insurrección o rebelión ordinaria, sino como una guerra civil entre bandos relativamente iguales y que tienen idénticos derechos respecto de las potencias neutrales […] Si las colonias establecen su independencia, lo que ya pue-

20 Harold F. Peterson, *Argentina and the United States 1810–1960* (Nueva York: State University of New York, 1964), pp. 38-39.

> de presumirse, este Gobierno no impedirá ni aceptará de ellas ninguna ventaja comercial o de cualquier otra clase que no sea igualmente ofrecida a todas las demás naciones. Las colonias, en ese caso, se transformarán en Estados independientes, libres de toda obligación o dependencia para con nosotros".[21]

En paralelo, y demostrando que el interés por afianzar lazos era recíproco, aunque respondía a motivaciones diversas, tanto San Martín como O'Higgins dirigieron sus miras hacia EE.UU., en especial para procurarse el equipamiento naval necesario para la derrota definitiva de las tropas españolas. San Martín cruzó de vuelta Los Andes en marzo de 1817 para consolidar las relaciones entre los gobiernos de Chile y de Buenos Aires, pero también para gestionar el envío de un agente a Estados Unidos para hacerse de buques.

Para dicha misión, el gobierno chileno le había proporcionado a San Martín 100 mil pesos, comprometiéndose a enviarle otras dos remesas por montos similares. A fines de marzo fue enviada la primera de estas, a cargo de Pedro Sosa, quien ocultando el dinero en fardos y a lomo de mula logró conducirlo hasta Buenos Aires en mayo. La tercera llegó a destino en enero de 1818. Con esos recursos, San Martín, por recomendación de Juan Martín de Pueyrredón, nombró a Manuel Aguirre para dicha misión.[22] La designación de Aguirre, abogado, miembro de la Logia Lautaro y comerciante de buena posición, fue bien vista por O'Higgins, quien reconoció que la comisión serviría para "fijar la

21 Citado en Alberto Cruchaga, *Estudios de historia diplomática chilena* (Santiago: Andrés Bello, 1962), p. 40.

22 Barros Arana, *Historia General,* t. XI, pp. 65–66.

independencia de todo el mediodía", en caso de lo cual Chile "mirará en V. a su libertador".[23]

En abril de 1817 finalmente, fue firmado el convenio con las respectivas instrucciones para el desempeño de la misión de Aguirre. La principal era la construcción de dos fragatas de 34 cañones, o bien la compra de dos buques afines, dada la premura del escenario bélico. La adquisición de los buques de guerra implicaba también gestionar la contratación de sus tripulantes y oficiales, cuyos sueldos serían similares a los ofrecidos en la marina estadounidense, concediéndoseles además la mitad de las presas que hiciesen. Aguirre, que llevaba decenas de patentes de corso y 100 mil pesos de parte del gobierno chileno, quedaba facultad para adquirir, a nombre del gobierno, empréstitos que le permitiesen el cumplimiento de su propósito. La gestión del bonaerense era estimulada al prometérsele de que, en caso de tomar Lima con el concurso de los barcos contratados por él, se le otorgaría una bonificación de 100 mil pesos.

En julio de 1817 Aguirre arribó a las costas norteamericanas, al puerto de Baltimore. Una de sus primeras medidas fue concertar una reunión con el presidente Monroe, no solo para darle a conocer formalmente la declaración de independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sino también para lograr el reconocimiento de la misma por parte de Estados Unidos, esfuerzos que no lograron despertar las simpatías ni de Monroe ni del secretario de Estado John Quincy Adams.[24]

Si en Washington fracasó, en Nueva York Aguirre pudo gestionar sin mayores inconvenientes la fabricación de dos fragatas según las instrucciones del gobierno chileno, y procuró armarlas. Según sus cálculos, la construcción de los navíos debía finalizarse en noviembre,

23 Bernardo O'Higgins a Manuel H. Aguirre, Concepción, 4 de junio de 1817, en *Archivo O'Higgins*, t. XXXI, p. 3.

24 Alberto Palomeque, *Oríjenes de la diplomacia arjentina. Misión Aguirre a Norte América* (Buenos Aires: Establecimiento Gráfico Robles & Cía., 1905), pp. 39–59.

estando en condiciones de recalar en Valparaíso a fines de abril de 1819. No obstante, cuando los barcos estaban dispuestos para emprender el viaje a Valparaíso —con los nombres de *Horacio* y *Curiacio*—, Aguirre fue apresado en Nueva York, acusado por el cónsul español residente allí de violar las leyes de neutralidad norteamericanas que le impedían vender armamentos, aunque fue liberado días después. Tras un convenio con unos ciudadanos norteamericanos, Aguirre logró despachar las naves hacia Chile. La *Horacio,* rebautizada como *Independencia*, se incorporó a la flota nacional en noviembre, pero la *Curiacio*, al mando del capitán John Skinner no pudo incorporarse. La deuda del barco estaba a su cuenta, y no fue posible para el agente chileno en Buenos Aires, Miguel Zañartu, saldarla. Así, en junio de 1819 Skinner se dio a la fuga y vendió la embarcación desmantelada al gobierno portugués en Río de Janeiro.[25]

Mientras Aguirre buscaba establecer un acercamiento diplomático a nombre de los gobiernos rioplatense y chileno, así como gestionar la adquisición de buques, a inicios de 1818 tenían lugar una serie de tratativas de los agentes estadounidenses llegados al país. De hecho, tras la proclamación de la Independencia en febrero de 1818, John B. Prevost, agente especial comisionado estadounidense, se reunió con O'Higgins para indagar sobre el eventual desarrollo de las relaciones entre ambos países. Según lo comentado por Prevost, O'Higgins habría subrayado la importancia del reconocimiento norteamericano para la lucha independentista en América del Sur, pues recelaba de las potencias europeas que, por sus principios políticos serían "necesariamente hostiles a las repúblicas". El diplomático estadounidense le comentó que la neutralidad que mantenía su gobierno sobre el conflicto con España podía romperse en caso de cumplir ciertos requisitos, como el afianzamiento e institucionalización del orden político interno del

25 Gonzalo Bulnes, *Historia de la Espedicion Libertadora del Perú (1817–1822)* (Santiago: Rafael Jover, 1887), t. I, pp. 40–52.

nuevo Estado y asegurar militarmente la independencia con la toma de Lima.[26]

Sintomáticamente, pocos días antes de Maipú, el agente especial de EE.UU. W. G. D. Worthington procedió al nombramiento de vicecónsules en el país. En Santiago y Valparaíso, el cargo residió en Henry Hill, mientras que en el norte del país, en los puertos de Coquimbo y Huasco, el nombramiento recayó en Washington Stewart.[27] Días después, tras comunicar los resultados de la decisiva batalla de Maipú, el otro agente especial norteamericano, John B. Prevost, llegó a la conclusión de que este hecho de armas había supuesto un vuelco irreversible en la situación chilena, por lo que admitía que la presión por el reconocimiento de la independencia aumentaría hacia Estados Unidos, destacando las ventajas económicas que le reportarían a su nación los intercambios económicos con Chile.[28]

El énfasis en las ventajas que el intercambio comercial con un Chile independiente le reportaría a Estados Unidos fue un lugar común en los escritos de los diplomáticos norteamericanos. Ese fue el tenor del informe más relevante al respecto, el que elaboró el comisionado Theodorick Bland a mediados de 1818. Bland, uno de los miembros de la comisión enviada por Madison, había arribado al país un mes después de la batalla de Maipú. Durante un par de meses, sostuvo una serie de entrevistas tanto con O'Higgins como con Antonio José de Irisarri, quien ya estaba de vuelta tras su periplo europeo. Tras recorrer el país, levantar información geográfica, económica y estadística, así como indagar en el sentir político de la población, Bland partió en julio

26 John B. Prevost a John Quincy Adams, 13 de febrero de 1818, en William R. Manning, *Diplomatic correspondence of the United States concerning the Independence of the Latin-American nations* (Nueva York: Oxford University Press, 1925), v. II, p. 914.

27 W. G. D. Worthington a John Quincy Adams, 8 de abril de 1818, en Manning, *Diplomatic correspondence,* v. II, p. 919.

28 John B. Prevost a John Quincy Adams, 9 de abril de 1818, en Manning, *Diplomatic correspondence,* v. II, p. 920.

de 1818. El detallado informe que elaboró con esta información, que dirigió al gobierno norteamericano en noviembre de 1818, fue publicado finalmente en Londres en 1820.

El informe de Bland, que se nutrió con la información que le proporcionó Irisarri, resulta clave pues se trata del informe más extenso y detallado realizado a la luz de los objetivos que perseguía el gobierno norteamericano cuando envió a sus agentes a Sudamérica: recabar información de primera mano para ponderar las ventajas que supondría un reconocimiento de las independencias de dichos países.

Como era esperable, Bland insistió en las potencialidades económicas que reportaría el establecimiento de lazos comerciales entre ambos países, en especial si se consideraba la riqueza mineral y agrícola de Chile, cuya fertilidad le situaba como "el granero de todas las regiones tropicales bañadas por el Pacífico". Y si bien reconocía que la tendencia a la concentración militar del poder en la figura de O'Higgins no lo alejaba mucho del poder que detentaban los virreyes, avizoró las ventajas que gozaba el país para constituirse en un Estado independiente, próspero y libre. La homogeneidad étnica de sus habitantes, el carácter incuestionable de las fronteras que limitaban su territorio, así como su apertura al Pacífico le permitían al agente estadounidense señalar que "no se halla lejano el día en que, a pesar de los bandos e intrigas, y de los fermentos ocasionales de sus viejas instituciones, esta tierra será admirada y respetada por las naciones del globo como otra de las repúblicas bien organizadas de nuestro continente". Así, y con las reservas del caso, aunque Bland reconocía en su informe "una viva simpatía y un profundo interés por los destinos de un bravo y generoso pueblo que lucha por su libertad", no se pronunciaba sobre la necesidad de reconocer la independencia, dejando esa resolución en manos del Gobierno estadounidense.[29]

29 Theodorick Bland, *The present state of Chili, from the report laid before Congress* (Londres: J. M. Richardson, 1820).

Carrera en los Estados Unidos y la expedición que no fue

La misión Aguirre no fue la primera que buscó establecer lazos diplomáticos con los Estados Unidos, así como procurar allí la obtención de pertrechos, buques y el enrolamiento de oficiales para la guerra de independencia. En noviembre de 1815 José Miguel Carrera se había embarcado en Buenos Aires para realizar este propósito. Y aunque el viaje de Carrera se dio antes del marco temporal examinado en estas páginas, su regreso desde Norteamérica coincidió con el cruce de Los Andes.

En efecto, el 9 febrero de 1817 recalaba en Buenos Aires tras un viaje de poco más de un año, en donde no solo trató con el Presidente de EE.UU. James Madison y su secretario de Estado James Monroe, sino que también consiguió enlistar a un selecto grupo de oficiales, entre los que se contaban Alberto Blacler d'Albe y José Rondizzoni. Asimismo, logró conseguir cinco barcos: la corbeta *Clifton,* la fragata *General Scott,* la goleta *Davey* y los bergantines *Regente* y *Savage.*[30]

Paradójicamente el arribo de Carrera a Buenos Aires coincidió con la recepción de las noticias del triunfo de Chacabuco el 12 de febrero, un verdadero balde de agua fría para quien ansiaba liderar la liberación del país. Con todo, buscó asumir un rol protagónico en el resto de las campañas militares que se anunciaban en el horizonte. Así, el 26 de febrero escribió al Director Supremo Pueyrredón:

> "Parece que cambian las circunstancias a vista de la gloriosa acción de Chacabuco; pero no la necesidad de dominar el Pacífico, único paso que puede asegurarnos la ruina

30 El itinerario de Carrera puede seguirse en el *Diario de viaje a Estados Unidos de América* (Santiago: Editorial Universitaria, 2015).

> de nuestros opresores. Dígnese V. E. reflexionar sobre tan interesante asunto, no olvidando que puede duplicarse la fuerza de la flotilla, sin desembolso de este erario, y que debe contarse con la seguridad y protección que he insinuado a V. E."[31]

El fantasma de Carrera despertó el resquemor tanto en Pueyrredón como, sobre todo, en San Martín y O'Higgins. La reaparición en el escenario político acompañado de una importante escuadra, un conjunto de oficiales y la influencia que aún poseía en parte de las tropas chilenas, abrían otro flanco de conflicto potencial que era preciso clausurar por las dirigencias rioplatenses que habían apostado por el liderazgo o'higginiano.[32]

Así, parte de los esfuerzos desplegados por San Martín en aquel momento fueron en la línea de conjurar el peligro que representaba Carrera, instando a Pueyrredón a impedirle el paso con su flotilla hacia Chile. Y aunque hubo algunos acercamientos ante la eventualidad de poner a disposición del gobierno del Río de la Plata la escuadra naval conseguida en Estados Unidos, restándose de su conducción, pero a cambio de una asignación anual, lo cierto es que las tratativas fracasaron ante la oposición sanmartiniana.

En ese escenario, Carrera barajó la posibilidad de emprender la expedición hacia Chile prescindiendo de la autorización del gobierno rioplatense. Estas tratativas pronto llegaron a oídos de las autoridades, por lo que finalmente Pueyrredón lo apresó a fines de marzo, encerrándolo a bordo del bergantín *Belén*. Días después tuvo una conferencia con San Martín, donde éste le expuso la imposibilidad de retornar a

31 Citado por José Miguel Barros en el prólogo al *Diario de viaje*, p. 22.
32 Bragoni, *José Miguel Carrera*, pp. 148-150.

Chile, mientras su proyecto militar para liberar a Chile no hubiese culminado. San Martín retornaría a Chile pensando que su entrevista con Carrera —en la que le habría dicho "O'Higgins y yo estamos resuelto a ahorcar en el término de media hora a todo aquel que trate de oponer resistencias al gobierno"[33]— había sido suficiente para disuadirlo de cualquier intento por cruzar los Andes, y que emprendería el retorno a Estados Unidos.

La verdad es que días después de la entrevista en la cárcel, Carrera escapó con ayuda, huyendo hacia Montevideo. El 8 de mayo Pueyrredón le comunicaba a San Martín la noticia: "José Miguel Carrera está en Montevideo; y se me avisa de allí que piensa pasarse a Chile para formar montoneras. Esté V. prevenido, y adviértaselo a O'Higgins para que pague su merecido si ejecuta este criminal intento".[34]

En Montevideo, su nueva base de operaciones, Carrera desplegó una intensa actividad política, pero también editorial. Desde allí, y un mes después de la batalla de Maipú, Carrera publicó un *Manifiesto,* en el que intentaba reevaluar el desarrollo histórico de la independencia a la luz de su propia actuación. En cierto sentido, lo que estaba en el fondo de su intención era reposicionar su figura frente a la opinión pública que, obnubilada por el triunfo de Maipú y las figuras de San Martín y O'Higgins, lo relegaba a un lugar secundario y minusvaloraba su aporte a la causa independentista. Carrera justamente buscaba rescatar su empeño en sostener la lucha desde los inicios del proceso, esfuerzos que tuvieron en su misión a Estados Unidos su punto cúlmine, "el testimonio más brillante de la energía de mi patriotismo".

Para Carrera, la requisición de su flotilla por parte del gobierno bonaerense no solo había significado la destrucción de "la obra de mis servicios con un golpe de poder arbitrario" sino que también había

33 Citado en Barros Arana, *Historia General,* XI, p. 80.

34 Citado en José Pacífico Otero, *Historia del Libertador don José de San Martín* (Buenos Aires: Talleres Gráficos de Bernard, 1944), t. III, p. 156.

despojado "a Chile de grandes y permanentes recursos para la guerra de la Independencia". Sin esa medida, la flotilla que él había adquirido en Estados Unidos le había permitido a los revolucionarios finiquitar antes la lucha contra los españoles, permitiéndole contrarrestar el dominio incuestionable que tenían los realistas en el Pacífico, apresurando la capitulación de las fuerzas resguardadas en Talcahuano. Del mismo modo, aceptar las fuerzas navales lideradas por Carrera les habría ahorrado a los gobiernos del Río de la Plata y de Chile incurrir en mayores gastos y empréstitos para solventar la compra de nuevos barcos. "Los pueblos —aseguraba— no se hubieran empobrecido con la extracción de ingentes contribuciones a un país extranjero […] y el crédito del éxito feliz de mi empresa hubiera alentado a los especuladores para repetir sus expediciones de auxilios al grande objeto de la Independencia de unos Pueblos que aumentan la esfera de sus especulaciones mercantiles".

Pero también el *Manifiesto* le sirvió a Carrera para publicitar una de sus tesis más recurrentes en adelante: que el triunfo de Maipú implicaba el peligro latente de otra dominación, ya no de parte de los españoles, sino de los rioplatenses. Por eso quería "avisar a los Pueblos de los peligros que los circundan, y prevenirlos contra las redes que arma cautelosamente la ambición detestable de un enemigo doméstico encubierto con el Paladion de la Libertad Pública".[35]

En junio, Carrera insistiría en este punto, ahora fuertemente impactado por el fusilamiento de sus hermanos en Mendoza. "Están decretados vuestros destinos. Escuchad… Chile será una colonia de Buenos Aires como lo fue de España en otros tiempos", sentenciaba. Y añadía que tanto O'Higgins como San Martín poseían "el carácter bárbaro y feroz de los Murillos y los Morales, que inundaron de sangre americana

35 José Miguel Carrera, *Manifiesto que hace a los pueblos de Chile* (Montevideo: Imprenta Federal, 1818).

las fértiles campiñas de Caracas y Bogotá". Por eso interpelaba a los chilenos "para sacudir ese pesado yugo con que pretenden vuestros *libertadores* unciros al carro de sus caprichos ambiciosos".[36]

Caricatura contra San Martín y O'Higgins, c. 1818, Grabado coloreado atribuido a Manuel José Gandarillas, Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.

En verdad, las reclamaciones de Carrera partían de algunos elementos que tornaban verosímiles sus aprehensiones. Los mismos rioplatenses, que habían apoyado militarmente la revolución, mostraban vacilaciones para reconocer la independencia del Estado chileno. O'Higgins

36 José Miguel Carrera, *Un aviso a los pueblos de Chile* (Montevideo: Imprenta Federal, 1818).

envió a Miguel Zañartu como embajador a Buenos Aires, un jurista hábil y de su mayor confianza. Una de sus principales tareas era obtener el reconocimiento definitivo de Chile como nación soberana. Por fin, tras varios meses de gestiones, en nota fechada el 16 de diciembre de 1818, comunicaba a O'Higgins: "Tengo el agrado de acompañar a V. E. el Decreto del Soberano Congreso de estas Provincias, sobre el reconocimiento de la absoluta Independencia de ese Estado".[37]

El Director Supremo, como hemos visto, dirigió sendas comunicaciones a varias potencias, ofreciéndoles facilidades comerciales y anticipando la constitución de un Gobierno independiente. Fue uno de los objetivos de la misión de Irrisarri a Londres, que solo se lograría en 1825. Antes de eso, Estados Unidos, el adversario comercial de Inglaterra reconoció formalmente a Chile y a los demás países hispanoamericanos en marzo de 1822, aun cuando la acción de sus agentes, como J. R. Poinsett y Teodorick Bland, ya de hecho lo había significado.[38]

No fueron estos, sin embargo, los primeros países en reconocer la independencia de Chile, sino Portugal, en agosto de 1821, aunque sin mayores consecuencias, que buscaba simpatías en la región antes de intentar ocupar la Banda Oriental del Río de la Plata. En virtud de estos reconocimientos, Chile firmó sus primeros tratados internacionales. Con las Provincias Unidas del Río de la Plata, el 5 de febrero de 1819, para instar al fin de la dominación española en Perú; y con Colombia, un tratado de Amistad, Liga y Confederación, que fue extendido al Perú en 1823.

Dos actores que importaban mucho, por su relación histórica y su valor simbólico, eran la Santa Sede y España. La primera recién

37 *Archivo O'Higgins,* v, p. 42.

38 Sergio Rodriguez Rautcher, *Influencia de los Estados Unidos en el proceso de la independencia de Chile 1776–1824* (Santiago: Estado Mayor General del Ejército, 1984); y Ricardo Montaner Bello, *Historia diplomática de la Independencia de Chile* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1961).

reconocería oficialmente a la joven república en abril de 1840, durante la administración del Presidente Joaquín Prieto Vial, aunque con reparos, por cuestiones relacionadas con el ejercicio del Patronato. España, por su parte, se tomaría unos años más, hasta 1844. De esta forma, la independencia, tan duramente conseguida, iría dando lugar a la inserción de Chile en el concierto de las naciones.

CAPÍTULO VIII

Maipú

El regreso de Osorio

Mientras O'Higgins se hallaba en el sur, pujando por concretar el asalto a El Morro, la situación en Santiago se volvía más compleja. Forzado por la Logia, debió nombrar en su reemplazo al rioplatense Hilarión de la Quintana. Su calidad de extranjero y sus condiciones personales no eran adecuadas para las complejas circunstancias de un gobierno en formación. La oposición monarquista también campeaba, provocando zozobra entre los revolucionarios. "Me veo en la precisión de decir a usted —le escribía Pedro Trujillo, cercano a O'Higgins, desde Santiago— aunque sucintamente por ahora, que el patriotismo, a excepción de diez a doce familias principales, está puramente ceñido a la clase ínfima del pueblo. Unos adolecen del mal de la indiferencia y otros de un sarracenismo consumado cuyo número es infinito".[1]

Varias voces pedían el regreso del Director a la capital. José de San Martín, de vuelta en Chile, convino en que había que reemplazar a Quintana por un chileno. O'Higgins pensó en José Ignacio Zenteno,

1 Pedro Trujillo a Bernardo O'Higgins, Santiago, 22 de septiembre de 1817, *Archivo O'Higgins,* viii, p. 351.

pero éste se negó a asumir el cargo, por lo que aquel optó finalmente por una junta, temiendo que jugara "la intriga al nombrar uno de Santiago". No estaba equivocado. Por esos días, una conspiración de los carrerinos, que terminó con varios arrestos, vino a agravar la situación.

La junta quedó integrada con Anselmo de la Cruz, Francisco Antonio Pérez y José Manuel Astorga, con lo cual se calmaron un tanto las cosas. El primero fue luego reemplazado por el penquista Luis de la Cruz, quien asumió en forma exclusiva el mando, cuando las circunstancias se volvieron más dramáticas. La intervención de San Martín en todo el asunto tuvo otra consecuencia, en opinión de Valencia Avaria. En adelante, el Director ya no consultaría con el general argentino los problemas de orden político. "Nunca se refirió a este plan en la abultada correspondencia que mantuvo con él —lo que San Martín tampoco hizo— y se limitó en adelante sólo a tratarle cuestiones de orden militar".[2]

Al concluir el año 1817, luego de la fallida toma de Talcahuano, el ejército al mando de O'Higgins abandonó Concepción para reunirse con el ejército de los Andes y las demás fuerzas situadas en la zona central. Ya sabemos que la marcha fue penosa, pues fue acompañada de la población civil e implicó la destrucción de los recursos que no podían llevarse, para dificultar la marcha del enemigo. Dos largas columnas en carretas, en mulas y caballos o a pie, provenientes de toda la frontera, marcharon rumbo al Maule. Atrás quedaba una ciudad despoblada. Las casas de los realistas fueron incendiadas y todo quedó abandonado. El norteamericano John Coffin, que recorrió la ciudad en marzo de 1818, señala que se hallaba "casi desierta y medio destruida". No había un edificio público que no estuviera "tapizado de musgo y en muchos crece el pasto a cinco o seis pies de altura."[3]

2 Valencia Avaria, *Bernardo O'Higgins*, p. 273.
3 Coffin, *Diario de un joven norteamericano*, pp. 72 y76.

Se esperaba que la expedición que comandaba Mariano Osorio tocara tierra a principios de enero, para reunirse con las fuerzas de Ordóñez. Se conoció que su plan era dirigirse primero a Valdivia, con el fin de reclutar tropas y asociarse con las tribus mapuches. Aumentado luego su ejército con los defensores de Talcahuano, pretendía embarcarse a San Antonio para tomar la capital e impedir la concentración de las fuerzas patriotas. Al final, ocurrió que las fuerzas realistas marcharon por tierra al encuentro de los patriotas y en demanda de Santiago.

Osorio traía consigo una fuerza de 3.400 hombres. Antes de la partida, en la catedral de Lima el gobierno y las corporaciones se reunieron a rogar por el éxito de la expedición. Sabían que estaba en juego la seguridad de la misma capital virreinal. Muchos jefes, de hecho, se opusieron, por no dejar desguarnecida la ciudad. Osorio, en cambio, venía confiado, pues recordaba el improvisado ejército que combatió en 1814; ignoraba que ahora todo sería distinto. La fuerza de tarea la integraban las compañías de zapadores y artillería, en el batallón del Burgos, un escuadrón de lanceros y un tercio del Infante don Carlos; un tercio eran españoles y los otros dos, peruanos; entre ellos, los dragones y la infantería de Arequipa. Se embarcaron el 9 de diciembre de 1817.

El ejército nacional había crecido en forma importante. Junto al de los Andes excedían los nueve mil efectivos. San Martín entrenaba en San Felipe a nuevos reclutas y, conociendo el plan de Osorio, trasladó su fuerza hacia la región de Valparaíso. Surgía también una escuadra, formada a partir de naves de comercio armadas en guerra; fue el caso del bergantín *Águila*, *Carmela* y la fragata *Perla*; su acción era apoyada por embarcaciones armadas en corso, que acosaban el comercio español en los mares.[4] Tendrían su bautizo de fuego en octubre del año siguiente, en Talcahuano, con la captura de la fragata *María Isabel,* la

4 Carlos López Urrutia, *Historia de la Marina de Chile* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1969), pp. 37–45; véase, además, Luis Uribe Orrego, *Nuestra Marina Militar durante la Guerra de la Independencia* (Valparaíso: Talleres Tipográficos de la Armada, 1910).

nave insignia de una fallida expedición realista. Unos meses antes, el 4 de agosto de 1818, el Director Supremo Bernardo O'Higgins creaba la "Academia de Jóvenes Guardias Marinas", para la formación de los Oficiales de Marina necesarios para la Primera Escuadra Nacional.

En las cercanías de Chimbarongo se encontraron las dos divisiones patriotas. Sumaban 9.472 hombres, 43 cañones y un equipamiento adecuado. Los que venían del sur mostraban, en su desnudez y cicatrices, los estragos de la larga campaña y las privaciones sufridas. Su ánimo estaba firme, sin embargo, y todos se aprontaban para la cercana batalla. Marcharon al sur, intentando impedir, sin éxito, la reunión en Talca del ejército de Ordóñez con la fuerza principal de Osorio.

Cancha Rayada

En la tarde del 19 de marzo el ejército patriota unido llegaba a Cancha Rayada. Entonces el sector se hallaba en pleno campo, al oriente de la ciudad de Talca. Consistía en un amplio llano cortado por muchas zanjas naturales de dimensiones diversas. Lo cruzaba al norte el río Lircay y en el centro se levantaban las pequeñas colinas de Baeza. O'Higgins y San Martín se posicionaron en su cima justo a tiempo para contemplar la apresurada marcha de las huestes realistas en dirección a Talca. Se resolvió el ataque, el que se inició con un fuerte cañoneo al flanco de Osorio, produciéndose un duelo de artillería.[5] El resultado inicial fue favorable a las armas revolucionarias, que ejecutaron entonces un avance de la caballería. Las dificultades del terreno frustraron la carga y la expusieron a un contraataque, en medio del humo de los cañones y el desorden del combate.

5 Guillermo Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile 1808–1826* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1965), p. 173.

Intervino entonces San Martín, ordenando que la escolta directorial apoyara a los granaderos. O'Higgins se puso al frente de un escuadrón recluta y los arengó para no ceder y recuperar el honor del regimiento, según relata José María de la Cruz. El riesgo era grande y el general San Martín mandó que se retirara el escuadrón y se detuviera el ataque. "No le pareció bien (al general chileno), pero cumplió, que era lo que debía hacer, porque su instinto tenía más de temerario que de prudencia".[6] Con rabia obedeció la orden de retirar la artillería e infantería a sus posiciones anteriores. "Entonces, somos perdidos", espetó, furioso. Por años quedó convencido de que pudo ese día haber terminado la guerra. San Martín era prudente y su táctica inobjetable, pero O'Higgins se tenía confianza. "Su conocimiento del terreno, su fe tremenda, la confianza y entusiasmo que inspiraba a sus soldados y un poco de apoyo más en ese instante —especula Valencia Avaria— acaso le habrían entregado la victoria."[7]

La posición era peligrosa y, al caer la noche, San Martín dispuso que la primera división del ejército alterara su ubicación diurna, en previsión de un ataque. La maniobra, que era correcta, se ejecutó con demasiada lentitud. La división de O'Higgins, por lo mismo, debió permanecer todavía en su lugar, adoptando las precauciones que era posible tomar. Encendió hogueras y avanzó una partida, para tener noticia temprana de cualquier avance enemigo. Sus temores se concretaron pues, amparada en la oscuridad, una columna realista, poderosa en cinco mil hombres, flanqueada por la caballería y reforzada por una docena de cañones, salió de Talca. Pronto se hizo sentir con una poderosa descarga de artillería y fusilería. El asalto se trabó violento y breve. Para Ordóñez, el intrépido ataque era la única salida, pues los patriotas no los dejarían retornar al sur, cerrándoles el paso hacia el Maule.

6 De la Cruz, *Recuerdos de don Bernardo O'Higgins,* p. 42.
7 Valencia Avaria, *Bernardo O'Higgins,* p. 282.

Convenció a Osorio y encabezó la partida. El movimiento previo de las divisiones patriotas impidió que la debacle fuera total. Una descarga de fusilería patriota, casi a quemarropa, produjo una centena de bajas, pero con el empuje de Ordóñez, se mantuvo el avance.

Plano del combate de Cancha Rayada, dibujado por C. Soza Bruna. Lit. P. Cadot, c. 1818. Sala Medina, Biblioteca Nacional.

Cundió el desánimo en el campo patriota, en especial entre los batallones milicianos. Retrocediendo en confusión entorpecieron la acción de la caballería y dispersaron el escuadrón de la escolta, que comandaba Santiago Bueras. Entonces corrió la voz de que el Director O'Higgins estaba prisionero, lo que motivó una carga resuelta del escuadrón, que muchos siguieron. En la oscuridad y la refriega, dos columnas realistas abrieron fuego entre ellas mismas, causándose algunas

bajas. Lo más grave fue que O'Higgins, que no era prisionero, vio caer herido a su caballo y, mientras intentaba montar otro, recibió un balazo en el codo derecho.

Varios cuerpos pudieron salvarse al avanzar y quedar detrás de las líneas asaltantes. Fue el caso de los cazadores de los Andes y del número 2 de Chile. Las fuertes columnas realistas continuaron su avance decidido hasta el cuartel general patriota, situado al pie de la colina. Las fuerzas combinadas del Infante don Carlos, Arequipa, Burgos y Concepción, más otras unidades, cayeron sobre el campamento. Las órdenes de San Martín se perdían en la confusión o fueron interceptadas. La resistencia que opusieron Benjamin Viel y Necochea se vio superada. En razón de la ausencia de Quintana, quien comandaba la división, Las Heras asumió el mando en jefe. Apareció la caballería realista, en momentos que la división patriota había consumido ya sus cartuchos en el combate previo. Sin posibilidades de hacer frente a los cuerpos enemigos, tomó la resolución de retirarse del campo con los tres mil quinientos hombres a su mando. Aunque en Cancha Rayada se perdieron 22 cañones, el hospital y muchas bestias de carga, la salvación de estas tropas fue providencial. En el llano de Maipú habría de mostrarse decisiva.

A decir verdad, la jornada no fue gloriosa para nadie. Esa noche, señala Guillermo Arroyo, operó un factor moral de graves consecuencias sobre las virtudes guerreras: el pánico.[8] Desertaron o se dispersaron numerosos soldados de ambos bandos. Varios cientos de trasandinos se volvieron por el paso del Planchón.[9] Los patriotas contaron unos 300 muertos y prisioneros, cifra superada por los muertos realistas. Más grave fue la desmoralización que recorrió al campo patriota, desde la tropa hasta la población que esperaba expectante recibir noticias en

8 Guillermo Arroyo, *Historia de Chile. Campaña de 1817–1818* (Santiago: Soc. Imprenta Litografía Barcelona, 1918), p. 592.

9 Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay,* p. 14.

Santiago. Todos temieron una derrota irremontable y el fantasma de un nuevo éxodo se les apareció como posible. Se creía muerto al Director Supremo; tampoco de San Martín había noticias. Pero aunque O'Higgins marchaba herido y debió desbarrancar sus propios cañones en el río Lircay, se recibieron señales consoladoras. La división de Las Heras había cruzado incólume el río, aguas abajo; en tanto que San Martín lo había hecho más arriba.[10]

Pasado el mediodía del Sábado Santo llegaban a Santiago los primeros fugitivos. Traían noticias contradictorias, pero todas trágicas. El desastre militar y la muerte o captura de los generales, la pérdida de parientes y amigos, el avance arrollador y la barbarie del enemigo eran las más descorazonadoras. Unos partieron a socorrer a sus deudos, otros armaron sus bártulos para huir hacia la cordillera, la mayoría permaneció expectante de noticias más ciertas y precisas.

Las autoridades, en cambio, encabezadas por Luis de la Cruz, a quien secundaban los ministros Zañartu y Villegas, reaccionaron con buen criterio y proactividad. Reunieron las tropas dispersas y ordenaron la puesta en servicio de las milicias de Petorca, Melipilla y Quillota, San Felipe y otras localidades. Se ocultaron los caudales públicos y se intentó fortificar la Angostura del Paine. Muchos, venciendo el temor, cumplieron su deber, como Juan Egaña o Domingo Eyzaguirre. Manuel Rodríguez, que se aprestaba a partir a Buenos Aires como enviado de Chile, se puso a disposición del gobierno. Con su carácter bullicioso y espontáneo pidió acudir el encuentro del enemigo "a hacer su propia y autónoma guerra". Su actuación, en éste y otros episodios, ha recibido juicios contradictorios.[11]

Luis de la Cruz, para tenerlo cerca, lo designó su edecán durante el conflicto, pero Rodríguez no se conformó. Provocó un bando

10 Ibíd. p. 179.
11 Chelén, *El guerrillero*, pp. 92–93.

llamando a todo vecino a comparecer a la plaza a alistarse; y distribuyó bayonetas de latón, solo útiles en manos de la caballería y no del pueblo inexperto. En razón de su carácter poco dado al servicio abnegado, de la Cruz decidió ahora ponerlo al frente, como Comandante de Caballería, de una nueva unidad militar en formación, que él mismo debía reclutar.[12]

El domingo se mantenía la confusión. El general Michel Brayer, llegado de Talca, sostenía que, en virtud de las bajas, la deserción y la pérdida de material, la derrota era inevitable. Pero otros traían noticias más alentadoras. Confirmaban que el ejército se estaba reorganizando y esperaba reconstituirse totalmente en Rancagua. Eran ya cuatro mil hombres: la división de Quintana que comandaba Las Heras, el escuadrón de granaderos a caballo de Zapiola, la escolta directorial, parte del número 8 de los Andes y el número 2 de Chile. Aunque se perdió la artillería del ejército de los Andes, se había salvado la de Chile. Por fin, cuando ya atardecía, llegó un parte de San Martin, remitido desde San Fernando, contando que el ejército se recomponía y marchaba hacia el norte. Una aclamación y un corrillo de murmullos siguió a estas noticias, leídas al pueblo por de la Cruz mismo, en el zaguán del palacio de gobierno.

Una nueva asamblea al mediodía del lunes confrontó a Manuel Rodríguez y sus partidarios, con Luis de la Cruz y los demás oficiales leales al Director. El verbo fácil y el carisma de Rodríguez inducían al pueblo a darle el mando, para lo cual pintaban un panorama trágico de la situación. De la Cruz, secundado por Joaquín Prieto, el comandante de armas de Santiago, apoyados en la fuerza de su convicción y las bayonetas que le eran fieles, advirtió que no resignaría el mando confiado por O'Higgins. Luego de largos debates, se llegó a un consenso algo confuso, en virtud del cual se dispuso que "las facultades del supremo

12 *Archivo O'Higgins,* XXIII, p. 204.

director propietario se entiendan una e indivisiblemente legadas, en toda su extensión, en los ciudadanos coronel don Luis de la Cruz y teniente coronel don Manuel Rodriguez…"

La sorpresa de Cancha Rayada fue un duro traspié para la revolución chilena. Provocó una gran confusión política y la pérdida de vidas, cañones y muchos pertrechos de guerra. Pero no era irrecuperable. Los realistas, para su desgracia, no pudieron aprovechar la momentánea ventaja, ya que sufrieron daños equivalentes y no persiguieron a los dispersos. El combate no había sido decisivo.

Iniciaron, apenas se pudo, una rápida marcha hacia el norte. Cruzaron rápidamente el Cachapoal y para la tarde del 31 de marzo ya acampaban al norte de Rancagua. El plan realista consistía en rodear al ejército patriota y caer sobre Santiago desde el oeste. Al comprenderlo, San Martín movió el ejército a una extensa loma, entre los puntos conocidos como "los Cerrillos" y la "Loma blanca". Allí se situaron las tropas en orden regular de batalla, por si era necesario defenderse, pero también quedaban en condiciones de avanzar hacia el oeste, en caso de tener que cortar al enemigo el paso a Santiago.

Los patriotas se habían hecho fuertes al sur de la ciudad, protegiendo la capital. Cortaron el paso del río Maipo y cubrían con sus partidas toda la zona. Las ilusiones de que los realistas seguían en Talca o se habían vuelto al sur se disiparon pronto, al enterarse de que estos habían pasado, el dos de abril, el río más al oeste, por el vado de Lonquén, cortando el camino hacia Valparaíso. La batalla se volvía inevitable.

Los preparativos se intensificaron, en el campamento y en la ciudad. La división de cuatro mil soldados veteranos fue engrosada con una compañía de artilleros, que venía de Valparaíso y con el batallón de los Infantes de la Patria, formado en Santiago de artesanos y sirvientes domésticos negros y mulatos. Con estos refuerzos, el ejército llegó a contar cerca de cuatro mil seiscientos hombres, divididos en nueve batallones de infantería, ocho escuadrones de caballería y tres brigadas de artilleros. El parque ascendía a veintiún cañones. La fuerza se dividía

en tres grandes cuerpos, compuestos cada uno de tres batallones de infantería y de una brigada de artillería, al mando del coronel Juan Gregorio de Las Heras, el teniente coronel Rudecindo Alvarado y el coronel Hilarión de la Quintana, en la reserva. Los escuadrones de granaderos a caballo se situaron en el flanco derecho y los de cazadores en el izquierdo. Con esta formación de batalla, pasando la noche entera sobre las armas, se mantuvo el ejército durante los días previos, ante la inminencia del encuentro.

Aunque los generales O'Higgins y San Martín ansiaban entrar en acción y tenían confianza en el desenlace, igual tomaron previsiones, frente a un posible resultado adverso. Se dispuso una reserva de cartuchos de fusil en Santa Rosa de los Andes y en la Guardia de cordillera; las milicias provinciales fueron acuarteladas y se asignaron oficiales de confianza, en caso que fuera menester proteger a la población en el evento de una nueva migración forzosa. O'Higgins creía que, si la batalla se perdía, el país debía resistir y continuar la guerra. En las provincias del norte, salvadas hasta ahora de la conflagración, había recursos para continuar la resistencia. En La Serena se podría reorganizar el ejército, en caso de un descalabro. Luis de la Cruz fue comisionado al norte para asegurar los medios de la indeseable retirada. Con el mismo fin fue comisionado a Valparaíso el capitán Guillermo Miller. Su misión era equipar los buques disponibles, en caso de tener que transportar al norte los restos del ejército. En particular una fragata inglesa recién adquirida por el gobierno, el *Wyndham*, navío antiguo de las Indias Orientales que ahora devendría en la *Lautaro*, de 44 cañones.[13]

La ciudad de Santiago aguardaba los eventos con una ansiedad inenarrable. La batalla era inminente y sus consecuencias, en caso de un desenlace negativo, serían funestas para los patriotas de la capital. Toda la revolución quedaría comprometida. Las represalias y una

13 Miller, *Memorias*, p. 195.

nueva fuga a la cordillera eran el tema cotidiano. Para prepararse a la defensa, se cavaron fosos en todas las bocacalles que se abrían a las quintas cercanas; se apostaron destacamentos de milicianos para cerrar el paso. O'Higgins, afiebrado y convaleciente de su herida, recorría las defensas, acompañado a veces de Francisco de Borja Fontecilla, jefe superior de policía o intendente de Santiago o del comandante general de armas Joaquín Prieto. Temerosos de un golpe de mano, varios oficiales sugirieron al Director que abandonara la ciudad y se trasladara al cuartel general, junto a San Martín, pero éste decidió quedarse a mantener el orden y defender su puesto.

La línea patriota estaba dispuesta en la manera señalada. Se preparó también para cambiar de posición y provocar el enfrentamiento, en el evento de que los realistas pretendieran flanquearla. Se previeron los distintos escenarios y se dictaron las órdenes respectivas a los diferentes jefes. Se consideró la libertad para obrar sin esperar órdenes superiores, en ciertos casos, como la necesidad de auxiliarse los cuerpos unos a otros, o precipitar una carga si fuera necesario. Las instrucciones de San Martín concluían declarando su confianza en la victoria, pero también la conveniencia de optar por una muerte honrosa en el campo de honor, antes que "sufrirla por mano de nuestros verdugos". Todos sabían lo que estaba en juego, no solo para Chile, sino que también para el desenlace continental de la revolución.

La Batalla

Los realistas insistían en su avance hacia el noroeste, previendo que los patriotas no saldrían a su encuentro, por no abandonar sus posiciones defensivas. Cuando las guerrillas patriotas se adelantaron a cortarle el camino cayeron en cuenta que la resistencia sería feroz y, el enfrentamiento, inevitable. Ambos ejércitos, situados a apenas seis kilómetros de distancia, contaban con fuerzas relativamente equivalentes, cuatro

mil quinientos hombres bien instruidos y disciplinados. Si bien los patriotas eran superiores en caballería y artillería, tenían un menor número de infantes. La victoria, dice Barros Arana, debía ser de los que en aquella jornada fuesen dirigidos con mayor acierto, y desplegasen más resolución y más firmeza.[14]

En la tarde del día 4 de abril Osorio llegó a las cercanías de la hacienda de Lo Espejo. Persistía en su plan de cortar las comunicaciones patriotas con Aconcagua y mantener las suyas con el puerto de Valparaíso. Amaneció por fin el día 5, en que todo se resolvería. Osorio ocupó las casas de Lo Espejo y siguió su avance al noroeste. Se inició un tiroteo constante. San Martín vio la oportunidad de atacarlo sobre la marcha y ordenó un cambio de dirección del ejército. Este avanzó un kilómetro y medio y se tendió en línea de batalla concentrando ahora la caballería en los extremos de la línea, los granaderos a la derecha y los cazadores a la izquierda. El movimiento reveló a Osorio la resolución de los patriotas de entrar en batalla. A instancias de sus orgullosos oficiales, el jefe español aceptó el desafío.

El campo de batalla, que hoy ha sido absorbido por el crecimiento urbano, en 1818 no era más que campos sin tapias ni cercas. A lo más algunas chozas de modestos inquilinos. El caserío de la hacienda de Lo Espejo, en cambio, proporcionaba un parapeto formidable, que sirvió a la resistencia final de los realistas. En el llano del encuentro se enfrentaban dos alturas, separadas por una banda de tierras bajas de forma triangular; sobre un cordón de lomas se extendió el ejército patriota.

Pasadas las once se abrieron los fuegos de la artillería de Chile, a cargo del teniente coronel Blanco Encalada, y de la artillería de los Andes, que comandaba Plaza. Aunque se condujeron bien, no fue posible mover a los realistas de sus posiciones. Una bala de estos cañones, relató

14 Diego Barros Arana, *Historia General*, XI, pp. 309–335. El más completo relato moderno del combate se debe a Luis Valentín Ferrada Walker, *La Batalla de Maipú* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2010), pp. 185–269.

más tarde Osorio, hirió el caballo que montaba. Fue necesario entonces acortar la distancia y dar paso al combate formal. Las columnas patriotas marcharon a la carga, arma al brazo, contra la línea enemiga. Esta rompió entonces un fuego terrorífico de artillería y fusilería, pero la marcha no se detuvo. Los granaderos, capitaneados por los comandantes Manuel Escalada y Manuel Medina, cargaron sable en mano contra los dragones realistas, los desordenaron y los obligaron a volver cara, marchando en su persecución. La infantería realista los obligó a replegarse, a su vez, y reunirse con el resto del regimiento, donde tras reorganizarse volvieron a la carga con mayor empuje, logrando así perturbar gravemente el ala izquierda del ejército español.

En el extremo opuesto de la línea, donde el llano que separaba a ambos ejércitos era mucho más estrecho, la artillería del comandante Borgoño, con un fuego sostenido, pudo desordenar la caballería de Ordóñez, favoreciendo el avance de la infantería, compuesta por los cazadores de los Andes, y los números 2 y 8. Estos cuerpos ascendieron por la loma, cayendo sobre el flanco derecho realista. El combate se trabó con gran violencia y firmeza. Ordóñez convocó las fuerzas de los batallones Burgos y Arequipa, con los cuales batió e hizo retroceder a las columnas patriotas. Las graves pérdidas, por un momento, hicieron asomar la sombra de una derrota.

El experimentado Ordóñez, viendo la oportunidad, concentró sus batallones y estos se dispusieron a bajar la colina en columnas cerradas, en demanda del flanco izquierdo de los cuerpos patriotas. Allí solo quedaban los cazadores que mandaban Freire y Bueras, además de la artillería del comandante Borgoño. La resistencia de los cuerpos fue heroica y la mortífera precisión de los nueve cañones, cargados a metralla, detuvo la marcha de los batallones realistas. En dos intentos, no consiguieron concretar su objetivo.

Johann Moritz Rugendas, *Batalla de Maipú,* 1835, Óleo sobre tela, Palacio de la Moneda.

Mientras tanto, en el centro del campo, el coronel Las Heras hizo avanzar a los batallones Infantes de la Patria y Coquimbo, bajo las órdenes de sus comandantes respectivos, José Antonio Bustamante e Isaac Thompson, los que lograron contener al enemigo. Las cargas fueron resistidas, pero se rehicieron los cuerpos y el combate continuó intensamente. Los patriotas recibieron el refuerzo de la reserva de San Martín, compuesta por el 1 y 3 de Chile y el 7 de los Andes, cuya acción

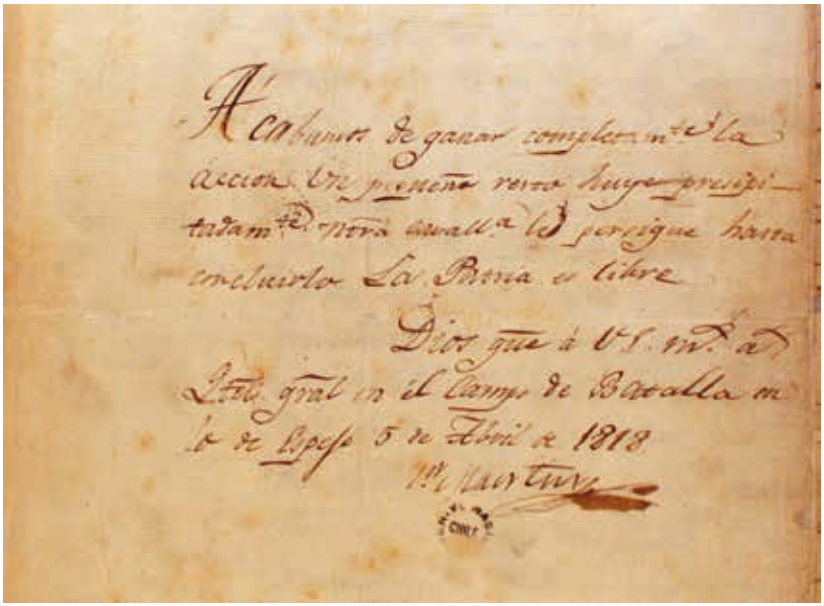
fue desequilibrante en la jornada.[15] Avanzando a paso de carga, organizaron a los dispersos y montaron la colina. A partir de este momento, se inició el ataque simultáneo de todas las fuerzas patriotas. La batalla entraba entonces en el momento más decisivo.

Los batallones de cazadores destrozaron y dispersaron al ala derecha de las fuerzas realistas. Privados de su caballería y de una parte de su artillería, los batallones realistas aún lograron mantener una vigorosa resistencia, organizando tres cuerpos paralelos, al mando de Primo de Rivera, Morla y Ordóñez. El cerco patriota se iba estrechando, pero los realistas, muchos de ellos soldados fogueados en las guerras de España, no flaquearon en su defensa de sus posiciones. Se anticipaba así un desenlace sangriento. Después de varias cargas de los cazadores y a la bayoneta, la línea realista finalmente se quebró, comenzando a retirarse hacia los callejones de lo Espejo. Ya los gritos de ¡victoria! resonaban en el amplio llano.

"Acabamos de ganar completamente la acción, informaba San Martín en su primer parte al Director O'Higgins. Un pequeño resto huye. Nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre. Dios guarde a V. E. muchos años." Pasaban apenas las dos de la tarde y la batalla estaba ganada. No obstante, los realistas opondrían todavía una resistencia firme, que era necesario doblegar antes de la llegada de la noche. De otra manera las tropas sobrevivientes, que superaban los dos mil hombres podrían huir hacia el sur y reiniciar la campaña. El recuerdo de lo ocurrido tras Chacabuco dejaba claro que aquello no podía permitirse.

Bernardo O'Higgins recibió la nota cuando ya se dirigía al campo de batalla. Había pasado la noche recorriendo las defensas de la ciudad, tratando de contener la alarma de la población. Descansó algunas

15 Juan R. Zanella, *Maipú,la victoria decisiva. La batalla que hizo famoso a San Martín en el mundo* (Buenos Aires: Dunken, 2016), p. 440.



José de San Martín comunica a Bernardo O'Higgins el triunfo en Maipú, Archivo Nacional Histórico.

horas y a media mañana reunió varios batallones de milicianos, con los cuales marchó hacia el llano de Maipú. Lo acompañaban también los cadetes de la recién fundada Academia Militar, las recordadas *Cien Águilas*.[16] El cañoneo lejano anunciaba que la batalla había comenzado. Cuando arribó al escenario de la batalla, observó con satisfacción que las tropas enemigas ya eran perseguidas y se batían en retirada. Entonces cabalgó al encuentro del Estado Mayor, señalado por una bandera tricolor, donde se hallaba San Martín. Allí se produjo el famoso

16 Ferrada Walker, *La batalla de Maipú*, pp. 217–220.

intercambio en medio de un emotivo abrazo. "¡Gloria al salvador de Chile!", a lo que el argentino respondió: "General, Chile no olvidará jamás el nombre del ilustre inválido que el día de hoy se presentó al campo de batalla en ese estado." Juntos se dirigieron a las casas de Espejo a tomar las providencias necesarias para abortar la resistencia del enemigo, ahora comandado por José Ordóñez, tras la huida de Osorio.

En Lo Espejo, la batalla todavía continuaba encarnizada. Los realistas, bien parapetados, se cubrían en los sólidos muros del caserío; sus ventanas eran troneras y las tapias que lo rodeaban oficiaban de parapetos. Un largo callejón que conducía a las casas, bien defendido por cañones, fue escenario de una pavorosa matanza. El batallón de Cazadores de Coquimbo, que ingresó en columna, dejó allí casi la mitad de su tropa, entre muertos y heridos.

La artillería patriota derribó muros y defensas, los asaltantes atacaban por todos lados, hasta que el cerco se redujo a las solas casas de la hacienda. Continuó todavía la enconada resistencia, provocando la furia de la tropa, que derribó las puertas y fue dejando un reguero de sangre y de cadáveres en cada habitación de la destruida casona. Costó mucho a los oficiales detener a las tropas enardecidas y permitir que se dejaran prisioneros a los últimos vencidos. Grupos de dispersos huían en todas direcciones, con la esperanza de pasar el río Maipo, pero eran perseguidos por soldados y por huasos con sus ágiles lazos y traídos de vuelta al campo.

A la puesta del sol ya todo estaba consumado. Los realistas contaban mil quinientos muertos y mil trescientos prisioneros, entre ellos 174 oficiales. Perdieron toda su artillería, cuatro mil fusiles, el hospital, municiones y banderas. Era la ruina total de su ejército. En el campo patriota los muertos eran alrededor de ochocientos y cerca de mil los heridos. Las pérdidas también eran grandes, pero no había duda en declarar la jornada como una gran victoria.

O'Higgins y San Martín entraron juntos a las nueve de la noche a una ciudad iluminada, en la que repicaban las campanas, en medio de

un entusiasmo loco. Los jefes y oficiales del Ejército de los Andes y del Ejército de Chile fueron ascendidos un grado. Se enviaron emisarios en todas direcciones y los siguientes días fueron de fiesta en los pueblos de la provincia.

Fray Pedro Subercaseaux, boceto para el cuadro "El Abrazo de Maipú" (detalle). Pinacoteca de la Universidad de Concepción.

Después de la victoria

La batalla de Maipú tuvo una extraordinaria trascendencia militar y política para la consolidación de la independencia de Chile. El ejército español quedaba vencido y ya no podría presentar una campaña regular. La zona central del país y el norte quedaron liberados, lo que permitió avanzar en la conformación de un gobierno nacional en forma. El

Director Supremo sancionó en 1818 una primera Constitución —con todas las limitaciones que su contexto de elaboración le imponía— pudiendo incluso destinar algunas energías en la remodelación urbanística de la ciudad. Con todo, la guerra no había concluido. Ahora sería necesario, en cumplimiento del plan americano, llevarla al Perú. La expulsión completa de las tropas monarquistas en el territorio nacional y la incorporación definitiva de Chiloé a la república tuvo que aguardar hasta 1826. Nuevas campañas hacia el sur tendrían lugar en los años siguientes, con éxito desigual. Las guerrillas realistas y la resistencia de la población civil, criolla y mapuche, representaron un desafío complejo para la consolidación del Estado.[17] La desolación del sur, postergado por las exigencias de la Expedición Libertadora y otros afanes, continuará todavía por una década larga.

Las consecuencias internacionales de la batalla, políticas y militares, fueron también relevantes. Modificó la percepción de la opinión pública y de los gobiernos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, sobre el desenlace de la revolución americana. Todos vislumbraron el cercano fin del imperio español en este continente, llevando a revisar los criterios con que conducían sus relaciones políticas y económicas con estos territorios.[18] El Congreso de Aquisgrán, realizado en octubre y noviembre de 1818, que proyectaba sanciones a los sediciosos americanos, resolvió desecharlas. En adelante, los conductores españoles de la guerra debieron adoptar una estrategia defensiva; lo contrario de lo que ocurrió en el campo americano, en que las revoluciones "nacionales" asumieron una actitud ofensiva, aunque siempre desorganizada.

17 Sobre la resistencia de la sociedad sureña y los indígenas a la conformación del Estado nacional, véase Pinto Rodríguez, *La formación del Estado*; y Cartes, *Un gobierno de los pueblos*, pp. 303–381.

18 Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina* (Buenos Aires: Planeta, 2000), p. 332.

¿Y qué ocurrió en Maipú? El 23 de mayo de 1818, la *Gazeta Ministerial de Chile*, publicaba el siguiente decreto del Director Supremo: "La inmaculada Reina de los Ángeles, en su advocación de Nuestra Señora del Carmen, fue jurada Patrona de la Armas de Chile, primero, por el voto general de este pueblo por haber experimentado su protección en el establecimiento del Estado, que yacía bajo la opresión de los tiranos […] y después el 14 último por el acto solemne en que concurrieron las corporaciones y un universo pueblo en la Santa Iglesia Catedral". En la ocasión, se comprometió la "sagrada promesa" de erigirle un templo en el sitio mismo de la batalla. En Mendoza, el 5 de enero del año precedente, una imagen de la Virgen había sido colocada frente al templo de San Francisco, adornada de luces y guirnaldas y despliegue de banderas. Frente a una multitud de ciudadanos y al Ejército Libertador, que se inclinó ante la Señora del Carmelo, el General San Martín puso en su mano el bastón de mando que simbolizaba su autoridad.[19]

El 15 de noviembre de 1818, peregrinaron a pie desde la capital hasta el lugar de la batalla, Bernardo O'Higgins, sus ministros, los victoriosos generales encabezados por San Martín y las autoridades eclesiásticas y civiles de Santiago, seguidas por la multitud del pueblo. Ese día se puso la primera piedra del futuro Templo Votivo de Maipú. Pasaron más de 60 años. En 1885, un día cualquiera, el Presidente Domingo Santa María, un reconocido liberal de tendencias laicistas, pasó de casualidad por los llanos de Maipú. "Observa allí esos muros inconclusos o ruinosos y pregunta qué es aquello. Le contestan que es lo que va quedando de las intenciones de los Padres de la Patria: un templo votivo, consagrado a la Virgen del Carmen, Patrona del pueblo y de las armas de Chile, victoriosos éstas en aquella lejana batalla de Maipú. Es el "pago de Chile" materializando en esas murallas sin destino", señala un relato

19 Grilli, Cueto y Giamportone, *San Martín: su patria chica*, p. 64; y Myriam Duchens, *La Virgen del Carmen en Chile, Historia y devoción* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2010), p. 60.

de la época.[20] El Presidente ordenó la inmediata construcción del templo. Dos años más tarde, la obra estaba terminada. La inauguración fue retardada por los conflictos políticos y la guerra civil. Finalmente, el 5 de abril de 1892, sesenta y cuatro años después de la victoria, el primer Templo Votivo de Maipú era bendecido.

El edificio resultó muy dañado por el terremoto de 1906. En 1935 se resolvió levantar un nuevo Templo, cuya primera piedra fue bendecida en 1944. Las obras avanzarían muy lentamente. El edificio albergaba un importante Museo, reuniendo valiosas piezas del período de la Independencia, así como de arte religioso americano. En 1966, el Arzobispado de Santiago creó el Equipo Pastoral Maipú. En marzo de 1974 el gobierno, por medio del Ministerio de Obras Públicas, se hizo cargo de la terminación de los trabajos. El 24 de octubre de ese año fue entregado oficialmente al país el Santuario Nacional de Maipú. Así se declaraba cumplido el voto formulado por el general Bernardo O'Higgins y el pueblo de Santiago, en 1818.

20 Hernán Poblete, *Maipú, Historia y Templo* (Santiago: Pehuén, 1995), pp. 29–30.

Epílogo

La batalla de Maipú fue un hito decisivo en la historia de Chile, el punto de llegada y de inicio de muchos procesos. En términos militares, fue el momento de no retorno de la independencia política. No se tradujo, sin embargo, en el término definitivo de la guerra, la que sufrió una transformación, permitiendo la liberación definitiva de la zona central y relegando el conflicto a la frontera sur. Significó también la apertura de un nuevo ciclo del proceso revolucionario, cuyo eje central sería la formación del Estado nacional chileno y la definición de su fisonomía política, social y económica.

Desde una perspectiva continental, Maipú fue un evento crucial en el desarrollo de las guerras de emancipación. En términos estratégicos, la ocupación militar de Chile por el Ejército de Los Andes era parte de un plan mayor, que pretendía exportar la guerra al territorio peruano y desbaratar el poderío español en el corazón mismo de su resistencia en América. La liberación de Chile permitiría a San Martín establecer una base de operaciones para la siguiente etapa de la guerra revolucionaria. Se planificaba un movimiento simultáneo, tanto desde el sur como desde el norte en dirección al Perú, idea que con el transcurrir del tiempo cobró más fuerza, cuando los patriotas hispanoamericanos convinieron en la necesidad ineludible de derrotar a las tropas del virrey Joaquín de la Pezuela. Así lo creía, desde el norte del continente, Francisco de Paula Santander, quien escribió a O'Higgins que "la expedición destinada al Perú va a afianzar la libertad de la América del Sur;

mientras los tiranos dominen ese territorio, la suerte de Buenos Aires y de Chile debe ser vacilante".[1]

La redirección de los esfuerzos bélicos hacia Lima implicó una doble tarea en el plano militar. Era necesario organizar una fuerza expedicionaria, completando los cuadros que el ejército requería, así como asegurar su financiamiento y apertrechamiento. Pero la singularidad de la expedición proyectada hacia el Perú involucró un afán logístico y económico aún mayor, consistente en la necesidad de organizar una escuadra para las operaciones marítimas.

En efecto, tras Maipú las energías se enfocaron en la formación de una fuerza naval capaz, con fines disuasivos y ofensivos. El último era el móvil central, pues había que transportar la expedición proyectada hacia el Perú. Así, en junio el gobierno compraría la totalidad de las acciones del *Windham*, rebautizándolo como *Lautaro,* buque que vino a sumarse al *Águila*, el bergantín con el que los patriotas habían liberado a los presos de Juan Fernández, y que cambiaría su nombre a *Pueyrredón*. En julio el gobierno adquirió una corbeta norteamericana, que llamó *Chacabuco,* y un mes después compraría el bergantín *Columbus,* el mismo que por las gestiones de José Miguel Carrera se había mandado a armar en Estados Unidos. Se le dio el nombre de *Araucano.* A fines del mismo mes arribó el buque más potente de la naciente armada. Se trataba del *San Martín,* equipado con 64 cañones, cuya adquisición había gestionado en Londres el enviado José Antonio Álvarez Condarco. Al mando de la armada se puso al joven militar rioplatense Manuel Blanco Encalada, hasta entonces de destacada participación en las campañas terrestres, mas sin mayor experiencia naval. Consciente del protagonismo que en el afianzamiento del proceso independentista desempeñarían las fuerzas marítimas, en agosto el

1 Francisco de Paula Santander a Bernardo O'Higgins, Bogotá, 1 de diciembre de 1820, en Biblioteca Nacional de Chile, Manuscritos Barros Arana, Tomo 63, pp. 53–54.

Director Supremo procedió a la formación de una "Escuela de Jóvenes Guardias Marinas", destinada a la formación de oficiales.

El bautismo de fuego fue la captura del convoy que desde Cádiz se había enviado, para restablecer el dominio español en el país. Frente a la actual ciudad de Talcahuano, la armada chilena pudo apoderarse, junto a algunos transportes menores, del buque más importante de la expedición, la fragata *María Isabel.* Estos eventos significaron la pérdida del dominio naval español en el Pacífico Sur. Asegurado el control del mar, en adelante los esfuerzos chileno-argentinos se concentraron en la formación del contingente que realizaría el asalto final al Virreinato peruano.

El escenario de guerra permanente que se desarrolló tras Maipú en la zona sur del país, dio lugar a lo que la historiografía llamaría la "Guerra a Muerte". Esta se extendió por más de una década y tuvo implicancias significativas en la conformación del Estado. Las montoneras realistas desplegadas en la frontera sur impactaron en el desarrollo normal de la agricultura, pues el pillaje, el saqueo, el abigeato y las exacciones de todo tipo fueron prácticas que la guerra irregular normalizó.

La prolongación de la guerra no solo impactó en el erario, sino también en otros aspectos, como la militarización de la política, incidiendo claramente en la forma en que se ejercería el poder en aquel escenario. Retrasó la organización del Estado, su instalación en el territorio y gravó fuertemente sus finanzas. Condujo, además, al Director Supremo, a asumir una estrategia de concentración del poder. Se postergó la implementación de un gobierno representativo pleno, hasta la completa eliminación de los enclaves de resistencia monarquista en el territorio nacional.

En ese escenario, la estrategia política fue la prolongación del mando unipersonal en las manos del Director Supremo, la fórmula impuesta tras Chacabuco. O'Higgins era consciente de las dificultades que planteaba la conformación de un gobierno representativo en medio de las premuras de la guerra. En uno de sus primeros mensajes públicos tras

Maipú, señaló: "Yo entré a la administración, y conocí desde luego que solo un Gobierno vigoroso y enérgico podía mantener la tranquilidad y el orden, y preparar el espíritu público y recibir en tiempo las instituciones convenientes".[2] Antonio José de Irisarri, que en esos momentos redactaba *El Duende,* no dudó en respaldar la concentración personal del poder, pues estimaba que en ocasiones extremas se precisaba "la suspensión de los derechos más sagrados del ciudadano". Así, ya que el enemigo no había sido completamente derrotado, era menester dar "al gobierno toda la fuerza y actividad necesarias".[3]

Aunque este diagnóstico se impuso, la relegación del conflicto militar a la frontera sur implicó que en Santiago comenzara a ejercerse una creciente presión hacia O'Higgins para transitar hacia un régimen constitucional. Un mes después de la Batalla de Maipú, el Director Supremo le confidenciaría al norteamericano Teodorick Bland sus aprensiones respecto a la sanción de una Constitución que limitase sus poderes, cuando aún Mariano Osorio estaba acantonado en Talcahuano. En ese escenario, señalaba O'Higgins, "creo imposible dictar una Constitución y peligroso convocar un Congreso", pues le facilitaría al enemigo "sacar partido de ellos, provocando discusiones y rivalidades".[4] La única solución posible en tales circunstancias sería avanzar hacia la elaboración de un reglamento provisorio. De hecho, ese mismo mes el Director Supremo designó una comisión para hacerse cargo del tema, pues aunque la guerra justificaba los poderes dictatoriales delegados en su figura, también era pertinente sancionar algún reglamento "que arregle los diversos poderes, señale los límites de cada autoridad, y establezca de un modo sólido los derechos de los ciudadanos".[5] Eso fue

2 Bernardo O'Higgins, *Manifiesto del gobierno a los pueblos que forman el Estado de Chile* (Santiago: Imprenta del Gobierno, 1818), p. 2.
3 Antonio José de Irisarri, "Libertad", *El Duende de Santiago,* 22 de junio de 1818.
4 Luis Valencia Avaria, *El pensamiento de O'Higgins* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1974), p. 114.
5 Oficio de 18 de mayo de 1818, en *SCL,* t. II, Anexo Nº 1, p. 7.

lo que se aprobó finalmente en octubre de 1818, con la dictación del proyecto de Constitución provisoria. Esta ratificaría, a nivel institucional, el autoritarismo o'higginiano, insinuando las tensiones propias del constitucionalismo posterior, en cuanto al equilibrio entre los poderes del Estado.

De manera significativa, el primer ensayo que procuró reglamentar el ejercicio del poder en el Estado tras la batalla de Maipú, el proyecto de Constitución provisoria de 1818 —cuyo texto se dio a conocer en agosto— no se pronunció respecto a la forma de gobierno que adquiriría el Estado. Fue una de las paradojas más interesantes del período. El proceso revolucionario en su conjunto y la atmósfera bélica que impregnó los años decisivos que hemos examinado en estas páginas nos permite entenderlo. En efecto, aunque 1818 fue inaugurado en tierras penquistas con la solemne Declaración de Independencia, esta misma y la Proclamación posterior estuvieron caracterizadas por una ambigüedad evidente. Si bien había claridad sobre el carácter irreversible de la soberanía y la libertad política del naciente Estado chileno, del mismo modo, la forma que éste debía asumir fue dejada en suspenso, al señalarse que el país quedaba "con plena aptitud de adoptar la forma de Gobierno que más convenga a sus intereses".

En un contexto bélico, frente a las visiones distintas de los principales líderes de la emancipación americana y las reacciones posibles de las monarquías europeas, el pragmatismo del momento llevó a postergar la decisión. Era necesario no desestabilizar el frágil orden político. Prontamente, no obstante, el republicanismo se impondría, aunque en una versión autoritaria, lejana todavía a la democracia moderna.

Los avatares de la revolución y las incertidumbres inherentes al desarrollo de la guerra, así como las vicisitudes de la política local, son elementos que permiten entender la complejidad de los procesos examinados en estas páginas. Su desenlace no estaba condicionado de antemano, como si fuese la realización de un guión inexorable. El interés del bienio decisivo analizado en este libro, por el contrario, reside

justamente en la atmósfera de radical incertidumbre en que se desarrollan los eventos. Una que sacrificaba lo deseable a lo urgente, lo ideal a lo posible.

Es así como, si bien el tiempo transcurrido entre Chacabuco y Maipú fue decisivo en la consecución de la independencia del naciente Estado chileno, también abrió otra serie de interrogantes que marcarían el derrotero político de los años posteriores. Entre los nudos problemáticos que la revolución no había podido resolver se hallaban la consolidación de la identidad política de la incipiente nación; la separación adecuada de los poderes del Estado; los marcos de la participación ciudadana admisibles en la comunidad política en construcción y la participación que tendrían las provincias. Fueron los desafíos pendientes del Estado- nación que surgía de la revolución triunfante.

Orientación Bibliográfica

CAPÍTULO I
De Mendoza a Chacabuco

Sobre la batalla de Chacabuco existe una amplia bibliografía, naturalmente en obras generales relacionadas con las independencias de Chile y Argentina, así como en trabajos monográficos. Entre las primeras es innecesario mencionar las obras fundacionales de la historiografía de ambos países, debidas a las plumas de Diego Barros Arana y Bartolomé Mitre. En la ingente bibliografía sobre San Martín, que alcanza ya a centenares de volúmenes, una obra señera es la del general Gerónimo Espejo, publicada en 1882 y escrita en base a sus recuerdos de juventud, *El Paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del Ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817* (Buenos Aires: Carlos Casavalle). Contiene múltiples detalles de la conducta de San Martín durante sus años mendocinos, así como lo concerniente a la campaña de los Andes. Espejo entró al servicio militar a los 14 años de edad, afrontó el cruce de la cordillera con 15 años y tuvo su bautismo de fuego en Chacabuco. Estuvo también con O'Higgins en Talcahuano, Cancha Rayada y Maipú. El autor es venerado como "el cronista por excelencia de la cruzada libertadora del General San Martín", aunque hay que advertir que, perdidos sus papeles, el libro fue escrito en gran parte basado en sus recuerdos. Su texto fue reeditado en 1916, en 1953 y,

recientemente, en forma facsimilar, acompañado de buenos estudios: Sandra Pérez Stocco y Alba María Acevedo, Editoras, *El paso de los Andes, de Gerónimo Espejo* (Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, 2016).

Sobre el Ejército de los Andes y su exitosa campaña, que culminó en Chacabuco, hay una abundante bibliografía militar, publicada con ocasión del Centenario de esta batalla, a saber: Alberto Lara, *La batalla de Chacabuco, Relación histórica y Estudio Crítico Militar* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1918); Hans Bertling, *Documentos históricos referentes al Paso de Los Andes efectuado en 1817 por el General San Martín* (Concepción: Litografía e Imprenta "Concepción", 1908), obra reeditada en 1917, por Francisco Javier Díaz, bajo el título de *Estudio sobre el Paso de la Cordillera de los Andes por el General San Martín* (Santiago: Talleres del Estado Mayor General), que tiene el valor de los amplios reconocimientos geográficos realizados en terreno. Interesantes acotaciones, propias de la erudición de su autor, se deben a Luis Valencia Avaria: "La verdad sobre la batalla de Chacabuco" (*Revista Libertador O'Higgins,* Edición Conmemorativa del Bicentenario, 2010).

Con ocasión del reciente bicentenario del cruce de Los Andes, el historiador chileno Cristián Guerrero Lira publicó una completa obra denominada *1817, de Mendoza a Chacabuco* (Santiago: Ediciones Universidad Bernardo O'Higgins / Corporación Conservación y difusión del Patrimonio Histórico y Militar / Ejército de Chile, 2016). Con un enfoque más centrado en la preparación de la expedición y en la gestión administrativa de San Martín, como gobernador intendente de Cuyo, Pablo Camogli escribió una *Nueva historia del cruce de los Andes* (Buenos Aires: Aguilar, 2011). Asimismo, un enfoque social anima el trabajo de Beatriz Bragoni, "Esclavos, libertos y soldados: la cultura política plebeya en Cuyo durante la revolución", en Fradkin, Raúl, comp., *¿Dónde está el pueblo? Contribuciones a la historia popular de la revolución de independencia rioplatense* (Buenos Aires: Prometeo, 2008).

Entre las obras clásicas sobre San Martín, además de la de Mitre, ya en el siglo XX José Pacífico Otero publicó su *Historia del Libertador don José de San Martín* (Buenos Aires: Sopena, 1945), en cuatro volúmenes. El tomo segundo se denomina "El Libertador de Chile" y se refiere a los años 1817–1820. Hay que advertir que la aproximación hagiográfica sigue dominando la historiografía y la percepción pública del prócer, en especial en Mendoza, ciudad que fue epicentro de su acción militar y política; allí el patrimonio histórico local se relaciona estrechamente con sus actuaciones. En Argentina se han publicado cientos de textos y su figura es venerada desde diversos campos, incluso el cine: *El Santo de la Espada* es una película argentina histórico-épica, de 1970, cuyos exteriores se rodaron en Mendoza y que trata de la vida del Libertador.

La relación entre el plan sanmartiniano y los intereses ingleses se ha tratado ya varias veces, por ejemplo en Juan Sejean, *San Martín y la tercera invasión inglesa* (Buenos Aires: Editorial Biblos, 1997); y Rodolfo H. Terragno, *Maitland & San Martín* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, 2001).

Dos oficiales importantes en el campo realista fueron Rafael Maroto y Antonio Quintanilla, quienes dejaron testimonios detallados de Chacabuco, que han sido útiles para reconstituir los eventos. Es el documento rotulado "Últimos días de la Reconquista española. Proceso seguido de orden del Virrey del Perú a los Jefes y Oficiales del Ejército Real derrotado en Chacabuco", publicado en la *Colección de Historiadores y de Documentos Relativos a la Independencia de Chile* (Santiago: Dirección General de Talleres Fiscales, 1930), Tomo XXVIII.

Ambos personajes han tenido recepción historiográfica: Manuel Torres Marín, *Chacabuco y Vergara, sino y camino del teniente general Rafael Maroto Yserns* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1981). Sobre el defensor de Chiloé, puede verse *Mariscal de Campo Antonio de Quintanilla, autobiografía* (Santiago: Ediciones AUC, 1952); y José Toribio Medina, "Para la biografía de don Antonio de Quintanilla", en *Estudios históricos, biográficos, críticos y bibliográficos sobre la independencia de*

Chile (Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1965, 1º ed., 1926); un texto más reciente de Manuel Torres Marín, *Quintanilla y Chiloé: la epopeya de la constancia* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1985), e incluso ha motivado una novela histórica: *El hidalgo Antonio de Quintanilla: un quijote en Chiloé,* de Lorenzo Caglevic (Santiago: RIL, 2017). El texto más reciente sobre el defensor de Chiloé es el *Epistolario de Antonio de Quintanilla y Santiago, último gobernador monárquico de Chiloé, 1817–1826* (Santiago: Historia Chilena, 2018), obra de Alejandro Orellana, Ignacio Ibáñez y Gonzalo Aravena.

En relación a las exploraciones, desde tiempos coloniales, para abrir una ruta trasandina, aparecen comentadas en el artículo de Armando Cartes, "La ruta de Concepción a Buenos Aires por Antuco y Neuquén: Una mirada geopolítica", *Estudios trasandinos,* v. 18, n. 1 (2013). Sobre el cruce de los Andes, con fines bélicos en el marco de las guerras de la independencia, había antecedentes tanto de expediciones chilenas como argentinas, según comentamos en el texto. Puede leerse más en Pedro Hormazábal, "La cooperación militar de Chile a Argentina en el proceso independentista", en: VV.AA., *El Lazo de los Andes: diálogos sobre las campañas de la independencia de argentinos y chilenos, civiles y militares, 1810–1830* (Osorno: Universidad de Los Lagos / PEDCH, 2007); y en Cristián Bulnes Ripamonti, *Los auxiliares de Penco y su capitán Manuel de Bulnes Quevedo* (Santiago: Ograma Impresores, 2012), pp. 37–150.

Las acciones de inteligencia, diversión y espionaje, están bien tratadas, en el tiempo previo a la invasión, en el artículo de Camila Pesse Delpiano, "La Guerra de Zapa: el servicio de inteligencia patriota durante la reconquista española", *Revista de Historia Militar*, n. 14 (2015).

CAPÍTULO II
La formación de un gobierno nacional

Con seguridad, una de los personajes más controvertidos en la historia chilena es Bernardo O'Higgins, cuyo gobierno ha merecido los elogios y las condenas más destempladas. Su condición de "Padre de la Patria" lo pone en el centro de las disputas tanto historiográficas como políticas, hecho que explica los intentos de apropiación y politización de su figura en la memoria reciente, fenómeno que han explicado Cristián Guerrero Lira y Ulises Cárcamo, "Bernardo O'Higgins entre izquierda y derecha: su figura y legado en Chile, 1970–2008", *Cuadernos de Historia,* n. 39 (2013).

Por estas razones, no debe sorprender que la cantidad de escritos sobre su gobierno, y dada la diversidad de planos involucrados en él, como la guerra, la independencia y la formación de Estado, sea amplísima, impidiendo dar cuenta de ella en detalle. Con todo, entre las biografías indispensables que cubren estos aspectos pueden contarse, en orden cronológico: Miguel Luis Amunátegui, *La dictadura de O'Higgins* (Santiago: Imprenta de Julio Belin, 1853); Benjamín Vicuña Mackenna, *Vida del Capitán General don Bernardo O'Higgins* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1976, 1ª ed., 1882); Eugenio Orrego Vicuña, *O'Higgins: vida y tiempo* (Buenos Aires: Losada, 1946); Jaime Eyzaguirre, *O'Higgins* (Santiago: Zig-Zag, 1946); Julio Heise, *O'Higgins: forjador de una tradición democrática* (Santiago: Gráfica Neupert, 1975) y, finalmente Luis Valencia Avaria, *O'Higgins, el buen genio de América* (Santiago: Editorial Universitaria, 1980). Cabe señalar que todos estos últimos historiadores, de una u otra forma, trabajaron en la conformación del *Archivo de don Bernardo O'Higgins.*

La historia del presidio de Juan Fernández en tiempos de la Independencia puede reconstruirse en los capítulos dedicados en el trabajo de Benjamín Vicuña Mackenna, *Juan Fernández: historia verdadera de la isla de Robinson Crusoe* (Santiago: Imprenta Rafael Jover, 1883).

Cristián Guerrero Lira, en *La contrarrevolución de la independencia en Chile (*Santiago: DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2002), ha matizado las penurias de los patriotas en el presidio —aquella lectura que instaló en el imaginario Juan Egaña en *El chileno consolado en los presidios*— y, de hecho, ha realizado el trabajo más detallado sobre aspectos como los Tribunales de Vindicación y los secuestros de bienes. Sobre la justicia revolucionaria, especialmente en lo vinculado a las ejecuciones públicas, conviene revisar el texto de Antonio Correa Gómez, *El último suplicio. Ejecuciones públicas en la formación republicana de Chile, 1810–1843* (Santiago: Ocho Libros Editores, 2007).

Dos actores colectivos que desempeñaron un rol fundamental en aquellos años fueron las logias, especialmente la Logia Lautarina, y el clero. Para el primer caso, y desde un registro cercano a la masonería, la Logia Lautarina ha sido examinada, entre otros, por Benjamín Oviedo, "La Logia Lautarina", *Revista Chilena de Historia y Geografía,* n. 62 (1929); y Hugo Gunckel, *Ensayos sobre la Logia Lautarina* (Temuco: Imprenta Gutiérrez, 1946). Desde una perspectiva menos militante, y reparando en su dimensión militar y política, destacan los trabajos de Jaime Eyzaguirre, *La Logia Lautarina y otros estudios sobre la Independencia* (Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1973) y, especialmente, de Felipe del Solar, "Masones y sociedades secretas: redes militares durante las guerras de independencia en América del Sur", *Amérique Latine: Histoire & Mémoire,* n. 19 (2010).

La historiografía sobre el clero en tiempos de la independencia es copiosa. En general, ésta ha tendido a circunscribirse a la historia eclesiástica, permitiéndonos disponer de un acervo de trabajos contundente. Sin pretensión de exhaustividad, los textos más importantes incluyen a Carlos Silva Cotapos, *El clero chileno durante la guerra de la Independencia* (Santiago: Imprenta de San José 1911); Eduardo Cavieres, "La Iglesia y la Independencia de Chile", *Cuadernos de Historia,* n. 33 (2010); Marciano Barros, "José Ignacio Cienfuegos: nacionalista y patriota", *Anuario de Historia de la Iglesia,* n. 17 (2008); Fernando

Aliaga, "Proyecto ético-político del clero patriota en Chile", *Anuario de Historia de la Iglesia,* n. 17 (2008); Lucrecia Enríquez, "El clero y la independencia de Chile", en Josep-Ignasi Saranyana y Juan Bosco Amores, eds., *Política y religión en la independencia de la América hispana* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2011). Algunos trabajos sobre las órdenes religiosas incluyen a Osvaldo Walker, "La orden de San Agustín y la Independencia de Chile", *Revista Chilena de Historia y Geografía,* n. 146 (1978); Walter Hanisch, "Los jesuitas y la independencia de América y especialmente de Chile", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* n. 82 (1969); y Lucrecia Enríquez, Paula Jiménez y José Manuel Castro, "La orden de Predicadores en la Independencia de Chile y en la república decimonónica", en Eugenio Torres, coord., *Los dominicos insurgentes y realistas, de México al Río de la Plata* (México D.F.: Porrúa / Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas, 2011). Desde otros lugares de análisis, privilegiando la dimensión ideológica y simbólica de la religión, se cuentan los textos de Gabriel Cid, "Religión, legitimidad política y esfera pública en Chile: el tránsito de la Monarquía a la República (1808–1833)", en Ana María Stuven, ed., *La religión en la esfera pública chilena ¿secularización o laicidad?* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2014); y Jaime Valenzuela, "La Vierge du Carmen et l'Indépendance du Chili: une patronne céleste pour l'armée…et la nation?", *Cahiers des Amériques Latines,* v. 67, n. 2 (2011), respectivamente.

Uno de los logros más destacados del gobierno de O'Higgins fue la supresión de la nobleza y la instauración del principio de igualdad ante la ley, aspectos que han sido examinados en el capítulo VII de Gabriel Cid, *Revolución y república: pensamiento político en la independencia chilena* (Castelló: Universitat Jaume I, 2018). Sobre la conformación de la Legión del Mérito O'Higginiana destaca el trabajo fundacional de Jaime Eyzaguirre, "Historia de la Orden al Mérito de Chile", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* n. 2 (1933); y, desde una sugerente perspectiva comparada, el reciente texto de Alejandro Rabinovich,

"Las órdenes militares en tiempos revolucionarios. El republicanismo y la posibilidad de una aristocracia militar. Río de la Plata, Chile y Perú, 1810–1824", *Revista Universitaria de Historia Militar,* v. 5–9 (2016).

La historiografía relativa a la dimensión simbólica de la revolución ha tenido en la última década un impulso de renovación claro. Así, la ritualidad es rescatada, entre otros, por los trabajos de Paulina Peralta, *¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810–1837)* (Santiago: Lom, 2007); y Jaime Valenzuela, *Fiesta, rito y política. Del Chile borbónico al republicano* (Santiago: DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2014). Los símbolos e iconografía de la independencia se analizan en Gastón Soublette, *La estrella de Chile* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1984); Trinidad Zaldívar y Macarena Sánchez, "Símbolos, emblemas y ritos en la construcción de la nación. La fiesta cívica-republicana: Chile 1810–1830", en Gabriel Cid y Alejandro San Francisco, eds., *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2009), v. I.; e Isabel Cruz, *Patrimonio artístico en Chile. De la Independencia a la República, 1790-1840* (Santiago: Origo, 2016). La influencia mapuche por Armando Cartes, en "Arauco, matriz retórica de Chile: símbolos, etnia y nación", *Si somos Americanos*, v. 13, n. 2 (2013). La música de la independencia, finalmente, es analizada en detalle en el completo trabajo de Rafael Pedemonte, *Los acordes de la Patria. Música y nación en el siglo XIX chileno* (Santiago: Globo Editores, 2008).

CAPÍTULO III
La guerra en el sur

El relato más tradicional de la campaña de 1817 se encuentra en la *Historia General de Chile* de Diego Barros Arana. El tomo XI, aparecido en 1890, es el que se refiere a los hechos que cubre este capítulo. La obra es fruto de una exhaustiva recopilación de fuentes, a través de

muchos años. Son pocos los materiales que Barros no revisó y estos, en todo caso, no alteran fundamentalmente el relato. Así lo reconoce Luis Valencia Avaria al prologar el tomo XVIII del *Archivo de don Bernardo O'Higgins,* relativo a estos eventos. Nuestra recopilación, dice, "confirma y destaca el mérito" de su labor de investigación histórica y "agrega muy poco a lo allí relatado". La omisión más interesante, a nuestro juicio, se refiere a los conflictos entre el Director Supremo con el Cabildo de Santiago, a propósito del nombramiento de un Director Delegado sin consulta a ese cuerpo. Son cuestiones que merecerían un estudio separado.

La obra de Barros Arana también es valiosa por cuanto tuvo oportunidad de entrevistar o remitir cuestionarios a sujetos que habían asistido o protagonizado los eventos que se relatan. Tal fue el caso, justamente, de algunos sobrevivientes del asalto a Talcahuano. De esta forma, se convierte en fuente ineludible de la historia del periodo.

Algo similar ocurre con la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana,* del argentino Bartolomé Mitre, aparecida el mismo año de 1890. En la obra, fundacional de la historiografía argentina y americana, se aportan ingentes datos, pero también interpretaciones y perspectivas que trascendieron largamente al siglo de su redacción. Hay que tener presente que para la historiografía argentina el cruce de los Andes, pero también la campaña del sur, son parte integral de sus luchas por la emancipación argentina y americana. Así se aprecia en obras más modernas, como la *Nueva Historia de la Nación Argentina,* publicada por la Academia Nacional de la Historia (Buenos Aires: Planeta, 2000), o en *Campañas militares argentinas. La política y la guerra*, de Isidoro J., Ruiz Moreno (Buenos Aires: Emecé, 2005).

Entre las memorias históricas publicadas por la Universidad de Chile, a instancias de su rector Andrés Bello, se encuentra la de Salvador Sanfuentes, *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo* (Santiago: Imprenta de la República, 1844), luego reunidas y editadas por Benjamín Vicuña Mackenna, en varios volúmenes, bajo el título de

Historia Jeneral de la República de Chile desde su Independencia hasta nuestros días (Santiago: Imprenta Nacional, 1868). Contiene un detallado relato, desde la perspectiva patriota, con las virtudes y defectos de una historia cercana a los eventos. Respecto a los sucesos propiamente militares, al cumplirse un siglo de Chacabuco y Maipú, Guillermo Arroyo, oficial de ejército, publicó su *Historia de Chile. Campaña de 1817–1818* (Santiago: Imprenta y Litografía Barcelona, 1918), la que sigue un criterio cronológico.

Eventos puntuales de aquella campaña, como la marcha al norte de los patriotas tras la fallida Toma del Morro, la relata Leonardo León: "La otra guerra de la Independencia en Chile: el éxodo patriota de Penco en 1817–1818", en Julio Retamal Ávila, coord., *Estudios coloniales III* (Santiago: Centro de Estudios Coloniales Universidad Andrés Bello, 2004). Al sitio de Talcahuano puede asociarse también el romance del Libertador con Rosario Puga, que han relatado Manuel Balbontín y Gustavo Opazo, *5 Mujeres en la vida de O'Higgins* (Santiago: Arancibia Hermanos, 1964); y que incluso fue recogido en una novela histórica: Juanita Gallardo, *Déjame que te cuente: la historia de Rosario Puga* (Santiago: Planeta, 1999).

Entre los actores relevantes de esta campaña que han merecido biografías, puede mencionarse al general argentino José Gregorio de Las Heras. Acusado de "indolencia criminal" por O'Higgins, al inicio de la campaña, lo reivindicará más tarde el mismo Libertador y la historiografía más moderna. Señalemos una obra antigua, de Fued Gabriel Nellar, *Juan G. Gregorio de Las Heras, Su vida, su obra* (Buenos Aires: Círculo Militar, 1965); y dos contemporáneas: Félix Luna, ed., *Juan Gregorio de Las Heras* (Buenos Aires: Planeta, 2000); y de Sergio Martínez Baeza, *Las Heras y la emancipación sudamericana* (Mendoza: Edium, 2015).

La historiografía de dos protagonistas de estas campañas, Bernardo O'Higgins y José de San Martín, es ingente y no es éste el lugar para acometerla. Hemos descrito la historiografía sobre el régimen

de O'Higgins en los apartados previos. Pero sí conviene recordar que su nutrida y amistosa correspondencia es una fuente valiosa de información, en particular para la campaña del sur. Desde que la copiara Barros Arana en el archivo personal de San Martín, en 1860 y Vicuña Mackenna entre los papeles del prócer, se ha publicado muchas veces. Desde luego en el *Epistolario de don Bernardo O'Higgins 1819–1823,* que editó Ernesto de la Cruz (Madrid: Editorial América, 1920, 2 tomos); y en el *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, Tomos VIII y IX. También figura en recopilaciones posteriores, como las editadas por Cristián Guerrero Lira y Nancy Miño Thomas, *Cartas de Bernardo O'Higgins* (Santiago: Historia Chilena, 2011, 3 volúmenes), vol. 1; y Alfredo Gómez Alcorta y Francisco José Ocaranza Bosio, *Epistolario de don Bernardo O'Higgins* (Santiago: Universidad Bernardo O'Higgins, 2011, dos volúmenes). Como un volumen especial fueron publicadas por Sergio Martínez Baeza y Pacho O'Donnell, *O'Higgins y San Martín. Sus cartas: un mandato de fraternidad* (Santiago: Gráfica Andros, 2010).

Una institución señera, que configura su identidad en esta etapa histórica es el ejército. Señalemos al menos una obra recientemente reeditada, en razón del bicentenario de la Academia Militar: Myriam Duchens, ed., *Escuela Militar del Libertador Bernardo O'Higgins. 190 años de Historia. 1817–2007* (Santiago: Escuela Militar, 2007).

Por último, un fenómeno peculiar de esta época, militar en su origen, pero cuyos ecos se proyectan al Chile republicano, es la participación de soldados napoleónicos en los eventos americanos, a partir de 1817. En años recientes, su estudio se ha acometido con criterio moderno, usando las herramientas de la prosopografía y aprovechando la creciente disponibilidad de archivos. Buenos aportes ha hecho Patrick Puigmal, a través de múltiples trabajos y libros como *Cartas inéditas de Bacler d'Albe* (Osorno: Editorial Universidad de los Lagos, 2006); *Diálogo de sordos entre José de San Martín y Michel Brayer* (Osorno: Editorial Universidad de los Lagos, 2003) y con Armando Cartes, *De la Alsacia al Bio Bio. El oficial napoleónico Federico de Brandsen en las*

campañas de la Independencia de Chile (Concepción: Editorial Pencopolitana, 2008). Su mayor contribución ha sido el *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia, Argentina, Chile y Perú* (Santiago: DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2013), que ya lleva tres entregas, referidas a diversas regiones de América. El tema también ha sido trabajado por Fernando Berguño Hurtado, *Los soldados de Napoleón en la Independencia de Chile (1817–1830)* (Santiago: RIL, 2015) y por Armando Cartes, *Franceses en el país del Bio-Bio* (Concepción: Trama Impresores, 2004).

Finalmente, mencionemos que las memorias del más notable oficial francés ya habían sido editadas por Guillermo Feliú Cruz, en 1964, en una publicación señera. Son las *Memorias militares para servir a la Historia de la Independencia de Chile del Coronel Jorge Beauchef, 1817–1829 y Epistolario*. Redactadas por su autor en francés y en español en los últimos años de su vida, son un documento indispensable para conocer los hechos en que a Beauchef le tocó intervenir. Permanecieron largo tiempo inéditas, hasta su edición referida, acompañada de estudios de Andrés Bello, José Hipólito Beauchemin, Diego Barros Arana, Gonzalo Bulnes, Benjamín Vicuña Mackenna, Virgilio Figueroa y Pedro Pablo Dartnell, entre otros, además de una introducción de Feliú Cruz. Patrick Puigmal las reeditó, en francés, en 2001 (*Mémoires pour servir à la indépendance du Chili par George Beauchef,* La Vouivre, France) y en español, en 2005 (*Memorias de Jorge Beauchef,* Santiago: DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana).

CAPÍTULO IV
La Frontera en revolución

La situación de la región situada al sur del río Biobío, durante las guerras de independencia y, en especial, el involucramiento de las tribus mapuches en el conflicto, no fue una preocupación especial de la

historiografía del siglo XIX. Para autores como Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana, los indígenas fueron un actor menor, sin objetivos propios ni una visión general del proceso. Así se desprende de *La Crónica de 1810,* obra del primero (Santiago: Imprenta de la República, 1876); y de una mirada de conjunto de la *Historia General* de Barros Arana. La actividad y los alineamientos de los indígenas, en las campañas, solo se explicarían en virtud de las alianzas coloniales y las ganancias propias del descalabro que producía la guerra, esto es, el pillaje y el saqueo.

En el periodo llamado de la "Guerra a Muerte", que se prolonga mucho más allá de Maipú y la pacificación de Chile central, los indígenas se vuelven actores relevantes, pero siempre asociados a la actividad disociadora de las guerrillas realistas, que encabezan Vicente Benavides y también Coronado, Zapata, Picó, Sánchez o Ferrebú, hasta la derrota definitiva de la banda de los Pincheira en Epulafquen, en 1832. El relato clásico es el de Vicuña Mackenna, *La Guerra a Muerte* (Santiago: Imprenta Nacional, 1868), que se complementa con una obra temprana de Diego Barros Arana, *Estudios históricos sobre Vicente Benavides y las campañas del sur 1818–1822* (Santiago: Julio Belin, 1850). Compartiendo esta mirada, el francés Claudio Gay, aunque con simpatía por este pueblo, explica que la asociación mapuche a la causa realista era parte de la barbarie a superar, la tarea pendiente del Estado "en forma" que se organizaba.

Recién comenzando el siglo XX, el texto de Tomás Guevara sobre los mapuches en la guerra de independencia, agregó más luces sobre el tema: *Los araucanos en la revolución de la Independencia* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1911). Demostró que su participación había sido masiva y, en muchos eventos, decisiva. Durante ese siglo, curiosamente, la historiografía, sin consideración de su situación en el espectro político, mantuvo el mismo silencio sobre la presencia indígena, más allá de episodios puntuales. Se observa, por ejemplo, en obras de autores tan disímiles como Gabriel Salazar, *Construcción del Estado en Chile*

(1800–1837) (Santiago: Sudamericana, 2005) o Gonzalo Vial Correa, *Chile*, *cinco siglos de Historia* (Santiago: Zig-Zag, 2009), tomo I. Lo más relevante en ese siglo, sin perjuicio de las polémicas de orden etnográfico que se han suscitado, son los aportes de la temprana historia fronteriza, asociada a Sergio Villalobos, junto a otros autores.

Una mirada renovada, que vinculó los eventos de ultra-Biobío con el proceso de organización de Estado, se debe a Jorge Pinto Rodríguez. Nos referimos al texto *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2ª ed., 2003). Ese trabajo recupera la centralidad de la Frontera en los debates y decisiones iniciales, en cuanto a territorio, nacionalidad y ciudadanía. En la misma línea, lo abordó Armando Cartes, "¿Bárbaros o ciudadanos? Los mapuches en el albor republicano", en Armando Cartes y Pedro Díaz, eds., *Ciudadanía: temas y debates* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2014), y Ana María Stuven y Gabriel Cid, "Indígenas: de «fieros republicanos de Arauco» a «raza carnicera enemiga», 1811–1835", en *Debates republicanos en Chile. Siglo XIX* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013), vol. 2.

Desde la historiografía mapuche, un texto seminal fue *¡Escucha, Winka…! Cuatro ensayos de historia nacional mapuche y un epílogo sobre el futuro*, de Pablo Mariman, Sergio Caniuqueo, José Millalén y Rodrigo Levil (Santiago: Lom, 2006) y, más recientemente, *TA IÑ FIJKE XIPA RAKIZUAMELUWÜN, Historia, colonialismo y resistencia desde el país Mapuche*, de varios autores asociados a esa etnia (Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche, 2012). Ambos textos reúnen trabajos críticos a la integración forzada que finalmente operó y, en lo pertinente a nuestro estudio, plantean la posibilidad histórica de un desarrollo alternativo, a partir de las lógicas coloniales y la autonomía reconocida a los pueblos originarios por la Corona española. La historiografía mapuche, en todo caso, se encuentra concentrada en temas de historia reciente, en virtud de los procesos de autonomía y las

reivindicaciones en desarrollo. De ahí que la época a que se refiere el presente libro no haya sido mayormente trabajada.

De manera monográfica, para conocer las tratativas del mando patriota con el mundo indígena, en el momento más álgido de la guerra en el sur, durante la Patria Nueva, útiles son los trabajos de Leonardo León, en especial *O'Higgins y la cuestión mapuche, 1817–1818* (Santiago: Akhilleus, 2011). La geopolítica de la frontera, sus alianzas e intereses ha sido bien tratada, a su vez, por Eduardo Téllez, en varios estudios, entre estos "Espacios geoétnicos y confederaciones territoriales en tiempos de la Guerra a Muerte", *Historia Indígena* n. 3 (1998); y "Las grandes federaciones geopolíticas de los llanos de Araucanía hacia la época de Independencia", *Revista de Historia,* v. 16, n. 2 (2006). Hay aportes recientes de Manuel Ramírez Espíndola —como su trabajo "Huasos, frailes y soldados. El último bastión monarquista en la frontera hispano-mapuche", *Fuego y Raya,* v. 1, n. 1 (2010)—, entre otros autores, que aportan miradas frescas.

Pendiente todavía se halla una aproximación más global a la participación del mundo indígena en los primeros cincuenta años de la organización del Estado, en una perspectiva militar y también política. Los nuevos enfoques y la documentación que se halla disponible, hacen viable esta aproximación necesaria.

CAPÍTULO V
El mundo plebeyo entre el reino y la república

Una de las primeras formas en que la historiografía se aproximó al estudio de los sectores populares en la Independencia, fue a través de la reconstrucción de las biografías de los guerrilleros más reputados que participaron en ella. Estas fueron situadas en dos marcos generales: ya en los escenarios de la Reconquista española delineada en el clásico trabajo de los hermanos Amunátegui, o bien en el espacio descrito

magistralmente por Vicuña Mackenna en *La guerra a muerte,* donde quiso retratar la crudeza de la guerra y la barbarie desatada tras Maipú en la frontera sur. En ese marco narrativo puede entenderse la breve biografía que Diego Barros Arana le dedicó a uno de los personajes más paradigmáticos del período: Vicente Benavides, en sus *Estudios históricos sobre Vicente Benavides i las campañas del sur, 1818–1822* (Santiago: Imprenta de Julio Belín, 1850).

En paralelo, fue elaborándose la narrativa sobre Manuel Rodríguez, inicialmente construida por la novela histórica, el teatro y la cultura popular. El peso de la historia oral en la reconstrucción de este tipo de historias explica el fondo novelesco sobre el que descansan muchas de estas narraciones, mezclándose la historia con la tradición. Así lo refleja el trabajo seminal de Ricardo Latcham, *Vida de Manuel Rodríguez, el Guerrillero* (Santiago: Nascimento, 1932). A mediados de siglo se consolida el interés por el personaje, como lo demuestra la obra de Alejandro Chelén, *El guerrillero, Manuel Rodríguez y su hermano Carlos precursores de la democracia y la libertad* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1964), cuya filiación partidista y la fecha de publicación del texto hacen previsible el tenor general del libro, aunque a diferencia de los trabajos previos sobre Rodríguez, tuvo un afán documental que la sitúan como una de las primeras biografías historiográficamente modernas sobre el guerrillero. Con todo, tanto la vida como las acciones de Rodríguez continúan en esa ambigüedad constitutiva del personaje, a medio camino entre la historia y la ficción, cuyos deslindes todavía no están claramente definidos, según constata Manuel Guajardo en *Manuel Rodríguez: historia y leyenda* (Santiago: RIL, 2010).

Desde una perspectiva similar a la de Latcham, aunque con una inclinación más marcada hacia la biografía novelizada, deben destacarse las biografías que René León Echaiz dedicó a dos montoneros patriotas que, a la sombra de Rodríguez, habían sido desplazados hacia un lugar marginal en la historiografía. El afán de rescatarlos del olvido, revalorizar la participación de Colchagua en el conflicto emancipatorio,

y la obsesión por el tema de la guerrilla en aquellos momentos, permiten comprender la escritura de *Francisco Villota, el guerrillero olvidado* (Santiago: Orbe, 1964), y, al año siguiente, de *El bandido Neira* (Santiago: Orbe, 1965). En una línea afín a este tipo de análisis, la circulación de la figura del bandolero en la cultura popular, conviene tener presentes los trabajos de Maximiliano Salinas, "El bandolero chileno del siglo XIX. Su imagen en la sabiduría popular", *Araucaria de Chile,* n. 36 (1986); y de Andy Daitsman, "Bandolerismo: mito y sociedad. Algunos apuntes teóricos", *Proposiciones,* n. 19 (1990)

Desde la década de 1990, la guerrilla ha sido recuperada más que en un registro de cultura popular, a la luz de la historia social y sus preocupaciones. En este sentido, el trabajo pionero fue el de Ana María Contador, *Los Pincheira, un caso de bandidaje social. Chile 1817–1832* (Santiago: Bravo y Allende Editores, 1998), trabajo que se esmeró en adentrarse en una montonera olvidada o bien denostada, justamente porque no obedecía al registro clásico de la épica de la guerrilla insurgente. Allí explicó las condiciones estructurales de surgimiento de las montoneras, sus formas de vida y las motivaciones para defender el orden tradicional. La línea de trabajo abierta por Contador fue profundizada en el cambio de siglo, por una serie de trabajos que se propusieron examinar las lógicas de participación popular durante la guerra de independencia en una lectura que dejase atrás el tenor épico y patriótico que tradicionalmente se le atribuyó. Así, se buscó recuperar las oscilaciones de sus posicionamientos, su resistencia al proceso e inferir sus motivaciones respecto a su participación en la guerra. Entre estos, los más destacados son los de Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810–1840)* (Santiago: Lom, 2009) y Leonardo León, cuya diversa producción sobre estos tópicos se condensa en su libro *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810–1822* (Santiago: DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2012). Sobre el tema de las adhesiones o rechazos a la causa independentista, especialmente en la zona norte del

país, son destacables los trabajos de Igor Goicovic, "De la indiferencia a la resistencia. Los sectores populares y la Guerra de Independencia en el norte de Chile (1817–1823)", *Revista de Indias,* v. LXXIV, n. 260 (2014), y "Conflictividad social y violencia colectiva en Chile tradicional. El levantamiento indígena y popular de Chalinga (1818)", *Revista de Historia Social y de las Mentalidades,* n. 4 (2000). También conviene nombrar los textos de Emilia Riquelme, "¿Realistas, independentistas o autónomos? Motivaciones políticas tras las montoneras de Vicente Benavides y de José Miguel Neira en la zona centro-sur de Chile durante la guerra de independencia" (Tesis de Magíster en Historia, Universidad de Santiago, 2015); Javiera Müller, "Adhesiones populares. El mito del apoyo popular a Carrera", en *Seminario Simon Collier 2004 (Santiago:* Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2004); y Mario Valdés, "La deserción en el ejército patriota durante la Guerra de la Independencia en Chile: 1813–1818. Notas para su comprensión", *Revista Chilena de Historia y Geografía,* n. 164 (1998).

La participación de los afrodescendientes en el conflicto independentista chileno ha sido puesto de relieve tanto por Hugo Contreras, "Artesanos, mulatos y soldados beneméritos. El Batallón de Infantes de la Patria en la guerra de independencia de Chile, 1795–1820", *Historia,* n. 44, v. I (2011); como por Claudio Vivanco, en "La actuación del batallón Infantes de la Patria durante la Patria Vieja, 1810–1814", *Cuaderno de Historia Militar,* n. 6 (2010). Desde una perspectiva continental, conviene revisar Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom: Slave Soldiers and the Wars of Independence in Spanish South America* (Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 2008). Una perspectiva panorámica que pretende recuperar la presencia afrodescendiente en el país se encuentra en el texto colectivo editado por Celia Cussen, *Huellas de África en América: perspectivas para Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 2009).

Otros trabajos han perseguido establecer los vínculos entre la conformación de las montoneras, sus orígenes, formas de reclutamiento

y escenarios de acción con las especificidades territoriales de la frontera sur. Así lo ha hecho Manuel Ramírez Espíndola en "Violencia y guerrillas durante la Independencia de Chile. El sitio de Talcahuano, 1817–1818", en Andrés Medina, ed., *Chile y España, primera mitad del siglo XIX: Chile, consolidación republicana. España, liberalismo y restauración* (Concepción: Universidad Católica de la Santísima Concepción, 2014); y, junto a Eduardo Téllez, en "Vicente Benavides: reacción y devoción en el seno de la post-independencia americana", *Revista de Historia,* nº 15 (2005). Desde una perspectiva más amplia, pues examina las conexiones con el mundo pampino, destacan los trabajos de Carla Manara, "Movilización en las fronteras. Los Pincheira y el último intento de reconquista hispana en el sur americano (1818–1832)", *Sociedades de Paisajes Áridos y Semiáridos,* n. 2. (2010); y "La frontera surandina: centro de la confrontación política a principios del siglo XIX", *Mundo Agrario,* v. 5, n. 10 (2005).

CAPÍTULO VI
La Declaración de la Independencia de Chile

La independencia de Chile, para la historiografía liberal clásica, es el evento central de la historia patria, en cuanto la divide en sus dos etapas principales, el Chile colonial o indiano y el Chile republicano. Es el momento fundacional del Estado-Nación, el cual, entre debates y combates, avanza hacia su consolidación política. La historiografía chilena nace de la mano de estos procesos, para historiarlos con el fin de aportar a la construcción nacional desde la identidad y el origen que organiza el relato histórico.

La Declaración de la Independencia de Chile es el momento eje de ese proceso, en cuanto, a lo menos jurídicamente, significa el paso, irrevocable e irreversible, a la condición de Estado soberano. Curiosamente, no fue objeto de gran atención por la temprana historiografía.

Puede deberse a que tuvo lugar en una etapa especialmente dramática de la guerra y, además, a las circunstancias de la Declaración misma, las cuales, en el siglo XIX, aparecían poco documentadas.

Lo anterior llevó a poner el acento en la Proclamación, que corresponde al acto en que aquella es anunciada y jurada por las autoridades, las corporaciones, el ejército y los pueblos de las distintas ciudades en que tuvo lugar. La distinción jurídica entre la Declaración y su mera Proclamación, no resulta evidente para todos los historiadores ni para la prensa actual y de época. Sí lo era, en cambio, para el Prócer, que jamás se confunde al distinguir el acto que declara la condición soberana de Chile, que realiza y data en Concepción, y el acto de su mera comunicación y jura, que por eso se repitió varias veces, en diversas ciudades.

Hoy sabemos, en razón de diversos documentos emanados del mismo Libertador Bernardo O'Higgins, así como de otros testimonios de época, que la Declaración tuvo lugar en Los Morrillos de Perales, en los antiguos términos del cabildo penquista, en territorio de la actual comuna de Talcahuano. El documento entonces firmado no se ha hallado o no se conserva, probablemente por decisión del mismo O'Higgins, quien tenía en mente la redacción de un documento de contenido solemne, dada su trascendencia. Es el que se proclama y jura en Santiago el 12 de febrero de 1818 y, el mismo día, por el propio O'Higgins en Talca. En las semanas siguientes, el evento se repetiría en otras localidades.

Los textos que, en su conjunto, mejor recogen los antecedentes y testimonios relativos a estos hechos, se deben a la pluma de Luis Valencia Avaria, el mayor especialista en la vida y obra del Libertador, y se publicaron en varios números del *Boletín* de la Academia Chilena de la Historia: "El testamento político de O'Higgins", n. 24 (1942); "La declaración de la Independencia de Chile", n. 23 (1942); y "La Declaración y Proclamación de la Independencia de Chile", n. 78 (1968). Los trabajos reúnen múltiples antecedentes, muchos de los cuales no tuvo a la vista Barros Arana al redactar su historia, lo que explica las confusiones iniciales, que luego muchos han repetido.

Para el sesquicentenario de la Declaración, en 1968, Valencia Avaria publicó el último de sus artículos citados, que expone de manera erudita la suma de sus trabajos sobre el tema. Alamiro de Ávila Martel, por su parte, maestro de la historia jurídica, editó, al año siguiente, su obra *Impresos relativos a la Declaración de la Independencia de Chile* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1969), que contiene la reproducción facsimilar de importantes piezas relativas al punto en estudio. Una década después, para el Bicentenario del nacimiento del Prócer, la Universidad de Concepción publicó, bajo la responsabilidad de Juan de Luigi, la obra *Acta de la Independencia de Chile* (Concepción: Universidad de Concepción, 1978), que reúne varios documentos, en una lujosa edición conmemorativa.

El tema aparecía sellado para los historiadores, con la excepción del trabajo del político y agricultor talquino Guillermo Donoso Vergara, "Acotaciones en torno a la declaración de la Independencia de Chile", en Neville Blanc Renard, ed., *Homenaje al profesor Guillermo Feliú Cruz* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1973), que desconoce los eventos de Concepción, para relevar la proclamación de Talca. Ha sido recurrente la confusión del público y la prensa, seguramente provocada por la falta de información sobre el evento del 1 de enero y la dualidad histórico-jurídico entre la Declaración y la Proclamación. Lo anterior, ha llevado, en tiempos recientes, a una interesante polémica, una de las escasas que surgieron en torno al bicentenario del proceso de independiente.

Mencionemos algunas de las publicaciones recientes. En 2018 apareció el libro colectivo, coordinado por Armando Cartes *200 años Proclamación de la Independencia de Chile en Concepción* (Empresas Diario El Sur S.A., Concepción, 2018). Un texto previo fue publicado por la Universidad de Talca, a partir de un Seminario organizado en torno a la temática, contiene varios trabajos: Christian Hausser y Eduardo Bravo, eds., *La independencia de Chile y su celebración ¿una polémica (aún) abierta?* (Talca: Centro de Documentación Patrimonial / Editorial

Universidad de Talca, 2016). A continuación, Jaime González Colville ("El acta de la Independencia de Chile. Su declaración y juramento"), y Armando Cartes ("Chile, de la insurgencia a la Independencia"), reafirman, con numerosos antecedentes, las tesis de Valencia Avaria, en tanto que Cristián Guerrero Lira plantea dudas sobre la secuencia de eventos que llevaron a la Proclamación ("Certezas y dudas en torno a la Proclamación de la Independencia: una visión personal"). El profesor Jorge Valderrama Gutiérrez, por su parte, sin desvirtuar los hechos, en una publicación previa, se refiere a su significación jurídica, relevando la proclamación realizada en Talca, el 12 de febrero, en "Antecedentes históricos que sustentan que la jura y proclamación de la independencia nacional se realizó en Talca", *Anuario Academia de Historia Militar*, nº 29 (2015).

Ya en el año 2018, el mismo del Bicentenario de la Declaración, Lucrecia Enríquez publica *Historia, memoria y olvido del 12 de febrero de 1818. Los pueblos y su declaración de la independencia de Chile* (Rosario: Prohistoria, 2018). Un completo análisis sobre los eventos, acompañado de una recopilación de documentos que, si bien eran conocidos, no se hallaban disponibles. Se pronuncia contraria a la tesis de Valencia Avaria y fija en el 12 de febrero la fecha de la declaración. El mismo año apareció un texto de Cristián Guerrero Lira y Ulises Cárcamo Sirguiado, denominado *1818, La Proclamación de la Independencia de Chile; Historia y Memoria, Realidad y Mito* (Santiago: Historia Chilena, 2018). La obra revisa el contexto y los conceptos asociados de "declaración" y "proclamación", sumado a un exhaustivo panorama historiográfico de los estudios sobre el tema. Su tesis, contraria a la idea de una declaración de independencia en Concepción, es rebatida en el trabajo de Armando Cartes, "La Declaración de la Independencia de Chile. Una aproximación desde el Bicentenario", (*Revista Libertador O'Higgins,* Edición Especial Bicentenario n. 28, 2018, pp. 70–118). Esta edición especial de la tradicional publicación, contiene otros estudios interesantes; entre los relativos a los años en estudio, mencionemos

los de Juan Manuel Martínez, "Los símbolos de una nueva nación"; y de Carolina Tapia Valenzuela "¡Viva el 18 de septiembre! La festividad popular de nuestra celebración patria".

El debate que referimos es propio de la actividad historiográfica, *ad portas* de una importante conmemoración. En virtud de la carencia de elementos nuevos, con excepción de la denuncia de errores de conceptos en la prensa antigua y moderna, no parece que pueda conducir a una reformulación del relato o a una reinterpretación sustancial de los hechos. Sí han sido provechosos los análisis conceptuales y la abundante documentación que ahora queda disponible en forma impresa.

Cerrando la revisión sobre las publicaciones surgidas en años recientes, mencionemos el texto de Sarah Chambers, *Families in war and peace* (Durham: Duke University Press, 2015) y la *Historia Política de Chile, 1810-2010,* en cuatro tomos, aparecida recientemente bajo el sello del Fondo de Cultura Económica (Santiago, 2017). El tomo I de este notable proyecto colectivo, dedicado a las "prácticas políticas", editado por Iván Jaksic y Juan Luis Ossa, cubre variados tópicos, como elecciones, prensa, guerras civiles y la actuación política de los militares, inaugurando el análisis en 1810.

CAPÍTULO VII
La diplomacia de la revolución

La historia diplomática fue una de las áreas de interés más notoria de la historiografía de fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo siguiente. En ese sentido, mapear la dimensión internacional del proceso independentista fue parte del interés inicial de la disciplina, hecho que hizo que ya a mediados del siglo XX la literatura sobre estos temas fuese ingente y cubriese los aspectos más significativos del proceso. Al respecto, la interpretación general más acabada es la de Ricardo Montaner Bello, *Historia diplomática de la Independencia de Chile* (Santia-

go: Editorial Andrés Bello, 1961), texto que comprende todo el proceso independentista, proyectándose hasta el reconocimiento posterior de la misma. También han aportado con capítulos importantes sobre estos aspectos los textos más amplios de Alberto Cruchaga, *Estudios de historia diplomática chilena* (Santiago: Andrés Bello, 1962); y Mario Barros Van Buren, *Historia diplomática de Chile* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1970). Una propuesta de ensayo estructuralista de la dimensión internacional del proceso es presentada por Sergio Villalobos en "La situación internacional y la independencia de Chile", en Walter Sánchez y Teresa Pereira, *150 años de política exterior chilena* (Santiago: Instituto de Estudios Internacionales Universidad de Chile, 1977). Más accesible y reciente resulta la síntesis de Cristián Guerrero Lira, "Chile en el mundo", en Ricardo Couyoumdjian, coord., *Chile. Tomo 1: 1808–1830. Crisis imperial e independencia* (Madrid: Fundación MAPFRE / Taurus, 2010).

Sobre las misiones diplomáticas adscritas al gobierno chileno durante la época también disponemos, además de sus menciones en las obras generales, de monografías bastante informativas. Así, sobre la misión de Álvarez Condarco en Gran Bretaña, además de las informaciones proporcionadas por Diego Barros Arana en su *Historia General,* se cuenta con el trabajo de Fernando Campos Harriet, "Las misiones de Álvarez Condarco en la emancipación americana", *Mapocho,* v. 15, n. 4 (1966). De manera similar, la misión conjunta chileno-rioplatense de Manuel H. Aguirre es analizada de forma exhaustiva en el libro de Alberto Palomeque, *Oríjenes de la diplomacia arjentina. Misión Aguirre a Norte América* (Buenos Aires: Establecimiento Gráfico Robles & Cía., 1905). Sobre las gestiones para la adquisición de material naval para la conformación de la escuadra chilena, objetivos centrales de ambas misiones diplomáticas, aporta datos interesantes el primer tomo de Gonzalo Bulnes, *Historia de la Espedicion Libertadora del Perú (1817-1822)* (Santiago: Rafael Jover, 1887), así como el detallado y más amplio

trabajo de Donald E. Worcester, *El poder naval y la independencia de Chile* (Santiago: Editorial Francisco de Aguirre, 1970).

El trabajo diplomático de Antonio José de Irisarri desde Gran Bretaña se encuentra analizado tanto en la biografía que le dedicó al guatemalteco Ricardo Donoso, *Antonio José de Irisarri, escritor y diplomático* (Santiago: Universidad de Chile, 1934), como en el artículo de Charles William Center, "La misión Irisarri a la Gran Bretaña, 1819–1823", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* n. 28 (1944). La documentación proporcionada por la labor de Irisarri puede consultarse en los tomos III y IV del *Archivo de don Bernardo O'Higgins*. Del mismo modo, las tareas de la misión Zañartu en el Río de la Plata —sobre la cual no disponemos de monografías, con excepción del capítulo respectivo del libro de Domingo Amunátegui Solar, *Don Miguel José de Zañartu y Santa María* (Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1944)— pueden documentarse en los tomos V y VI de la misma colección. Para informarse sobre misiones diplomáticas inmediatamente posteriores al período aquí examinado, como la misión de Mariano Egaña en Inglaterra en reemplazo de Irisarri, es clave la recopilación de Javier González Echeñique, *Documentos de la misión de don Mariano Egaña en Londres* (Santiago: Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, 1984).

Dentro del ámbito de las relaciones internacionales, la historiografía ha subrayado particularmente los vínculos con Estados Unidos. El principal referente es Eugenio Pereira Salas, quien a través de una serie de monografías sobre las diversas misiones norteamericanas que arribaron a Chile en aquel período permite disponer de una visión bastante sólida. Entre estos trabajos se cuentan *La misión Bland en Chile* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1936); *La misión Worthington en Chile: (1818–1819)* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1936); *Jeremías Robinson: agente norteamericano en Chile: (1818–1823)* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1937); *Henry Hill, comerciante, vicecónsul y misionero* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1940). Un balance general

sobre estos aspectos lo brinda Sergio Rodríguez Rautcher, *Influencia de los Estados Unidos en el proceso de la independencia de Chile 1776–1824* (Santiago: Estado Mayor General del Ejército, 1984). Una aproximación más reciente es la de Juan Luis Ossa: "El gobierno de O'Higgins visto a través de cinco agentes estadounidenses, 1817–1823", *Co-herencia* v. 13, n. 25 (julio–diciembre 2016).

La ambigua posición estadounidense sobre las independencias hispanoamericanas es bien examinada por James E. Lewis, *The American Union and the problem of neighborhood: The United States and the collapse of the Spanish Empire, 1783–1829* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998). Con relación a esto, la documentación diplomática más importante proporcionada por las misiones enviadas por Washington en la época hacia la América hispana se puede consultar en la compilación que realizó William R. Manning, *Diplomatic correspondence of the United States concerning the Independence of the Latin-American nations* (Nueva York: Oxford University Press, 1925).

Sobre las relaciones chileno-británicas del período, destaca el reciente libro de Andrés Baeza, *Contacts, collisions and relationships. Britons and Chileans in the independence era, 1806–1831* (Liverpool: Liverpool University Press, 2019); sin duda el aporte más relevante en la disciplina sobre este problema, ampliando la discusión más allá del plano estrictamente diplomático. Al igual que en el caso de Estados Unidos, el posicionamiento británico hacia la emancipación hispanoamericana fue ambiguo, especialmente en el período examinado en este libro. Sobre esto, conviene revisar el trabajo de William W. Kaufmann, *British Policy and the Independence of Latin America, 1804–1828* (New Haven, Yale University Press, 1951).

Finalmente, la política de España y de la Santa Alianza hacia las independencias hispanomericanas puede documentarse en los trabajos de Michael P. Costeloe, *La respuesta a la Independencia. La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810–1840* (México: Fondo

de Cultura Económica, 2010); y Manfred Kossok, *Historia de la Santa Alianza y la emancipación de América Latina* (Buenos Aires: Sílaba, 1968). También resultan sugerentes William Spence Robertson, "Metternich's attitude toward revolutions in Latin America", *Hispanic American Historical Review,* v. 21, nº 4 (1941); y Russel H. Bartley, *Imperial Russia and the struggle for the Latin American Independence, 1808–1828* (Austin: University of Texas Press, 1978).

CAPÍTULO VIII
El regreso de Osorio

La campaña del sur de 1817, a pesar de varios hechos victoriosos para las armas patriotas, como lo fueron Curapaligüe y Cerro Gavilán, al final resultó infructuosa. Ante la inminencia de la llegada de una nueva expedición española al mando de Mariano Osorio, el triunfador de Rancagua, el ejército debió marchar hacia Santiago. Lo siguió la población civil, en un éxodo dramático, que destruyó lo que no pudo llevarse, a fin de privar de recursos al enemigo.

Osorio marcha también al norte y, tras diversas escaramuzas, se produce el sorpresivo ataque nocturno en Cancha Rayada, que daña y desordena a las fuerzas patriotas, pero que también significa un alto costo para las armas del rey. El enfrentamiento final se producirá en los llanos de Maipú, el 5 de abril de 1818. Fue una batalla sangrienta y compleja, que terminó con una victoria completa para el ejército unido, que encabezaba José de San Martín.

Su consecuencia inmediata fue la liberación del Valle Central y la consolidación del gobierno patriota en esta zona del país. Ahora la guerra debía llevarse al Perú, al corazón del poder monárquico subsistente en América. Para los independentistas en todo el continente fue una fuerte señal de aliento, a pesar de la falta de coordinación, que impulsó

sus propios movimientos. En Europa, la Santa Alianza tomó nota del cambio de giro de los eventos, lo que desalentó las pretensiones de apoyo de la monarquía española. Se abría el camino del reconocimiento de las independencias americanas. En Chile, no obstante, la guerra en el sur duraría todavía largos años. Su violencia y la crisis económica que conllevó, propició la caída del Director Supremo y dificultó la consolidación del Estado nacional.

Los eventos reseñados, por su centralidad en las campañas que condujeron a la emancipación, son narrados en muchísimas obras generales dedicadas al periodo, o a la vida del Libertador, que sería impráctico referir, por extensas y conocidas. Asimismo, las colecciones documentales impresas sobre la Independencia, como el *Archivo de don Bernardo O'Higgins* y la *Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile,* contienen abundantes materiales que nos ha resultado útil revisar.

El periodo, desde luego, fue tratado en las primeras memorias históricas que se redactaron, al amparo de la Universidad de Chile. El responsable de historiar el periodo fue Salvador Sanfuentes, en su texto *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo* (Santiago: Imprenta de la República, 1850), obra que incluyó también documentos. Una fuente interesante son los testimonios del mismo O'Higgins y de otro oficial, recogidos por John Thomas, "Entre el desastre de Cancha Rayada y la batalla de Maipo (16 de marzo-11 de abril de 1818): revelaciones íntimas narradas por el General O'Higgins y el Capitán Sepúlveda en sus diarios de Campaña, refundidos", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* n. 63 (1960); también publicados por Guillermo Feliú Cruz, *Chile, entre el desastre de Cancha Rayada y la Batalla de Maipo (16 de marzo–11 de abril de 1818)* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1961).

El Centenario de la Independencia y de la batalla misma dieron lugar a varios trabajos, de orden especialmente militar, que aportaron,

con su estudio del terreno, una mejor comprensión del desplazamiento de las fuerzas y las evoluciones en el campo de batalla. Así, Luis Merino S. escribió *La batalla de Maipú. Estudio histórico-militar acerca de las campañas de la independencia de Chile en el año 1818 (con seis planos, una vista fotográfica i un anexo de documentos)* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1910), obra que recibió el primer premio en el concurso de historia militar del Centenario. Para el Centenario de la batalla misma, a su vez, se publicó la obra de Francisco Javier Díaz Valderrama, *La batalla de Maipo (5 de abril de 1818) relación histórica militar* (Santiago: Estado Mayor General-Sección de Historia, 1918), que ha tenido reediciones posteriores, por ejemplo, *La Batalla de Maipú* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1946).

En Argentina, donde San Martín es el máximo héroe, la bibliografía sobre el personaje alcanza los miles de volúmenes; por ende la relativa a Maipú también es abundante, incluidos los eventos previos y posteriores. Es el caso del texto de Edmundo Correas, *Prólogo y epílogo de la Batalla de Maipú* (Mendoza: Junta de Estudios Históricos de Mendoza, 1968); o del debido a Juan Isidro Maza, "La rebelión de los vencidos de Chacabuco y Maipú", *Revista de Estudios Regionales,* nº 6 (1990). Uno de los textos más extensos y recientes, basado en una amplia bibliografía, a pesar de no ser su autor un historiador profesional, es *Maipú, la Victoria Decisiva, la batalla que hizo famoso a San Martín en el mundo,* de Juan R. Zanella (Buenos Aires: Dunken, 2016).

En Chile, ha habido también interesantes aportes monográficos. Un bello libro, referido al Templo Votivo de Maipú, su construcción y su importante Museo, es obra de Hernán Poblete y se denomina *Maipú, Historia y Templo* (Santiago: Pehuén, 1995). En verdad su coautor es Diego Barros Arana, pues el libro contiene una relación clásica de la batalla, sintetizada del tomo XI de la *Historia General de Chile* del historiador.

En los tiempos recientes, basta con destacar una obra, publicada para el Bicentenario, pues aborda de manera profunda y comprensiva, con amplio uso de fuentes, la batalla y sus prolegómenos, desde una perspectiva militar, pero también política. Nos referimos a *La batalla de Maipú,* del abogado Luis Valentín Ferrada Walker (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2010), reeditada en 2018. La efeméride, digamos finalmente, dio origen a una obra colectiva binacional, bellamente ilustrada, denominada *Maipú, Un abrazo para la historia. Homenaje en su Bicentenario* (Editorial Universitaria del Ejército Argentino, Buenos Aires, 2018). Es probable que estos trabajos se completen, en los años próximos, con nuevas investigaciones y aportes.

DISEÑO Y PRODUCCIÓN

GRÁFICA
METROPOLITANA

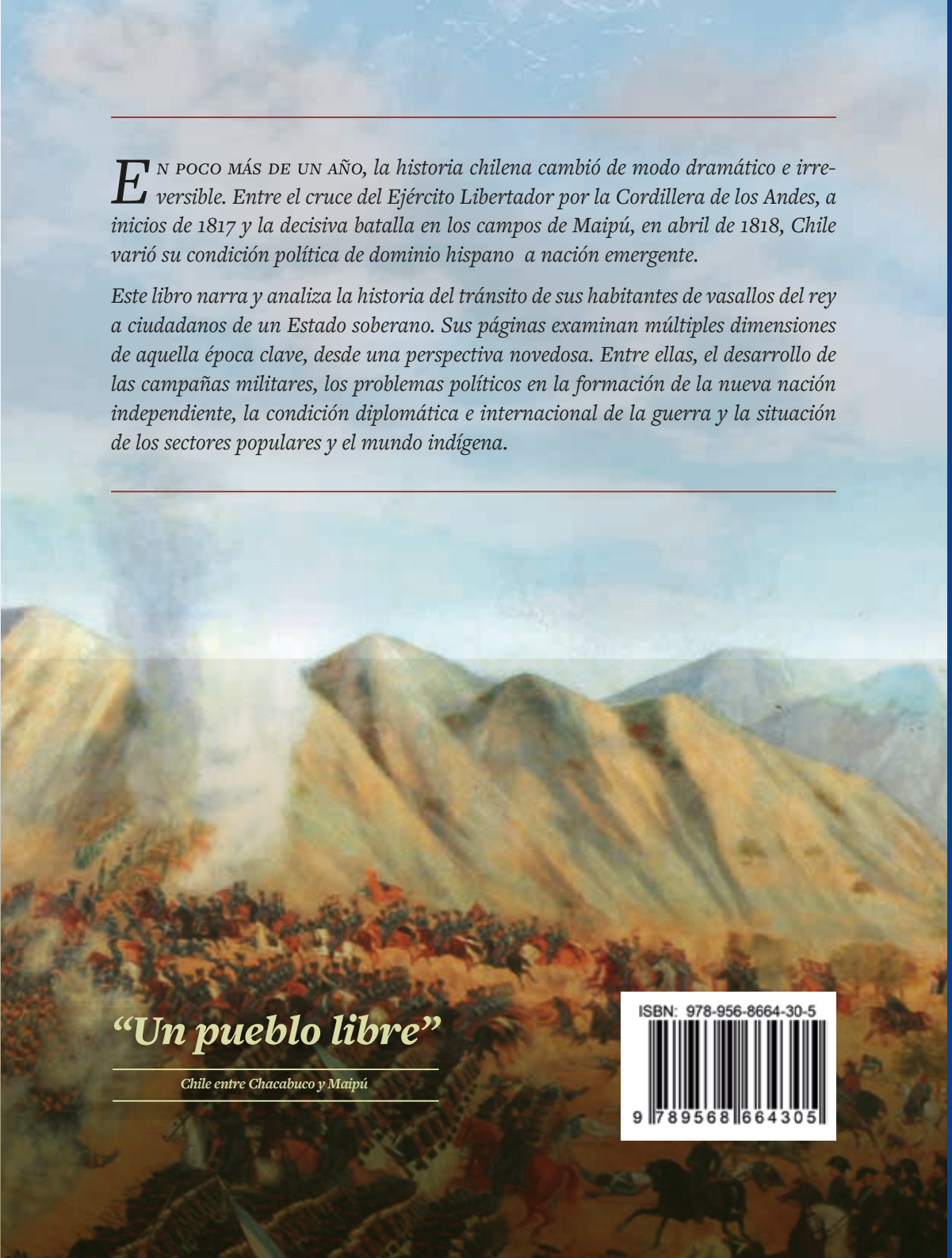
El Centro de Estudios Históricos es un equipo de investigación especializado en el estudio sistemático del pasado de Chile y América, desde la mirada analítica e interpretativa de la historiografía. Ha desarrollado sus líneas de trabajo en torno al análisis interdisciplinario del pasado histórico precolombino, la época de la colonia hispana y la formación del Estado Nacional y la República en Chile. Tiene por objetivo generar nuevos conocimientos en el ámbito de la Historia, vincular el quehacer en investigación con programas de pre y postgrado y fomentar la interacción con académicos e instituciones de educación chileno y extranjeros.

"Un pueblo libre"

Chile entre Chacabuco y Maipú

En poco más de un año, la historia chilena cambió de modo dramático e irreversible. Entre el cruce del Ejército Libertador por la Cordillera de los Andes, a inicios de 1817 y la decisiva batalla en los campos de Maipú, en abril de 1818, Chile varió su condición política de dominio hispano a nación emergente.

Este libro narra y analiza la historia del tránsito de sus habitantes de vasallos del rey a ciudadanos de un Estado soberano. Sus páginas examinan múltiples dimensiones de aquella época clave, desde una perspectiva novedosa. Entre ellas, el desarrollo de las campañas militares, los problemas políticos en la formación de la nueva nación independiente, la condición diplomática e internacional de la guerra y la situación de los sectores populares y el mundo indígena.



"Un pueblo libre"

Chile entre Chacabuco y Maipú

ISBN: 978-956-8664-30-5

Colección O'Higgins | 2 | *Un Pueblo Libre · Chile entre Chacabuco y Maipú*

UBO EDICIONES